

JESÚS MESTRE GODÉS

LOS TEMPLARIOS

Alba y crepúsculo de los caballeros

I.- EL ENTORNO

Los Templarios nacen en Jerusalén en una fecha no del todo clara: hay quien dice que es en el año 1118 cuando Hugo de Payns crea junto con otros compañeros una orden, los Pobres Caballeros de Cristo; otros hablan de 1119, e incluso algunos de éstos dan una fecha concreta: el 25 de diciembre de este último año. Finalmente, Rudolf Hiestad cree que el año exacto sería el 1120. Sin embargo, no hay duda alguna en cuanto a la fecha de su desaparición: el 22 de marzo de 1312 Clemente V, en consistorio secreto, resuelve la supresión de la Orden del Temple. Dos centurias discurren entre nacimiento y muerte, que encajan perfectamente con los siglos XII y XIII.

Nos interesa conocer el conjunto de este Occidente cuyos límites orientales nos parece que debemos situar en Tierra Santa; pero no podemos perder de vista nuestro objetivo, dirigido hacia la singladura que marcan los Templarios. De esta manera, tendremos que dedicar más tiempo a explicar la sociedad y la política francesa que la de los otros reinos o señores contrapuestos: el Temple nace por voluntad de unos nobles franceses, se desarrollará en Francia más que en otros lugares de este Occidente, y morirá bajo la alta conspiración de un papa y de un rey, ambos franceses.

Dedicaremos esta primera parte a estudiar la sociedad, la política y el papel de la Iglesia en los dos siglos citados. Con el mismo interés de aproximarnos al mundo de los Templarios, completaremos esta visión general acercándonos a la caballería y las cruzadas, tan unidas a ellos que constituyen piezas clave para llegar a comprender su aventura. Seremos mucho más concisos de lo que deseáramos y probablemente más extensos de lo que pide un estudio sobre los Templarios. Nos hemos quedado con las ganas, por ejemplo, de hablar más ampliamente sobre la sociedad. Quizá por aquello que se recoge en el Código de Tortosa: «Por esto, como el hombre es lo más digno de todo lo que hay en el mundo, y así debe serlo ante todas las cosas, conviene primeramente que el hombre hable de los hombres antes que hacerlo de otras cosas...».

OCCIDENTE, SIGLOS XII Y XIII

1.1. LA SOCIEDAD

La gente que vive en pleno siglo XII es muy diferente de la que vio deshacerse, desgarrarse, el extraordinario poder que significó el Imperio Carolingio. A la muerte de Luis el Piadoso (840), los mismos problemas dinásticos dan paso a la fragmentación del territorio del antiguo Imperio: se constituyen los señoríos con una autonomía total, asumiendo los antiguos derechos reales. Todos estos señores se disputan el poder, que cada vez deviene más local, más particular. Para colmo, o quizá porque la anarquía despierta el deseo de los aprovechados, durante estas mismas fechas (845) los normandos saquean París: otro elemento entra en juego, pues, para crear aún más inseguridad, que, por esta parte, no terminará hasta la concesión del ducado de Normandía a los invasores daneses (911). Los normandos no estuvieron solos en su deseo de sacar provecho de la anarquía que se desarrolló en Occidente en los siglos IX y X:

húngaros y sarracenos han cogido empuje y no cesan de atacar hasta que Otón el Grande bate a los primeros en Ausburgo (955). También los reinos cristianos ibéricos parecen empezar a respirar y mantienen a los sarracenos más o menos controlados.

Apaciguados los grandes focos externos, la inseguridad viene dada por la ambición de los señores locales, el peligro proviene de los castellanos vecinos. Por esto a finales del siglo X los castillos, un nuevo sistema de defensa inmediata, se multiplican: con sus funciones defensivas y de guarnición de guerreros permiten que los señores vigilen, controlen, dominen... y exploten a las poblaciones de su entorno. El siglo XI será el de su gran expansión, y en el siguiente, el XII, ya son muy numerosos. No todo el Occidente es igual: por ejemplo, en el Imperio (lo que para entendernos podríamos denominar Alemania) la autoridad imperial resiste y los castillos son fortificaciones del emperador, que mantiene el control sobre ellos.

Pero la fragmentación señorial va desapareciendo poco a poco, aunque tendremos que esperar hasta el siglo XIII para que se vuelva a hacer notar el poder central. Ayuda mucho a ello un factor sociológico: en este siglo XII hay un crecimiento evidente de la demografía que no es extraño a la consolidación de grandes territorios en manos de poderosos condes, duques... Este afianzamiento hace al mismo tiempo más difíciles las guerras entre señores, en las que la masa campesina era la más damnificada; también la Iglesia ha hecho entender a los belicosos señores la necesidad de la Paz de Dios y ha rebajado los días destinados a guerrear. Otros factores, como la ausencia de pestes, también contribuyen a este aumento de la población.

La nueva sociedad, más tranquila, mejora las condiciones generales de vida, lo que afecta al grupo que constituye la mayor parte de la población: el campesinado. Según Bourin Derruau, «el siglo XII es el siglo de un inmenso crecimiento del espacio agrícola», hecho que también destaca Le Goff. La artiga, la transformación del bosque en campos para el cultivo; el drenaje de las llanuras pantanosas, incluso de las marismas atlánticas; la creación de un nuevo pastoreo, que permite subir a las montañas en verano; la mejora en la cría del ganado; el aprovechamiento de la lana; la recuperación del uso del hierro, que hace posible una mejora de la calidad de los aperos, en especial del arado... Todos estos elementos representan un paso adelante en la vida económica de Occidente, que ahora vive interiormente más en paz, ya que, como veremos más adelante al tratar sobre las cruzadas, el ansia guerrera se ha desplazado hacia el exterior.

Aparecen nuevas aldeas, fundadas por señores y que permanecerán bajo su poder: querían que la gente se reuniera, casi siempre al lado de los caminos, ya que las casas agrupadas eran más fáciles de defender. La servidumbre va perdiendo fuerza, pero aún se mantiene su situación humillante: el señor puede vender al campesino junto con su tierra; el siervo no puede testimoniar ante un tribunal ni acceder a ciertas funciones, por ejemplo la de sacerdote. No tiene derecho a casarse con una mujer libre sin el permiso de su señor, ni puede hacerlo con una sierva de otro señor. Sin embargo, algo ha cambiado: antes, a la muerte de un siervo, el señor heredaba sus bienes; ahora sólo recoge una parte de éstos.

El momento es bueno para el hombre libre: gracias a su acceso a las vías económicas, llega a establecerse una especie de jerarquía según la riqueza relativa que se haya adquirido. Surge una nueva clase campesina: los intendentes o agentes fiscales del señor, hombres libres que iniciarán una nueva burguesía campesina.

En las aldeas los comerciantes y artesanos forman ya un grupo social con fuerza suficiente para hacer frente a las arbitrariedades del señor. Pero la nobleza continúa siendo un mundo aparte. Por encima de la pobreza y de la riqueza, ya sean altos feudatarios, simples castellanos (titulares de un castillo) o caballeros errantes, hay algo que los une: están exentos del impuesto de talla, la lista que se elabora a efectos de tributación. El señor habita en su castillo, que

puede parecerse a una gran casa de labranza o ser una formidable fortaleza. Antes era de madera, ahora ya es de piedra; antes una serie de estacas marcaba el territorio, ahora aparecen las murallas, las torres, la gran torre central. La jerarquía nobiliaria es confusa: el rey, el príncipe real, los duques, los condes, los vizcondes, los barones, los caballeros, los escuderos. Pero el hecho de ser duque no significa que se domine un territorio mayor que el de un conde; y un simple caballero puede ser más importante que un barón. Aún se mantiene la teoría feudal: nadie es propietario de un feudo. Es decir, regía el pacto de vasallaje, por el que el señor feudal recibía del vasallo homenaje y fidelidad a cambio de entregarle un dominio. Simplemente, el feudo se recibe de manos de un señor que a su vez depende de otro señor más elevado, y así hasta llegar al rey. En el régimen medieval no se puede confundir la propiedad con la simple tenencia. No obstante, poco a poco los feudos devienen hereditarios, sobre todo cuando son concesiones de tierra.

Finalmente, debemos recordar los deberes del vasallaje, porque están vigentes y porque nos encontraremos con ellos más adelante, cuando hablemos, por ejemplo, de las cruzadas, de la caballería. Estos deberes eran de tres órdenes. De ayuda financiera al señor: para el casamiento de su hija mayor, cuando el primogénito era armado caballero, para el rescate que se debía pagar cuando el señor caía prisionero, para los gastos originados por la participación en una cruzada. De consejo: participando en algunas decisiones, muchas veces relacionadas con asuntos judiciales. El tercero, el simple servicio militar.

En el siglo XIII, cuando el poder real se consolida de nuevo, se va reduciendo la autonomía de los poderes locales: se crean unos poderes regionales, reales, que superan a los de los señores. Los agentes del rey reclaman la leva de tropas, la justicia, todo aquello que hasta entonces daba prestigio y poder a los castellanos. Hay una tendencia a favorecer a los caballeros dándoles pequeñas parcelas señoriales, con la complicidad del rey, que desea rebajar el poder de los señores. Ayuda también a ello la necesidad económica que sufren los pequeños señores: se ponen directamente al servicio del rey, el conde, el duque, obteniendo así una colocación remunerada: en el ejército, en la administración, a pesar de que los hombres libres desempeñan mucho mejor su tarea. Entonces las clases tienden a mezclarse: hay cierta fusión, un acortamiento de distancias.

Surge así una nueva clase: el advenedizo o burgués, siempre maltratado en la literatura. Se le presenta como un personaje de baja extracción, mal educado, pero que se ha enriquecido, que se ha elevado al nivel económico de los caballeros al ir adquiriendo tierras, a veces del mismo señor, de quien intenta imitar sin fortuna las formas de vida. Se le presenta de una manera grotesca, pero es un personaje real. Todo ello es debido a las dificultades económicas de los nobles, a su endeudamiento. Hace falta vender, y el único que tiene dinero es el advenedizo, que se ha hecho con tierras y casas. ¿Por qué tienen dificultades económicas los señores? DUBY nos lo aclara: «La productividad agrícola se había incrementado, y con ella las rentas. Por tanto, mantenían los ingresos y los impuestos funcionaban; en una palabra, los nobles ingresaban más que sus antepasados. Pero, en cambio, habían aumentado los gastos: la vida del noble en el siglo XIII era más cara que en el siglo anterior. El equipo militar era más caro; el peso del Estado, cada vez más agobiante: el rey, el conde, el duque, son cada vez más exigentes. Al mismo tiempo, ser noble significa malgastar, mantener las apariencias, el lujo. Quiere destacar sobre el advenedizo, a quien se representa como a un avaro; el noble ha de obrar a la inversa: contraer deudas es signo de nobleza». Este advenedizo plebeyo tendrá acceso a la clase noble a través del matrimonio con una dama: el advenedizo seguirá siendo despreciado, pero su hijo tendrá ya sangre noble.

La urbanización de los reinos es uno de los aspectos más característicos del siglo XIII. La ciudad ha sido el catalizador de las transformaciones más evidentes del siglo: ha hecho a los hombres, las mercancías, las ideas. Y se estructura: atención a la muralla, que tiene un foso de unos diez metros de ancho, una altura de seis a ocho metros y un grosor de uno a dos metros.

En medio de la ciudad, la catedral, cuyas obras comenzaron en el siglo anterior, pero que finalizarán en el XIII: es el símbolo de la ciudad, de su dinamismo, pero financiada por los obispos, por los canónigos. También hay innumerables edificios religiosos: parroquias, conventos. Contrarrestando el poder eclesiástico hallamos el castillo, no tan espectacular como la catedral; pero no hay ciudad sin castillo. Aún no hay Casa Consistorial: el ayuntamiento, el alcalde y los concejales se reúnen en un lugar semipúblico, que bien puede ser el mercado. Se construye sin ningún tipo de segregación social: las mansiones de los patricios al lado de las casas más modestas; las unas serán de piedra, las otras, de materiales menos nobles. Lo que antaño fueran simples caminos son ahora calles. Los talleres de artesanos de la ciudad están regulados, tanto en lo que se refiere a las técnicas de fabricación como a su organización interna, entre maestros, mancebos y aprendices. Por ramos, hay como una jerarquía: por ejemplo, en el textil, los tejedores se sitúan por encima de todo; los siguen los bataneros y los tintoreros, y más abajo encontramos a los paradores (el ramo del agua) y a los encargados de las operaciones preliminares; cardadoras e hilanderas, a veces asimiladas a las prostitutas, ocupan el último escalafón. Un aprendiz de tejedor se sentirá más importante que un maestro tintorero y no se relacionará con una hilandera.

La progresiva importancia que van adquiriendo las ciudades favorece una actividad que, con grandes alternativas, nunca había dejado de existir, la lanzadera constante que ha ido conectando los diversos pueblos con todos los acontecimientos técnicos y culturales del mundo: el comercio. Si bien el siglo XII estableció las rutas, las ferias, donde los mercadores desarrollaron el amplio abanico de la compraventa, con sus largas caravanas defendidas por gente armada, las fraternidades, las «gildas», las «hansas», en el siglo XIII será cuando ciudad y comercio llegarán a un momento dulce de expansión equilibrada. De los mercados y las ferias se pasa a las tiendas, pues la ciudad no puede esperar a los mercados ocasionales. Las casas de banca, de depósitos y créditos, con pagos a plazos, la letra de cambio, todas las operaciones que requería un comercio activo, más o menos desarrolladas, están al alcance del mercader, que en muchos casos es al mismo tiempo banquero. Un banquero que bien pueden ser los Templarios de París o los de Londres.

Para finalizar esta síntesis, añadiremos uno de los quehaceres más importantes que se inicia a finales del siglo XII, pero que arraiga y se extiende durante el XIII: los estudios universitarios. Bolonia parece ser la pionera, aunque en París ya se estudiaba en el 1180; Oxford también nace en el siglo XII. Otras ciudades seguirán rápidamente sus pasos: Salamanca (1200), Vicenza (1204), Cambridge (1209), Padua (1222), Tolosa (1228), Coimbra (1290). En Cataluña se tendrá que esperar hasta el 1300, cuando aparece el Estudi General de Lérida. De esta manera podemos afirmar que Occidente reencuentra su pulso, el latido que nunca debería haber perdido.

Como veremos más adelante, la vida de los Templarios se desarrollará tanto en Occidente como en Oriente. Debemos indicar las diferencias con que topaba la gente, ya fueran peregrinos, ya cruzados, cuando se introducían en la vida del mundo oriental. En síntesis podríamos decir que si la característica general occidental era la austeridad, lo que definía la vida oriental era el lujo.

Los vestidos occidentales eran sobre todo de lana y, si los lavaban, era muy de vez en cuando. El caballero, en Oriente, iba por casa con un albornoz de seda. Las damas habían adoptado la falda larga oriental y una capa corta con bordados de hilo de oro y, a veces, con piedras preciosas. A imitación del sistema de vida oriental había surgido la nueva clase de las cortesanas, inexistentes en Occidente, y que no debía confundirse con las prostitutas, que sí había en los reinos europeos. Estas mantenidas imitaban en el lujo a las damas nobles en un entorno brillante. La falta de comodidad en las casas, castillos y palacios occidentales contrastaba con la variedad de alfombras, de mobiliario de toda clase, bellamente trabajado, que hacía la vida más confortable en el Mediterráneo oriental. La comida sobria, más bien

rústica, que ofrecía la cocina europea, no tenía nada que ver con la exquisita variedad de platos que se servían en Oriente, presentados en vajillas de oro y plata, en la porcelana fina que llegaba del lejano Oriente, sobre mantelerías limpias y ricas, uno de los detalles que más sorprendían al visitante occidental, acostumbrado a sentarse a una mesa de madera sin ningún tipo de atavío.

La diferencia entre el nivel de vida de ambas sociedades se acentuaba cuando el visitante comprobaba la existencia de agua corriente en todas las casas de Antioquía, los depósitos de agua bien organizados en toda Palestina, los desagües romanos en Jerusalén, que aún funcionaban perfectamente; los baños eran absolutamente corrientes, y si bien en los castillos de los Templarios había una ligera tendencia a la austeridad, en los otros castillos el señor vivía con más opulencia y esplendor que cualquier monarca occidental.

Otro aspecto que sorprendía era la gran tolerancia religiosa reinante, a pesar de las guerras, a pesar de la cruzada, que llevaban a expresar los sentimientos religiosos con las armas. Una cosa era predicar desde Roma y otra el hecho cotidiano. Cuando no había ataques, el contacto entre las dos religiones (la islámica y la cristiana, los judíos no contaban) se acentuaba al entenderse que ambas compartían un fondo común. Los Templarios, que preparaban constantemente tratos y acuerdos con los amigos musulmanes, son un claro ejemplo de este entendimiento y esta tolerancia, que existían realmente y que quizá no podían comprender los recién llegados (¡y serían tantos, a lo largo de los siglos, los que llegarían!). Éstos se dedicaron, impulsados por creencias preestablecidas, a estropear la delicada labor de encaje de bolillos que, entre otras, llevaban pacientemente a cabo los Templarios. Un hecho ayudaba a crear una plataforma de entendimiento: los orientales nunca se consideraron inferiores a los occidentales. Es más, tenían la convicción de que los francos, nombre con que se agrupaba a todo lo occidental, eran unos bárbaros y que eran ellos los que se rebajaban intimando con tales bárbaros. Cuando se daban cuenta de que tampoco lo eran tanto, era fácil entablar un diálogo de igual a igual. En esta tarea de tolerancia, el cristiano de base que ya vivía en Palestina fue un factor decisivo, pues gozaba de gran influencia en las cortes musulmanas: médicos, filósofos, escritores, eran casi todos cristianos. Debemos decir también que el mayor enemigo para un buen entendimiento se hallaba en la jerarquía eclesiástica implantada en Tierra Santa, toda ella ajena al país y más pendiente de las órdenes procedentes de Roma que de la convivencia natural. Resulta sintomático que los que más sufrieron esta intransigencia jerárquica fueran los cristianos implantados desde siempre en Palestina.

1.2. LA POLÍTICA

Ya hemos hablado de la fragmentación de Occidente después de Carlomagno. Recordemos pues sólo que éste había sido coronado en Roma, el 25 de diciembre del 800, como emperador del Imperio de Occidente. Se trataba sólo del reconocimiento que el otro poder, la Iglesia, otorgaba a quien era, territorialmente, el dominador absoluto de todo Occidente. En efecto: en vida de Carlomagno todo el gran núcleo continental de Occidente formaba parte de su Imperio. La gran mancha carolingia se extendía, al sur, desde la Marca Hispánica, con frontera en el Ebro, hasta la península de Jutlandia al norte; al sudeste abarcaba toda la Italia actual, excepto el enclave de la Santa Sede, y la isla de Córcega; al este, las tierras que hoy integran Hungría, Eslovaquia, Bohemia y el río Elba hasta el actual Hamburgo. Al oeste, sólo el Atlántico le ponía límites. También se puede decir que entre los ríos Elba y Oder había otro territorio de marca. El mundo occidental estaba repartido entre dos poderes: al norte del Ebro, el carolingio; al sur del Ebro, el musulmán, que en aquellos momentos regía el emirato omeya de Córdoba.

¿Qué quedaba en el siglo XII de aquella única mancha sobre el mapa de Europa? El panorama que encontramos entonces es el de un mosaico casi insultante. En la Península Ibérica, por la parte musulmana, y después de la fragmentación de las taifas en el siglo XI, hallamos instalado el reino almorávide, que desaparecerá en 1145. El territorio sarraceno irá disminuyendo cada vez más a causa de las acciones que llevan a cabo los reinos cristianos de la Reconquista, es decir, la corona de Aragón, Castilla y Navarra, que hallan un nuevo aliado en el reino ibérico de Portugal, nacido en este siglo XII.

Mirando hacia el norte, vemos que el territorio carolingio que ocupaba la Francia actual estaba (1180) absolutamente fragmentado: los condes de Barcelona poseían el Rosellón, Montpellier y Provenza; el conde de Tolosa y los vizcondes de Trencavel señoreaban todo el Languedoc; el rey de Inglaterra dominaba directamente la Aquitania occidental y Normandía, y de forma indirecta, la Guiena, la Alvernia y la Bretaña. El reino de Francia era minúsculo: una franja estrecha y alargada que iba desde Beauvais, al norte, hasta Bourges, al sur, y que estaba rodeada de teóricos vasallos que en realidad tenían más poder y más territorio, como por ejemplo el condado de Blois, el ducado de Borgoña, los condados de Nevers y de la Champagne, el Valois y el Vermandois. Más al norte estaba el condado de Flandes.

Al otro lado de la línea marcada por estos territorios se extendía el Imperio Germánico, que en aquellos momentos (1180) dominaba toda la Europa central hasta el reino de Hungría: se puede decir que había reconstituido la parte central, oriental y meridional del Imperio Carolingio, pues dominaba también toda Italia y las islas de Sicilia, Cerdeña y Córcega. El Estado Pontificio, sensiblemente reducido, mantenía su independencia. Todo este dominio germánico también tenía sus «singularidades»: los ducados de Sajonia y de Baviera, el mismo ducado de Austria, eran enclaves germánicos que gozaban de cierta independencia.

Dejando aparte el antiguo territorio carolingio, debemos mencionar el reino de Inglaterra, que se había consolidado, y, hacia el este, los reinos de Hungría y los que se habían ido independizando del Imperio Bizantino: Serbia y Bulgaria. El Imperio Bizantino, con sede en Constantinopla, conservaba la mayor parte de Grecia más una buena parte de la Turquía asiática actuales; pero buena parte de sus dominios orientales estaban en manos de los seléucidas y también de los lugares que ocupaban los así llamados Estados Cruzados, parte de los cuales habían sido conquistados al Califato (el más significativo de ellos era el reino de Jerusalén), pero que después de la batalla de Hattin (1187) habían iniciado el declive.

A finales del siglo XIII todo este mosaico ha cambiado sustancialmente: las monarquías se van imponiendo, los reinos se van definiendo y se empieza a vislumbrar lo que será, más o menos, la Europa que conocemos. Inglaterra había iniciado el camino hacia la constitución de la Gran Bretaña con la conquista del País de Gales, aunque no tendría la misma fortuna con Escocia; Eduardo I establecería un consenso con los nobles y daría paso al primer Parlamento. El cambio más evidente se centra en Francia: el monarca de aquel pequeño reino de los Capetos, que era conocido aún en 1254 como rey de los francos (Rex Francorum), pasará a denominarse rey de Francia (Rex Francie) y las palabras Francia tota serán reemplazadas a finales de siglo por Francia a secas para designar el conjunto del reino. Cuando la aventura de los Templarios termina fulminantemente, el territorio francés es prácticamente el que hoy conocemos, dominado por la corona directamente o bien a través de unos feudos propios, de los que los más importantes eran la Bretaña, la Borgoña, Blois y Nevers. Sin embargo, estos feudos se hallaban en una situación de dependencia del poder central mucho mayor y muy diferente de la que existía en el siglo XII. Sólo quedaban fuera del poder francés la parte atlántica de Aquitania, con centro en Burdeos, que continuaba manteniendo una situación de dependencia feudataria con Inglaterra; el Bearn, que se mantenía independiente, y el condado de Provenza, regido por los Anjou (que eran no obstante miembros de la realeza de Francia). La parte oriental de la ciudad de Lyon y la línea que marca el Ródano como frontera eran aún de dominio germánico. Por otra parte, el condado de Flandes, un feudo claramente francés,

dejaría de serlo a partir de la batalla de Courtrai (1302), cuando los flamencos se independizaron.

En la Península Ibérica se confirman los avances de los reinos cristianos: castellanos, aragoneses, catalanes y portugueses reducen el territorio musulmán y ocupan hasta el Algarve, el valle del Guadalquivir y el reino de Murcia en la península y las islas Baleares. De esta manera, los nuevos reinos se consolidan con el territorio conquistado, que les da la fuerza interior para mantener la hegemonía real delante de la misma nobleza. A finales del siglo XIII los reinos ibéricos cristianos, Portugal incluido, están plenamente afianzados. Debemos añadir que la Corona de Aragón entra en una fase de expansión mediterránea y en 1282 conquista el reino de Sicilia, que comprendía la isla y Calabria.

El Imperio Germánico había perdido, pues, su hegemonía en la Italia meridional, pero también otros dos centros se desmarcaron de su dominio: Bohemia y Polonia. No obstante, el Imperio conservaba toda la Europa central hasta el Ródano y contaba con Marsella y la parte oriental de Lyon dentro de su territorio. El reino de Hungría se mantenía sin alteraciones, así como los de Serbia y Bulgaria. La situación en la parte más oriental de Occidente era cada vez más desfavorable al Imperio Bizantino: había tenido lugar un cambio de dinastía y ahora mandaban los paleólogos, que intentaban reconstruir lo poco que había quedado del llamado Imperio Latino, pero sin demasiada fortuna, pues a finales del siglo XIII el territorio bizantino era sensiblemente inferior que en el siglo XII. La parte que podríamos llamar griega había perdido los territorios del sur, que ahora formaban el ducado de Atenas y el principado de Acaya, y todas las islas del Egeo, Creta incluida, eran de dominio genovés. El Imperio se mantenía en la parte más occidental, con centro en Esmirna, atemorizado por la ofensiva otomana, que en el siglo siguiente lo mermaría. De los Estados Cruzados, a partir de la caída de San Juan de Acre en 1292, ya no se hablaría nunca más.

La política generalizada en todos estos reinos que intentaban, y empezaban a conseguir, el asentamiento de unas dinastías a través del renovado prestigio real, era la de ampliar poder y territorio: en el interior, limitando el poder de la nobleza con la incorporación de señoríos; en el exterior, buscando añadir nuevas tierras a sus dominios a través de los dos procedimientos más característicos de la época: el matrimonio y la guerra. Por esto nos hallamos ante un panorama cambiante, con situaciones confusas en que los aliados son constantemente reemplazados y donde se producen enfrentamientos entre ejércitos que más tarde lucharán juntos contra un tercero, quizá el aliado del ayer.

A este respecto, nada hay más ilustrativo que seguir los pasos de franceses e ingleses. Los normandos, ya señores franceses, conquistan Inglaterra en la batalla de Hastings, el 14 de octubre de 1066, bajo el mando del duque Guillermo. Nos encontramos con un mismo dominio a ambas partes del Canal de la Mancha, cuya parte francesa será motivo de enfrentamientos bélicos reiterados. Más aún: a mediados del siglo XII la casa Plantagenet, de los Anjou, refuerza la vertiente francesa de la monarquía inglesa con el matrimonio entre Godofredo Plantagenet y la nieta de Guillermo, Matilde. Esta pareja tiene un hijo, Enrique II, que se casará con Eleonor de Aquitania, una mujer maravillosa, divorciada pocos meses antes de Luis VII de Francia. De esta manera, la casa «inglesa» tenía más territorio en Francia que en la isla: Normandía, Anjou, Turena, Maine y toda Aquitania con los feudos correspondientes, uno de ellos muy destacado: Bretaña. Enrique II, que es más conocido por el contencioso que tuvo con los bienes de la Iglesia y que comportó el asesinato de Thomas Beckett, tuvo problemas con sus dos famosos hijos: Ricardo Corazón de León, un personaje legendario que no se sostiene por parte alguna, y Juan Sin Tierra, una figura que no ha hallado ni un ápice de misericordia en los historiadores: es el malo por excelencia.

Los reyes ingleses, lógicamente, pasaban más tiempo en el continente que en la isla con la intención de atacar lo que tenían delante: el pequeño reino de Francia. Descartado Ricardo

Corazón de León, que estuvo la mayor parte de su reinado en Tierra Santa, en la prisión germánica y en Francia (de los diez años que reinó, 1189

1199, pasó un total de cinco meses en Inglaterra), sólo quedaba para ocuparse de los asuntos franceses e ingleses su tenebroso hermano Juan, cuya idea principal era acabar con el nuevo monarca que desde 1180 reinaba en Francia: Felipe II, conocido siempre como Felipe Augusto, el que «aumenta», porque se había dedicado a obtener tierras de allí donde podía, naturalmente en los territorios ingleses de Francia, por ejemplo Normandía (1202). Si Juan mereció el triste apelativo de Sin Tierra fue precisamente por los territorios que iba perdiendo: se iba quedando «sin tierra» siempre a favor de Felipe.

Juan era torpe y resentido: nunca perdonó al rey francés que hubiera sido amigo de su hermano (una consideración por lo menos dudosa) cuando habían combatido juntos en la Tercera Cruzada. Así pues, por razones políticas y personales intentó encontrar aliados para acabar de una vez por todas con el reino de Francia: el emperador germánico Otón IV y los condes de Bolonia y Flandes, que, feudatarios de Felipe, se apuntaron en seguida.

El 27 de julio de 1214 las tropas aliadas, aunque más fuertes que las francesas, sufrieron una espectacular derrota en Bouvines que llegaría a ser crucial para la expansión francesa. El hecho de que fuera domingo, día que según los nuevos principios de la Paz de Dios no era hábil para guerrear, no importó a los aliados, que atacaron sin contemplaciones. Su derrota produjo una gran satisfacción a Inocencio III, que además era enemigo de Otón. Bouvines significó un paso adelante considerable para Francia: por la tregua de Chinón, Inglaterra perdió todos sus dominios en el continente excepto la parte occidental de Aquitania; Otón tuvo que dejar el Imperio en manos de su enemigo Federico II, quien hizo las paces con Felipe Augusto, y los condes de Flandes y Borgoña, que habían sido hechos prisioneros en la batalla, perdieron sus tierras a favor de la nueva Francia, que había hallado a su Augusto. Éste, a partir de entonces, ya tuvo las manos libres para dedicarse a incrementar su dominio en el «interior» de Francia.

En el Languedoc, en plena operación de la cruzada contra los albigenses, sólo hacía falta dejar que Simón de Montfort siguiera actuando. Llegado el momento oportuno, Felipe lo colmó de honores pero le recordó que aquella tierra «le pertenecía como herencia carolingia». Será Felipe el Osado quien, años más tarde, tendrá el placer de incorporarla a la soberanía francesa.

Bouvines significó el final, temporalmente, de los choques sordos o vibrantes entre franceses e ingleses, así como cierta paz interna en Europa. A la muerte de Felipe Augusto se establece algo importante: el heredero se convierte en rey. Hasta entonces los reyes debían asociar a su reino al hijo escogido para que, al morir, éste pudiera ser investido; ahora, en 1223 la monarquía hereditaria es lo suficientemente fuerte como para que se le discuta el heredero. Felipe Augusto también dio otro paso adelante: creó agentes reales en todas las zonas conquistadas marginando a los aristócratas locales. Fue un paso decisivo para la consolidación del poder real y también un camino directo hacia la configuración del Estado.

Este Estado es el que recibiría el nieto de Felipe Augusto, Luis IX, san Luis. Blanca de Castilla, su madre, ejerció una firme regencia para combatir las intrigas intestinas hasta que Luis llegó a la mayoría de edad. Habiendo alcanzado el poder (1235) Luis intentó mantener la paz en el nuevo reino y tuvo que sofocar pequeñas revueltas. Con él se empieza a usar la diplomacia no sólo para asegurar la paz sino también para ganar territorios. Así, mientras se acordaba la paz con Inglaterra, obtuvo el reconocimiento de Jaime I a las conquistas del Languedoc (1258) y de los vasallajes que la corona catalanoaragonesa conservaba en Francia: sólo quedó Montpellier. Luis fue un hombre piadoso, sensible a los asuntos religiosos (invirtió dinero y tiempo en dos cruzadas y acabó muriendo en la segunda, en Túnez, el 20 de agosto de

1270), así como un formidable organizador, un gran administrador. Convirtió París en su residencia habitual y en el centro del reino. Creó el Consejo Real para los asuntos políticos, el Parlamento, tribunal supremo de justicia, y la Cámara de Cuentas para las finanzas. Creó las circunscripciones territoriales, bajo la dirección de los senescales, cargos que eran removidos con frecuencia.

Felipe III, el Osado, según los historiadores franceses fue «una pálida figura de sus antepasados. No tenía ni la agilidad de espíritu de Felipe Augusto, ni la sabiduría y el coraje de su abuelo, Luis VIII, ni el carisma de su padre». Murió relativamente joven (1258) a los cuarenta años. Sin embargo, Felipe III nos interesa por el enfrentamiento que mantuvo con el rey Pedro II el Grande de la Corona de Aragón. En realidad todo arrancaba de la incorporación de Sicilia a la corona catalanoaragonesa (1282), después de que los propios sicilianos, en las famosas Vísperas Sicilianas, hubieran echado de la isla a Carlos de Anjou, tío de Felipe III, que había sido investido rey de Sicilia en 1266, a la muerte del último sucesor germánico de Federico II. Carlos contaba, naturalmente, con el apoyo de su sobrino, pero lo que acabó de complicar el problema fue la actuación del papa Martín IV, también francés, que excomulgó a Pedro (en noviembre de 1282) y al año siguiente lo desposeyó de sus bienes y los adjudicó a la casa de Francia (agosto). Felipe III preparó una cruzada contra Cataluña que se materializó en 1285. Jaime II de Mallorca, hermano de Pedro y conde del Rosellón, franqueó los pasos pirenaicos al invasor mientras que, por problemas internos, los aragoneses no quisieron apoyar al rey Pedro. Gerona fue sitiada entre junio y septiembre. Entre tanto, el almirante Roger de Lauria derrotaba a la flota francesa en Roses según unos, en las Formigues según otros. Felipe se retiró (su ejército padeció una epidemia) y sufrió una fuerte derrota en el collado de Panissars (octubre). Llegó a Perpiñán enfermo, donde murió. Pocos días más tarde moría también el rey Pedro II en Vilafranca del Penedès.

Es interesante detenernos en el episodio de las luchas por Sicilia. Este reino, anteriormente conquistado por los normandos, pasa a formar parte del Imperio Germánico, entra dentro de la órbita de los Capetos franceses y cae, en estos momentos, en manos aragonesas. Las tres últimas fuerzas se encuentran en una situación similar: se han consolidado interiormente, dentro de los límites que siempre han creído que les eran propios, y ahora necesitan demostrar que tienen poder suficiente para intentar la aventura exterior, cosa que no dudan hacer en un territorio relativamente alejado de sus reinos. Todo parece indicar que en el siglo XIII el asentamiento de las comunidades nacionales está suficientemente asegurado para permitir el riesgo y los gastos que conlleva una conquista del mundo exterior. Sicilia es un ejemplo claro de ello.

La política que se ejercía en la parte oriental de este Occidente la trataremos con detalle cuando expliquemos las cruzadas. Dejamos asimismo de lado a Felipe IV el Hermoso, ya que será el factor decisivo y el protagonista de los hechos que decidieron la desaparición de los Templarios. Ahora debemos hablar de la importancia de la Iglesia en este horizonte medieval: ya hemos visto una muestra, cuando quiso hacer valer su ascendiente en el conflicto derivado de la conquista de Sicilia.

1.3. LA IGLESIA

El pensamiento de la Iglesia es la ideología dominante en la Edad Media. Es la depositaria de la cultura y de la instrucción. Hasta principios del siglo XIII todos los libros, fuentes escritas y otras, provienen de los clérigos: sus escritos reflejan y difunden la cultura dominante. Al mismo tiempo, la Iglesia se preocupa de impregnar de sus valores a toda la sociedad, pero sobre todo a las clases dirigentes.

Antes del siglo XII esta ideología se cuece en los monasterios y en Roma se vela para que el poder civil camine por la ruta de la Cristiandad, un nuevo nombre que quiere que el poder civil (representado por el Imperio, los reyes) esté sometido a la autoridad eclesiástica. Gregorio VII, el monje cluniacense Hildebrando (1020-1085), lo explica suficientemente bien en su *Dictatus Papae* (1075): «Sólo el pontífice romano es universal, sólo él puede deponer a los emperadores; todos los juicios deben ser sometidos a su corrección; él no puede ser juzgado por nadie; la Iglesia romana nunca se ha equivocado y, según los testimonios de las Escrituras, nunca se equivocará». Este pensamiento será la base de la doctrina teocrática, el absolutismo pontificio, que Inocencio III y sus sucesores desarrollarán intensamente durante los siglos que estamos estudiando.

Pero el mismo papa Gregorio sabía que la organización eclesial no estaba al nivel de estos grandes principios; por esto impulsó una reforma para eliminar la simonía (el comercio con los cargos eclesiásticos) y el nicolaísmo (incontinencia de la clerecía, casamiento de los presbíteros). El buen Gregorio, con una y otra acción se esforzaba por conseguir la soberanía del espíritu sobre la materia.

La particular aventura de Federico II (1194-1250), emperador germánico, pero que pasaba más tiempo en Italia que en Alemania, no demuestra que los sucesores de Gregorio en la Santa Sede entendieran bien los planteamientos de éste. O mejor dicho: entendieron muy bien la doctrina teocrática, pero la usaron a su manera.

Veamos: Federico II fue educado por Inocencio III, y el papa lo reconoció como rey de Alemania. El nuevo papa Honorio III corona a Federico como nuevo emperador (1220). Hasta aquí, el sistema funciona perfectamente. Pero el nuevo emperador tenía sus propias ideas sobre la manera de llevar su imperio. Tiene problemas con las ciudades de la Liga Normanda y con el papado, ahora conducido por Gregorio IX, que les daba apoyo; la solución teocrática es inmediata: la excomunión de Federico (1227), que comportaba la pérdida de la fidelidad de sus súbditos. Para demostrar su fe se hace cruzado (1229) y conduce la Sexta Cruzada, con la recuperación de los lugares sagrados. Al volver a Roma hace las paces con Gregorio: vuelve a ser aceptado como buen cristiano. Pero el litigio que mantenía con la Liga Normanda, espoleado por el papa, volvió a reproducirse. Federico los vence (1237) y ahora quiere demostrar quién es el que manda: quiere instalarse en Roma. Nueva excomunión (1239) de Gregorio IX, que no espanta a Federico. Éste entra en Roma dos años más tarde y el nuevo papa, Inocencio IV, tiene que huir a Génova. Después convoca el I Concilio de Lyon (1245) para confirmar la excomunión y la deposición de Federico II por sacrílego. Todo esto creó confusión entre los señores alemanes y muchos de ellos se sublevaron contra el emperador. Se creó un vacío de poder que se hizo más evidente al morir Federico (1250), y hasta que los electores germánicos no hallaron en Rodolfo de Habsburgo un sucesor, cosa que no se produjo hasta el 1273, el Imperio entró en plena anarquía. Para acabar de complicar las cosas, el papado cedió graciosamente el reino de Sicilia al hermano de Luis, Carlos de Anjou (1266). Probablemente no era esto lo que quería decir Gregorio VII cuando hablaba de la soberanía del espíritu sobre la materia.

Hemos mencionado los monasterios, fuente de la cultura medieval. En el siglo XIII hay un cambio importante que no desdice en absoluto de la obra que la orden de Cluny (1.184 casas en el siglo XII primero y los cistercienses después (694 casas en el siglo XIII) llevaron a cabo por todo el Occidente cristiano. El cambio se produce por la aparición de dos nuevas órdenes, dominicos y franciscanos, los mendicantes, que además de impulsar, desde abajo y de nuevo, la vitalidad del mensaje cristiano, desempeñan una acción cultural en las ciudades. Del recinto del monasterio se ha pasado a las calles de la ciudad. De las polémicas santas entre Pedro el Venerable (Cluny) y Bernardo de Claraval (Cister) sobre la prioridad del oficio divino, que preconizaba el primero, y la combinación de plegaria y trabajo, que defendía san Bernardo, pasamos a los seguidores de san Francisco y especialmente de santo Domingo, que crean

conventos urbanos y enseñan lo que haga falta a todo el mundo, creando así las escuelas al alcance de todos e insertándose en los nuevos centros de enseñanza, las universidades, las corporaciones de maestros y estudiantes. Tomás de Aquino (1225-1274), el representante más característico de la escolástica, dominico, enseñará en París, Colonia, Nápoles; Giovanni Fiadanza (1218-1274), san Buenaventura, franciscano, también enseña teología en París hasta que es nombrado general de los franciscanos (1257). Ambos se sienten atraídos por la filosofía griega, tanto de Aristóteles como de Platón, y relacionan pues, para siempre, las culturas clásicas con la cultura cristiana. El impacto de santo Tomás sobre sus alumnos parisinos queda bien demostrado con una tierna anécdota: a su muerte, los estudiantes de la facultad de Artes (los más abiertos, contrariamente a los de la facultad de Teología) reclamaron su cuerpo para enterrarlo en París. Otro gran pensador, este catalán, Ramon Llull, devoto de san Francisco, dicta lecciones en la Universidad de París, en diversas estancias que empiezan en 1288.

Pero las órdenes mendicantes no solamente hicieron mella en las universidades y escuelas de la época sino que, y esto es mucho más importante, retornaron el fervor cristiano al pueblo llano. Duby dice a este respecto: «A finales del siglo XIII el cristianismo vuelve a ser una religión popular gracias a las órdenes mendicantes, cosa que había cesado durante siglos; se hacen sermones en lengua vulgar, se presenta de nuevo la imagen de Cristo. Hay una piedad que se populariza y que hasta entonces sólo encontrábamos en un número reducido de eclesiásticos, monjes y canónigos. El cristianismo de la Iglesia dominante se enriquece ahora con los valores de sensibilidad venidos del fervor popular».

Hay un aspecto, poco conocido, que se inicia en estos siglos que estamos estudiando: los reclusos. Se trata de una forma de piedad extrema, una especie de eremitismo urbano que sacude y conmueve la sensibilidad del hombre actual. Los reclusos, en la mayoría de los casos mujeres, se encierran en una especie de habitáculo de pequeñas dimensiones en el exterior de las iglesias: poco más de cuatro metros cuadrados y sin puerta: se «condenan» para toda la vida. Sólo disponen de una pequeña ventana para su contacto con el mundo exterior: el de la comunidad, parroquia o barrio que se hace cargo de ellos; otra rendija en el muro que da a la iglesia les permite seguir los oficios y, quizá, comulgar. Es la opción por despojarse de todo voluntariamente, a imitación de Cristo, que arengan los predicadores errantes. En estos siglos, XII y XIII, podemos ver estos pequeños habitáculos de reclusos en París, Valladolid, Norwich, Colonia, Lyon, Tolosa; en Roma, al acabar el siglo XII, una lista nos indica que había 260, todos ellos con mujeres.

Hemos hablado a grandes rasgos de los papas, de los monasterios, de los mendicantes, incluso de estas santas eremitas de ciudad. Pero ¿y el clero? Podemos decir que aún no se ha sacudido de encima todos los vicios del sistema feudal. El párroco hace lo que puede, pero aún vive de su tenencia y, tal como hace el señor con él, explota al feligrés. Recordemos que en el siglo XI los rectores de muchas parroquias aún no siguen a Gregorio VII. Cien años después, en pleno siglo XII, aparece la Vida del bienaventurado Bernardo de Thiron, donde podemos leer: «Era costumbre en este tiempo en toda Normandía que los párrocos tomaran esposa públicamente, celebraran sus bodas y procrearan hijos e hijas, a quienes, por derecho de sucesión, legaban las iglesias a su muerte. Cuando casaban a sus hijas, si no tenían otros bienes, las dotaban con una iglesia». Es difícil generalizar, pero hay otro elemento que nos hace ver que gran parte del clero era aún inoperante: el desarrollo de las herejías medievales, cuyo ejemplo más evidente lo encontramos en el catarismo, que tiene sus momentos de esplendor en el Languedoc y Lombardía. Difícilmente habría podido prosperar si se hubiera encontrado con un clero más preocupado por el mensaje cristiano que por su situación material personal. Tampoco podemos hacer que los clérigos carguen con todos los males; debemos considerar la situación en que se mantenían los obispos, poco deseosos de renunciar a su situación de grandes señores, elegidos por otros señores de quienes eran feudatarios. Un hijo segundón, un pariente próximo, un sirviente devoto, podían ser obispos excelentes... desde el punto de vista señorial; al ser investidos, los obispos pasaban a ser vasallos de su señor: no

iban a la guerra (pero algunos, como el obispo de Beauvais, se hicieron famosos por sus dotes militares) aunque sí se preocupaban de sostener económicamente las huestes de su señor, de contratar mercenarios...

Más elementos contradictorios: se levantan y se reconstruyen más iglesias que nunca. Raúl Glaber, cronista borgoñón de la época, nos lo explica: «Se vio en toda la tierra, pero sobre todo en Italia y en la Galia, reedificar las iglesias en un afán de verdadera emulación que hizo que cada comunidad cristiana tuviera una iglesia más suntuosa que las vecinas... todas las iglesias, incluso las pequeñas capillas de los pueblos, fueron reconstruidas y embellecidas por los fieles». Es el momento del gótico, que empieza a manifestarse en Inglaterra (coro de la catedral de Durham), en Normandía (sala capitular de la abadía de Jumièges), pero que arraigará en el centro del pequeño reino de Francia en el siglo XII; el opus francigenum, que se extenderá rápidamente por toda Europa y que conocerá un éxito clamoroso.

De momento abandonamos la Iglesia. De momento. Porque seguirá siendo la protagonista en los dos capítulos que siguen, dedicados a la caballería y a las cruzadas, dos pasos necesarios para llegar a la Orden del Temple que, no lo olvidemos, es también un asunto de Iglesia.

2.- LA CABALLERÍA

La definición es absolutamente obvia, pero deberemos tenerla presente a medida que vayamos penetrando en las derivaciones y los atributos que irán surgiendo alrededor de los nombres de caballero y de caballería: caballero es quien monta a caballo, y esto es una diferencia que le confiere categoría.

Encontramos diversas definiciones de caballero. Para Bonnassie, «eran simplemente guerreros privados; es decir formaban parte de las tropas de vasallos, que combatían a caballo, que los señores más poderosos reunían en torno a ellos y que se encargaban de la custodia de sus castillos». Duby no difiere mucho: «Los caballeros, hombres libres, pertenecían a familias acomodadas y tenían los mismos antepasados que los castellanos, sus señores; muchos caballeros, en pleno siglo XII, vivían de una prebenda, en condiciones domésticas, en el castillo de su señor». Flori nos los clasifica: «Si se trata de la alta aristocracia, se los llama muy nobles caballeros, nobilissimi milites; si son de la aristocracia mediana, serán nobles y poderosos caballeros y formarán parte de la amplia caballería del príncipe; en las guarniciones de los castillos, la escolta, hay los caballeros de mesnada, milites castri, gregarii, nutriti, satellites, un amplio sector que agrupa desde los vasallos que disponen de renta suficiente para equiparse, hasta los hijos de parientes arruinados, que no han querido enrolarse en las filas eclesiásticas, próximos a hacer de mercenarios o de caballeros errantes». Cerramos estas definiciones con el ideal caballeresco que nos presenta Ramon Llull: «Conviene que el caballero, por nobleza de coraje y de buenas costumbres, por el honor tan alto y tan grande que se le hace con su elección, por el caballo y por las armas, sea amado y temido por las gentes, y que por el amor devuelva caridad y enseñanza, y por el miedo devuelva verdad y justicia».

El conjunto de los caballeros forma la caballería, que constituye una clase social compuesta por todos los que no tienen la notoriedad de un linaje noble ni la riqueza de un gran propietario. Pero a través de la caballería se puede acceder a la nobleza; por su tarea militar los caballeros pueden recibir de su señor bienes y/o tierras, y de esta manera pueden aproximarse a la nobleza y llegar a fundirse con ella: quizá un matrimonio con una dama noble acelerará el acceso. Según la característica de la condición de su príncipe, la asimilación será más rápida o más lenta, lo que dependerá de la debilidad o de la dureza de la autoridad del señor. Pero en general, donde la cúpula sea condal o ducal, el paso se dará más fácilmente que en los reinos.

En la Corona de Aragón y en Francia será un proceso lento, más aún en Castilla, y podemos decir que en los Países Bajos y en Alemania no se producirá hasta bien entrado el siglo XIV.

Llegado el momento de la proclamación de la cruzada, el caballero está llamado a defender, también, la Cristiandad. La Iglesia lo bendice y, como dice Manuel Riu, «establece una orden casi sacramental con ritos especiales para el acto de recepción y con reglas para practicarlo: los que reciben la ordenación caballeresca se integran en la Orden de Caballería». La definición es más que correcta, pero debemos decir que, de una u otra manera, la Iglesia había estado casi siempre presente en los actos rituales de investidura de caballeros; ella, que había estado preconizando el rechazo total del uso de la violencia en los siglos de los primeros cristianos, ahora se está inclinando hacia una doctrina protectora de las virtudes guerreras.

Recordémoslo: antes de Constantino el servicio militar era incompatible con el cristianismo; los cristianos no podían estar al servicio del mal. Pero después de Constantino se acepta la guerra como un mal necesario y justificable; san Agustín lo proclama: «La guerra debe emanar del poder legítimo, con una intención exenta de cualquier interés material personal, para proteger las poblaciones o para reconquistar tierras, bienes o personas arrebatadas por la fuerza». Se estableció una diferencia: monjes y clérigos no podían usar armas y se les prohibía verter sangre; los eclesiásticos estaban al servicio de Dios y los laicos al servicio del mundo. Poco a poco se irá poniendo el acento sobre el Antiguo Testamento, el Dios de los ejércitos, etc., y Carlomagno será saludado como un nuevo David, empezando las campañas de cristianización por la fuerza de las armas. Sólo falta un paso: la sacralización del guerrero, que combatirá bajo la dirección de la Iglesia y por una causa justa. Se llegará al hecho de que algunas iglesias recluten directamente guerreros, milites ecclesiae, como es el caso de Roma: León IX (1049-1054) tiene a los guerreros de san Pedro, milites sancti Petri, que llevará a auténticas batallas, por ejemplo a Sicilia, contra los normandos, una gente probablemente díscola pero aparentemente cristiana. La contradicción llega hasta los pendones que lucen los guerreros eclesiales: en ellos figuran los santos que habían sido martirizados por haber rehusado el servicio de las armas, como san Martín, san Mauricio, o las imágenes del arcángel san Miguel y la Virgen María. Las reliquias de santos se utilizarán como talismanes y formarán parte de la empuñadura de la espada del guerrero y de su yelmo junto con piedras preciosas. El papado asegura la Vida eterna a quienes «mueren por la guerra del Señor contra los paganos y los infieles», tal como escribe Juan VIII a sus obispos.

La Orden de Caballería está inspirada, pues, por unos ideales a la vez militares y religiosos. En el siglo XII el neófito podía ser armado caballero por el rey o por un señor que ya fuera caballero mediante una ceremonia que consistía esencialmente en ceñirle la espada, previamente bendecida por un sacerdote, dándole un golpe en la nuca.

Esta ceremonia marca la recepción del nuevo caballero dentro de la orden de los guerreros de elite, el acceso a la caballería. En la época clásica de la caballería, los siglos XII y XIII, se trata de la entrega de las armas y de los vestidos, todo lo que necesitaba. Ramon Llull nos aporta una excelente relación de lo que era el arnés del caballero: espada, lanza, casco de hierro o yelmo, cota de mallas, calzones de hierro, espuelas, gorjal (para proteger el cuello), maza, misericordia (pequeño puñal que servía para dar el golpe de gracia al vencido), escudo, silla, riendas, testera (para la cabeza del caballo), guarniciones, perpunte (jubón acolchado y respuntado que cubría el cuerpo bajo la cota de mallas), enseña. Y el caballo.

Normalmente sólo se bendecían las armas, el escudo, el yelmo y las espuelas. Su entrega iba acompañada de un golpe en la nuca efectuado con la palma de la mano, la palmada, el pescozón (en las Partidas de Alfonso X de Castilla se habla de pescozada), que pronto se transformó en un ligero golpe con la hoja de la espada sobre el hombro. En los reinos hispánicos el doncel o futuro caballero pasaba la noche en la iglesia rezando y velando las armas y tomaba un baño purificador; a la mañana siguiente, armado de punta en blanco y con

la cabeza descubierta, se presentaba delante del señor. Éste le calzaba las espuelas, le ceñía la espada, le tomaba juramento de fidelidad y le daba el pescozón habitual y un beso en señal de paz. En el siglo XIV se estableció la quejada, bofetón simbólico que se daba a los nuevos caballeros.

En la Chanson d 'Aspremont, del siglo XII, hay una bella descripción de la ceremonia:

Cogiendo por la mano a Durandal, el rey, sacó la espada de la vaina, secó el filo y después la ceñió a su sobrino Roldán y he aquí que el papa la bendice. El rey le dice dulcemente, mientras ríe: «Yo te la ceñio con el deseo de que Dios te dé valentía y coraje, fuerza, vigor y gran bravura y gran victoria sobre los infieles». Y dice Roldán con el corazón alegre:

«Dios me la conceda por su digna autoridad». Cuando el rey le hubo ceñido la espada el duque de Naimés se arrodilló y calzó a Roldán su espuela derecha. La izquierda se la puso el buen Ogier.

Hemos visto que ser armado caballero podía constituir un medio para acceder a la nobleza, pero en el siglo XI, y fruto del ritual religioso que acompañaba a esta ceremonia, hay un movimiento a la inversa: el noble quiere ser armado caballero. Bien pronto la nobleza reserva el acceso a la caballería sólo a sus hijos; ser armado caballero deviene un filtro social en manos de los nobles. A finales del siglo XII, Federico Barbarroja excluye de la caballería a los hijos de los clérigos o de los campesinos. A partir del XIII ser caballero será como una decoración suplementaria para la nobleza y bien pronto se convertirá en una corporación cerrada, la Alta Orden de la Caballería. Los mismos Templarios también caen en esta sujeción a la nobleza de origen: si en la Regla Latina, que estudiaremos más adelante, se acepta al caballero sin preguntarle su origen, a partir de 1230 se exige que todo postulante a la orden sea hijo de noble o caballero. Pero ser armado caballero es una ceremonia costosa el arnés del caballero cuesta una verdadera fortuna que muchas veces no se puede afrontar; hay muchos jóvenes en edad de ser armados caballeros que esperan el milagro económico, ya que si no se hacen caballeros perderán los privilegios que mantienen. Es el momento en que se inventa un nuevo título: el escudero, el armiger, el doncel, el domicellus, según los reinos. El escudero es un aprendiz de caballero, pero con título nobiliario.

El código caballeresco admite que el caballero batalle más para vencer que para matar; la palabra «gracia» no conlleva ningún tipo de deshonor para quien la pide, pero siempre será usada entre caballeros. Éstos no tendrán piedad alguna para con los soldados de a pie, de la misma manera que los soldados de a pie, siempre que pueden, no dejan vivo a ningún caballero. A los infieles se los puede matar sin escrúpulo alguno; san Bernardo es lo suficientemente claro: «Si el caballero muere, se hace un bien a sí mismo; si mata, lo hace a Jesucristo, porque no lleva en vano la espada en el cinto: es ministro de Dios para vengarse de los infieles y defender las virtudes de los buenos. Ciertamente, cuando se mata a un infiel, no se es un homicida sino más bien, si se me permite hablar así, un "malicida".

El caballero vasallo de un señor vive de él y también de las gangas obtenidas en el combate. Por ejemplo: es mejor coger preso al adversario, sobre todo si es un noble preeminente, que matarlo en el campo de batalla; haciéndolo prisionero se puede obtener un rescate, además del caballo y las armas. Si se le mata sólo se obtiene esto último y es posible que los suyos quieran vengarlo. Junto con estos beneficios personales, también obtendrá buena parte del botín, del pillaje que se hará en el campamento enemigo. El precio del rescate debe ser fijado adecuadamente: ni demasiado bajo, para no humillar al vencido, ni muy alto, para no arruinarlo.

Hay otro tipo de caballero, el llamado caballero errante, cuyo ejemplo más evidente es Guillermo el Mariscal, a quien historia y leyenda consideran «el mejor caballero del mundo».

Guillermo, nacido a mitad del siglo XII en el seno de un linaje modesto, vivirá hasta los cuarenta años de las ganancias obtenidas en los torneos y servirá fielmente a sus reyes ingleses: Enrique II, su hijo mayor Enrique, y también a los otros dos, Ricardo Corazón de León y Juan Sin Tierra, y obtendrá como recompensa a una dama de lo mejor de Inglaterra como esposa. Será regente de Inglaterra en tiempos de Enrique III y combatirá contra Luis VIII, a quien ganará en la batalla de Lincoln (1217). A su muerte, será el hijo de su enemigo, Felipe Augusto, quien lo llamará «el mejor de los caballeros». Una vida de leyenda que ha hallado en Georges Duby a un biógrafo apasionado, como se merecía Guillermo.

Los caballeros errantes suelen ir en grupo, formando equipo. Los que fueron armados juntos ahora forman una compañía y permanecen unidos; la alegría domina estas bandas y se animan con la participación en los torneos. El torneo llega a ser un verdadero negocio, como un oficio, para los caballeros errantes; el equipo campeón se reparte las ganancias, es decir, el producto de la venta de caballos y jaeces confiscados al adversario que ha perdido. Guillermo el Mariscal confesaba haber capturado, durante los torneos en que había participado, el equipo y la cabalgadura de más de 500 caballeros. En el torneo se establecen dos campos enemigos, con asedios, escaramuzas, salidas se realiza en un campo amplio, castillo, bosque y campos colindantes incluidos, como si se tratara de una batalla. La diferencia principal es que si cae herido alguien importante puede reposar, puede ser atendido antes de retomar el combate. Pero la finalidad dominante no es herir de muerte, sino, como hemos dicho, la captura; sin embargo mueren caballeros, porque se utilizan las mismas armas que en la guerra. El botín del ganador son las armas, el arnés y los caballos, y el rescate, que es de rigor. Entre todos los combatientes, y por ellos mismos, se elige al mejor caballero del torneo, al mismo tiempo que el bando vencedor recibe un premio otorgado por un jurado. Cuando finaliza el torneo queda la gloria del vencedor, la fama que consiguen los caballeros más destacados, la posibilidad de enamorar a una dama rica, una viuda con un castillo que defender...

La Iglesia se esforzó para limitar los torneos, no sólo porque acarreaban grandes dispendios sino también porque en ellos se producían muertes; es sobre todo por este aspecto, «la muerte por juego», por el que la Iglesia se opone a esta actividad. En el siglo XIV se pasará del torneo a la justa, una fiesta caballeresca individual que será más aceptada por los eclesiásticos. Los dos adversarios, que combaten por el favor de una dama, se encuentran cara a cara en un espacio reducido; más adelante el campo se dividirá mediante una barrera. El torneo es ahora una pura ceremonia fastuosa, un espectáculo frívolo, un simple buen recuerdo de la fiesta de la caballería. Los torneos devienen un deporte para las clases aristocráticas: no hay ni rescate ni botín y los premios son cada vez más simbólicos.

Durante mucho tiempo, principalmente en los siglos que estamos analizando, la caballería fue una fuerza guerrera muy importante en los combates: los caballeros, armados con la lanza perfectamente ajustada, fijada, haciendo una sola pieza de caballero-caballo-lanza, realizan batidas rápidas, agrupados en formaciones compactas, intentando romper las líneas adversarias. Pero a partir del siglo XIV la caballería va perdiendo importancia: los arqueros, los ballesteros, la propia ineficacia en los asedios, le hacen perder protagonismo. Y aún más años después, cuando aparece la artillería, con los cañones, el arcabuz, las pistolas, que son armas que sustituyen con éxito la lanza, su arma característica. Por otra parte, entran en juego las compañías de mercenarios los almogávares son un ejemplo de ello organizadas como sociedades de guerreros profesionales. Con Carlos V, finalmente, se llegará a la institución de ejércitos permanentes: es el paso para domesticar a la nobleza en beneficio de la realeza; una nobleza para quien la guerra caballeresca había sido la actividad principal.

Los Templarios, los Hospitalarios, los Caballeros Teutónicos, son órdenes nacidas del espíritu de la caballería. Sin embargo, hay unas nuevas órdenes que nacen en el siglo XIV y que ya no tienen nada que ver con las anteriores, pero que intentarán conservar y utilizar la aureola caballeresca a pesar de sus fines mundanos dirigidos a un mundo ni militar ni

religioso. Así se establecen la orden de la Garrotera (Eduardo III, Inglaterra, 1348); la orden de la Estrella (Juan el Bueno, Francia, 1351); la orden del Vellochino de Oro (Duque de Borgoña, 1430); la orden del Creciente (René de Anjou, 1448)

La persistencia del ideal caballeresco fue una constante durante toda la Edad Media gracias a la literatura épica: se inicia con los cantares de gesta, que si bien, según Menéndez Pidal, son fruto de una tradición poética iniciada en la época carolingia, nos llegarán trasladados a la escritura en los primeros decenios del siglo XII; y llega hasta los simples libros de caballería dedicados a los héroes más puros, sublimando sus gestas guerreras. Unos y otros, cantares de gesta y romans, se hacen eco de los grandes ideales que animan el espíritu del caballero: al servicio del Señor Dios en la lucha contra los infieles; al servicio del señor rey para la defensa del reino, el ideal del vasallaje, la glorificación de la nobleza, del guerrero, la exaltación del combate, buen golpe de lanza y espada. Y el amor cortés, la fin'amor occitana. El Quijote no es sólo la conclusión, creando la caricatura del caballero, sino una excelente despensa donde se puede conocer casi toda la bibliografía sobre la caballería. Debemos hacer mención especial, quizá, del libro más famoso del espíritu caballeresco, o al menos el que nos ha llegado, vivo, aún hasta nuestros días: el Perceval, el Parsifal, con el rey Arturo, Lanzarote, la adorable Ginebra, de aquel admirable escritor que fue Chrétien de Troyes. Éste nació (1135) en la ciudad del concilio que confirmará el Temple y siempre estuvo en contacto con los Templarios. Los críticos literarios y los historiadores no lo niegan; creen ver una analogía constante entre los Caballeros de la Mesa Redonda y los Templarios.

Pero hemos dejado aparte un libro excepcional: el Llibre de l'Orde de la Cavalleria, de Ramon Llull. Este erudito, viajero, misionero, místico, autor prolífico nos han llegado más de doscientas cincuenta obras suyas, de larga y azarosa vida (1235-1315), nos presenta todo el ideal de la caballería, paso a paso, segmento a segmento. Recomendamos especialmente a los que sienten el deseo de conocer a fondo el planteamiento ideal de la vida del caballero, el Llibre de l'Orde de Cavalleria, una obra absolutamente indispensable.

3.- LAS CRUZADAS

El último día del concilio de Clermont, Alvernia, el día 27 de noviembre de 1095, Urbano II predica y proclama la cruzada. Los sentimientos que lo mueven son de preocupación por el estado de Jerusalén, «en manos de los infieles». Este encuentro de obispos y abades, con una gran representación, estaba en un principio convocado como un concilio de paz y, como hemos visto, acabará en una declaración de guerra, la que conocemos como la Primera Cruzada. Estos sentimientos contradictorios, que en los capítulos anteriores hemos visto que menudean en la Iglesia medieval, se mantendrán durante el tiempo que durarán las diversas cruzadas, ya que el hecho de lanzarse a conquistar los Santos Lugares con la cruz alzada y la espada en la mano sólo es uno de los aspectos sorprendentes, y a veces incluso paradójicos, que el estudio de las cruzadas nos dará a conocer.

La contradicción entre el espíritu cristiano y la manera secular en que una buena parte de la sociedad medieval lo lleva a término no comporta una visión negativa y cerrada sobre el sentimiento papal expresado en el concilio de Clermont: en la predicación de Urbano II hay una auténtica y sincera preocupación por la suerte de Tierra Santa y los peregrinos que allí acudían, debido a las últimas noticias que la Santa Sede ha recibido de Bizancio, de Jerusalén. Se ha querido difuminar tanto el sentido primero de la llamada papal que se le ha llegado a negar la propia esencia la de la preocupación de la Iglesia como si, ya de entrada, hubiera otros motivos escondidos.

Por otra parte, una cosa es el problema que en mayor o menor medida existía, y otra el dudoso sentido cristiano en la manera de resolverlo, que afecta más al pensamiento de hoy en día que a la sensibilidad medieval; y finalmente, la suma de elementos negativos que significaron las cruzadas. Debemos intentar separar el grano de la paja y no dejarnos llevar por el arrebató de los historiadores católicos, pero tampoco debemos caer en la crítica total, absoluta, de gente situada en el bando opuesto. Aún hoy, Jean Richard, un estudioso de las cruzadas, dice: «Las causas y los móviles que entraron en juego para hacer nacer la cruzada son aún objeto de discusiones apasionadas donde los presupuestos ideológicos no están ausentes».

Hemos querido explicar el hecho caballeresco como una introducción a las cruzadas. Sin aquél no se pueden entender éstas, y Urbano II lo sabe muy bien cuando predica la primera. La cruzada constituye la última parte de la ceremonia en que son armados los caballeros: es el resultado de la valoración ideológica real del estatuto del caballero al servicio de la Iglesia; permite combatir directamente, de una manera explícita, al servicio de Dios. La caballería de Cristo, militia Christi, los cruzados, supera la simple caballería del siglo. San Bernardo explica que el caballero «ordinario» llega a ser confundido con la malicia, haciendo un juego de palabras de los que tanto le gustan: militia=malitia; ahora hay otro tipo de caballero: los que forman el grueso de los Templarios, de los monjes guerreros, de los cruzados. «Contra el lujo, el orgullo, la indisciplina, el egoísmo y el individualismo de los primeros, se opone la austeridad, la obediencia, la disciplina, el amor fraternal de los cruzados.» Hay un factor más, un valor añadido: con la cruzada, el papado tiene a sus órdenes la fuerza de los ejércitos al mismo tiempo que los libera del poder de los príncipes laicos.

La idea de la cruzada que pondrá en marcha Urbano II no es nueva en la Iglesia. El papa Alejandro II (1061-1073) ya había hablado en el año 1067 de esta posibilidad con diversos señores occidentales, y Guillermo de Borgoña y Raimon de Saint Gilles, IV de Tolosa, expresaron al papa que «irían, con sus propias fuerzas, a la defensa de la causa de san Pedro». El mismo Gregorio VII (1073-1080), más tarde, aseguraba a Enrique IV, emperador romano germánico (1056-1105), que había «conseguido reunir un ejército de unos 50.000 hombres, la mayoría de ellos italianos y tramontanos [es decir, franceses], para llevar a término una empresa contra los paganos de allende el mar». Pero el interés romano no siempre es bien comprendido; por ejemplo, los condes de Barcelona se mostraban refractarios a los programas de guerra santa que les habían presentado estos dos papas, por el desconocimiento completo papal de la situación catalana: sin proclamarlo, ellos estaban haciendo la cruzada. Por otra parte, los problemas que Gregorio VII tuvo con Enrique IV hicieron aparcar cualquier intento encaminado a crear una fuerza occidental que se desplazara a Tierra Santa.

Debemos preguntarnos entonces: ¿Por qué esta inquietud, en estos momentos, por la conquista de los Santos Lugares? La versión de la Iglesia es que con la conquista por parte de los turcos seljúcidas de Siria y Palestina, especialmente de la ciudad de Jerusalén (1071), la situación de acogida que recibían los peregrinos a Tierra Santa había cambiado de forma drástica. No es sólo Urbano II quien lo proclama en Clermont, sino que ya lo habían manifestado sus antecesores, y también lo irían explicando de la misma manera los cronistas más o menos contemporáneos de las cruzadas, encabezados por Guillermo de Tiro, pocos años después; había, pues, una preocupación real. Antes los Santos Lugares, que estaban bajo el poder de la dinastía árabe de los fatimitas, con sede en Egipto, eran visitados regularmente por misiones de peregrinaje occidental, que se incrementaron a partir de 1033, año del milenario de la pasión de Cristo. Esta celebración que hoy día sabemos que no se corresponde exactamente con la fecha de la muerte de Jesús, que debe situarse tres años antes, en el año 30 de nuestra era condujo a Jerusalén una gran cantidad de peregrinos. Según Raúl Glaber, el cronista borgoñón de quien ya hemos hablado, en las fechas del milenario «una multitud innumerable converge desde el mundo entero hacia el sepulcro del Salvador, a Jerusalén... Las clases inferiores, el pueblo medio, después todos los grandes, reyes, condes, marqueses,

prelados, en fin, muchas mujeres, las más nobles mezcladas con las más pobres...». Una visión exageradamente triunfal, pero a través de la que percibimos un tránsito fluido hacia Palestina que se irá incrementando en los años siguientes bajo la permisividad del califato egipcio. Por estas fechas debemos anotar las fundaciones de monasterios en la Ciudad Santa, con el deseo de mucha gente de acabar su vida en Jerusalén, y de una manera regenerada. Igualmente en la ruta hacia Jerusalén se multiplican los hospicios, creados y sostenidos por la orden de Cluny. Al lado del peregrinaje de ascesis de los pobres está la aventura lujosa de los nobles: todos, sin embargo, van y vienen de Tierra Santa sin problemas. Para la Iglesia, todo este *laissez faire* mantenido en los tiempos de los fatimitas, queda roto con la irrupción de los seljúcidas.

La historiografía actual no comparte esta visión. En primer lugar se habla de que un momento crítico en la historia de Palestina fue el año 1009, cuando el califa fatimita hizo derribar la iglesia del Santo Sepulcro... y no pasó nada. De hecho, la conquista de los seljúcidas no provocó cambio alguno en la vida de Jerusalén: los nuevos amos recibían el mismo tributo que los peregrinos debían pagar a los fatimitas y se mantenían abiertos los dos hostales en manos de los italianos de Amalfi. El único inconveniente era que el peregrinaje debía hacerse por mar, puesto que la anarquía que reinaba en Asia Menor dificultaba el camino por tierra; los puertos de las costas de Siria y Palestina estaban, sin embargo, bien abiertos al trasiego de peregrinos, y al del comercio, que Venecia y Amalfi no dejaron de mantener. Se indica, a favor de la tesis de que bien poco había cambiado en Jerusalén, que los cristianos que vivían en el Mediterráneo oriental nunca pidieron ayuda ni a Occidente ni a Bizancio sobre las supuestas persecuciones que sufrían de manos de los seljúcidas. Se ha llegado a creer que las narraciones sobre los martirios de cristianos, sobre las dificultades de los peregrinos, fueron simples invenciones de los bizantinos para llamar la atención de Occidente sobre la situación preocupante que pasaba Bizancio en su parte asiática, y nada mejor que pedir la ayuda para recuperar los Santos Lugares... y liberarse ellos mismos. Pero dicen los defensores de la necesidad de la cruzada que los mismos escritores bizantinos y occidentales de la época inmediatamente posterior, se hicieron eco de la necesidad de la Guerra Santa por la «perversión» de los seljúcidas. Durante muchos años se ha visto todo confusamente. Tampoco vemos hoy día esclarecida la situación: un hecho real es que el emperador bizantino Alejo Comneno envió una embajada a Urbano II en 1095 pidiéndole auxilio. El papa recibió a los embajadores en Piacenza, donde se desarrollaba el primer concilio de su pontificado. Le informaron de que Bizancio «tenía que luchar sola contra los serbios, mantener la frontera danubiana contra los bárbaros del norte y, sobre todo, contra el poder creciente de los infieles seljúcidas en Palestina». Necesitaban la ayuda de Occidente y Alejo se lo comunicaba a quien mejor lo entendería, el papa. Urbano II se conmovió y pidió a los embajadores que lo contaran ellos mismos al concilio. Éstos «explicaron con todo lujo de detalles las grandes calamidades que sufrían los cristianos en Tierra Santa». Otra realidad: las relaciones fluidas que se habían establecido entre el Occidente cristiano y los fatimitas ahora se interrumpen, o al menos se hacen más difíciles.

Tenemos, pues, una serie de condicionamientos que convergirán en el pensamiento de Urbano II cuando se dirige a Clermont. Por un lado, las noticias, interesadas o no, que presentan un ambiente hostil a lo que podríamos denominar la situación abierta de Jerusalén; la exposición de los embajadores bizantinos, que había calado profundamente en el corazón del papa; el sentimiento occidental, avivado desde el papado, de la recuperación de los Santos Lugares. Por otro lado, la inquietud expansionista de la Iglesia, una cierta intensificación de la emotividad religiosa, el belicismo inherente a la sociedad caballeresca, que también busca fuera de sus reinos condados o ducados, motivos de gloria... y de botín. Un último motivo: el éxito de la Reconquista contra los árabes por parte de los reinos cristianos. ¿Por qué no hacer algo semejante en Tierra Santa? Todos estos factores hacen decidir al papa, llegado a Clermont, que se debe dar un paso adelante. El recibimiento entusiasta que obtuvo el sermón que Urbano II dirigió a una gran masa de clérigos y laicos reunidos en un gran campo fuera de

la villa de Clermont le hizo entender que había acertado. (Sin embargo, el escenario, la gran multitud, tienen toda la pinta de ser algo preparado.)

Urbano II, un papa de origen francés, antiguo prior de Cluny, se había dirigido en noviembre de 1095 a Clermont, a unos setenta kilómetros al norte de París, para presidir un concilio de tipo regular, claramente francés, y que debía tratar esencialmente problemas de disciplina eclesiástica en el aire de la reforma gregoriana; una vez más se dictan normas sobre la simonía, sobre la investidura de clérigos por los señores laicos. El concilio también hace referencia, en dos cánones, a la paz de Dios y a la indulgencia plenaria que se promete a todos los que «irán a liberar la Iglesia de Dios en Jerusalén». Nada más. Será en el sermón posconciliar ya mencionado donde se lanzará la idea de la cruzada.

Urbano II, ante una gran congregación de gente, evoca «la desgracia de los cristianos de Oriente» y «conjura a los cristianos de Occidente a cesar en sus luchas fratricidas, a unirse para combatir a los paganos y a liberar a sus hermanos de Oriente». Sabe cómo enardecer al pueblo que lo escucha: «Comprometeos ya desde ahora; que los guerreros solucionen sus asuntos y reúnan todo lo que haga falta para hacer frente a sus gastos; cuando acabe el invierno y llegue la primavera, que se pongan en movimiento, alegremente, para tomar el camino bajo la guía del Señor». Acaba con palabras de Mateo (16, 24): «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame». Tomar la cruz, hacerse cruzado, son expresiones afortunadas y que ya no dejarán de resonar. La masa que lo escuchaba no le dejó ni acabar: al grito de Deus lo volt, `Dios lo quiere', bendijo popularmente la cruzada. Con este aire ingenuo los cronistas medievales nos han hecho llegar la proclamación del gran acontecimiento. El movimiento de tomar la cruz se extiende con rapidez, y ya los primeros tienen una buena idea: se hacen coser, a la espalda, una cruz de tela. Son los cruce signati.

Este entusiasmo popular sorprende a quien lo provocó: Urbano II intenta encarrilar el fervor ajustando sus efectos. Empieza poniendo limitaciones: los clérigos no pueden ir a la cruzada sin el consentimiento del obispo, los fieles sin el consejo del párroco, el recién casado sin la aprobación de su esposa. Ahora bien, quien haya hecho el voto de tomar la cruz, si no lo cumple será excomulgado. Durante ocho meses el papa irá predicando la cruzada por todo el antiguo territorio carolingio franco: en Limoges, en Angers, en Aquitania, en el Languedoc. Escribe cartas a los flamencos, a los normandos, a Inglaterra, a Génova; pero sobre todo se dirige a la nobleza francesa del sur del Loira, su lugar de nacimiento. Al mismo tiempo prepara la expedición: nombra a Ademaro de Monteil, obispo de Puy, legado papal de la cruzada.

Al lado de la prédica papal, dirigida principalmente a los nobles, se encuentra la prédica popular, que ha encontrado en Pedro el Ermitaño a su portavoz principal. Era éste un monje de cerca de Amiens, de quien Richard dice que fue «el más ilustre de los desconocidos». Pero Pedro no estará solo: por aquí y por allá, otros personajes que se denominan a sí mismos «profetas» urgirán el fervor de las masas hacia la conquista de Jerusalén. Éstas crearán la gran confusión de la Primera Cruzada: no llegarán ni a esperar las órdenes provenientes del papa, de los obispos, y emprenderán la marcha por su cuenta hacia el mes de abril de 1096, mientras que la cruzada «oficial» estaba prevista para el verano del mismo año. De una u otra manera llegarán a Constantinopla, después de haber vendido todos sus pobres bienes, cargando mujeres e hijos en carros tirados por bueyes. Serán dirigidos por Gualterio Sans Avoir probablemente un noble arruinado y por el mismo Pedro el Ermitaño. Los que primero padecieron la fuerza de su fervor cristiano fueron los judíos, las comunidades que hallaron a su paso, que degollaron a conciencia; su paso por Hungría se caracterizó por las rapiñas obligadas para subsistir, aunque en ellas muchos se dejaron la piel. Los cronistas han aportado cifras sobre la cantidad de personas que formaron parte de esta cruzada «popular», como siempre diversas y exageradas; Runciman, el gran estudioso de las cruzadas, considera que fueron unos 20.000.

La cruzada oficial tuvo como capitanes a Raimundo de Saint Gilles, conde de Tolosa, probablemente el hombre que ya conocía de antemano el pensamiento de Urbano II en el concilio de Clermont; a Godofredo de Bouillon, duque de la Baja Lorena, y a su hermano, Balduino de Boloña; a Hugo de Vermandois, hermano del rey Felipe I de Francia; a Roberto de Normandía y a Esteban de Blois. Los normandos en tierra italiana, Bohemundo de Tarento y su sobrino Tancredo, se añadieron a ellos cruzando directamente el Adriático.

La cruzada «de los pobres» o «salvaje» ocasionó no pocos quebraderos de cabeza a su llegada a Constantinopla: la ciudad tuvo que sufrir el pillaje en sus barrios exteriores y, en agosto, Alejo accedió, más que contento, a la petición de los cruzados de ser trasladados al lado asiático. Ya en tierra firme continuaron con la devastación de las villas cristianas, se enfrentaron a los turcos seljúcidas y fueron completamente derrotados por éstos (octubre de 1096); pocos volvieron, en barcos bizantinos, a Constantinopla, y podría decirse que aquí acabó la gesta de la cruzada popular.

Por estas mismas fechas empezaban a llegar a Constantinopla las primeras tropas cruzadas y, ya sin tregua, fue acudiendo el resto de cruzados detrás de sus capitanes. Las primeras dificultades aparecieron delante de las imposiciones del emperador bizantino. Alejo I quería que le prometieran fidelidad y que le prestaran juramento de que le devolverían todas las tierras que le pertenecían antes de la invasión turca y tendrían en feudo del emperador todas las otras tierras que pudieran conquistar. Todos se escabulleron del juramento como pudieron: Godofredo dijo que ya había prestado juramento ante el rey germánico; Raimundo de Tolosa manifestó claramente que él sólo tenía un señor, Cristo. Ante esta situación, Alejo les cortó el suministro de víveres. Finalmente se llegó a una especie de compromiso y los caudillos francos aceptaron en toda la documentación aparecida sobre los hechos de las cruzadas, las tropas occidentales serán siempre los «francos» combatir «bajo las órdenes del emperador», probablemente en una definición ambigua que ya les interesaba.

En mayo de 1097 bizantinos y cruzados se reúnen en tierras de Asia Menor y en junio siguiente obtienen la victoria de Nicea; se continúa avanzando hacia el este y el primero de julio otra derrota turca, en Dorilea, abre el camino de Anatolia a las tropas cristianas. Pasando muchas dificultades, el 20 de octubre se hallan delante de Antioquía. Mientras se realiza el asedio, ya surgen las primeras ambiciones territoriales de los cruzados, que, naturalmente, chocan con los intereses bizantinos. Balduino de Boloña hace un trato con los armenios, que quieren sacudirse de encima el dominio turco, y así se crea, más tarde, en el mes de marzo de 1098, el primero de los condados cristianos: Edesa. Ya podemos hablar de una primera ruptura entre Bizancio y los caudillos de la Primera Cruzada.

La segunda y definitiva ruptura vendrá más tarde, cuando, gracias a la traición de Firouz, un armenio convertido al islam y capitán de la guarnición de Antioquía, esta ciudad es conquistada por los cruzados el 3 de junio de 1098. La población fue pasada a degüello y según la Gesta Francorum «al atardecer del 3 de junio no quedaba turco alguno con vida en Antioquía; no se podía pasar por las calles sin pisar sus cadáveres, todos en descomposición por efecto del calor del verano. Pero Antioquía era nuevamente cristiana». Los cruzados se dedicaron a saquear las casas de la ciudad, independientemente de que fueran de ciudadanos cristianos o musulmanes. Las tropas cristianas se hicieron fuertes en Antioquía y resolvieron más tarde, el 28 de junio, su dominio, derrotando al caudillo del ejército seljúcida, Kerbogha. Ahora Antioquía pasaba a manos cristianas, pero todos querían hacerse con ella; por una parte, el emperador clamaba que «se la devolvieran», y por la otra, los cruzados estaban convencidos de que era un dominio propio, pero sin saber quién se la quedaría.

El que lo tenía peor era Alejo, el emperador bizantino, pero los otros luchaban entre ellos para hacerse con el poder, que prácticamente se disputarían Raimundo de Tolosa y el normando Bohemundo. En estos momentos se produce la muerte del legado papal, el padre

espiritual de la cruzada, Ademaro de Puy, víctima de una epidemia. Ademaro era quien más defendía a Raimundo, y con su muerte todos los triunfos pasan a manos de Bohemundo, que, también debe decirse, había estado al frente de las tropas en la batalla contra Kerbogha. Será él quien encabezará una carta dirigida a Urbano II rogándole que vaya a hacerse con «la sede cristiana fundada por san Pedro y que, como sucesor suyo, debe ser entronizado aquí». Era una fórmula para ganar tiempo ya sabían que el papa no viajaría a Oriente y también para apartar definitivamente las aspiraciones de Alejo. Bohemundo no recibe el dominio de Antioquía, pero ejerce de protagonista.

Todo el tiempo que queda hasta el 13 de enero de 1099, cuando el ejército cruzado toma la ruta hacia Jerusalén lo pasan los caudillos discutiendo aún sobre Antioquía. El 6 de junio entran en Belén y al día siguiente empiezan a asediar la Ciudad Santa, una Jerusalén fortificada pero carente de agua y con pocas armas para resistir. El asedio terminará el día 15 de julio, «después de unos días de ayunos purificadores, con una procesión alrededor de la ciudad y por el monte de los Olivos», como si, antes de entrar en Jerusalén, los cruzados hubieran recobrado su primer sentimiento de peregrinaje. Pero al entrar victoriosos en la Ciudad Santa se olvidaron de éste rápidamente: excepto el caudillo musulmán Iftikhar, que entregó a Raimundo de Tolosa «una gran suma de tesoros» a cambio de salvarse, no quedó ningún musulmán con vida en la ciudad de Jerusalén. Pero tampoco los judíos lo pasaron mejor; se reunieron dentro de la sinagoga principal y entonces fue fácil: la incendiaron y murieron todos quemados. Raimundo de Aguilers, cronista presencial, lo explica así: «Habiendo entrado los peregrinos en la ciudad, persiguieron y degollaron a los sarracenos hasta el Templo de Salomón, donde hubo tal carnicería que los nuestros caminaban con sangre hasta las rodillas... Los cruzados corrían por toda la ciudad arrebatando oro y plata, caballos y mulas, y haciendo pillaje en las casas que sobresalían por sus riquezas. Después, felices y llorando de alegría, se fueron a adorar el sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo, considerando saldada la deuda que tenían con Él». El historiador árabe Ibn al Athir precisa qué ocurrió en la mezquita Al Aksa: «... los francos degollaron a más de setenta mil (?) personas, entre las cuales había una gran cantidad de imanes y de doctores musulmanes, de devotos y de ascetas, que habían salido de su país para venir a vivir, en piadoso retiro, a los lugares santos». Guillermo de Tiro, que corrobora las afirmaciones anteriores, indica al día siguiente de la matanza: «Se ordenó sacar fuera de la ciudad todos los cuerpos de los sarracenos muertos, a causa del hedor extremo, ya que toda la ciudad estaba llena de sus cadáveres... hicieron pilas tan altas como casas: nadie había visto una carnicería semejante de gente pagana. Las hogueras estaban dispuestas como mojones y nadie, excepto Dios, sabía su cantidad».

Runciman dice que «la matanza de Jerusalén causó una profunda impresión en todo el mundo. Nadie puede decir cuántas víctimas hubo; pero Jerusalén quedó vacía de musulmanes y judíos. Incluso muchos de los cristianos quedaron horrorizados... Esta demostración de sed de sangre del fanatismo cristiano dio origen al renacimiento del fanatismo del islam». Después del desastre aterrador de la toma de Jerusalén, que nunca fue entendido como tal por los caudillos de la cruzada, hacía falta nombrar un gobernador para la ciudad. Ademaro, que habría sido quien hubiera podido coger las riendas de Jerusalén, estaba muerto; con las noticias sobre la enfermedad de Urbano II que moriría el 29 de julio, dos semanas después de la conquista de la ciudad, pero ignorándola no hay ninguna indicación que venga de Roma. El cargo recaerá en Godofredo de Bouillon, noble francés pero vasallo del emperador germánico, que había destacado mucho en la conquista de la Ciudad Santa. Persona sensible, aceptará únicamente ser nombrado el *Advocatus Sancti Sepulchri*, defensor consagrado al Santo Sepulcro, y rehusará «llevar la corona de rey, donde Cristo había llevado las espinas». Ningún tipo de escrúpulo tuvo su hermano cuando, a su muerte (1100), toma el título de Balduino I, rey de Jerusalén, haciéndose coronar en Belén en la Navidad del mismo año.

El reino de Jerusalén poseía como estados feudales menores el principado de Antioquía y los condados de Edesa y Trípoli, este último conquistado por Raimundo de Tolosa. A lo largo

de los primeros años del siglo XII habrá luchas constantes: todos juntos contra los bizantinos, entre ellos los mismos señores que forman los «Estados cruzados» y finalmente contra los musulmanes. Pero en este tiempo ya tiene lugar la fundación de los Templarios, con su primera acción en Tierra Santa, y convendrá tratarlo conjuntamente.

Para acabar esta especie de resumen del inicio de las cruzadas, con una simple pincelada de la primera, debemos hablar de otro factor que también incidió en las motivaciones del movimiento cruzado o que se mezcló con ellas. Nos referimos al papel que tuvieron los comerciantes. En primer lugar se debe decir que éstos ya estaban presentes en el Oriente Próximo mucho antes de la predicación de la cruzada: los venecianos mantenían relaciones estrechas con Bizancio y los amalfitanos estaban establecidos en diferentes puntos del Mediterráneo oriental gracias a su flota, que en el año 1077 era considerada la más poderosa del mar Tirreno. Estas dos ciudades, junto con pisanos y genoveses, aprovechando la aventura de los cruzados, dieron soporte al transporte y al avituallamiento de las tropas y todos salieron favorecidos por la concesión del establecimiento de *fondachi*, almacenes en los que se depositaban las mercancías con salida libre al puerto. Estos *fondachi* llegarían a ser unas auténticas colonias. Más tarde también estarán presentes los marsellese, que se instalan en San Juan de Acre en 1136, al mismo tiempo que la Corona de Aragón se movía por Siria y Egipto. Venecianos, genoveses y pisanos serán los que trabajarán al lado de los cruzados a lo largo de los siglos XII y XIII y en las poblaciones de Beirut, Antioquía, Tiro, Sidón, Acre, Jaffa, Ascalón, etc. Debemos esperar hasta la acción de los venecianos en la Cuarta Cruzada (1204) para poder indicar una clara motivación comercial, cuando realmente se confunden el sentido neto del deseo primigenio de los cruzados con la simple especulación mercantil. Precisamente la actuación de Venecia en aquellos momentos nos abre los ojos para que podamos entender el resto de la acción de los comerciantes en aquellos últimos años del siglo XI: a pesar del deseo o del interés de muchos historiadores en presentar las cruzadas como un paso adelante más de la fiebre mercantil que se desarrollaba en las regiones mediterráneas, bajo nuestro punto de vista no vemos nada claro que aquella haya sido un factor decisivo para la convocatoria de la cruzada. Es cierto que supieron jugar, después, con todas las posibilidades que la introducción de los guerreros occidentales les ofrecía, que colaboraron, y con mucho gusto, para que esta introducción tuviera éxito: la implantación cristiana en los territorios donde convergía la mayoría de las rutas que venían de Oriente sólo podía facilitarles el camino. Fueron unos colaboradores, podemos aceptar perfectamente que fueran unos colaboradores interesados, pero nos parece que es exagerar mucho tildarlos de inductores.

Trataremos las diversas cruzadas posteriores a la primera en la sección dedicada a la aventura de los Templarios en Tierra Santa, porque la historia de estas cruzadas será también la historia de los Templarios.

3. Así es como, con toda alegría y toda fraternidad, en el sentido mismo de la plegaria del Maestre Hugo, a quien la caballería de Cristo debe su nacimiento, nosotros nos hemos reunido en asamblea en Troyes viniendo de diversas provincias de allende los mares, bajo la guía de Dios, con la gracia del Espíritu Santo, para la fiesta solemne de san Hilario, en el año 1129 de la Encarnación del Hijo de Dios, año noveno después del inicio de dicha orden de caballería. Y nosotros pudimos entender, de la boca del susodicho Maestre Hugo, los diversos capítulos sobre las maneras y las observancias de la orden de caballería y, según el modesto entendimiento de nuestra ciencia, nosotros loamos lo que nos pareció bueno y provechoso, y rechazamos lo que nos pareció inútil.

Regla Primitiva de los Pobres Soldados de Cristo.

II.- LA ORDEN DEL TEMPLE

I.- FUNDACIÓN Y CONFIRMACIÓN

Una de las realidades destacadas que nacieron de la acción de las cruzadas fue la fundación de los órdenes religiosomilitares. Las más importantes fueron los Hospitalarios, los Templarios y los Caballeros Teutónicos. Fueron una consecuencia de ellas, pero también una necesidad: sus funciones originarias de mantener expeditos los caminos y de ayudar a los peregrinos se vieron claras después de la toma de Jerusalén por los cristianos. Sin embargo, debe decirse que los predecesores de la orden del Hospital ya estaban instalados en Tierra Santa mucho antes de que las fuerzas cristianas conquistaran buena parte de Palestina y de que el Reino de Jerusalén fuera una realidad política. Estos antecesores de los Hospitalarios, como vulgarmente sería conocida la orden, se habían establecido modestamente en Jerusalén, probablemente antes de 1055: sabemos que en 1070 había un hospital, un lugar de acogida para los peregrinos pobres que se desplazaban a Tierra Santa. Fueron los mercaderes amalfitanos quienes promovieron este albergue y, con el permiso del gobernador egipcio, unos monjes adscritos a la regla benedictina levantaron el establecimiento dedicado a san Juan Limosnero, en memoria del patriarca de Alejandría del siglo VII. Debemos notar el buen sentido que presidía las relaciones entre cristianos y musulmanes fatimitas: delante de la concesión del gobernador, los amalfitanos pusieron el hospital bajo la protección de un cristiano, pero de tierra egipcia.

En un primer momento, pues, se trató de una orden benedictina que dependía de las autoridades benedictinas de Palestina y era sufragada por los mercaderes amalfitanos. A partir de la toma de Jerusalén, en la que colaboraron informando en todo momento sobre las características locales, recibieron ayuda de parte de los nuevos gobernantes francos, al mismo tiempo que muchos peregrinos y cruzados entraron a formar parte de la orden primitiva, hasta llegar a desprenderse de la regla benedictina y crear la orden del Hospital (probablemente en una fecha cercana a 1113). Y se cambió de patrón: de san Juan Limosnero se pasó a san Juan Evangelista. Finalmente se pensó que además de ocuparse de la acogida se debía ayudar a mantener los caminos hacia Jerusalén abiertos a la peregrinación; entonces los caballeros se incorporaron a esta labor. Los Hospitalarios llevaban una cruz blanca sobre el vestido oscuro y ya desde un principio se aplicaron a su tarea con esmero: cuando Juan de Wirzburg visita Tierra Santa en el año 1135 reseña que «el hospital anexo a la iglesia de San Juan tenía capacidad para acoger a 2.000 personas, en un edificio de 64 pilares y 124 columnas de mármol». Iremos encontrando a los Hospitalarios a lo largo de nuestra historia; no en vano fue la orden rival de los Templarios y muchas veces esta rivalidad no fue positiva.

Cuatro líneas sobre la orden de los Caballeros Teutónicos. A mitad del siglo XII había un hospital en Jerusalén para acoger a los peregrinos alemanes. Se supone que en 1187, con la conquista de Saladino, desapareció. Tres años más tarde mercaderes de Brema y Lübeck fundaron en Acre un nuevo hospital, y, más tarde, los príncipes alemanes decidieron transformar el establecimiento en una orden monástico-militar, la de Hermanos de la casa del Hospital de los Alemanes de la Virgen de Jerusalén. Para diferenciarlos de las otras órdenes existentes, y especialmente de la del Hospital, la gente los llamó Teutonici (Teutónicos). La orden fue confirmada en 1199 por Inocencio III y construyó castillos y establecimientos, los más importantes los de Montfort y Torun. A partir de los años 1210-1230 su acción se desarrolló principalmente en la Europa oriental, dedicándose a la conquista y la cristianización de las tribus establecidas más allá del Vístula.

A pesar de la existencia anterior de los Hospitalarios, la persona que tuvo la idea de que los caballeros fueran al mismo tiempo religiosos y militares fue Hugo de Payns. El fundador de los Templarios vio clara desde un principio esta doble función, la más práctica para mantener el paso franco a Tierra Santa. Por lo tanto, el cambio de orientación de los Hospitalarios se produjo después de la fundación de los Pobres Caballeros de Cristo, el nombre ya indicado de los primitivos Templarios.

Templarios y Hospitalarios son fruto, en expresión de Sans i Travé referida a los primeros, «de todo aquel conjunto de circunstancias que determinaron las primeras Cruzadas a Tierra Santa, y que motivaron la creación del Reino de Jerusalén... Sin el movimiento de peregrinos que propició la nueva situación, sin la precariedad política y la impotencia militar del nuevo reino, difícilmente se habría dado allí el nacimiento de la orden del Temple». Todo nos lleva hacia una dirección: era preciso asegurar la posibilidad del peregrinaje y colaborar con los nuevos gobernantes para mantener seguros los caminos. Hay una paradoja aparente: si durante el dominio fatimita, según muchos incluso bajo el gobierno turco, había habido una peregrinación más o menos fluida, ahora que los cristianos son los dueños de buena parte de Tierra Santa, ¿por qué surgen más dificultades que antes? Hay que matizar. En primer lugar, una cosa era que los peregrinos pudieran viajar a Jerusalén pagando el tributo al musulmán de turno por la visita, y otra es que el viaje fuera como una especie de forfait de nuestros días. Emboscadas, pillajes e incluso asesinatos estaban a la orden del día en el largo viaje por tierras dominadas por los seguidores del islam: peregrinar a Tierra Santa siempre fue una aventura. Otra cosa era la situación presente: quizá se había eliminado la acometida musulmana, pero la tranquilidad estaba lejos de dominar Tierra Santa; las luchas, suficientemente tratadas en el capítulo anterior, de todos contra todos, no presentaban como un viaje fácil el tránsito por Palestina. Jerusalén era una ciudad dominada por los cristianos, pero era una meta difícil de conseguir. Y un hecho determinante: ahora, con la conquista del territorio, podía existir esta especie de policía, imposible de imaginar bajo el dominio sarraceno.

Todo esto lo tenían muy presente Hugo de Payns y Godofredo de Saint Homer cuando, probablemente en el año 1120, decidieron fundar los Pobres Caballeros de Cristo, con el deseo de asegurar sus servicios a todos los que visitaban Tierra Santa. Hicieron los votos tradicionales: de castidad, pobreza y obediencia, pero añadieron un cuarto voto, el de defender los Santos Lugares y ayudar a los peregrinos con las armas. Por primera vez aparecía el ideal global del caballero que defendía Ramon Llull: el monje militar. No hace falta decir que la iniciativa recibió el apoyo de los estamentos implicados: el patriarca de Jerusalén, en nombre de la Iglesia, aprobó canónicamente la nueva orden, y Balduino II, rey de Jerusalén, acogió la propuesta con alegría: veía la posibilidad de tener una fuerza militar al servicio de la seguridad, no solamente de los peregrinos, sino de su propio reino. Balduino II concedió derechos y privilegios a los «pobres caballeros», les dio alojamiento en su propio palacio, de hecho la mezquita Al Aksa, pero que estaba incluida en el perímetro en que, muchos siglos atrás, se había asentado el templo de Salomón. De ahí que se los llamara los caballeros del Temple, y vulgarmente, los Templarios. Cuando Balduino abandonó la mezquita para ir a instalarse en la torre de David, todo el espacio fue ocupado por la nueva cofradía, por la nueva orden. Desde entonces la orden del Temple considerará como su casa fundacional este Templum Salomonis que figurará en su sello.

Hugo era originario de Payns, en la Champaña francesa, igual que su compañero Godofredo de Saint Homer. Con ellos estaba Andrés de Montbard, tío del abad de Claravall, Bernardo, y otros seis fundadores cuyo nombre ignoramos. Sí que conocemos a los dos otros nobles que muy pronto se unieron a la aventura de los Templarios: Foulques de Angers y Hugo, conde de la Champaña. Como ya habíamos indicado antes, ésta es una iniciativa francesa, más bien franca, y debemos anotar desde este momento los vínculos personales que existían con quien sería su mayor valedor dentro de la esfera de la Iglesia: san Bernardo.

Los primeros compañeros recibieron toda la ayuda de Balduino, pero comprendieron que era más simbólica que otra cosa y de ahí que creyeran que les hacía falta un apoyo más importante: el del Occidente cristiano. Por lo tanto era importante dar a conocer su orden a las dos partes que podían hacer mucho para que la aventura de los Templarios tuviera éxito: la de Roma y la de los reinos cristianos. Es con esta esperanza con la que en el año 1127, aunque parece más probable el 1128, Hugo de Payns y cinco caballeros más se embarcan y ya en Roma visitan al papa Honorio II para solicitarle su reconocimiento oficial; por otra parte

recurren a Bernardo de Claravall, que no les fallará. Entre uno y otro consiguen convocar un concilio en Troyes no nos movemos de la Champaña, la región de Payns y de san Bernardo para establecer, para regular, los detalles de la organización de los Templarios: nunca ningún tipo de orden tuvo un apoyo tan solemne.

El concilio, presidido por el legado papal, Mateo de Albano, inició sus sesiones el 13 de enero de 1129. Pero antes, Hugo de Payns y sus compañeros habían trabajado con ahínco para que los asistentes conocieran a fondo la tarea desarrollada en pocos años por los Templarios y, sobre todo, el trabajo que aún podían hacer. La sesión inaugural contaba con la presencia de las dignidades regionales afines, los arzobispos de Sens y Reims, los obispos de Troyes y Auxerre y muchos abades, entre los que no podía faltar Esteban Harding, abad de Citeaux, pero con la inexplicable ausencia del otro abad cisterciense, Bernardo. Ya había llevado a cabo el trabajo importante, hacer posible el concilio, y, listo como el hambre, prefería mantenerse un poco al margen: por si acaso...

Hugo de Payns expuso al concilio los orígenes de la orden y la tarea que estaban desarrollando los Templarios en Tierra Santa. También les presentó la regla que san Bernardo les había escrito y pidió al concilio el apoyo general de la Iglesia y la aprobación particular de la regla. Después de ligeras modificaciones ¿quién habría osado enmendar la plana a Bernardo de Claravall en aquellos momentos? la regla fue adoptada por el concilio. Esta regla original no nos ha llegado; conocemos, sin embargo, la regla que más tarde hizo Esteban de Chartres, que fue patriarca de Jerusalén (1128-1130), que se denomina Regla Latina, cuya versión francesa apareció en 1140, hecho que aseguró su difusión. Esteban, desde Jerusalén, mucho más lejos de Claravall que Troyes, se atrevió a corregir a Bernardo de Claravall. Analizaremos la regla en el capítulo siguiente, ya que a través de su redacción hallaremos todo el espíritu que movía a estos caballeros, e intentaremos descubrir la difícil conjunción de los anhelos militares con los religiosos.

Ya hemos visto que Bernardo de Claravall fue un elemento decisivo para que la orden tuviera un recibimiento universal, es decir, en todo el Occidente cristiano. Pero el abad de Claravall hizo algo más. Poco tiempo después de finalizar el concilio envía una carta fórmula literaria muy utilizada por san Bernardo a Hugo de Payns, «caballero de Cristo y Maestre de su milicia, Bernardo de Claraval, abad sólo de nombre: lucha en noble combate». La carta es conocida como el «Elogio de la nueva milicia» y fue también fundamental para la expansión que la orden del Temple tendría en todos los reinos cristianos. Según dice san Bernardo en las frases introductorias, «Una y dos veces, hasta tres, me has pedido, amadísimo Hugo, que escriba para ti y tus compañeros un sermón exhortatorio». Fue pues a petición del fundador del Temple que se escribió el sermón en forma de carta. El contenido de este escrito nos ayudará también a penetrar en el pensamiento de la Iglesia sobre la tarea de la «nueva milicia», al mismo tiempo que nos descubrirá, no sin sorpresa, algunos aspectos que se refieren a «muchos», en palabras del autor, de los caballeros.

Empieza indicando que nos hallamos ante un hecho insólito: «Nunca se ha conocido nada igual: el combate contra los hombres de carne y hueso, y contra las fuerzas del mal... Que una misma persona se ciña la espada, con valentía, y destaque por la nobleza de su lucha espiritual, debemos admirarlo como algo totalmente inusitado». Tiene interés en valorar su entrega hasta la muerte: «Si son felices los que mueren en el Señor, ¿no lo serán mucho más los que mueren por el Señor?», y se extiende ampliamente en todos los razonamientos sobre el morir y el matar por Cristo; este último aspecto «no implica sentido criminal alguno y en cambio reporta una gran gloria. Además consiguen dos fines: muriendo, sirven a Cristo, y matando, el propio Cristo se les entrega como premio». Reincide de manera abusiva en estos criterios, de tal manera que llega un momento en que debe reflexionar sobre «la licitud del cristiano de herir con la espada». Pero lo resuelve rápidamente: Jesús «nunca condenó el servicio militar», y por lo tanto, si no hay condena, hay permisión. Que el santo no acaba de verlo claro se nota en la

cantidad de citas sacadas del Nuevo y Antiguo Testamento que avalan su pensamiento en el capítulo III de la carta, versículos 5 y 6, y también en la especie de advertencia final de este capítulo: el miedo hacia «una interpretación literal que vaya contra su sentido espiritual».

A continuación presenta el ideal de la vida de los caballeros Templarios. No se trata de explicarles cómo debe ser su vida religioso-militar, sino de darla a conocer a todo el mundo; se ve claro, pues, que si bien la carta va dirigida a Hugo de Payns, su verdadero destinatario es el mundo. Los Templarios observan una rígida disciplina «tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra», se «visten con lo que les dan y no buscan comida ni vestidos por otros medios». «Viven en comunidad, sobrios y alegres, sin mujeres ni hijos.» «No juegan al ajedrez ni a los dados; aborrecen la caza tanto como a los bufones, los magos y los juglares.» «Se tonsuran el cabello, se bañan raramente, descuidan su peinado, van cubiertos de polvo, negros por el sol que los abrasa.» Cuando llega el momento del combate «anhelan la victoria, no la gloria; quieren ser más temidos que admirados; perfectamente organizados para la batalla, esperan la victoria del poder del Dios de los Ejércitos». «Son más mansos que los corderos y más feroces que los leones porque saben compaginar la mansedumbre del monje con el carácter intrépido del soldado.»

Viven en otro Templo, muy diferente del templo lujoso de Salomón. Por las paredes sólo hay escudos y por todas partes «bridas, monturas y lanzas». De la misma manera que los mercaderes fueron expulsados del Templo, «han echado violentamente fuera de los Santos Lugares toda la inmundicia de la infidelidad satánica y ahora se entregan noche y día a ocupaciones provechosas». Sobre el origen de los caballeros que se han convertido en Templarios, he aquí la sorpresa de que hablábamos antes: «Son muy pocos los que antes no habían sido unos malvados e impíos: ladrones y sacrílegos, homicidas, perjuros y adúlteros». Por esto mismo su conversión da paso a «la doble satisfacción que se produce: para los de su entorno, porque parten hacia Tierra Santa, y para los Templarios porque los necesitan; para los unos, porque los defenderán, para los otros, porque se los quitan de encima. En su patria pierden con satisfacción a los más crueles devastadores; en Jerusalén acogen con gozo a unos fieles defensores».

Los últimos capítulos están destinados a glosar los Santos Lugares, las ciudades reverenciales. No interesan desde el punto de vista del conocimiento que nos pueden aportar sobre los Templarios, aunque son unas bellas páginas que nos documentan sobre la idea que se tenía de Tierra Santa; esto no significa, sin embargo, que nos den a conocer la «realidad» de unos itinerarios y de un país.

2.- LA REGLA

«La regla de los pobres soldados de Cristo y del Templo de Salomón», tal como reza el encabezamiento de la regla primitiva, también conocida como Regla Latina, está dividida en dos partes. La primera, llamada prólogo, y la segunda, la formada por los artículos, bajo el epígrafe: «Aquí empieza la Regla de los pobres soldados de la Santa Trinidad».

El prólogo está dirigido a todo el mundo, a «todos los que deseen servir con corazón puro al verdadero Rey Soberano». Tiene palabras duras contra «la orden de la caballería que desprecia el amor de la justicia, no defendiendo a los pobres ni a las iglesias... prefiriendo robar, despojar y matar». Inmediatamente pasa a explicar el nacimiento de la orden gracias a «la plegaria de maese Hugo», así como su confirmación en el concilio de Troyes, «en la festividad de san Hilario», donde se «alabó lo que era bueno y provechoso, y se rechazó lo que pareció inútil». Se añade la larga lista de los padres conciliares, empezando por «Mateo, obispo de Albano, legado por la gracia de Dios de la santa Iglesia de Roma». También se

anota la presencia de nobles laicos: «el conde Thibaud, el conde de Nevers y Andrés de Baudemant». Con todos ellos, los Templarios: el Maestre Hugo y los «hermanos que lo acompañaron: el hermano Godofredo, el hermano Roldán, el hermano Bissot, el hermano Pagano de Montdidier y el hermano Saint Amand». El prólogo termina indicando que este dictamen, adoptado por el concilio, se ponga por escrito y que «sea firmemente observado». Todo él debe estar en la «línea del fundador, que es más suave que la miel». Y que pueda «servir para la infinidad de los siglos. Amén».

La segunda parte, la regla propiamente dicha, consta de 72 artículos, algunos de ellos muy breves. Para subrayar su espíritu religioso, los primeros artículos están destinados a fijar las obligaciones espirituales de los caballeros. De esta manera se empieza con la obligación de la asistencia a maitines y al oficio divino: «Saciados y fortificados por el cuerpo de Cristo, nadie debe temer ir a la batalla, aunque debe estar preparado para la corona del sacrificio». Si, por el motivo que sea, no se puede asistir a misa, se deben rezar, «de viva voz», trece padrenuestros por maitines; para las otras horas del día, siete oraciones, y nueve más para las vísperas. Se expresa con minuciosidad el oficio que se debe hacer por los hermanos difuntos: «Los hermanos pasarán toda la noche en oración... y dirán cien oraciones durante los siete días siguientes a la defunción». La ofrenda que se espera del caballero es la de sí mismo: «Ya que Cristo sacrificó su vida por mi salvación, yo debo estar dispuesto a dar la vida por mis hermanos». No hace falta oír toda la misa de pie: «No os lo recomendamos, más bien lo censuramos». Intentando frenar una ascesis exagerada, se indican los momentos en que se debe estar sentado y los momentos en que se debe estar de pie: «Os invitamos a cantar el salmo Venite, exultemos Domino sentados... y a levantaros durante la lectura del Evangelio».

Siguiendo los preceptos monásticos, se establece la comida en común, en el refectorio, donde se leerá «la Sagrada Escritura durante todo el tiempo que dure la comida y la cena». Es suficiente «comer carne tres veces por semana, pero si uno de los días es el martes de ayuno, en que no se puede comer carne, al día siguiente se puede comer abundantemente». El domingo comerán «dos platos de carne, los caballeros y los sacerdotes; los escuderos y los sirvientes se contentarán sólo con uno, dando gracias a Dios». Por otra parte «parece justo que cada hermano o soldado reciba la misma medida de vino». El resto de días de la semana que no se sirve carne «parecen suficientes dos o tres platos de legumbres o de sopa». Los viernes, desde la festividad de Todos los Santos hasta Pascua, se dará «una alimentación de cuaresma a toda la congregación», que equivale a una sola comida diaria. Después de las comidas, «en la iglesia si está cercana o en el mismo lugar, los hermanos darán gracias con humildad... y las sobras de pan se darán a los sirvientes y a los pobres, pero los panes enteros serán conservados». Al llegar la noche, se reunirán todos para las completas y «tomarán una colación general, al arbitrio del Maestre, juzgando si se debe dar agua o, con moderación, vino». Después de esto se deberá respetar el silencio e ir a dormir. Cada uno debe tener su lecho, con un saco, una sábana y un cubrecama. Dormirán «vestidos con camisa y calzón».

Los vestidos deben ser de un solo color: blanco, negro o «tal como se dice, buriel [de color rojo, entre negro y leonado]; los caballeros deben llevar una capa blanca, tanto en invierno como en verano, ya que han abandonado una vida de tinieblas... el blanco, símbolo de pureza y de castidad». Más tarde, en tiempos del papa Eugenio (1145-1153), se cosieron la cruz roja sobre sus hábitos: el rojo del martirio sobre el blanco de la inocencia, «para que este signo triunfal les sirva de escudo y nunca se echen atrás ante ningún infiel». Los vestidos no pueden ser arrogantes ni ostentosos, «el intendente dará a cada hermano el vestido que precise, ni demasiado largo ni demasiado corto, justo a su medida». Cuando reciban un vestido nuevo deberán entregar el viejo, «que será dado a los escuderos y a los sargentos y, a veces, a los pobres». Pero los escuderos y los sargentos no pueden «llevar vestidos blancos, ya que sería un gran perjuicio. Que vayan vestidos de negro y, si no pueden encontrar ropa de este color, que sea de uno solo y barata, es decir de color buriel». Los caballeros no podrán llevar otro tipo de vestido sobre la capa blanca; «sólo se les autoriza a vestirse, si hace frío, con pieles de

cordero o de carnero». En verano, a causa del calor que «hace en Oriente, los caballeros pueden vestir camisa de tela, desde Pascua a Todos los Santos». Los Templarios deben llevar la cabeza afeitada, tonsus, para que «se reconozca la regla permanentemente; no hay inconveniente alguno en que lleven barba y bigote».

Cada hermano no puede tener más que tres caballos y un solo escudero, y si éste «lo es por espíritu de caridad, no puede ser castigado por las faltas que cometa». Todos los caballeros que deseen entrar en el Temple deben aportar «un caballo, armas y todo lo que les sea necesario». A su llegada se valorará «el precio del caballo y se pondrá por escrito para que no se olvide». Las demás cosas necesarias le serán dadas «al caballero, al escudero y a los caballos según los recursos de la Casa, con un sentido de caridad fraterna. Si debe regresar a su país, que deje la mitad del valor del caballo al Temple y la otra mitad, si quiere, la recibirá como un don de sus hermanos».

Los caballeros deben observar «una obediencia sin fisuras hacia su Maestre». En este sentido nunca podrán ir a Jerusalén sin su permiso, a no ser que «vayan de noche a orar al Santo Sepulcro». No pueden desplazarse solos por los caminos y, en campaña, «ningún caballero, escudero o sargento puede ir al campamento de otro caballero para verlo o hablar con él». Ningún hermano del Temple comprará caballo alguno, arnés o armas. Si de verdad los necesita «que vaya a ver al Maestre y le exponga su caso». Se prohíbe que los hermanos lleven oro o plata «en sus bridas, armaduras, espuelas y estribos». No hace falta tener forros para el escudo y la lanza, «ya que son más bien perjudiciales». Sin la autorización del Maestre, el hermano «no puede recibir cartas de nadie, ni de sus padres; una vez autorizada, si el Maestre lo considera conveniente, la carta será leída en su presencia». Debe vigilarse que entre los caballeros no arraigue el hábito de las conversaciones mundanas: «Prohibimos que nadie explique los desenfrenos de la carne cometidos con mujeres sumisas; si alguien empieza, hágasele callar inmediatamente». Ningún caballero debe tener bienes propios de ningún tipo. Se prohíbe la caza con halcón: «la caza de aves mediante otra ave». En general se recomienda no cazar, aunque se permite hacerlo cuando se trate de leones, «que son los enemigos de la Virgen María».

Los caballeros del Temple, que «mezclan la vida religiosa y la vida militar, pueden matar a los enemigos de Cristo sin culpabilidad». Si los hermanos casados piden entrar en la cofradía «permitamos su recibimiento si, a su muerte, nos conceden una parte de sus bienes y la totalidad de lo que hayan adquirido entre tanto; pero nunca podrán vestir la capa blanca. Si el marido muere primero, los hermanos se quedarán con la parte de sus bienes; consideramos que no deben habitar en la misma casa que los que hayan hecho voto de castidad». Sintiéndolo mucho, no pueden admitir a las hermanas de los caballeros «ya que es un gran peligro, el diablo toma la apariencia de una mujer». Para el buen recibimiento de un postulante a caballero la regla debe «ser leída en su presencia; si acepta, y si el Maestre y los demás hermanos están dispuestos a recibirlo, que exprese su voluntad y deseo». Después pasará a una suerte de noviciado bajo el cuidado del Maestre. Se pueden reunir en asamblea siempre por decisión del Maestre, que, «después de escuchar el consejo de todo el capítulo, decidirá lo mejor y más provechoso».

Los escuderos y los sargentos, un término que engloba a los sirvientes, pueden ser recibidos durante el tiempo que determinen, «aceptándolos con confianza para la salvación de su alma». No así los niños; «que quien cuide de ellos asegure su mantenimiento hasta que lleguen a la edad de llevar las armas contra los enemigos de Cristo». Los hermanos que deben ir hacia las diversas provincias deben esforzarse en mantener la regla, sobre todo en lo relativo al «consumo de vino y carne, para dar una buena impresión a la gente del exterior». Si un hermano comete una falta leve, que «lo exponga al Maestre, que sabrá cómo hacérsela expiar». Si la falta es grave, «que se retire de la compañía de los hermanos, que coma solo y que se someta al juicio y la misericordia del Maestre». Los hermanos «huirán, como de la

peste, de la rivalidad, la envidia, los celos, la calumnia, las murmuraciones y la maledicencia». Finalmente, en el artículo 72, el último, se advierte contra una «cosa peligrosa para una comunidad religiosa: el encanto de las mujeres. No se puede abrazar a mujer alguna, ni viuda, ni virgen, ni madre, hermana o amiga. Que la caballería de Cristo rehuya el besar a las mujeres, por quienes a menudo los hombres están en peligro».

He aquí, a grandes rasgos, el contenido de la regla primitiva. Con el tiempo, nuevas regulaciones debidas al éxito mismo de la orden irán configurando nuevos elementos que deberán ser añadidos a la primera regla. Por ejemplo: la bula *Omne Datum Optimum*, concedida al Maestre Roberto de Craon, «nuestro apreciado Roberto», el 29 de marzo de 1139 por el papa Inocencio II. En ella se establece la creación de los hermanos sacerdotes para servir a la orden; pero en realidad lo que se fija es la emancipación de los Templarios de cualquier autoridad eclesiástica: a partir de este momento, sólo dependerán de la autoridad del papa, siendo responsables delante de él, del Maestre y de su capítulo. No hace falta decir que esta decisión no fue bien recibida por la mayoría de los obispos, en especial por los que tenían sede en Tierra Santa: Guillermo, arzobispo de Tiro, a quien debemos una gran información histórica, siempre mirará a los Templarios con recelo y los criticará constantemente. Otro aspecto que tampoco agrada a los obispos es la exención de los diezmos, aunque no era ninguna novedad: la orden cisterciense también gozaba de este privilegio. La exención era general, tal como consigna la bula: «Nos os permitimos quedaros con todo el botín que toméis de los sarracenos, sin que nadie tenga derecho a reclamaros parte alguna». Otro aspecto tratado en la bula es la permanencia de la Casa central en Jerusalén: «Ninguna Casa, excepto la que vuestra orden estableció en el origen, puede ser soberana o principal». También se permite a la orden la construcción de oratorios, «ya que es indecente y peligroso que los hermanos, yendo a la iglesia, se tengan que mezclar con la turba de pecadores y de frecuentadores de mujeres»; una decisión papal que enojó mucho a la jerarquía eclesiástica; fruto de este descontento, expresado en Roma, surgió la necesidad de confirmarlo en otra bula, la *Militia Dei* del año 1145, ratificando el derecho de los Templarios a la construcción de oratorios. Todo tenía un razonamiento final: simples cuestiones de dinero. Con los oratorios, porque muy pronto se llenaban de otras gentes y dejaban vacías y sin limosnas las iglesias parroquiales; con las donaciones a los Templarios, de las que los obispos reclamaban un tercio; con la reclamación de los derechos de «sepultura» que consideraban que les correspondían de los que querían ser enterrados en los cementerios de los Templarios, provocando un malestar evidente por la oposición del clero local, a veces violenta, al entierro...

Entre los años 1140 y 1147, probablemente más cerca del primero que del segundo, tiene lugar la traducción al francés de la Regla Latina. Pero no se trata de una simple traducción; también hay incorporaciones, cambios y supresiones. Por ejemplo: ahora ya no se habla de noviciado; en la regla primitiva se decía que se podía llevar barba y bigote; ahora se recomienda firmemente; en el refectorio, a la hora de las comidas, ahora «se pueden pedir suavemente y privadamente las cosas necesarias de la mesa», ya que los hermanos no conocen los signos que se hacen otros monjes para pedir un trozo de pan, leche, etc., «y no es necesario que los aprendan». Cuando se habla de los sacerdotes, ahora se añaden «sacerdotes y clérigos sirviendo a plazos a la caridad». Antes eran simples «sacerdotes al servicio del orden», ahora son hermanos sacerdotes, o sea que la traducción francesa incorpora el contenido de la bula de Inocencio II de 1139 y, por lo tanto, es de redacción posterior a esta fecha.

Podríamos completar nuestro conocimiento de las cuestiones implicadas en la regla mediante el estudio de los llamados «Retraiss», una especie de estatutos probablemente escritos en los años precedentes a la batalla de Hattin, en 1187, bajo el magisterio de Beltrán de Blancfort. Pero como son la fuente más original de que disponemos para conocer la organización de los Templarios, los trataremos en el capítulo siguiente.

3.- LA ORGANIZACIÓN

Desde su fundación, la sede de la orden se halla en Jerusalén. De hecho, la Casa madre siempre estará en Oriente; cuando, por la necesidad imperiosa de las victorias musulmanas, se deberá abandonar la Ciudad Santa, se establecerá la sede en San Juan de Acre y, en el año 1291, habiendo perdido los Estados Cruzados, no se establecerá en Occidente, sino que dará un salto hacia Chipre, lo más cerca de Tierra Santa que se pudo.

En Jerusalén, pues, se halla el centro rector de toda la orden y ya hemos visto que el papa hace de ello una obligación. En esta Casa central hay toda una jerarquía, medio monacal, medio militar. Como un abad, el Maestre dirige el Templo. (En algunas publicaciones se habla de Gran Maestre, probablemente para distinguirlo de los maestros provinciales, como se hace en las bulas papales, pero en los escritos de la época se habla siempre del Maestre, y en los libros modernos sobre los Templarios se tiende a utilizar sólo este nombre, sin adjetivo, que es la opción que nosotros hemos elegido. Otra precisión: no hay unanimidad en cuanto a escribir Orden, con mayúscula, o simplemente orden; nosotros lo haremos siempre con minúscula, pero en las reproducciones de citas antiguas o modernas respetaremos el criterio del autor.) Jefe de la cofradía, abad soberano, pero siempre sometido a la decisión del capítulo, «todos los hermanos deben obedecer al Maestre y el Maestre debe obedecer a su convento». Es un criterio claramente copiado de la orden cisterciense y del espíritu feudal del vasallaje, donde, recordémoslo, una de las obligaciones del vasallo era «aconsejar a su señor». El consejo vendrá de parte de «ciertos» hermanos, escogidos según el asunto del que se trate. Si hay que prestar dinero, dependerá de la cantidad; puede decidirlo uno solo, con el consejo de unos cuantos hermanos o de buena parte de ellos. Lo mismo pasa en cuanto al nombramiento de dignatarios provinciales: cuanto más importante es la provincia, tanto más amplia es la consulta.

Después del Maestre está el senescal, que puede reemplazarlo durante su ausencia. El senescal se ocupa de la organización interna de la orden y del avituallamiento. A su misma altura, y a veces con mayor importancia, hallamos al mariscal, que vela por la disciplina interna y por todo lo que se refiere a animales y a armas, tanto su mantenimiento como su adquisición. Su importancia aumenta durante las campañas militares, ya que en tiempos de guerra es el jefe: «Toda la gente armada está a las órdenes del mariscal cuando están en batalla». Tenemos además el cargo de submariscal, ocupado por un sargento, el de turcoplier, que dirige un tipo de caballería ligera al estilo turco, armada con arco, y el gonfaloniero, que se ocupa de los escuderos. Dentro de la organización interior, el pañero, cuya responsabilidad se centra en el atavío de los hermanos y que está a las órdenes del comendador.

Después del mariscal y del senescal vienen los comendadores. El comendador de la Casa asume las funciones de tesorero de la orden. Todo lo que se recauda «allende y aquende los mares» pasa por sus manos. También es el receptor del botín general, excepto de los animales y las armas, que van a parar al mariscal. Es el contacto con las otras casas de Occidente y ayuda a distribuir a los Templarios por las diversas casas. Existe también el cargo de comendador de Jerusalén, que se ocupa de la atención a los peregrinos.

Muchos de estos dignatarios formaban parte del capítulo, que se reunía semanalmente en las encomiendas locales y anualmente en las provinciales, mientras que había capítulo general cada cinco años en Tierra Santa. Reunir el capítulo general era complicado, y por esto no se podía congregarse para una decisión tan importante como la de elegir nuevo Maestre. En esta elección sólo participaban los Templarios que estaban en Tierra Santa, aunque estuvieran de paso o de visita. El sistema de elección, a la muerte del Maestre, era curioso: el mariscal convocaba a todos los dignatarios que se hallaban en Tierra Santa; se designaba un gran

comendador que disponía la reunión del capítulo; el capítulo nombraba al commendador de su elección, quien elegía a otro hermano que sería su compañero. «Estos dos elegirán a dos más, y ya serán cuatro; y estos cuatro, a otros dos, y ya serán seis», y así hasta reunir a doce, en honor de los doce apóstoles. «Estos doce elegirán a otro más, un hermano sacerdote, para que ocupe el lugar de Jesucristo. Y entre estos trece debe haber ocho hermanos caballeros, cuatro hermanos sargentos y el sacerdote. Y que sean de naciones y países diversos, para mantener la paz de la Casa.» Estos trece serán los electores del nuevo Maestro. Normalmente se elige a una persona con larga experiencia dentro de la orden.

Hemos visto que había un commendador general. En cada provincia también había uno, ejerciendo las funciones de jefe, que según su importancia recibía el nombre de Maestro; cada casa tenía su commendador; también estaban los castellanos, que cuidaban de los castillos de la orden; unos y otros estaban bajo las órdenes del commendador provincial. Bajo el commendador de casa estaban los administradores de los dominios rurales, tarea encomendada a los sargentos.

Como puede verse, la orden, centrada en Jerusalén, se organiza por provincias. En Oriente hay tres: la misma de Jerusalén, la de Trípoli y la de Antioquía; en cierta manera siguen la estructura de los Estados Cruzados, excepto Edessa, englobada dentro de la provincia de Antioquía. En Occidente las provincias van cambiando a medida que van adquiriendo importancia, y tienen unas dimensiones más flexibles. Aun así, podemos apuntar la de Francia, que comprende las encomiendas de Normandía, Isla de Francia, Picardía, Lorena, Champaña y Borgoña; estas encomiendas pasarán en algún momento a ser provincias. Y asimismo las provincias de Inglaterra, con Escocia e Irlanda; Flandes; la Alvernia; el Poitou; Aquitania; Provenza; Cataluña; Aragón; Portugal; Sicilia; Hungría. Hay un momento en que se habla de la provincia de Provenza «y diversas partes de España»; sabemos que Hugo Rigaud y Ramón Bernardo habían viajado por León, pero normalmente cuando se habla de España se hace referencia a Aragón y Cataluña. Sobre la implantación de los Templarios en la Península Ibérica hablaremos más atentamente en capítulos posteriores. Uno de los criterios que tenían para marcar el territorio provincial era la unidad lingüística, pero el mismo crecimiento no permitió mantener este punto de vista. El jefe provincial es una persona importante para la orden y se procura elegirlo entre aquellos que sean conocidos y amigos del señor o señores que mandan en el territorio.

La fuerza del arraigo de los Templarios reside en su organización en encomiendas o casas, que no son únicamente un punto o un lugar sino el centro de una demarcación, una casa madre y sus dependencias. Es fácil, hoy en día, ver en cualquier granja, en cualquier casa de labranza, una encomienda, cuando en realidad era simplemente una dependencia, muchas veces sin ningún interés, de la encomienda real; por esto se han dado cifras, exageradas, de unas 9.000 encomiendas en el siglo XIII, siguiendo al cronista Mateo Paris. Una cifra aproximada podría ser 1.500, que no deja de ser imponente.

El interés de contar con una red importante de encomiendas era el típico de cualquier sociedad: estar lo más cerca posible del consumidor. En este caso concreto significaba estar cerca de la gente para que a todo el mundo le fuera fácil conectar con una casa. Los frutos de este contacto son diversos: reclutar gente y recoger donaciones, hacer el trabajo de explotación de la encomienda más atractivo. Lo mismo pasa en Oriente: las casas se establecen a una jornada de camino, así los Templarios pueden sentirse acogidos permanentemente. Otro elemento común a los Estados Cruzados y a los reinos cristianos ibéricos son las casas «de frontera», donde los Templarios colaboran en la defensa de aquélla. También se escalonan las encomiendas por los ejes de circulación hacia los puertos mediterráneos, donde se embarcarán hacia Palestina. Se asegura el camino por etapas de los peregrinos a Tierra Santa, de los caballeros, de los hermanos encargados de conducir el dinero y las mercancías a Jerusalén. Pero no es éste el único peregrinaje que aseguran: los diversos «caminos de Santiago» están

llenos de casas, de refugios. Se comprende que toda esta red no nació espontáneamente ni se estableció de la noche al día; bien al contrario, se trata de una obra que va creciendo mes a mes, año a año, y que da una noción de la complejidad de la organización y de por qué la idea de provincia nunca será estable: a medida que crece la implantación, también el Maestre provincial debe dominar su sector de la red; se entiende, pues, la aparición vital de nuevas provincias.

Hemos hablado en el capítulo anterior de la aparición en tiempos del Maestre Beltrán de Blancfort (1156-1169) de los «Retrais», una especie de estatutos jerárquicos internos escritos en francés que completan nuestro conocimiento de la organización de los Templarios. Ya hemos ido incorporando algunos detalles; ahora, los que quedan, iluminarán aspectos concretos, quizá menos importantes pero siempre interesantes.

Por ejemplo, cuando se habla del Maestre. Éste tiene el derecho de atribuirse cuatro monturas caballos o mulas además de un caballo de guerra cuando sea necesario. Normalmente irá acompañado de un hermano sacerdote y de un clérigo, un segundón gentilhomme lleva su escudo y su lanza y, «si hace tiempo que está a su servicio, lo puede armar hermano caballero, pero es mejor que no lo haga muy a menudo». Entre sus sirvientes contará «un escribano conocedor del árabe, un cocinero, dos chicos, un sargento con dos monturas y un caballero que se encargue del correo». Las grandes decisiones de la orden las debe tomar el Maestre de acuerdo con el consejo de su capítulo. Ya hemos detallado algunas de estas decisiones. Tampoco puede vender una tierra, ni cederla, ni empeñarla sin este consejo; ni iniciar por sí mismo una guerra, ni «poner comendadores al frente de los reinos; otra cosa es cuando se trata de comendadores de tierras: será fruto de su discreción el nombrar a quien crea conveniente, con o sin el consejo del capítulo». Cuando el Maestre llega de una cabalgada puede comer en sus aposentos; cuando come en la mesa del convento «puede enseñar su escudilla [plato] a quien quiera, pero esto no puede hacerlo nadie más que el Maestre». Toda la ropa «de día y de noche, cuando el Maestre la deje, deberá ser dada a los leprosos. Y si la quisiere ceder a un hermano, debe dar otra a los leprosos».

Hay un tráfico importante de ida y venida entre Tierra Santa y «Ultramar», tal como los Templarios denominan el Occidente europeo. Riquezas de todo tipo: oro, plata, tejidos, vestidos, armaduras, arneses, caballos, son expedidos por las casas occidentales. Todos los beneficios de compras y ventas, todas las donaciones y las limosnas de un valor de «cien bizantinos o más, recogidas por los comendadores, deben ser remitidas a Jerusalén; por debajo de esta cantidad, se quedan en las encomiendas; pero si la donación se efectúa en el mar, sea grande o pequeña, debe ser llevada al Tesoro». Desde Oriente, los Templarios envían una «mercancía» más selecta: hermanos en misión, visitantes de las provincias, caballeros de edad avanzada o enfermos. Sobre estos últimos el Maestre envía a hacer una inspección a unos dignatarios fieles diciéndoles: «Id a ver a los hermanos y buscad a los que puedan ser aprovechados para enviarlos a Ultramar». Y aquéllos van a la enfermería y después de inspeccionarlos ponen por escrito lo que les parece más razonable y entregan el informe al Maestre, que decidirá finalmente.

Sobre la tienda redonda del senescal ondea el estandarte de los Templarios. El famoso pendón del Temple está dividido en dos colores, el blanco y el negro. Jacques de Vitry, cronista afín a los Templarios, quiere ver «en el blanco, que son francos y benevolentes con sus amigos, y en el negro, que son negros y terribles con sus enemigos: leones en la guerra, corderos en la paz».

Entre los Templarios hay hermanos caballeros que han hecho los votos y otros que están con ellos temporalmente. Estos últimos pactan con el Maestre un tiempo determinado de servicio, acabado el cual regresan a Occidente. Lo mismo sucede con los sargentos y los escuderos. Tanto los hermanos estables como los que están de paso deben pedir permiso para

un sinfín de acciones: «Ningún hermano podrá bañarse, ni sangrarse, ni tomar medicinas, ni ir al pueblo, ni galopar con su caballo sin pedir permiso». En tiempos de guerra, cuando los Templarios establecen el campamento, lo primero que hacen es marcar el lugar donde se instalará la capilla; a su lado, la tienda redonda del Maestre, la del mariscal y el pabellón de intendencia. Después, al grito de «acampad, señores hermanos, por Dios», los caballeros extienden sus tiendas, «cada uno con su tropa» alrededor de la capilla. Habiéndose instalado, se les llama a comer y el comendador encargado inicia el reparto de comida, procurando no poner en la misma escudilla dos pedazos grandes «ni dos muslos, ni dos paletillas, sino lo que crea más conveniente». Tienen prohibido procurarse víveres «excepto pájaros, peces y bestias salvajes, si saben capturarlos sin cazarlos», ya que, como hemos dicho antes, no podían cazar.

Los «Retrais» describen minuciosamente el arnés del caballero, que no difiere en nada del que hemos comentado cuando hablábamos de la caballería.

4.- TERRATENIENTES Y FINANCIEROS

El viaje a Occidente del pequeño grupo de Pobres Caballeros de Cristo, encabezado por Hugo de Payns, es motivado, tal como hemos dicho, por la necesidad que tienen del reconocimiento de la Iglesia y de los reinos cristianos. Pero ya en estos primeros momentos buscan algo más: el sustento material de su aventura. Debemos decir que supieron encontrar la ayuda que necesitaban, que tuvieron una habilidad envidiable para sacar partido de los bienes obtenidos y que, finalmente, pasaron de ser financiados a ser grandes financieros.

Todo empieza con las donaciones. Debe quedar claro que el sistema no es nuevo y hay que contemplarlo en el marco de la gran influencia que tenía la Iglesia en el mundo secular: las donaciones a las grandes órdenes monacales eran ya un ejemplo que hacía tiempo que existía. Había una especie de deseo de quedar bien con los estamentos eclesiásticos por parte de la nobleza acomodada y de los terratenientes y, tocados en el punto sensible, las donaciones fluían con facilidad; hay un comentarista que habla incluso de una moda, de una especie de admiración por la tarea religiosa que llevaban a cabo los monjes cluniacenses, los cistercienses, que comportaba el gesto simpático de la donación. Acompaña a este sentimiento espontáneo una especie de recompensa espiritual, en absoluto despreciable en un mundo influido por la magia religiosa: con las donaciones, existe la contrapartida de la salvación del alma y el perdón de los pecados, *pro amore Dei et remissione peccatorum*. Una vez establecido el sistema, era fácil y alentador motivar a la gente acomodada para hacerlos colaboradores materiales en la aventura de las órdenes religiosomilitares. Porque lo que explicaremos sobre los Templarios podría decirse igualmente de los Hospitalarios; muchos de los rencores, de las rivalidades que tuvieron lugar entre las dos órdenes fueron motivados por compartir la misma clientela siguiendo los mismos procedimientos.

Las donaciones empiezan muy pronto, en el mismo primer viaje de Hugo de Payns y sus amigos, cuando se dedican a visitar los reinos occidentales; en este sentido fue una tournée muy bien aprovechada. Irán creciendo de una manera extraordinaria durante todo el siglo XII, se mantendrán durante los primeros años del siglo siguiente y empezarán a decaer a partir de 1250. La curva de subida y de bajada tiene su lógica: crecen mientras la situación en Tierra Santa es esperanzadora, incluso brillante; se iniciará un estancamiento después de la pérdida de Jerusalén, a finales del siglo XII, y ya no tendrán sentido cuando la situación en Palestina, año tras año, devenga más simbólica que real. Quizá se podría comentar que fue en estos momentos de recesión cuando se habría debido aportar más capital a la empresa de los Templarios, pero es que la situación militar coincidió con otro factor, que resultaba evidente a todo el Occidente acomodado: los Templarios eran ya, en aquellos momentos, una potencia

económica, y si ellos no podían hacer nada, de poco les valdría una ayuda extra, que en el orden económico ya debía de estar muy por debajo del propio potencial de los Templarios.

Hay infinitos modelos de donaciones: en esto, como en tantas otras cosas, los Templarios demostraron una inteligencia sutil, siempre abiertos a cualquier tipo de pacto que terminara en alguna donación. No es extraño ver, pues, que al lado de la simple donación de unas tierras, de unos pastos abandonados, se reciben los beneficios de un diezmo, los derechos sobre los siervos o los campesinos de un lugar; o las donaciones acompañadas de compra: se entrega una parte de la tierra, pero se paga un alquiler, en dinero o en especie; este sistema de contradonación se realiza de diversas maneras, como por ejemplo en el caso de un matrimonio que cede sus tierras al Temple pero que «por vuestra parte, nos daréis un caballo». Se donan iglesias, a tanto su «rendimiento», los peajes de lana y de hilo, los animales; legados testamentarios en dinero, rentas anuales obtenidas de explotaciones rurales; se dona un castillo, pero debe mantenerse en él a diez sacerdotes para que digan misa para la familia del donante; se dona una casa, pero debe transformarse en un hospital. A toda esta diversidad de dones los agentes del Temple siempre dicen que sí, todo lo recogen, todo lo inscriben, cualquier posibilidad de negocio es siempre bien recibida.

Una donación mayor, una casa de labranza, unas tierras, hacen posible la creación de una encomienda y empieza entonces la tarea de hacerla próspera, de engrandecerla. Quizá hará falta empezar por la permuta: tierras alejadas las unas de las otras no permiten una explotación racional; por esto se permutan por otras tierras vecinas y de esta manera se crea un núcleo potente. Cuando la permuta no es posible se pasa a la compra y venta: se venden unas tierras que no tienen interés y se compran aquellas que pueden aumentar la extensión del lugar en donde se establecerá la encomienda. Normalmente las ventas se realizan con tierras dispersas, mientras que se compran las tierras que permiten el engrandecimiento de la encomienda: todo indica una gran preocupación por la racionalización de la explotación. Todo este proceso se lleva a cabo en general de una manera amistosa; pero también se ha criticado a los Templarios por utilizar métodos de presión y de coacción: el padre quiere donar, el hijo no lo ve tan claro, y los Templarios van a lo suyo.

Hay un tipo de donación muy especial y que se produce mayoritariamente en los reinos hispánicos: se reciben donaciones de territorios que aún se tienen que conquistar a los musulmanes. Se trata de unas donaciones especulativas, pero que a unos y a otros, reyes y Temple, les parecen francamente interesantes por su visión de futuro. Al estamento real, porque deja atados conquista y futuro asentamiento en «buenas manos, una buena colonización y una revalorización de las tierras»; a los Templarios, porque reciben mucho más que de cualquier donación hecha en tierra «cristiana».

El resultado, pasados los años, fue que los Templarios dominaban extensas explotaciones, cosa que ilustra la cantidad de encomiendas y la infinidad de dependencias, que muchas veces se han confundido con las encomiendas. Ya hemos hablado de las 1.500 encomiendas que se evaluaron como pertenecientes al Temple en el momento de su supresión; esto nos da una idea clara de la importancia real de su poder material. Todo el mundo estaba de acuerdo sobre el hecho de que los Templarios eran ricos. Caballeros pobres dentro de una orden rica. Riqueza que se hacía evidente en la gran cantidad de barcos propios que con gran frecuencia zarpaban de los puertos del Mediterráneo occidental, donde Marsella y Bari eran los preferidos, llevando hombres, caballos, vituallas y armas hacia Oriente; pero, sobre todo, grandes sumas de dinero, que eran absolutamente necesarias para asegurar no solamente la lucha contra los «infieles», sino también la simple subsistencia de los enclaves templarios en Tierra Santa.

Era preciso que las explotaciones occidentales dieran resultados positivos, que se obtuvieran ganancias cuantiosas que se destinarían a Oriente, y de esta manera, como bien observa Alain Demurger, «paradójicamente, el Temple practicaba en Occidente una política

colonial: para ellos, las tierras de ultramar estaban en Europa». Es decir, que «explotaban» las colonias occidentales y se llevaban los beneficios a Oriente.

Las encomiendas occidentales, se ha dicho suficientemente, eran explotaciones agrícolas, pero conservaban los hábitos regionales, comarcales; se aplicaban a los mismos cultivos típicos de las comarcas donde se hallaba la encomienda, pero generalmente obtenían mejores resultados porque se intercambiaban conocimientos y en cada lugar se dedicaban al producto que consideraban el mejor. Por esto la lista de cultivos es interminable: trigo, centeno, cebada, vid, olivos, huerta, etc. También se dedicaban a todo tipo de ganadería: bueyes, caballos, vacas, corderos, cerdos. Noël Coulet ha estudiado la importancia de la ganadería templaria en la Provenza y asegura que fueron pioneros en las tareas de crianza y pasturaje. Gerbet nos informa sobre los reinos hispánicos: en la Corona de Aragón se estableció a partir de 1143 la exención de cualquier peaje para los ganados de la orden; Pedro el Católico lo confirmó en 1208, y Jaime II, en 1294, estableció la libertad de pasto por las tierras de Tortosa; en Castilla, por tierras de Extremadura, los Templarios eran amos y señores de grandes dehesas y extensiones de monte bajo destinadas a grandes ganados ovinos. No olvidan nada que los pueda beneficiar: en el caso de la ganadería trashumante, obtienen una bula del papa Alejandro III, en el año 1170, en la cual «pongo bajo mi protección el ganado de los Templarios». Independientemente de buscar, en términos actuales, una especie de cultivo intensivo, cada encomienda intentaba mantenerse por sí misma con la huerta, el cereal y el averío suficiente para alimentar a muchas bocas.

Fruto de diversos estudios, especialmente el que se pudo realizar comparativamente en Inglaterra, de los rendimientos de las encomiendas entre dos fechas, 1185 y 1308, no hay duda alguna de que los Templarios obtenían «rentas sustanciales de sus propiedades rurales». Sin embargo, a finales del siglo XIII parece que los rendimientos ya no son los de antes. La encomienda suele ser explotada directamente, pero si hace falta no se duda en arrendar las dependencias. Se usa personal contratado directa y permanentemente, con una condición jurídica diversa que abarca desde los hombres libres hasta los siervos, que no siempre serán liberados, aunque siempre serán los «hombres del Temple», expresión que significa que se benefician de los privilegios de la orden. Como veremos en Tierra Santa, también en los reinos ibéricos trabajarán sarracenos en las encomiendas de los Templarios. En las cartas de población de los nuevos territorios conquistados a los musulmanes ibéricos se da tierra a los campesinos cristianos, pero el Temple tampoco duda en llegar a un acuerdo con los campesinos musulmanes, otorgándoles carta para establecerse o, mejor dicho, para continuar con su explotación, sólo que cambiando de dueños: de acuerdo con Jaime I, después de la conquista de Mallorca el Temple instala a treinta familias sarracenas en Inca, tal como indica Burns.

El poder, la misma riqueza de esta empresa, que alguien con gran sentido ha denominado multinacional o supranacional para acercarla a una definición actual, comportaban litigios, enfrentamientos, tanto con el poder laico como con el eclesiástico. El laico intentará limitar las adquisiciones de los Templarios, ya que el noble o el simple terrateniente se dan cuenta de que la orden se va convirtiendo en el auténtico señor de la comarca; el eclesiástico, por su parte, nunca ha podido soportar la cantidad de privilegios que obtienen los Templarios contra sus propios beneficios. Los litigios se hacen más frecuentes en los últimos tiempos de la orden, y muchos de ellos son provocados por la misma realeza, que quizá ahora piensa que tiempo atrás fue demasiado generosa; Jaime II de la Corona de Aragón es uno de los protagonistas, recortando y suprimiendo privilegios. Pero siempre se llega a un acuerdo; el Temple es demasiado listo para crearse malestar con los señores que le dieron apoyo, y muchas veces los Templarios son lo suficientemente hábiles para admitir un recorte, salvándose de la supresión. No obstante, si hace falta también defienden sus problemas ante los tribunales y entonces son muy duros y casi siempre obtienen sentencias favorables.

Todo este gran engranaje de la infinidad de encomiendas comporta una traducción económica que no se puede contemplar, solamente, desde el punto de vista de unos beneficios que van a parar, en forma de mercancías y dinero, a Oriente. No es tan fácil ni tan sencillo. Las compras de tierras no se hacen al mismo tiempo que las ventas de otras tierras: para todo hacen falta unos remanentes importantes de dinero. Todo ello nos conduce a otra actividad en que los Templarios obtendrán una alta calificación: la de banqueros y financieros. Debe decirse, sin embargo, que nada es nuevo, que no se inventa nada. Los Templarios no hacen sino seguir las huellas dejadas por ciertas iglesias y muchos monasterios: eran depositarios de bienes muebles, plata, dinero que, por uno u otro motivo, sus dueños debían abandonar temporalmente por un cambio de residencia; los depositantes continuaban con la propiedad, pero dejaban sus pertenencias en manos seguras. Como una especie de interés, cuando las recuperaban los propietarios se mostraban generosos y daban una limosna extraordinaria a la iglesia o al monasterio depositario.

La acción financiera del Temple empieza, como todas sus actividades, para facilitar las peregrinaciones a Tierra Santa. Marion Merville transcribe el préstamo hipotecario que los Templarios suscriben con un tal Pedro Desde y su mujer Elizabet, de Zaragoza. «Damos .a Dios y a la caballería del Temple toda nuestra heredad... todo lo que poseemos. Y los señores del Templo de Salomón nos dejarán, por caridad, 50 morabetinos para hacer nuestra peregrinación al Santo Sepulcro... Y cuando, el uno o el otro, regresemos a

Zaragoza, ellos nos darán cuenta de los beneficios que habrán obtenido de nuestra propiedad y entonces nosotros les reembolsaremos sus 50 morabetinos. Inmediatamente nosotros iremos a vivir a nuestra propiedad, que a nuestra muerte será del Templo de Salomón, para siempre jamás.» Otro préstamo, éste de 100 morabetinos por lo tanto inscrito en la misma área es «para cubrirlos gastos de la peregrinación a Jerusalén, con la garantía de una hipoteca sobre el inmueble, que será de plena propiedad si el deudor muere en el viaje». Estos dos préstamos se enmarcan dentro de la línea fundadora del Temple: asegurar la peregrinación a Tierra Santa. En el mismo orden, pero ya con mucha más importancia, se puede contemplar la ayuda económica de los Templarios a Luis VII para hacer de cruzado por tierras palestinas, tal como lo manifiesta él mismo: «No sabemos cómo podríamos haber subsistido sin la ayuda del Temple... ellos nos dejaron el préstamo y empeñaron a su propio nombre una suma considerable». Se demostró que los Templarios tenían más crédito que el mismo rey de Francia... De un rey a un papa: Alejandro III utilizaba a los Templarios como sus banqueros en los viajes que realizaba.

Da la impresión de que, en general, el Temple de París era el que dirigía la actividad financiera de la orden. También era el receptor, el depositario del Tesoro del Reino de Francia. Cuando Felipe Augusto forma parte de la Tercera Cruzada, confía las llaves de su Tesoro al Temple de París, aunque bajo el control de seis burgueses parisinos, y en la persona del «hermano Aimard, comendador del Temple, tesorero del rey, consejero financiero, guardián del tesoro del Reino, puesto bajo la custodia de la fortaleza del Temple en París...». Aimard será uno de los ejecutores testamentarios de Felipe Augusto, que, a su muerte, «deja [al Temple], para sus necesidades de Tierra Santa, 2.000 marcos de plata y 150.000 marcos para equipar a 300 caballeros». Más pronto o más tarde, todo se cobra.

La orden, implantada en Oriente y en Occidente, permitía favorecer los tratos comerciales entre ambas partes con su intervención. Era fácil asegurar la compra de especias a Oriente ingresando simplemente el valor en cualquiera de las tesorerías de París, Londres, etc., que estaban preparadas para hacerlo. Delisle, un historiador del siglo pasado experto en las operaciones financieras de la orden, dice: «No es ninguna exageración afirmar que el tesoro del Temple ha sido durante todo el siglo XIII la caja donde se centralizaban los recursos financieros destinados a las Cruzadas y a las diversas necesidades operativas en Tierra Santa». La propia emperatriz de Constantinopla, María, pedirá a Blanca de Navarra que pague a un

toscano, Escoto, la suma de 550 libras, de acuerdo con una carta de pago suya que éste le entregará. Blanca estuvo de acuerdo «y, como el tesoro de la reina se hallaba en el Temple, fue el tesorero del Temple quien hizo efectiva la suma». Contamos con infinidad de ejemplos como éste. Avales, préstamos, reembolsos, todas estas operaciones se realizaban diariamente en las diversas casas que poseían los Templarios en los lugares clave económicamente hablando.

Ya se ha comentado que en tiempos de Felipe Augusto (1165-1223) el Temple de París custodiaba el tesoro del Reino. Hemos visto igualmente que en tiempos de san Luis, su esposa Blanca (1188-1252) también tenía su tesoro en el Temple. Sabemos, sin embargo, que en tiempos de Felipe el Hermoso (el que acabará con el Temple) y en fechas próximas a 1295, funciona un tesoro real situado en el Louvre, que se supone que es el tesoro del Reino, pero que el rey conserva el suyo «particular» en el Temple. Poco tiempo después, en 1303, Felipe da órdenes de trasladar el tesoro del Louvre a la casa de los Templarios: una vez más toda la organización financiera francesa reside en el Temple. Se han aducido diversas razones intentando dar cuenta de este traslado; quizá la más creíble sea la que lo relaciona con el mal estado de las «propias» finanzas de Felipe, con alteraciones del valor real de las monedas y con un descrédito generalizado en el aspecto económico. En esta situación, el rey habría creído más conveniente reunir el conjunto del tesoro nacional y dejarlo en manos de los Templarios, «ya que los Templarios disponían, sin duda, de recursos más importantes que el tesoro del Louvre, agotado por el esfuerzo de la guerra», según sugiere Régine Pernoud. Es decir que hasta el último momento nos hallamos solamente a cuatro años de la disolución de la orden los Templarios fueron una potencia de primera fila, con la plena confianza de la casa real francesa, dentro del mundo de las finanzas medievales. El Temple de París no es solamente la gran fuerza financiera de que dispone el rey de Francia, sino que también es utilizado para cobrar los subsidios de guerra relativos al desastre flamenco, así como también será quien tendrá que pagar los salarios de los soldados que habían combatido en Cambrai. En toda la racionalización de la administración francesa la tarea de los Templarios, con su experiencia, fue inestimable, tal como subraya Malcolm Barber.

Para terminar estas pinceladas sobre el poder económico de los Templarios, no estará de más transcribir aquí unas líneas de Juan de Joinville, el admirable biógrafo de san Luis, relativas al pago del rescate del rey, prisionero en Egipto (1250), que se hubo de realizar contando con las arcas de los Templarios: «Fui a la galera del Maestre del Temple para bajar a la bodega donde guardaban el tesoro... Y ordenaron al tesorero que me las diera [las vates]. Encontré un cofre... saqué el dinero que encontré en él. Fuimos a mi galera y, cuando llegábamos a la galera real, grité al rey: "¡Señor, señor, mirad cómo voy guarnecido!"». La bodega estaba llena de cofres, y el dinero que cogió Joinville para pagar el rescate eran «sólo» ¡30.000 libras!

El convenio con los Templarios se hizo más tarde, si bien puede decirse que no era tan preciso para el Conde de Barcelona, pues mantenía muy buenas relaciones con dicha orden, a la que ya había otorgado donaciones y privilegios... En 1143 vinieron a Cataluña los caballeros Templarios Everardo, Maestre de la Galia, Pedro de Royera, Maestre de Provenza y España, Ot de Saint Omer, Uch de Benzanis, Pedro de Arzac, B. de Ceguirole y Arnaldo de Forcia y concurrieron a una asamblea o junta reunida en Gerona por el Conde Ramón Berenguer y bajo la dirección del cardenal Guim, legado apostólico... Con este convenio y donación, la orden del Temple permaneció definitivamente establecida en los pueblos de Cataluña y Aragón, tuvo posición oficial y devino uno de los factores del movimiento militar y político.

JOAQUIM MIRET I SANS,

Les Cases de Templers i Hospitalers en Catalunya.

III.- IMPLANTACIÓN

I.- EN ORIENTE

Para entender el espíritu de las cruzadas y, sobre todo, el ánimo que movía a los occidentales hacia su deseo de implantación en Tierra Santa, quizá no estará de más leer el inflamado escrito del cronista y sacerdote de Balduino I, Fulquerio de Chartres: «Nosotros, que hemos sido occidentales, nos hemos convertido en orientales; el que había sido romano o franco, ahora se transforma en galileo o en habitante de Palestina; el que habitaba en Reims o en Chartres, ahora se reconoce como ciudadano de Tiro o de Antioquía. Ya hemos olvidado nuestros lugares de nacimiento; son desconocidos para la mayor parte de nosotros o, al menos, ya no queremos hablar más de ellos. Unos cuantos ya poseen en este país casas y sirvientes que les pertenecen como por derecho hereditario; otro se ha casado con una que no tiene nada que ver con una compatriota, una siria, una armenia, o quizá una sarracena que ha recibido la gracia del bautismo; uno cultiva viñas, otro los campos, hablan lenguas diferentes y, a pesar de todo, hay un momento en que llegan a entenderse. Los idiomas más diversos son comunes a una u otra nación y la confianza acerca a las razas más alejadas».

«Nos hemos convertido en orientales...», ésta es la profunda creencia que tienen los Templarios en su implantación en Tierra Santa, probablemente más sensata que la proclama de Fulquerio de Chartres; también más costosa. Ya sabemos que todo empezó por un deseo de nueve caballeros cruzados en 1120, nunca citados en ningún hecho de armas. Vamos ahora a ver el resultado de su decisión en este Oriente pintado de color de rosa por la cándida pluma de Fulquerio. Empezando por Jerusalén.

«Entre los muros de Jerusalén y la Puerta Dorada se halla el Templo. Hay allá un espacio de más de un tiro de flecha de largo, y de un tiro de piedra de ancho, y se llega al Templo. El suelo está embaldosado, y de ahí le viene su nombre. A la izquierda, saliendo de este portal, se halla el Templo de Salomón, donde habitan los Templarios.» Ésta es la curiosa explicación que nos da Juan de Wirtzburg, el peregrino alemán del siglo XII, de quien ya hemos citado el efecto que le produjo la visita al centro de acogida de los Hospitalarios, en la misma Jerusalén.

Tal como ya hemos dicho antes, los Templarios se fundaron y se establecieron en una parte de la mezquita Al-Aksa, la «mezquita lejana» ya que, de las tres de mayor importancia del islam, ésta era la que estaba más lejos de La Meca, el centro espiritual musulmán. La mezquita había sido edificada por indicación del califa Omar sobre las ruinas de la iglesia de Santa María, erigida por Justiniano en el siglo VI y, según fuentes judías, todo induce a pensar que en esta parte de la explanada se había edificado el palacio de Salomón. La mezquita original fue destruida por un terremoto en el año 770 y fue reconstruida por el califa Mohamed al-Mahadí. Con la toma de Jerusalén por los cruzados, la mezquita se convirtió en residencia real.

Hemos visto también que, por el cambio de palacio, Balduino II abandonó la mezquita, ahora en su totalidad, a los Templarios. Pero no les fue suficiente: como hormiguitas, poco a poco, con donaciones reales, con entregas de los canónigos del Santo Sepulcro, los hermanos caballeros se fueron apoderando de la totalidad de lo que, aún hoy, se llama la Explanada del Templo. Si por una parte convirtieron la mezquita Al-Aksa en la Casa, el cuartel general, el convento o como lo queramos llamar, por otra, cuando se apoderaron de la Cúpula de la Roca, la mal llamada mezquita Omar, el edificio más original y significativo de Jerusalén, decidieron convertirla en su iglesia y la consagraron en 1142. Ahora se puede decir que poseen una ciudad dentro de otra ciudad, con la ventaja de tener la suya rodeada por las murallas de la parte antigua de Jerusalén: un bello, seguro y majestuoso recinto cuyos dueños son los Pobres

Caballeros de Cristo... De todas las puertas que dan a la Explanada, sólo utilizan la Puerta Dorada, que está permanentemente cerrada; sólo la abren a todo el mundo el domingo de Ramos y el día de la Ascensión del Señor. Además de la Explanada, los Templarios adquieren edificios en los barrios de «la otra ciudad» de Jerusalén en los años de más prosperidad, que podemos situar entre 1150 y 1180.

En la mezquita Al-Aksa dividen la gran sala de oración islámica y la dedican a habitaciones; al oeste amplían la edificación para integrar las bodegas, los almacenes y el refectorio. Construyen allí una iglesia dedicada a Santa María Laterana -de los latinos. Debajo, lo que había sido «los establos de Salomón» pasa ahora a ser las caballerizas de la orden. Wirtzburg, cuando los visita, se queda maravillado: «Es tal su capacidad que caben dos mil caballos o mil quinientos camellos». En la Cúpula de la Roca, que ha pasado a denominarse el Templo del Señor, recubren la Roca -la gran masa pétreo negra, desde la que reza la leyenda que Mahoma inició su viaje a los siete cielos- con mármol y levantan un altar en el centro; cubren las paredes parcialmente con mosaicos con escenas del Antiguo Testamento. Arriba de todo, en la cima de la Cúpula Dorada, colocan «una inmensa cruz de oro». Cerca del Templo del Señor edifican otra iglesia, la de San Jaime el Menor. Es en este espacio ocupado por la Cúpula de la Roca y la parte de la Explanada de su entorno donde las fuentes judías sitúan el templo de Salomón. Se crea un poco de confusión: el nombre de Templarios es dado a los caballeros porque se instalaron en el «Templo» de Salomón; pero sabemos que el lugar, tanto en sus inicios como posteriormente, fue siempre la mezquita Al-Aksa, que no era propiamente el Templo, sino el Palacio de Salomón. Pero todo esto lo sabemos ahora: para los cruzados, toda la Explanada era el Templo, sin distinciones.

El contingente medio que habitaba en el Templo en el siglo XII era de unos trescientos caballeros y un número indeterminado de sargentos. Éstos, como ya hemos dicho, son equiparables a los sirvientes, pero según el trabajo que realizaban tenían cierta clasificación, un rango más o menos elevado; «los hermanos sargentos de oficios», los que trabajaban en la fragua, los cordoneros, ocupaban el rango más humilde, dado que «no vertían su sangre por Tierra Santa». También había esclavos, en su mayoría prisioneros sarracenos, que desempeñaban las tareas más duras.

Durante los primeros años de vida de la orden los Templarios se dedicaron, casi exclusivamente, al fin prometido: la defensa de los peregrinos. Por esto la Casa de Jerusalén enviaba a sus hombres -que aún no llegaban al número indicado anteriormente- a la llamada Torre del Desfiladero, que vigilaba el paso que necesariamente debían tomar los viajeros que venían de la costa y se dirigían a la Ciudad Santa. Igualmente patrullaban a lo largo de los caminos que conducen a los Santos Lugares: Jericó, Belén, el Jordán, que los peregrinos deseaban visitar para recordar los pasos de Jesucristo. Cuando los peregrinos estaban organizados, cuando anunciaban su llegada, el comendador de la Casa les destinaba una guardia de diez caballeros con escuderos, sargentos, arqueros, etc., para escoltarlos.

La implantación de los Templarios en Oriente tendrá unas características muy diferentes de su implantación en Occidente. Quizá se pueda establecer una comparación con la que se llevará a cabo, más o menos en los mismos años, para ayudar a los reinos cristianos ibéricos: se trata de unas encomiendas marcadamente defensivas; se hacían alrededor de un castillo, ganado, cedido o edificado de nuevo, y permanentemente en pie de guerra. A quien quiera tener una idea más amplia de las construcciones de castillos templarios en Palestina, le recomendamos la obra de Lawrence *Crusader Castles*, donde el mítico Lawrence de Arabia analiza los sistemas militares y de construcción utilizados por los caballeros, fruto de su estancia en aquellos lugares durante la primera década de nuestro siglo, antes de convertirse en el popular caudillo.

La necesidad de fortalecer las encomiendas hace que no resulte extraño, pues, que el primer asentamiento en Oriente fuera de la ciudad de Jerusalén estuviera, en la década de 1130, en el castillo de Baghrâs, al norte del principado de Antioquía, un auténtico punto fronterizo de defensa contra los musulmanes... y los bizantinos. Conocemos las «características» del castillo de Baghrâs, que los francos llamaban Gastón, gracias al libro Historia de la conquista de Siria y Palestina por Saladino, escrito por el secretario de éste, Imâd-ad-Dîn, sin duda un escritor de altos vuelos... literarios. «Baghrâs es un castillo que, cuando llegan las calamidades, responde a la llamada de la población vecina de Antioquía. Lo vemos alzarse sobre una cima indomeñable, erguido sobre una colina inexpugnable, tocando el cielo con el techo; atravesando barrancos, escala la montaña, extiende sus muros por entre las nubes, empapado de niebla, inseparable de la nubosidad, suspenso entre el sol y la luna... Nadie podía aspirar a subir hasta él. Era un castillo de los Templarios, guarida de hienas, bosque poblado de bestias salvajes, lugar de estancia de sus espías, antro de sus crápulas, retiro de donde surgen las calamidades que nos causan, lugar de donde salen las desventuras, carcaj de sus flechas...» Aunque parezca imposible, a continuación dice una cosa concreta: «Cuando, finalmente, lo ocuparon, encontraron doce mil sacos de harina», lo que nos indica la importancia de los recursos de una encomienda de los Templarios que ellos mismos consideraban de segundo orden.

En la misma provincia de Antioquía encontramos otros castillos o fortalezas: Roca-Guillaume, Port-Bonnel y, el más importante, que controlaba el collado de Baylan, el de Darbask, que los francos denominaban Trepessac. «Un castillo muy elevado, sólidamente fortificado, donde el sol habla al oído al cielo. Es el nido -o, mejor dicho, la guarida- de los Templarios. Hace mucho tiempo que desde este castillo ellos avanzan con las manos y la nariz para perpetrar sus violencias.» ¿Hace falta decir quién es el narrador?

En la provincia de Trípoli, más o menos coincidiendo con el condado del mismo nombre, puesto que se halla a lo largo de la costa -hoy en día el lugar está ocupado por el Líbano- hay más castillos, y algunos de ellos importantes: Tortosa (los bizantinos lo llamaban Antartous), Aryma, Safita (para los francos, Chastel-Blanc), el fuerte de Bertrandimir, la encomienda fortificada de Elteffaha, además de la Casa de la encomienda provincial, en la ciudad de Trípoli. Tortosa pertenecía a los Templarios desde 1165; habían edificado, al lado del mar, un torreón enorme, flanqueado por dos torres cuadradas, y todo el conjunto superaba los 50 metros por cada lado. Un foso ancho y profundo separaba la fortaleza de la tierra, desde donde se podía acceder por un camino estrecho. El agua del foso era la misma que la del mar: imposible vaciarla, así como socavar las murallas. Éstas tenían un grosor excepcional y las piedras con que estaban construidas eran de una talla y una calidad inusitadas. Era con mucho una plaza inexpugnable, tal como se vio claramente en 1188 cuando Saladino intentó conquistarla infructuosamente. En el interior de la fortaleza había una capilla y una gran sala decorada. Si bien en Trípoli se hallaba la dirección provincial, después de la caída de Jerusalén (1187) se escogió Tortosa por su seguridad para guardar los archivos y depositar los botines de guerra. Como lugar más seguro, era también la residencia del comendador provincial y de sus dignatarios.

Otro castillo importante era Safita, situado encima de un promontorio entre Tortosa y el Krak de los Hospitalarios. La colina tenía una altura de 380 metros y dominaba toda la llanura. Contemplándola hoy en día aún podemos hacernos una idea de cómo era en el siglo XIII una fortaleza de los Templarios. Safita tenía su gran torreón, que antes había sido iglesia, rodeado de dos recintos concéntricos; se conservó en la planta inferior. Este torreón tenía 28 metros de altura, 18 de anchura y 31 de largo. En la parte superior, una gran sala con arcadas permitía el tiro parabólico. Debajo, las casas adscritas a la encomienda formaban calles que, como los radios de una rueda, convergían todas en el edificio principal y formaban un conjunto apretado y resistente. Saladino juzgó mejor mirárselo desde abajo y dar media vuelta.

Directamente relacionados con la Casa madre de Jerusalén hallamos el Castillo Rojo, que controlaba la ruta de Jerusalén a Jericó, el castillo que había dentro de la ciudad de Gaza y el castillo de Natrón, que hacía lo mismo entre Jaffa y Jerusalén; los castillos de Qaquun (Chaco) y de Athlit (los francos lo denominaban Chastel-Pèlerin, es decir, Castillo de los Peregrinos); en la región de Galilea, el castillo de Al-Fûla (llamado La Fève), que dominaba la llanura de Esdrelón, el gran centro templario de Safet, la torre de Seforia y el Chastelet de Gué de Jacob, éste en una posición avanzada y fronteriza. Una encomienda en Tiro y un lugar estratégico muy importante: San Juan de Acre.

Athlit, al sur de Haifa, es comparable a Tortosa por su situación. Fue construido por los Templarios en una fecha tardía, 1218, sobre el promontorio del mismo nombre. Igual que en Tortosa, aislaron la fortificación con un foso de agua del mar. Guillermo de Tiro la visitó y lo explica: «Se construyeron, delante de la fachada del Castillo de los Peregrinos, dos torres de sillares cuadrados, bien pulidos y de unas dimensiones que dos bueyes apenas podían mover una sobre un carro. Cada una de estas torres tenía 100 pies [33 m] de anchura y 74 pies [24,5 m] de altura. Uniendo ambas torres se construyó una alta muralla guarnecida de aspilleras; y con una habilidad admirable, hay dentro de la muralla unas escaleras por donde los caballeros pueden subir y bajar bien armados (!). Entre la muralla, que da a mediodía, y el mar hay dos pozos de agua dulce abundante. Dentro del recinto del castillo hay un oratorio, un palacio y gran número de casas...». La capilla era de planta hexagonal y la gran sala del «palacio» estaba ornada con pinturas de cabezas de caballeros bien barbudos, como era de rigor. En esta sala debió de pasar muchos ratos la reina Margarita de Provenza, esposa de san Luis, que se hallaba en estado de buena esperanza, mientras éste iba y venía por Jaffa y Acre. La residencia de su mujer estaba en Athlit no sólo por su seguridad sino también porque «confiaba en sus amigos los Templarios». Aquí conocieron los esposos la noticia de la muerte de Blanca de Castilla, la madre de Luis. Joinville, el admirable amigo y biógrafo del santo, nos explica la consternación de la reina y la gran sorpresa del rey: «Pero, señora, ¡si era la persona que más aborrecíais!», a lo que Margarita contestó: «No lloro por la reina, cuya muerte me complace, sino por el dolor de su hijo». La reina Margarita ya había dado a luz a Juan-Tristán, en Egipto, unos años antes.

Safet, una de las encomiendas con más dependencias -había llegado a tener doscientas sesenta- había sido erigida de nuevo por los Templarios en el año 1240, cuando los francos volvieron a ocupar Galilea, y controlaba la gran ruta de caravanas desde Damasco hasta San Juan de Acre. Su ciudadela era imponente y competía con el inmenso Krak de los Hospitalarios. Mil musulmanes cautivos habían trabajado en su reconstrucción, después de que hubiera sido destruida en 1218. Situada a 800 metros de altura, contaba con dos recintos de forma oval en medio de un foso excavado en roca viva. El torreón pasaba por ser la mayor torre circular del reino: tenía 34 metros de diámetro. Siete torres completaban la defensa; la guarnición permanente estaba formada por 50 caballeros, 35 sargentos, 800 escuderos y soldados, 300 ballesteros y un nutrido grupo de miembros auxiliares. Si había conflictos podía llegar a recibir 2.000 hombres más.

También en Galilea se hallaba el castillo de Al-Fûla, que «es la ciudadela más bella y más fuerte, la mejor preparada respecto a hombres y vituallas. Este castillo pertenece a los Templarios y es una plaza inexpugnable, una base sólida. Tienen una fuente inaccesible, un entorno lleno de pastos, un terreno bien preparado. Pasan ahí veranos e inviernos y ofrecen una hospitalidad fastuosa, y todos los hermanos reunidos se jactan orgullosamente; su demonio va ahí a beber, entre todas las cruces plantadas, iluminando su bravura belicosa...». Sí, es otro pasaje del pesado Imâd-ad-Dîn.

Finalmente hallamos San Juan de Acre, la antigua Accho de los fenicios. Siempre había sido un gran centro comercial y de comunicaciones gracias a su puerto; también lugar de recuerdos apostólicos: san Pablo recaló allí más de una vez. La ciudad fue motivo de batallas

continuas durante la época de las cruzadas por su valor estratégico. Acre estaba construida sobre una pequeña península mirando hacia el golfo de Haifa. El puerto se había ensanchado y asegurado con un sólido dique al mismo tiempo que una muralla marítima iba hasta una roca en cuya cima se hallaba la llamada torre de las Moscas. Detrás de la muralla marítima estaba el puerto, resguardado de los vientos. Por la parte de tierra la ciudad estaba protegida por grandes murallas que confluían en la torre Maldita. Durante los largos intervalos en que San Juan de Acre estuvo en poder de los Templarios, fue la ciudad más rica del reino de Jerusalén y la residencia predilecta de los reyes francos. Acre siempre fue un lugar de residencia de las órdenes religiosomilitares: de los Templarios, pero especialmente de los Hospitalarios, sobre todo a partir de 1229. Precisamente el nombre añadido de San Juan le vino a raíz del importante asentamiento de esta orden, que, recordemos, era del Hospital de San Juan... Los Templarios tenían allí una encomienda que estaba conectada directamente con el comendador de la Casa de Jerusalén, ya que todas las entregas que llegaban de Occidente pasaban por su puerto; era una encomienda administrativa, dedicada a los asuntos portuarios y de navegación. Después de la caída de Jerusalén los Templarios trasladaron a Acre su Casa madre.

2.- EN OCCIDENTE

El concilio de Troyes (1129) había dado apoyo espiritual a los Caballeros; también había aprobado la redacción de la regla primitiva. En cuanto a la Iglesia, uno de los estamentos que hacía falta comprometer con el futuro de la orden, todo había funcionado inmejorablemente: san Bernardo se había ocupado hasta del último detalle y los Templarios se lo agradecían. Acabado el concilio y pasado ya el momento de disfrutar de un ligero descanso, mientras todos se acercaban a Hugo de Payns y sus compañeros para desearles toda la suerte que merecían, ellos sabían que entonces empezaba otra tarea: la de convencer a los reyes, a los nobles, a las personas influyentes de Occidente para asegurarse su apoyo, que no podía ser sólo en forma de felicitaciones y golpecitos en la espalda, sino que debía comportar el compromiso moral y material: necesitaban ayuda de todo tipo.

En este sentido debemos contemplar el despliegue de diversos caballeros por todos los países occidentales, los diversos viajes que empiezan muy pronto. Pero antes de iniciarlos, todos ellos predicán con el ejemplo: Hugo de Payns cede sus tierras; Saint-Omer, la gran mansión que posee en Ypres (Flandes); Mondidier, su señorío de Fontaine. Habiendo dado testimonio de su buena fe, unos y otros se dispersan. Hugo de Payns se moverá por su tierra: la Champaña, Provins. Después se desplazará hacia Anjou y Maine. En Anjou se encuentra con el conde Fulquerio de Anjou, viejo amigo de Tierra Santa e interesado en obtener la Corona de Jerusalén; Hugo le propone, tal como le había encomendado Balduino II, su sucesión, que tuvo lugar en 1131. El conde no podía negarse a nada de lo que Hugo le propusiera y le hizo la primera donación de personas fuera de la orden. Asimismo, el día de la Ascensión de 1129 se hizo cruzado, «tomó la cruz». También lo hizo el rival y vecino del conde de Anjou, Hugo de Amboise. Constatamos que en estas primeras actuaciones el Maestre de la orden consigue exactamente lo que quería: donaciones y compromisos para actuar a favor de Tierra Santa. Payns irá después a Poitou y a Normandía, pasando pues a territorio inglés. Enrique I, el rey inglés, lo recibe amistosamente y lo envía a Inglaterra y Escocia. Por todas partes «le hicieron obsequios, y enviaron a Jerusalén grandes riquezas en oro y plata». De vuelta, desembarca en Flandes y se encamina hacia la Champaña acompañado de caballeros ingleses y flamencos deseosos de viajar a Oriente.

Al mismo tiempo, Godofredo de Saint-Omer regresa de Flandes, donde ha obtenido de los condes la cesión de derechos sobre los feudos, las tasas que se recibían cuando cambiaban de titular. Pagano de Montdidier ha trabajado a fondo en la región de Picardía; Hugo Rigaud visita el Delfinado y la Provenza y llega hasta el Languedoc; Ramón Bernardo es el encargado

de dirigirse a los reinos cristianos de allende los Pirineos (estudiaremos su actividad en el capítulo siguiente). Por su parte, los señores eclesiásticos hacen también su aportación: el arzobispo de Sens -miembro conciliar en Troyes- y el obispo de Laon donarán casas y dinero. El resultado de esta primera gira por los reinos ya comprometidos en la primera cruzada es un éxito total: donaciones, dinero, hombres. El Temple, aunque de forma modesta, ha empezado a establecer unas casas, que en poco tiempo se convertirán en encomiendas. Flandes, Picardía, la Champaña y Borgoña son los lugares donde empezarán a funcionar estas encomiendas iniciales. Se observa un vacío: el reino de Francia. Ni lo visitan, ni se conoce donación alguna de su parte. No debemos extrañarnos, ya que las razones son sencillas: en primer lugar está la procedencia de estos pioneros que van explicando el Temple; lo hacen todos dentro de sus regiones, donde conocen a los personajes clave. A veces, una relación lleva a otra: los Anjou, vasallos del rey de Inglaterra, conectan a Hugo de Payns con el rey inglés, con lo que Normandía y la Gran Bretaña son objeto de visita. En segundo lugar hay que tener en cuenta la relativa poca importancia del señor de la Isla de Francia -el reino de Francia- respecto a los otros lugares y príncipes visitados. Luis VI (1081-1137) el rey en aquellos momentos, procuró acrecentar el prestigio de la monarquía pero sin llegar a prestar su apoyo en los problemas de Tierra Santa, en los que se involucraron directamente su hijo, Luis VII (1137-1180), y su nieto Felipe Augusto (1180-1223). En pocas palabras: se hicieron visitas centradas en los señores conocidos y en los reinos más afines a la aventura de los cruzados. El vacío francés inicial sería rellenado muy pronto, y con creces.

Después de la primera búsqueda de gente que se compromete, las encomiendas implantadas darán pie a nuevos apoyos, a nuevas donaciones: de esta manera cada núcleo primitivo irá extendiéndose y formando nuevas encomiendas, siempre con la ayuda de los señores locales, con el apoyo que encontrarán en los príncipes correspondientes. Hay encomiendas que aparecen por otras razones. Por ejemplo, las correspondientes a las grandes vías de comunicación, tanto las generales como las seguidas por los peregrinos, sobre todo las que van a parar a Santiago de Compostela. Como expresión del ánimo templario, del esmero para asegurar las peregrinaciones -y no solamente las de Tierra Santa-, se establecerán casas en los caminos de romería, muchas de las cuales terminarán siendo encomiendas. En cuanto al simple interés de reforzar también un camino franco para las mercancías y los cruzados que se dirigen a Tierra Santa, se crea toda una serie de casas a lo largo del valle del Roine para que unos y otras lleguen ilesos a Marsella.

El cartulario que el marqués de Albión publicó en el año 1922 nos permite conocer muy aproximadamente el número de poblaciones que en la Francia actual acogían encomiendas de los Templarios. Ignoramos si la lista es exhaustiva, pero sí que es larga e interesante en muchos aspectos. Observamos que cubre todo el país, partiendo de las provincias: Provenza, con ocho preceptorías que se extienden, más o menos, por toda Occitania (excepto Aquitania) y con la añadidura del Rosellón, con un total de 125 encomiendas. Aquitania, con seis preceptorías que se extienden hacia Poitou, Maine y Bretaña, con unas 70 encomiendas. Francia, con Normandía, Borgoña, Picardía y la Champaña, con 325 encomiendas, demostrando lo que decíamos antes sobre la implantación más tardía: en la Isla de Francia encontramos ya un centenar. La Alvernia y el Lemosín, con una cincuentena de encomiendas, cierran esta relación que, según dice Georges Bordonove, «cubre solamente una parte de la existencia de la orden». El mismo autor opina que para la totalidad de Francia podemos contar con unas 700 «verdaderas encomiendas que agrupan cada una, como media, una docena de dependencias, más las casas y los campos y, a veces, pueblos enteros».

Podemos seguir la evolución de diversas encomiendas, todas referidas a este conjunto francés, que nos ilustrarán sobre la manera en que la encomienda iba tomando forma. Sin embargo, antes nos gustaría echar un vistazo al conjunto de Larzac, en tierras del vizcondado de Millau, actualmente dentro del departamento del Aveyron. Estas tierras llegaron a formar parte de la Provenza catalana, cuando su heredera Dulce de Provenza contrajo matrimonio con

Ramón Berenguer III, conde de Barcelona. El hijo de ambos, Ramón Berenguer IV, en funciones de tutor de su sobrino Ramón Berenguer III de Provenza, fue quien en 1159 cedió a los Templarios el territorio de Larzac con la villa de Santa Eulalia de Cernón. Como testimonio del pasado, como aproximación a un conjunto templario, Larzac pide una visita: difícilmente podemos ver aún hoy una encomienda, Santa Eulalia, una subencomienda, La Cavalerie, y un castillo, La Couvertoriade, situados dentro de un gran territorio templario. A pesar de todas las adulteraciones que el paso del tiempo ha producido en Larzac y en sus centros, quedan suficientes piedras en pie para que podamos hacernos una idea de lo que era un gran centro templario.

Sigamos ahora con la pequeña historia de la evolución de algunas encomiendas. La de Coulommiers fue fundada gracias a una donación del conde Teobaldo de Champaña, poco después del concilio de Troyes. Su núcleo estaba formado por un castillo en ruinas que presidía una villa, una posición más bien estratégica. En 1173 se añadió un molino y debemos esperar hasta 1232 para que otro conde de la Champaña realice otra donación importante: 400 hectáreas, que pueden ser artigadas, en el bosque de Mahan. Otros señores donan unas casas de campo con sus tierras correspondientes. La encomienda de Bonlieu, cerca de Troyes, proviene de la donación que realiza Andrés de Rosson en el año 1220, cuando decide hacerse Templario: cede todo lo que posee a los pueblos de Rosson y de Aillefol. En 1230 otro señor engrandece la encomienda donando todos sus bienes. Los Templarios de Bonlieu compran al conde de Brienne mil besanas (una besana equivale a 21,87 áreas) de su bosque de Beteiz, con lo que acrecientan la encomienda. En 1250 la hacen mayor aún: compran 600 besanas al caballero de Mily. Se cree que, junto con otras donaciones pequeñas, en Bonlieu se llegaron a tener en 1255 cerca de 3.000 hectáreas.

La encomienda de Sommereux, en Picardía, es el centro de una preceptoría. Fue fundada hacia 1140 gracias a una donación del señor del lugar, Soustans de Fins. Con otras donaciones, compras y permutas, Sommereux acabó poseyendo las tierras de todas las parroquias vecinas, con casas en Beauvais y en Clermont. Adscritos a la encomienda había hermanos caballeros y sargentos; un hermano se ocupaba de la cosecha, de los diezmos y otros beneficios; otro se encargaba de la contabilidad, el dispensator. El hermano sacerdote era el rector de la parroquia de la villa. Llegó a ser tan grande que se tuvo que fragmentar, surgiendo así la encomienda de Neully-sous Clermont.

De Picardía nos desplazamos a Normandía. Renneville era considerada una gran encomienda. Ricardo de Harcourt erigió la capilla de San Esteban de Renneville y la donó junto con sus feudos a los Templarios en 1140. Ricardo murió en Tierra Santa como caballero del Temple y sus restos fueron inhumados en la capilla. En estos momentos la encomienda poseía la capilla, una gran casa fortificada, un palomar y diversas dependencias. En 1156 la condesa de Warwick -nos movemos entre apellidos ingleses, estamos en tierra «franca» pero dominada por los ingleses- hace donación del dominio de Lammadoc y dos años más tarde los Templarios reciben el de Angerville. Las donaciones no cesan: plata, rentas, donaciones de siervos con sus familias, granjas y casas de campo, casas en Evreux. Su crecimiento fue tan considerable que, como en el caso de Sommereux, tuvo que ser fragmentada.

Montsaunès, actualmente en el departamento de la Alta Garona, fue una encomienda con suerte: los señores locales rivalizaron con sus donaciones. El propio conde de Comenge no quiso quedarse atrás: se hizo Templario (1176) y dotó magníficamente a la encomienda. En el siglo XIII la casa del Temple en Montsaunès se extendía por una docena de pueblos, y desde 1156 hasta 1193 se contabilizan cuarenta donaciones a título gratuito. Igualmente tuvo que ser fragmentada y crear otra encomienda: la de Saint-Sirac. Montsaunès ha seguido teniendo suerte en nuestros días: André Peyriguer hasta hace pocos años, y ahora su hijo René, han cuidado de lo que queda de la encomienda y de una iglesia más que interesante, con unos

frescos que, junto con las oportunas explicaciones de René Peyriguer, te hacen penetrar en un mundo de una adorable mezcla de realidad y fantasía.

En el Languedoc florecieron encomiendas muy pronto: Carcasona y Brucarel fueron fundadas ya en el año 1132. Mas-des-Cours, en 1136, Pomas en 1138, Esperaza en 1140, y San Juan de Carrière en 1153. La encomienda de Douzens, nacida también en una fecha temprana, 1133, y que recibió las donaciones de los Barbiera, los Canet y del propio vizconde Roger de Besiers, es estudiada a fondo por Alain Demurger.

Hemos dado una vuelta por la geografía francesa y ya sólo nos resta hablar de París. La primera casa de la orden en esta ciudad data de 1146 y se llama el Vieux Temple para diferenciarla de las otras casas y encomiendas parisinas. Fue instalada en la zona pantanosa de la orilla derecha del Sena, en lo que hoy en día es el barrio del Marais ('pantano'); los Templarios tenían un puerto a orillas del Sena. Drenaron las marismas y convirtieron la extensa área resultante en un recinto formidable que fue ganando entidad a medida que pasaron los años. Como siempre, compraron terrenos, al mismo tiempo que el propio rey les hacía más donaciones -se supone que el Viejo Templo se construye en unos terrenos donados por Luis VII-, y, novedad, aunque nada extraña en París, aun siendo el París del siglo XIII: urbanizan parte del exterior del recinto y la venden para la construcción de viviendas. Dentro del recinto edifican una iglesia magnífica siguiendo el modelo del Santo Sepulcro. También erigen un par de torres, una, la Torre del César, finalizada en el siglo XII, la otra, el famoso Torreón del Temple, del siglo XIII.

Hoy en día ya no queda nada de estas edificaciones ni del gran recinto. Se conserva el nombre del barrio del Temple, el nombre de una calle y la placa del mismo nombre, y una bonita plaza con jardines y estanque, con el mercado del Temple al lado, donde se cree que estuvieron situados los edificios principales. La construcción que más duró fue el Torreón, que sirvió de prisión para la familia real entre los años 1792 y 1793. Napoleón la mandó derruir en 1811 y todo lo que quedó de ella fue finalmente barrido por Napoleón III. Cuando se produjo la disolución de la orden el Viejo Templo pasó, naturalmente, a manos del rey, pero en 1328 fue entregado a los Hospitalarios, que construyeron allí un palacio para el prior de la orden. No obstante, siempre se llamó el Temple y a pesar de que fuera la residencia del prior de los Hospitalarios todo el mundo se refería a él como «el prior del Temple».

El Vieux Temple era la banca central de la orden y, como ya sabemos, el lugar que albergaba el tesoro del reino de Francia. Bordonove dice que «era una especie de Banco de Francia avant la lettre». La sorpresa de ver una fortaleza en medió de París venía dada por la necesidad de mantener con seguridad los tesoros que albergaba. Los contables del Temple se asemejaban a los banqueros lombardos en conocimientos... y astucia. El tesorero asumía las funciones de consejero de finanzas de los reyes de Francia, precisamente en los momentos en que éstos establecían una administración eficaz, sin saber de la misa la media. Las considerables sumas, dejadas en depósito o propias, permitían todos los juegos posibles: el préstamo real, el mantenimiento de las encomiendas de Tierra Santa, las operaciones complejas que aumentaban la fortuna de la orden. Los depósitos propios llegaban al Temple desde diversas procedencias: de los dominios del Temple de París, que eran los de cualquier encomienda, sólo que enormes; los comendadores de cada explotación tenían la obligación de enviar al Viejo Templo los excedentes, los beneficios que obtenían. No hace falta decir que todo era administrado con gran cuidado, con controles serios. En cuanto a los depósitos, poco a poco fueron consiguiendo su gestión directa, y en los del rey, la gestión de los Fondos del Estado. Finalmente, un buen grupo de señores, de peregrinos, de los mismos comerciantes, con fiaba sus depósitos al Temple: todo el mundo se fiaba de ellos, y ésta debía ser la primera virtud del banquero.

Teniendo a su disposición una suma tan considerable para maniobrar, se tenía que hacerla trabajar, es decir, entrar en el mundo del préstamo, el préstamo con intereses. Esto representó un problema de cara a la Iglesia: por principios se oponía a los préstamos remunerados, probablemente porque los que se usaban entonces se acercaban a la usura. Parece que existía un sistema para quedar bien con la Iglesia y al mismo tiempo no quedarse sin negocio: se fijaba el interés sobre el total del préstamo y se mejoraba ficticiamente la deuda. Es difícil saber si los Templarios utilizaron este sistema, aunque se considera muy probable. Resulta evidente que los préstamos otorgados a los reyes de Francia -que eran de gran magnitud, como hemos visto al hablar del rescate de san Luis- no comportaban interés alguno. Pero eran unos clientes que atraían mucho negocio...

El Vieux Temple era también la residencia del dignatario que llevaba el título de Maestre de Francia, y que en realidad era el lugarteniente del Maestre. Pero el personaje más importante era el hermano encargado de las funciones de tesorero. Era éste quien controlaba las cuentas reales, independientes de los depósitos del reino. También se encargaba de una especie de taquillas abiertas al público que, simplemente, tenían las mismas funciones que las oficinas de cualquier banco o caja de ahorros actual. No disponían de máquinas calculadoras pero se las arreglaban con unos tableros cuadrículados -semejantes a los de ajedrez- donde anotaban las cifras.

Ya sabemos que el mismo Hugo de Payns «misionó» en Inglaterra y Escocia. Recibió más donaciones en «especie» que en tierras, y por esto tardó un poco en manifestarse el asentamiento, que empezó a producirse con la subida al trono inglés de Esteban de Blois (1135). Sabemos que Hugo de Argentein fue el primer Maestre inglés. La primera Casa del Temple, en Londres, estaba situada al nordeste de la City, en Holborn Bars; comprendía un jardín y un huerto con árboles frutales, un cementerio, una iglesia de planta circular, el edificio para trabajar y vivir, todo rodeado por un foso. Era el centro de la preceptoría de Londres y al mismo tiempo la Casa central de la provincia inglesa. Sabemos que desde 1153 a 1155, gracias a la información aportada por Beatrice Lees, el Maestre fue Ostos de Saint Omer, también citado como Ostos de Boulogne, probablemente hermano de Godofredo de Saint-Omer. Ostos fue sucedido por el Templario anglonormando Ricardo de Hastings, pero ambos siguieron colaborando estrechamente, ya que «tenían una amistad de por vida». De hecho durante una veintena de años rigieron juntos el Temple inglés. Eran los tiempos difíciles entre los reinos de Inglaterra y Francia, pero los Templarios de uno y otro bando prosiguieron su acción propia e intervinieron muchas veces en las firmas de acuerdos de paz: nunca tuvieron problemas. También intervinieron en los enfrentamientos entre Enrique II y Becket, rogando «con llanto y lágrimas» al primado inglés que se reconciliara con el rey. Ricardo de Hastings, ya solo debido a la partida de Ostos a Tierra Santa, dirigió el Temple inglés hasta 1185, año en que también partió como cruzado a Palestina, donde probablemente murió en la batalla de Hattin.

A Ricardo se debe el gran impulso del Temple en Inglaterra. Fue él quien compró el lugar a orillas del Támesis, en la desembocadura del arroyo Fleet, donde fundó la nueva encomienda que había de ser la sede central del Temple inglés. La construyó con una bella iglesia circular, con un scriptorium de clérigos preparados, y que su sucesor, Jofre Fitz-Étienne, utilizó para elaborar el inventario de los bienes de la casa de Inglaterra. Aún hoy, en el barrio llamado del Temple, ocupado por abogados londinenses, se puede contemplar la primitiva capilla del siglo XII. El Temple de Londres tenía muchas semejanzas con el Vieux Temple de París en cuanto a las tareas de que se encargaba. Desempeñó una labor bancaria considerable y, si no el tesoro del Reino, sí que guardaba el tesoro de los reyes: las joyas de Enrique III, en el año 1262, «después de un inventario detallado fueron guardadas en dos cofres sellados y llevadas al Temple». Todo lo dicho sobre las operaciones financieras del Temple de París se puede aplicar perfectamente al de Londres. Cuando se confirma la máxima expansión inglesa se pueden

contar alrededor de unas trescientas encomiendas en la provincia, que suma las de Irlanda, Escocia e Inglaterra.

Antes de entrar a fondo en el estudio de la implantación de los Templarios en los reinos cristianos ibéricos, que trataremos en el capítulo siguiente, anotemos que la orden se establece por vez primera en un reino italiano en Milán, en el año 1134, y que en el Imperio Germánico no lo hará hasta el 1137.

3.- LA PENÍNSULA IBÉRICA

El tema de los Templarios ha seducido a muchos historiadores y escritores, pero podemos afirmar que la historiografía española se sitúa en primera línea y que las aportaciones que se van produciendo, en estos mismos momentos, son considerables. Gracias a ellas podemos contar con un material indispensable para situar exactamente la implantación templaria en nuestra Península, especialmente en las tierras de la Corona de Aragón, que fue donde la orden tuvo un protagonismo mayor.

Como bien afirma Sans i Travé, «donde más sentido tenían los ideales que propugnaba la orden del Temple era en los diversos reinos de la Península Ibérica, cuyas circunstancias específicas se asemejaban mucho a las de Jerusalén». Es verdad: tanto en Tierra Santa como en nuestra Piel de Toro se luchaba contra los sarracenos para reconquistar tierra a los «infielos». No es de extrañar, pues, que el reconocimiento que tuvo la orden en Troyes cristalizara en una acción llevada a cabo en la parte más alejada de la Península: la rapidísima donación que la reina Teresa de Portugal hizo a la orden después de su confirmación, en el mes de marzo de 1129. Dos meses después del concilio, los Templarios podían contar con el castillo de Soure, en el territorio de Coimbra, cerca de la frontera donde luchaban cristianos y sarracenos. Otro dato significativo es la parte correspondiente a los reinos ibéricos de la cantidad de donaciones, permutas y ventas que se produjeron en todo Occidente durante los comienzos de la orden, entre 1129 y 1136. Pues bien: de un total de 116 documentos acreditados por el marqués de Albon entre estos años, 32 corresponden a España y 6 a Portugal.

Pero no sólo en Portugal se vivió pronto el impacto de las órdenes religiosomilitares. El muy insólito testamento del rey de Aragón Alfonso I el Batallador (1073-1134), otorgado en el mes de octubre de 1131, demuestra claramente el aprecio e interés que este rey tenía por las órdenes militares. Como es sabido, al no tener descendientes directos deja su reino en manos del Temple, el Hospital y el Santo Sepulcro. Este testamento fue ratificado en Bayona tres días antes de morir y también sabemos que no fue aceptado por sus súbditos, que manifestaron que «las mencionadas órdenes, si bien participaban en la reconquista y eran poderosas, eran aún ajenas a las formas de vida aragonesas», y escogieron a García VII para gobernar Navarra y a Ramiro II, el Monje, como rey de Aragón. De hecho, éste era obispo, no consagrado todavía, de Rueda-Barbastro, y tuvo que colgar los hábitos para poder reinar.

Siguiendo procesos conocidos, pero que nos proporcionan la ilación correspondiente, la Iglesia defendió a brazo partido las últimas voluntades del Batallador a favor de las órdenes y no fue hasta el año 1140 que Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona, defendiendo ya sus propios intereses -y los de su mujer, Petronila, casada con el conde catalán cuando contaba un año de vida- obtuvo de Roma la posibilidad de dialogar con las tres órdenes y llegar así a un compromiso. No tuvo demasiados problemas con los Hospitalarios y con los del Santo Sepulcro, pero las cosas fueron un poco más difíciles con los Templarios. Si con las dos primeras órdenes cerró un trato en el verano de 1141, con los Templarios tuvo que esperar hasta 1143, cuando el Maestre Roberto de Craon dio el visto bueno a las negociaciones y se firmó

el ajustamiento en Gerona el 27 de noviembre con un saldo más que favorable: pasaban a manos de la orden los castillos de Monzón, Montgay, Chalamera, Barberà y Remolinos, además de otras posesiones, el derecho a una décima parte de todas las rentas que el conde percibía de los musulmanes y la quinta parte de las tierras que ayudaran a conquistar. Ítem más, los otros privilegios que podemos calificar de normales: la exención de impuestos y peajes. El acuerdo, escrito en un latín fácil de entender, muestra con claridad el interés existente para contar con la ayuda de los Templarios a fin de combatir a los moros: «Ad defendendam occidentalem ecclesiam que est in Hispaniis, ad deprimendam et debellandam et expellendam gentem maurorum...».

Probablemente la difícil negociación con los Templarios constituyó una sorpresa para el conde catalán, habida cuenta de que su propio padre, a instancias de Hugo de Rigaud (que ya hemos encontrado en la otra cara de los Pirineos), había aceptado «hacerse» Templario. Ramón Berenguer III moriría cinco días después de su profesión (1131) envuelto con el hábito blanco de los Templarios. El hermano Rigaud, o Rigalt, acompañado de Ramón Bernardo de Perpiñán, consiguió algo más que la profesión del conde: la donación del castillo de Grañena, en la marca occidental fronteriza, «para que se establezcan en Grañena... y defiendan allí la cristiandad», aunque ello no implicó el asentamiento inmediato que el buen conde pretendía. Pero esto no era todo. Por tierras catalanas las donaciones a los Templarios ya habían empezado mucho antes de aquel 1143 en que se formalizó el acuerdo: Armengol VI de Urgel les donaba en 1132 el castillo de Barberà, pero los Templarios declinaron la oferta aduciendo «el mucho trabajo que tenían en Tierra Santa»; el conde Ramón Berenguer IV les convocó en asamblea (1134) para que se implicaran en los afanes de reconquista de la Corona y les dio «de por vida veinte morabetinos anuales y, a su muerte, sus propias armas y arneses». Además, él y los otros veintiséis magnates «se comprometieron cada uno a servir durante un año bajo la obediencia de la orden». Pero los Templarios consideraron que aún no había llegado el momento de comprometerse: adujeron el compromiso de Tierra Santa, aunque, probablemente, ya estaban en Roma trabajando para obtener, con el triunfo del conocido testamento de Alfonso de Aragón en sus manos, algo más sustancial...

Con sorpresa o sin ella, el caso es que Ramón Berenguer IV finalmente se salió con la suya (otro hecho curioso: si bien la Iglesia parecía ayudar a ambas partes durante las negociaciones, no fue hasta el año 1158 que el papa Adriano IV aceptó la situación). Y los Templarios empezaron a actuar en Cataluña y Aragón. Primero bajo la dirección de Pedro de Royera (muerto en 1158), Maestre «en Provenza y en ciertas partes de Hispania», a quien veremos muy pronto moverse por todo el extenso territorio firmando acuerdos, ahora con el rey de Navarra, ahora con los burgueses del Rosellón, hasta que, finalmente, a principios del siglo XIII se produjo la división, quedando la provincia de Provenza por una parte y la de Cataluña y Aragón por otra. Esta última incorporaría después Mallorca, Valencia y Murcia.

Miret i Sans detalla unas donaciones particulares, muy tempranas, muchas de las cuales no acabaron en encomienda, pero que ilustran el deseo de la gente del país por colaborar en la tarea que llevaba a término el Temple. En tierras del condado de Osona, Guillermo Ramón y su mujer, de Sant Pere de Vilamajor, donan un alodio en 1131; Ramón de Pedós, en 1133, dona unos derechos y bienes que poseía en Sant Sadurní de les Planes, Sant Julià de Vilatorrada y Folgueroles; Arnaldo de Soler, en 1134, dona una casa de campo llamada Rosed, en Sant Hipòlit. En el Vallès, en el mismo año 1134 aparecen la donación de Pedro Arnaldo de una casa de campo y sus pertenencias dentro del término de Santa Perpètua de Mogoda, y la de Ramón Adalvert de Vivà y su esposa Estefanía de una casa de campo en la parroquia de Sant Sadurní, cerca de Sabadell; más tarde, en 1150, Ramón Bernardo de Gurb entrega un alodio que poseía en Parets mediante el pago de 200 sueldos. Las donaciones en el Vallès fueron frecuentes y permitieron crear la encomienda de Palau Solità-Barcelona, entre los años 1150 y 1160, de la que fue comendador Berenguer de Sant Vicenç.

En Barcelona, en la primavera de 1134, Ramón Massanet y su hijo, vecinos de la capital, donan unas casas y torres. Y cuatro años más tarde, el veguer de la ciudad, Berenguer Ramón, cede a los Templarios sus derechos sobre un taller al lado del castillo viejo de Barcelona. Alfonso I el Casto, en 1164, les donará, en reconocimiento de deuda a los Templarios, 1.100 morabetinos, garantizándolos con los diezmos de Sant Pere de les Puel·les y dos molinos que el soberano tenía en la ciudad. Más tarde, en 1168, Pedro Mascaró hizo donación de un alodio que tenía en Montjuïc.

En el condado de la Cerdaña, pero en tierras actualmente del Berguedà, Galcerán de Pinós, de acuerdo con su mujer y sus hijos, hizo en 1170 una gran donación territorial a los Templarios: todas las montañas entre Bagà, Saldes, Tuixent y Sant Llorenç dels Morunys, y al mismo tiempo ofrecía protección a los caballeros «desde la villa de Solsona hasta el collado de la Perxa», este último situado en la Alta Cerdaña. Berenguer de Calders, aquel mismo año, completa la donación con las montañas de Baciens, confinantes con el territorio anterior. Todas estas donaciones enriquecían la encomienda leridana de Gardeny, que estaba lejos del Berguedà pero que tenía intereses, entre otras explotaciones, en la cría de caballos.

En el Rosellón, donde ya estaba formada la encomienda de Masdéu, una de las primeras de Cataluña, probablemente hacia el año 1138, también hay donaciones en Perpiñán en 1139. El noble Udalguer, vizconde de Fonallet, hizo otras donaciones en los años 1141 y 1142. Gaufredo, conde del Rosellón, dio diversas casas de campo en los años 1149, 1153 y 1155. En lo que más tarde sería el reino de Valencia encontramos las donaciones de los castillos de Xivert y Oropesa por parte de Alfonso el Casto en 1169 «cuando fueran conquistados a los moros».

Al lado de estas muestras -mínimas para no fatigar al lector de donaciones en vida, hallamos las cesiones testamentarias que la gente del país hacía a favor de los Templarios. Miret i Sans dice que es «imposible mencionar todos los testamentos de señores catalanes», pero aporta una larga lista, más que interesante. Las cesiones son importantes: castillos, tierras, censos, diezmos, molinos, hornos, rentas, caballos, armas, etc., etc., que muchas veces crean conflictos legales con unos herederos que se consideran desposeídos de lo que les pertenece. Una cesión testamentaria interesante: el castillo de Cotlliure, cedido a la encomienda de Masdéu por Berenguer d'Orla en el año 1190. Se aprovechó este castillo -aún en pie, junto al puerto de esta localidad del Rosellón- para establecer una base de tráfico marítimo con Tierra Santa.

La mayor parte de las encomiendas catalanas se crearon a lo largo de la segunda mitad del siglo XII: Palau-Barcelona, Gardeny, Tortosa, Miravet, Corbins, Barbens, Puig-reig, Barberà, Ascó, Granyena, el Rourell, Aiguaviva, la Joncosa de Gelida, Selma, Horta de Sant Joan, Masdéu, ésta en el Rosellón y, probablemente, anterior a la primera mitad del siglo XII. Aparece también un commendatoris Ceritanie, que supone una encomienda en la Cerdaña, pero no se tienen más noticias de ella. A principios del siglo XIII siguieron las de Vallfogona de Riucorb y Castelló d'Empúries, así como las surgidas de la reconquista: la de Palma de Mallorca, Borriana, Valencia y Xivert, que se trasladaría después a Peñíscola. Finalmente, al acabar el siglo, se fundaron las de Torres de Segre y Espluga de Francolí, esta última dudosa, pero de la que tenemos el nombre del primer comendador: Berenguer de Portell, en 1270. Por cierto, recientemente (1994) Joan Fuguet y Ramon Rovira-Tovella han situado la encomienda de la Joncosa en Gelida, concretamente en el barrio del Puig, afirmando que la antigua localización en la Joncosa de Montmell no era correcta. De todas formas, todo queda en el Penedès. Se consideraban encomiendas de primera línea las del Masdéu, Gardeny y Miravet.

Haremos ahora una breve reseña correspondiente a la implantación de los Templarios en los lugares acabados de conquistar: es evidente que para los reyes de la Corona de Aragón los caballeros representaron una ayuda indispensable en el combate contra los sarracenos; para el

Temple, al mismo tiempo, la nueva conquista significaba un paso más en su expansión territorial. Cojamos como ejemplo tres de los lugares más importantes: Mallorca, Valencia y Murcia. Con la conquista de Mallorca (1229) los Templarios recibieron, en el reparto a que tenían derecho como colaboradores, el castillo de la Almudaina, en Palma, con 365 casas, 54 talleres y 122 alquerías en los términos de Palma, Pollença y Montuèri. Se estableció inmediatamente una encomienda en Palma, con su castillo de la Almudaina y una dependencia en Pollença. No se sabe a ciencia cierta si el primer comendador fue Ramón Bacó o Bertran d'Albet, pero la fecha inicial de su mandato se sitúa en 1230. El último comendador fue Arnaldo de Castellví, desde el 1301.

Después de la toma de Valencia en 1238, en octubre del mismo año Jaime I concedió a los Templarios la torre de Alibufat, «muy grande y fuerte», que de hecho constituía todo un barrio de la ciudad. Más tarde, en 1244, les concedió las atarazanas de Denia y la alquería de Montcada, en la huerta valenciana, con todas sus posesiones. El primer comendador de Valencia que conocemos se llama Pedro d'Ager, que figura en un documento de 1251. Resulta extraña la demora en establecer una encomienda, pero por otra parte nos es confirmada, ya que muchas donaciones reales de 1246 se hicieron delante de representantes del Temple de Palau-Barcelona y Aiguaviva. El último comendador de Valencia de que tenemos noticia fue Bernardo de Miravalls (1282). La conquista de Murcia es más tardía, en 1266. Lope Martínez nos dice que los Templarios «llegaron más como pobladores que como guerreros». De todas maneras, Jaime I concede casas al Temple inmediatamente después de la conquista (junio de 1266), lo que parece indicar un premio a su colaboración guerrera. Reciben el antiguo alcázar musulmán, que convierten en Santa María de la Gracia. Murcia había sido conquistada también por tropas castellanas, bajo el mando de Alfonso X, y éste no estuvo totalmente de acuerdo con el reparto efectuado por Jaime I. Muchas de las donaciones fueron replanteadas y los Templarios tuvieron que ceder algunas de ellas. En el nuevo reino ocupado establecieron una encomienda en Caravaca, que se conservó intermitentemente hasta la extinción de la orden.

A continuación intentaremos una aproximación a una reducida, pero significativa, relación de encomiendas catalanas.

Laureà Pagarolas i Sabaté ha hecho un estudio brillante sobre la preceptoría de las Tierras del Ebro, que nos interesa para acercarnos a lo que él llama «un distrito administrativo independiente». Las Tierras del Ebro eran una punta de lanza de la reconquista, avaladas por la posición estratégica «del fabuloso castillo de Miravet y por el enclave privilegiado de Tortosa». Esta ciudad fue conquistada en diciembre de 1148, después de seis meses de asedio, en el que la presencia de los Templarios está ampliamente documentada. Todos los que intervinieron en la conquista de la ciudad recibieron su parte: un tercio para los genoveses, otro tercio para el conde Ramón Berenguer IV y el último para Guillermo de Montcada, tercio que incluía la fortaleza de la Zuda. El conde compró su parte a los genoveses -éste, evidentemente, era su único interés real- y de su tercio dio la quinta parte a los Templarios. Los historiadores, sin embargo, no se ponen de acuerdo en cuanto a si esta quinta parte correspondía sólo al tercio del conde o al total de Tortosa. Pagarolas cree que se refiere a la quinta parte total de la señoría, además de la décima parte de los bienes que correspondían al conde.

Sea como fuere, los Templarios establecieron la encomienda de Tortosa inmediatamente, probablemente al año siguiente, 1149. La edificaron como una fortaleza, junto con la capilla. La primera expansión se llevó a cabo a base de compras de tierras y, en estos primeros momentos, regía la nueva encomienda el mismo comendador de Miravet, hasta que en 1156 encontramos a un procurador, un jefe templario establecido en Tortosa. En 1174 llega el primer comendador, el hermano Pedro Auxor. Mientras tanto Tortosa ya había recibido muchas donaciones. Alfonso el Casto, para no ser menos, hizo un gesto decisivo para la historia de la

encomienda: les cedió toda la ciudad de Tortosa, así como los castillos de Ascó y Ribarroja (1182). Pero debemos recordar que toda Tortosa significaba la ciudad real, es decir, dos tercios: los Montcada aún conservaban su parte. Esta cesión se vería confirmada por Pedro I en 1202 y en 1210, confirmaciones debidas a los quebraderos de cabeza ocasionados por las disputas jurisdiccionales que mantenían los Templarios con los Montcada, con el obispo y con los mismos hermanos Hospitalarios. Jaime I también haría la oportuna confirmación de derechos en 1218 y 1233, lo que simplemente significa que el poder de los Templarios sobre Tortosa era codiciado por otros personajes y también por el propio pueblo tortosino, que los miraba con recelo: demasiado poder en sus manos. No es extraño, pues, que el poder de los Templarios en Tortosa a lo largo del siglo XIII fuera disminuyendo y llevara finalmente a la redacción de las «Costumbres de Tortosa», texto compilado en 1279 y que significó una mayor autonomía ciudadana en detrimento de los señoríos, el más importante de los cuales era el del Temple.

Los caballeros no se distraen; comprenden que cada vez se moverán con más dificultad en su ciudad y empiezan un juego que conocemos perfectamente: la permuta. Se cede a Jaime II «la ciudad de Tortosa y su término... y se reciben, a cambio, las villas, los castillos y lugares de Peñíscola -con Benicarló y Vinaroz-, Ares y Coves de Vinromà, además de lo que el rey tenía en el castillo de Ollers, en la cuenca del Barberà».

Un castillo emblemático de la orden es el de Miravet, que aún ahora se puede visitar -se están llevando a cabo reconstrucciones cuidadosas-, y que nos permite adentrarnos en la orden y palpar la fuerza y majestuosidad de sus construcciones. Debemos seguir los trabajos de Joan Fuguet sobre Miravet y, en general, sobre la arquitectura templaria catalana, que nos hacen revivir la fuerza de la implantación de esta orden en Cataluña. Miravet era, en el año 1153, casi la única fortaleza importante que retenían los sarracenos en Cataluña. El 24 de agosto del mismo año el castillo cayó en manos de Ramón Berenguer IV, quien, para ser fiel al pacto de 1143, lo cedió a los Templarios, que lo habían ayudado en la conquista. Los caballeros decidieron construir en el emplazamiento del antiguo castillo una gran fortaleza con que defender la nueva frontera meridional. La Terra Alta, un dominio básicamente templario, tenía su centro en este castillo de Miravet. Los Templarios recibieron, además, los castillos y lugares de Gandesa, Corbera, Algars, Batea, el Pinell y Rasquera. Inmediatamente se estableció la encomienda, que fue ganando entidad -ya hemos visto antes que se ocupaba también de Tortosa-, y que acabó convirtiéndose en una preceptoría, primero de «Miravet, Tortosa y Ribera», y finalmente de «Ribera». Más que la acción tradicional de la encomienda, con el tiempo Miravet devino bastión militar, al mismo tiempo que ayudaba a la creación de encomiendas agrícolas en los lugares antes citados y que formaban parte de su demarcación. En el castillo había una especie de archivo central de la orden para la Corona catalanoaragonesa, así como la tesorería general. Tendremos que hablar nuevamente de Miravet cuando tratemos sobre la disolución de la orden en tierras de la Corona de Aragón.

La implantación de los Templarios en las Tierras del Ebro se completa con Horta (1177), por donación de Alfonso el Casto; gracias a Fuguet conocemos a fondo el convento de la Virgen de los Ángeles, más conocido con el nombre de San Salvador, del que aún podemos admirar la iglesia. Se amplió en 1182 por la compra hecha a los Montcada, y quedó establecida una encomienda en 1193, unida a la preceptoría de Ribera. También los castillos de Ascó y Riba-roja habían sido dados a la orden por Alfonso (1167) y se fundó la primera encomienda en Ascó en 1182 y más tarde la de Riba-roja, que mientras tanto había formado parte de la de Ascó. Hay otros puntos donde se establecieron encomiendas, cosa que permite afirmar a Bladé i Desumvila, citado por Pagarolas, que «son muy pocos los pueblos de las comarcas del Ebro y de la Terra Alta donde no sea posible hallar vestigios de la obra y la actuación de los caballeros del Temple».

Hemos hecho una apreciación de conjunto y un poco detallada de la implantación de los Templarios en tierras catalanas. Pasemos ahora a la otra parte de la Corona, a Aragón. Miret i Sans nos proporciona una relación de las primeras donaciones particulares. Una señora, doña Teresa, les da un molino en Zaragoza en 1144. La vizcondesa Talesa, viuda del vizconde de Bearn, Gastón V, les dona unas heredades de Zaragoza y Sobradiel, y Sancho López y su mujer unas casas en Zaragoza en el mismo año. Un grupo de particulares cede al Temple, en febrero de 1145, parte de su heredad de Alcoceya. Un año después el conde de Barcelona, estando en Huesca, hace donación a Pedro de Royera, el Maestre que se encargaba de todos los asuntos de Cataluña y Aragón, de la «posesión de todos los siervos sarracenos que tenía en sus bienes territoriales» refiriéndose simplemente, según parece, a las tierras de Aragón. El mismo conde, en el año 1151, cede al Temple los castillos y villas de Ambel y Alberich y aprueba la permuta con los Hospitalarios de Mallen, que pasaría a manos de éstos, por la de Novelles, a manos de los Templarios. Una curiosa donación del rey Alfonso el Casto: hallándose en Tauste, en 1174, les hace donación de «un hombre llamado Martín Morcarán con todos sus bienes». Las donaciones de personas eran más usuales cuando se trataba de sarracenos o de judíos, pero no así de «cristianos».

Conocemos las primeras encomiendas aragonesas: son las de Zaragoza y Novelles, o Novillas, que aparecen documentadas al menos desde 1162, cuando hay una donación de Duranda, una señora de Zaragoza. También prestaremos atención a algunas encomiendas en particular. Monzón merece atención por separado, además de las consideraciones que indicaremos.

Monzón es la única encomienda de primera línea de Aragón. El castillo formaba parte del dominio del Temple desde 1143 por donación del conde de Barcelona. El papa Adriano IV la confirma en 1156 con una bula. La encomienda fue constituida entre los años

1175 Y 1178 y conocemos a su comendador: Ramón de Cubells. Aún bajo su mandato, la encomienda recibe en 1158 «el castillo de Pedrís y su término, en presencia de Ramón de Canet, Maestre de la orden en Provenza, y Ramón de Cubells, comendador...». La donación fue efectuada por Dulce, condesa de Urgel. En 1199 encontramos a un nuevo comendador, Guillermo de Peralta, cuando vemos que se confirman los derechos a tener «franca de diezmos toda la tierra de secano de Fraga»; si la convertían en regadío, tendrían que pagar la mitad del diezmo a la iglesia de Fraga. Entre Guillermo Cadell (1210) y Bernardo de Sa Aguilera (1216) debían cuidar de un infante singular: Jaime, el hijo del rey Pedro, muerto en Muret; Jaime I el Conquistador, puesto bajo la custodia de los Templarios en Monzón por voluntad de Inocencio III. «Y acordaron todos que nos criara el Maestre del Temple en Monzón: y el nombre de aquel Maestre era Guillermo de Montredon, que era natural de Osona y Maestre del Temple en Aragón y Cataluña», tal como explica el propio rey Jaime en el Llibre dels Feits. Montredon era el máximo responsable, pero los comendadores de Monzón fueron quienes educaron al rey Jaime cuando era un niño de seis años.

En 1221 la encomienda de Monzón continuó ampliándose con la donación del castillo de Montgay, dentro del término de Monzón. Pedro Eiximenis, comendador en 1240, otorga cartas de población a los habitantes de Filsena y Orsuyera para dar nueva vida al pueblo de Bellavista. Más tarde, en 1244, aparece la subencomienda de Cantavieja, vinculada a Monzón. En los últimos momentos de la vida de los Templarios el comendador era Guillermo de Miravet, que regía la encomienda en el año tan especial de 1307.

Como hemos dicho, una de las primeras encomiendas aragonesas fue la de Zaragoza. Bernardo de Salvi ya figura como comendador en el año 1162. En 1209 el Temple, tan aficionado a las permutas, hace una muy especial en Zaragoza: permuta, con el rey Pedro, un sarraceno de Huesca, en manos reales, por un cristiano. El moro debía de ser importante, pues el Temple le concedió «a él y a su familia franqueza de hueste, cabalgada, paria, bovaje».

También debía de ser importante el cristiano reclamado por el rey, pero no conocemos su identidad.

La primera implantación de los Templarios en Huesca está datada en 1148: unos pocos hermanos bajo la administración de Ramón de Castellano. Tendremos que esperar hasta el año 1171 para encontrar un comendador, Ramón de Cervera, y es por esto por lo que debemos pensar que fue en este año -así lo cree Ángel Conte- cuando se estableció la encomienda. Nuestro conocido Guillermo de Montredon y el mencionado Ramón de Cervera fueron los dos comendadores de Huesca y llegaron a ser maestros provinciales. Los Templarios de la encomienda de Huesca consiguieron un ámbito territorial considerable, con los puntos más importantes situados en Jaca, Luna y Almudévar, además de las villas de Arnellas y Pompeín. Pedro de Tous (1294) y Bernardo de Montoliu (1304) cierran la lista de comendadores.

La encomienda de Novillas tuvo su origen en la donación efectuada a los Templarios en 1135 por el rey de Navarra García Ramírez. En el año 1157 el obispo de Zaragoza donó al Temple las iglesias de Novillas, Boquiñeni y Rasazol, con diezmos y primicias. Guillermo de Bajés aparece como comendador en 1165. Los últimos comendadores fueron Guillermo de Montgrí (1272) y Guillermo de Junceda (1301). Cuando la encomienda se fue engrandeciendo se separó de ella Boquiñeni, que formó otra. Alfonso I el Casto, en 1184, había puesto la encomienda y su comendador, que figura bajo el nombre de Simón, bajo su protección y guardia. El último comendador conocido fue Juan de Ambel (1289).

Otras encomiendas aragonesas: Ambel, en el obispado de Tarazona, con un comendador, Pedro López, establecido en 1178. Mirambel, en Teruel. Encinacorba, cerca de Daroca, ya aparece en el año 1175. Aniesa, en Huesca, con un comendador, Garcez de Filera, en el año 1216. Riela, también en Huesca, con el comendador Berenguer de Torán en 1246. La Zayda, dentro del obispado de Zaragoza, cuyo primer comendador se llama Ramón de Llorens (1199). Alfambra, de donde era comendador Pons Menescal: «En Teruel, Novella y Alfambra» (1196); su último comendador fue Pedro Aldebrí (1213). Orríos, cerca de Teruel, es encomienda desde 1186. Las posesiones de Alfambra, Cantavieja, Castellot y Villel eran, originariamente, de la orden de Monjoi, que había recibido el apoyo de Alfonso el Batallador. Pero en tiempos de Alfonso el Casto la orden de Monjoi, muy pequeña, como indica Forey, se fusionó con el Temple, que recibió sus fortalezas y acabaron siendo encomiendas.

Las primeras donaciones a los Templarios en Navarra se producen, siguiendo a Santos Agustín García Larragueta, entre los años 1128 y 1136. Son, por lo tanto, muy primitivas. Tudela es la primera destinataria, mayormente de viñedos, en 1137. Nuestro conocido Pedro de Royera actúa como receptor, en nombre del Temple, de diversas donaciones en 1142. Ya hemos hablado antes de las aportaciones del rey García Ramírez. Tendremos que reseñar también que su sucesor, Sancho el Sabio (1150-1194), hará algunas donaciones. Después de este reinado, los reyes siguientes, Sancho el Fuerte y Teobaldo, no demuestran demasiado interés en ayudar con donaciones a los Templarios.

Encontramos encomiendas en la antigua población de Puento la Reina, pero la fecha de 1142, muy primitiva, nos hace pensar más en una donación que en una encomienda establecida. Quizá más tarde sería la base de la encomienda que se extendería por tierras de Estella. Otras dos encomiendas pueden situarse en Aberín y en Ribaforada, cuyo comendador en 1212 es Guillermo de Allac. En general, parece que la implantación de los Hospitalarios en Navarra es muy superior a la de los Templarios, hecho que se cree justificado por la dependencia que tenían las casas templarias navarras de la dirección de la orden, que siempre estuvo en manos de hombres de la Corona de Aragón. Por esto, cuando Clemente V donó los bienes navarros del Temple a los Hospitalarios no se produjo impedimento alguno. Debemos notar que, en aquellos momentos, constan sólo dos encomiendas: las de Ribaforada y Aberín.

La gran, la exhaustiva información de que disponemos sobre la implantación de los Templarios en Cataluña, Aragón y los territorios ocupados por la reconquista de la Corona contrasta con la documentación que tenemos sobre Castilla y León. Sin embargo, recientemente ha aparecido el libro del jesuita Gonzalo Martínez Díez, que proporciona una buena información de conjunto. La explicación para esta desigualdad documental creemos hallarla en el hecho de que los Templarios que se establecieron en aquellas tierras vieron muy pronto cómo los reyes castellanos promovían otras órdenes autóctonas. Así, parte de las encomiendas y donaciones templarias fueron a parar a diversas órdenes de inspiración propia, aunque no hacían sino copiar los sistemas del Temple y del Hospital. Un ejemplo de ello es la de Calatrava. Alfonso VII entrega la defensa de la villa a los Templarios, pero después, Sancho III de Castilla la dona a la orden del Cister, y éstos fundan, con el abad Ramón de Fitero como jefe, la que se conocerá como la orden de Calatrava, aprobada en 1164. Aquel mismo año, unos caballeros de Salamanca se instalan en la iglesia de San Julián de Pereiro, cerca de Portugal, y fundan una orden con el mismo nombre, que será el núcleo de la posterior orden de Alcántara (1213). Pocos años después de la constitución de la orden de San Julián de Pereiro, otros caballeros, con Suero Rodríguez y Pedro Fernández como pioneros, también deciden crear una nueva orden, que ponen bajo la advocación de Santiago, y se instalan en Cáceres. La nueva orden, Congregación de Fratres de Cáceres, nace en 1170 y ya en 1175 se transforma en la orden de Santiago. Éstas son las órdenes más importantes, pero no las únicas, pues se crearon otras que tuvieron una vida corta: la de Santa María, fundada por Alfonso el Sabio (siglo XIII) y la de la Banda, fundada por Alfonso XI (siglo XIV).

Las primitivas implantaciones se produjeron en la margen norte del río Tajo, y tenemos noticia de la encomienda de Puebla de Montalbán, cerca de Torrijos, Toledo. También conocemos encomiendas en Coria (Cáceres), Benavente, Las Salinas de Lampreana y Alcañices (Zamora) y Limia (Orense).

Sin embargo, tal como hemos visto con la orden de Calatrava, todas aquellas fundaciones de órdenes autóctonas afectaron profundamente a la expansión del Temple por Castilla y León, a pesar de que continuaron llevando a cabo su tarea, pero abandonando el carácter conquistador y dedicándose más al trabajo de las encomiendas en la explotación agrícola y ganadera. Aun así, su presencia en la batalla de Las Navas de Tolosa (1212), donde perdió la vida el Maestre provincial castellano Gómez Ramírez, indica que, si hacía falta, también colaboraban en las acciones militares. Un detalle significativo confirma que más bien se decidieron por las encomiendas de «explotación»: se establecen más al norte, lejos de la frontera donde hay guerra. Pongamos como ejemplo la buena información que tenemos de la llamada Tierra de Campos, gracias a los estudios de Carlos Estepa, que nos da a conocer que en este amplio territorio se hallaban las encomiendas de Mayorga, Ceinos, Villalpando, Villárdiga, San Pedro de Latace y Villarsiga. También sabemos gracias al mismo investigador que en territorios hoy pertenecientes a la provincia de Zamora existía la encomienda de Tábara. La más antigua de las encomiendas en Tierra de Campos, la de Ceinos, existía ya en 1168. Otra encomienda que tenemos documentada es la de Ponferrada, León, fundada en 1178. Finalmente, también tenemos noticias, poco contrastadas, de la existencia de encomiendas en Miraflores, Mayeruelo y Sepúlveda. Muchas veces los autores confunden castillos, iglesias y casas con indicios templarios con una encomienda, la base de operaciones sería, que es la que nos interesa y la que demuestra claramente una implantación.

En tierras de conquista debemos destacar el que se llamaba el mayor territorio templario en el reino de Castilla: el que se hallaba dentro del perímetro de Alconchel, Burguillos, Jerez de los Caballeros y Fregenal de la Sierra, que incluía los castillos de Jerez de los Caballeros, Burguillos del Cerro y Alconchel. Junto con unas tierras que formaban parte de Olivenza, Tálaga y Villanueva de Barcarrota, los Templarios de Extremadura dominaban una extensión de casi 3.000 kilómetros cuadrados.

Martínez Díez nos proporciona una relación de todas las encomiendas que había en el reino de Castilla en el mes de abril de 1310, relación confeccionada sobre las citaciones que los arzobispos de Toledo y Santiago de Compostela hicieron a los Templarios de cara a la supresión de la orden. Hay seis encomiendas en tierras gallegas: Faro, Amoeiro, Coya, San Fiz do Ermo, Canabal y Neira de los Cabaleiros. Una en tierras actualmente leonesas: Villapalmaz. A la actual provincia de Zamora corresponden seis encomiendas: Benavente, Villalpando, Villárdiga, Carbajales de Alba, Tábara y Zamora. Dentro de la provincia de Valladolid hallamos cuatro: Mayorga, Ceinos de Campos, Medina del Campo y San Pedro de Latarce. En la provincia de Salamanca, dos: Salamanca y Ciudad Rodrigo. En la de Toledo, cuatro: Yuncos, Cebolla, Montalbán y Villalba. En Extremadura, otras cuatro: Capilla, Alconéтар, Jerez de los Caballeros y Valencia del Ventoso. Finalmente hallamos encomiendas en Alcanadre (Rioja), Caravaca (la ya citada de Murcia) y las casas de Sevilla y Córdoba.

De Portugal, ya hemos indicado la rapidez de la buena disposición de la reina Teresa hacia el espíritu templario al hacer la donación en el mismo año del concilio de Troyes (1129) del castillo de Soure y el bosque de Cera. Siguieron las donaciones de Ega, Radín, los castillos de Leiría, Pombal, Panela de Veira, Castelo Branco... Conocemos la existencia del primer Maestre provincial portugués, Gualdem Paris (1171), después de que Hugo de Montoire, un templario francés, hubiera estado al frente de los asuntos de Portugal desde 1143. La encomienda principal portuguesa se situó en el centro neurálgico de Tomar, iniciada en 1169 y por donación real de Alfonso Henriques (1139-1185). El mismo rey hizo posible la creación de encomiendas en los territorios de Egitânia (hoy Idánha) y Açafa. Esta última, de gran extensión territorial, tenía su centro en Vila Velha de Rodam. Otra encomienda documentada es la de Évora, a partir de la cual la orden fue extendiéndose hacia el sur, colaborando en la conquista y la posterior implantación. Una de las encomiendas formadas en esta parte fue la de Monsaraz.

El soldado de Damasco y el señor del Krak de los caballeros han permitido volver a establecer el culto cristiano en todo el territorio de Jordania, excepto Nablus, San Abraham y Bessein. No hay duda de que esta situación feliz y próspera podría durar largamente si los cristianos de allende el mar [de Oriente] estuvieran de acuerdo con esta política. Pero, por desgracia, mucha gente de esta tierra y de fuera de ella nos es contraria y hostil, por odio y por celos. De esta manera, nuestro convento y nosotros, con el concurso de los prelados de la Iglesia y de algunos pobres barones de aquí que nos ayudan como buenamente pueden, estamos asumiendo solos el peso de la defensa de Tierra Santa. Proponemos construir un castillo, muy fuerte, cerca de Jerusalén, si los hombres de buena voluntad nos asisten... Pero nuestras posesiones, a la larga, no podrán ser defendidas contra el sultán, hombre muy poderoso y astuto, si Cristo y sus fieles no vienen en nuestro auxilio.

Carta de Armando de Périgord, Maestre de los Templarios, a Roberto de Sandford,

Maestre de Inglaterra (1239).

IV.- LOS TEMPLARIOS Y TIERRA SANTA

I.- DE LA FUNDACIÓN A LA CAÍDA DE JERUSALÉN (1120-1187)

Acabamos de dar una ojeada a la implantación de los Templarios. Hemos podido comprobar que desde el momento en que recibieron confirmación en Troyes, los caballeros se lanzaron a conquistar el mundo. Como hemos visto, se extendieron por Oriente y Occidente brillantemente, con el tipo de éxito que sólo consiguen unas personas espoleadas por otro grito de «¡Dios lo quiere!»; una mezcla de coraje, misticismo y ambición, mezcla típica y a veces explosiva. Su éxito tiene dos vertientes, la una solidaria de la otra: la que podemos llamar pacífica, la de la instalación de las encomiendas, y la de la Santa Milicia, pregonada por san Bernardo, la caballerescas por razones religiosas.

La primera, a pesar de que también existe en Oriente, se multiplica en Occidente: esta mancha de aceite que se extiende por todos los reinos cristianos «de Ultramar», este trabajo principalmente agrícola, cuidadosamente administrativo y financiero, florece en las encomiendas establecidas en un mundo no estrictamente pacífico pero sí a cubierto de ataques preocupantes. Existe un mundo teóricamente en paz donde los Templarios se dedican a lo suyo sin grandes quebraderos de cabeza. Pero existen dos focos que reclaman la atención militar de los caballeros: España y Tierra Santa; al fin y al cabo, la orden se creó para estos dos focos.

Dos frentes en guerra pero con características diferentes. La tarea militar que llevan a cabo en los reinos cristianos ibéricos tiene una consideración clara: ayudar a las tropas cristianas en la lucha contra el moro, sabiendo que hay un premio justificado: recuperar, reconquistar unas tierras y conseguir el dominio de una parte de ellas para establecer nuevas encomiendas. Además, estas tierras habían sido ya, siglos atrás, propiedad de otros cristianos. Tienen todas las cartas a su favor: la reconquista significa devolver a sus antiguos y reales propietarios lo que les había sido quitado por los «infieles». En la narración de las gestas cristianas sobre Hispania siempre encontraremos caballeros templarios, muchos o pocos, enrolados en el bando cristiano, pero -y he aquí otra característica diferente- siempre se mantendrán a las órdenes de los señores; serán una mesnada de elite, pero una mesnada más que colaborará en los ataques cristianos. Podemos afirmar que hacer una relación de todos y cada uno de los hechos de armas de la reconquista es, al mismo tiempo, indicar el papel que tuvieron en ella los Templarios.

Muy distinto es el frente de Tierra Santa. Ya hemos mencionado la fragilidad de las encomiendas en comparación con la idea que se tiene de ellas en Occidente. El otro aspecto destacable es la existencia, real o no, de unos derechos a reclamar, es decir, a conquistar. No hablamos de los derechos morales, que pueden recibir toda nuestra comprensión si seguimos el criterio general occidental del momento y que podemos sintetizar en la recuperación de los Santos Lugares. Pero estos Lugares estaban situados en unas tierras respecto a las cuales mucha gente podía presentar viejos papeles y mucha historia, y discutir razonadamente que eran suyas o que habían estado bajo su dominio. Los derechos de los cruzados, expresados en la conquista y la invasión de Palestina, Asia Menor, Siria, eran al menos dudosos; legalmente, difíciles de demostrar. Quizá los sarracenos de Hispania llegaron a pensar en un momento dado que los cristianos recuperaban las tierras de sus antepasados; pero a los sarracenos de Oriente esta idea ni se les ocurría. Esto significa que la conquista que se llevó a cabo en la Primera Cruzada, con el subsiguiente establecimiento de los Estados Cruzados, tuvo que mantenerse constantemente por la fuerza de las armas, porque delante, exhibiendo papeles viejos o recientes, habría otras fuerzas que justificarían la recuperación de aquellas tierras. Los

Templarios no solamente ayudarían a sus príncipes cristianos a defenderlas, sino que muchas veces serían los protagonistas. La historia de los Templarios durante los casi dos siglos de permanencia cristiana en Tierra Santa está vinculada con la historia general de las cruzadas, pero con una personalidad definida. Veremos inmediatamente su parte de protagonismo en la obra.

La Primera Cruzada dio paso a la creación de la orden; suponemos que Hugo de Payns y sus compañeros eran caballeros que habían participado en ella o que se habían incorporado a Tierra Santa poco después de la toma de Jerusalén. En el año de la fundación de la orden (1120) no solamente se había establecido el reino de Jerusalén, sino que éste ya había tenido tres reyes: Godofredo de Bouillon (1099-1100), que se había llamado, sencillamente, *advocates Sancti Sepulchri*, pero que ejercía de soberano; Balduino I (1100-1118) y Balduino II (1118-1131); este último había sido coronado el 14 de abril de 1118, más o menos un año antes de la creación de los Pobres Caballeros de Cristo. Sabemos que a partir de 1130 el trabajo de los hombres dejados en Occidente por Hugo de Payns iba fructificando: muchos caballeros llegaban a Tierra Santa, pero aún no eran una tropa considerable cuando tuvo lugar la caída de Edessa, el 31 de diciembre de 1144, un hecho de gran trascendencia. Sin embargo, antes de esta fecha se había producido un hecho inexorable e importante dentro del núcleo fundacional del Temple: Hugo de Payns moría en 1136, concretamente el 24 de mayo. Por primera vez funciona la regla sobre la sucesión: se elige a Roberto, el borgoñón, hijo de Craon, el Anjou, *mult valiant homme, gentil chevalier, bon sage et bien entrecchiez*, probablemente uno de los nueve primeros Pobres Caballeros de Cristo. Craon será quien solucionará el problema planteado por el testamento de Alfonso el Batallador, quien hará posible la implantación de los Templarios en Cataluña y Aragón.

La caída de Edessa no tuvo sólo trascendencia por la toma de la ciudad y sus inmediatas consecuencias dolorosas. Imad ed-Din Zengi, atabek musulmán de Mosul, su conquistador, aterrorizó a todo Occidente por la gran cantidad de bajas que causó entre las tropas cristianas - sin embargo, Zengi respetó a los cristianos indígenas- y por el trato que dio a las mujeres del contingente cruzado vencido vendiéndolas como esclavas. Entonces las fuerzas sarracenas se dieron cuenta de que también podían vencer a los cristianos: un estado cristiano, el condado de Edessa, había sido destruido por los ejércitos musulmanes y desde aquel momento los cruzados se retirarían a la franja costera mediterránea. Todos eran culpables de aquella derrota: no fue sino la triste culminación de las luchas intestinas entre los príncipes cristianos, sin olvidar el elemento bizantino.

La noticia llegó tarde a Occidente: hasta el otoño de 1145 no se le comunicó al papa Eugenio III, quien, después de algunas dudas, decidió predicar una nueva cruzada. Sería san Bernardo quien se esforzaría para que ésta deviniera una realidad. Si la primera había sido una cruzada de señores, ésta lo sería de reyes: Conrado III, emperador germánico, y Luis VII, rey de Francia, «toman la cruz». También fue la cruzada de las damas: Eleonor, esposa de Luis VII, lo acompañó, lo que indujo a las otras mujeres a querer seguir a sus maridos. Formaban una larga caravana, tanto militar como cortesana, que a finales de junio de 1147 empezaba a avanzar hacia Tierra Santa. El que dos años más tarde sería elegido como Maestre de los Templarios, Everardo de Barre, también se unió a la expedición con un regimiento integrado en su totalidad por caballeros templarios. El ejército alemán, que quería ser el primero, sufrió una gran derrota en Dorileo en octubre de aquel mismo año: «Más que una batalla fue una carnicería donde se perdió al 90 por ciento de los hombres... y el botín que los musulmanes obtuvieron fue tan grande que sirvió para abastecer todos los bazares de Oriente...». Los franceses, que habían pasado más tarde que los alemanes por Constantinopla, no tuvieron mejor suerte: en Laodicea, los primeros días de enero de 1148, sufrieron también una grave derrota: «No había forma de recuperar la disciplina, solamente los hermanos Templarios se mantuvieron firmes». El fracaso de las dos expediciones fue principalmente debido al poco conocimiento del terreno, a la suficiencia de los mandos cristianos, a la falta de vituallas. Para

colmo, franceses, alemanes y bizantinos se echaron entre ellos las culpas de la derrota en medio de una «gran discordia cristiana», como indica Runciman.

Para intentar encontrar una solución se convoca, el 24 de junio, una gran asamblea en Acre, presidida por el rey Balduino II, junto con Conrado III, Luis VII y los señores cruzados que los acompañaban. Tampoco faltó la presencia del Maestre Roberto de Craon en representación de los Templarios. Se tomó una decisión, atacar Damasco, que parecía un auténtico despropósito, ya que el reino burida de Damasco era el único que mantenía buenas relaciones con los francos y convenía mucho mantenerlas. Pero la acción que se llevó a cabo fue mucho más que un despropósito: acabó en una nueva gran derrota, el 28 de julio de 1148 a las puertas de Damasco. Conrado se embarcó rumbo a Grecia a principios de septiembre, y si bien Luis VII permaneció cierto tiempo en Palestina, acabó embarcándose también rumbo a Calabria en julio de 1149. Cuando llegaron a sus respectivas cortes ya se habían aprendido la explicación del desastre de la Segunda Cruzada: todo había sido culpa de los bizantinos.

A pesar de los esfuerzos de san Bernardo para convencer a los dos príncipes de que volvieran a Tierra Santa, su proyecto no halló apoyo alguno en Occidente, con lo que la ilusión de su vida fue languideciendo. Se tendría que esperar aún cincuenta años hasta la siguiente cruzada colectiva, la Tercera. Pero mientras tanto las encomiendas templarias occidentales fueron reclutando caballeros, que eran enviados a Jerusalén, a la Casa Madre, desde donde eran distribuidos por los castillos y las encomiendas orientales. A finales del siglo XII las órdenes militares eran ya los primeros terratenientes de Palestina y el grueso de los Templarios y Hospitalarios se incrementaba día a día, no solamente con gente llegada de Europa, sino también con muchos miembros de la nobleza y de los ejércitos francos cruzados que habían decidido quedarse en Tierra Santa y abrazar la causa de las órdenes. Balduino III (1143-1162), que, tal como habían hecho sus antecesores, daba apoyo a las órdenes, sabía muy bien lo que hacía: los cruzados que llegaban por su cuenta se quedaban una temporada y regresaban a Occidente, mientras que los caballeros de las órdenes se entregaban a la tarea de defender el Reino y, además, no costaba nada mantenerlos. Runciman es definitivo: «Sin su ayuda, los Estados Cruzados habrían desaparecido mucho antes».

De las dos órdenes más implicadas en Tierra Santa, los Templarios concentraban su actividad en las cuestiones más relacionadas con los problemas militares, pero sin descuidar la protección de los peregrinos. Ya en esta segunda mitad del siglo XII los Templarios eran famosos por su valor en los ataques y se les apreciaba mucho en la guerra ofensiva. En 1153, durante el asedio de Ascalón, los caballeros del Temple demostraron que les gustaba combatir en primera línea: cuarenta Templarios penetraron por una brecha, guiados por el propio Maestre, Bernardo de Tremelay (1150-1153), pero nadie los siguió y de una bella proeza pasaron a una muerte infamante: sus cadáveres fueron colgados en las murallas. Guillermo de Tiro, obispo y cronista que nunca escribió ni una línea favorable a los Templarios, lo explica a su manera: «... pero el Gran Maestre, junto con sus Templarios, se adelantó al resto para ser los primeros. Y esto lo hizo para ganar más botín en la villa [porque] cuando una fortaleza era capturada, quien entraba en ella podía ganar para él y sus herederos todo aquello que cogiera al enemigo... pero en Ascalón había riquezas para todo el mundo... Pero las cosas que se empiezan con mala intención no pueden acabar bien y esto es lo que pasó aquí». El Maestre murió tres días después, el 16 de agosto, se ignora si ahorcado o por heridas de guerra.

Se ha considerado esta acción una de las indisciplinas típicas de los Templarios. En verdad, su forma de proceder, y no solamente en tiempos de guerra, no siempre se amoldaba a la mecánica del Estado. El rey no tenía control sobre ellos pues, recordémoslo, sólo obedecían al papa. Las tierras que obtenían estaban exentas de impuestos. No siempre se mostraban de acuerdo con la política real o con las decisiones militares: por ejemplo, en 1158 boicotearon la expedición a Egipto. Otro problema añadido eran las rivalidades entre Hospitalarios y Templarios, que les llevaron hasta el punto de no querer combatir juntos en alguna campaña.

Los Templarios, con una visión de lo que podía ser deseable dentro de una política general, muchas veces prescindían de la autoridad real y llegaban a hacer, por su cuenta y riesgo, pactos con los gobernantes musulmanes.

Amalarico I (1162-1174) sucedió en el trono a su hermano Balduino III, muerto a los 32 años de edad. El nuevo rey dirigió diversas expediciones contra Egipto en las que lo acompañó el nuevo Maestre, Beltrán de Blancfort (1156-1169), un occitano de Tolosa que había sucedido a Andrés de Montbar (1153-1156). Mientras estaban atacando (1164), «el reino de Babilonia [Egipto], dominado por Noradim», tal como explica Blancfort en una carta a Luis VII, otras fuerzas de Nur ed-Din aprovecharon la ausencia de Amalarico para asediar Antioquía. El hermano Jofre Foucher, comendador del Temple de Jerusalén, explica que en la batalla por la defensa de la ciudad «sesenta hermanos del Temple hallaron la muerte, sin contar a los sargentos y los turcoples; sólo pudieron escapar siete». En la carta que narra esta desgracia, también dirigida a Luis VII, continúa diciendo: «Ahora, en Jerusalén estaremos amenazados de invasión y asedio. Fijaos en nuestra situación: si, como siempre, no os decidís a ayudarnos antes de que los últimos vestigios de la cristiandad sean consumidos, después va no tendremos tiempo». Resulta evidente que la situación en los Estados Cruzados era muy difícil de sostener; la llamada del comendador no puede ser más patética. Únicamente tenían una cosa a su favor: la rivalidad entre los diversos príncipes islámicos, sólo comparable, sin embargo, a la existente entre los diversos jefes cristianos.

En 1167 Amalarico firmó una alianza con el califa fatimita y uno de los mandatarios que envió a El Cairo fue precisamente el comendador de Jerusalén, Jofre Foucher. Es interesante destacar que fue el propio califa quien pidió la asistencia de un miembro de la orden del Temple, porque «apreciaba la lealtad de los Templarios». El resultado de la «amistad» entre los fatimitas y los cristianos fue un tributo de «cien mil piezas de oro»: vemos aquí la mano del astuto comendador... Todo parecía desarrollarse perfectamente cuando la intervención del emperador de Bizancio trastocó los planes y Amalarico decidió atacar al «nuevo» amigo. Como el principal mandatario que había firmado el acuerdo era el comendador del Temple, el Maestre Beltrán de Blancfort se negó a ayudarlo, «ni yo ni mi convento». Era la ocasión que esperaban los Hospitalarios y su Maestre, Gerberto de Assailly, «un hombre inestable e inconsecuente», según la versión de Guillermo de Tiro; el Hospitalario no dudó en ponerse de la parte del rey. El mismo Tiro explica la negativa de los Templarios, interpretándola con un poco de malicia: «Los Templarios, ya fuera porque la empresa iba contra su honor, ya porque estaban celosos de que el Maestre de la orden rival hubiera tomado la iniciativa, se negaron a servir al rey». El resultado de la ruptura del acuerdo dio la razón a Beltrán de Blancfort: los reinos «muy potentes de Damasco y Babilonia se unieron para llegar a la abolición del mismo nombre de cristianos», es decir, lo que se quería evitar acabó siendo provocado. Dos años más tarde, el 8 de enero de 1169, Damasco se había fortalecido y había «conquistado» Babilonia. Beltrán de Blancfort había muerto seis días antes.

Todo lo que Blancfort tenía de conciliador el Maestre Odón de Saint-Amand (1170-1180) lo tenía de intransigente. El colérico Guillermo de Tiro nos lo retrata: «Era un hombre a quien se le notaba el aliento del furor, ni creía en Dios ni respetaba a los hombres». Todo induce a pensar que el pecado de arrogancia que muchos cronistas definieron como típico de los Templarios se originó en esta década. La realidad también nos indica que bajo el mando de Saint-Amand las relaciones con los estamentos reales y religiosos se hicieron más difíciles; «los Templarios se hicieron insoportables», indica gráficamente Melville. En 1172 se originó una situación irritante para Amalarico: el llamado Viejo de la Montaña, nombre que los francos daban a Rashid ed-Din Sinan, jefe de los ismaelitas -también llamados la secta de los asesinos-, pidió una tregua para llegar a un acuerdo y, lo que es más increíble, considerar su conversión al cristianismo. Los delegados ismaelitas fueron a buscar a su jefe para explicarle el asentimiento del rey a sus propósitos pero, más allá de Trípoli, unos Templarios, capitaneados por Gualterio de Mesnil y siguiendo órdenes del Maestre, les prepararon una

emboscada y «los degollaron a todos». Amalarico, enfurecido y horrorizado, pidió a Saint-Amand que le entregara al culpable, a lo que éste le contestó que «a Gualterio, que era un caballero de mala fama y estúpido, sólo lo podía juzgar el papa». El rey se dirigió a Sidón, donde se hallaba el capítulo de los Templarios, invadió la estancia e hizo prisionero a Gualterio «ante la mirada atónita de todos los presentes». Amalarico hizo algo más: proyectó pedir a Roma la disolución de la orden.

Fue también bajo el magisterio de Odón cuando las rivalidades entre Templarios y Hospitalarios llegaron al enfrentamiento abierto. Las riñas eran constantes hasta que él y Roger de Moulins, el Maestre del Hospital, intentaron ponerles freno. Cualquier problema que se planteara entre las dos órdenes tendría que ser arbitrado por tres hermanos de cada una de ellas; si no se llegaba a un acuerdo, se debía pedir ayuda a amigos comunes y, si ni así se solventaba, serían los dos Maestres quienes se ocuparían de solucionar la cuestión. El papa Alejandro III, que se sentía muy inquieto por esta desunión -otra más dentro del terreno cristiano-, ratificó el acuerdo el día 2 de agosto de 1179.

Cinco años antes, en 1174, había muerto Amalarico I de disentería, a los 38 años de edad, dejando como heredero a un hijo de trece años, Balduino IV (1177-1185), que era leproso. Ramón de Trípoli, primo del rey, fue elegido regente, y todo el mundo está de acuerdo en que su regencia fue ejemplar. Pero nadie contaba con la aparición en escena de Saladino, Salah ed-Din Yüsuf, sultán de Egipto que, con la muerte de su enemigo Nur ed-Din en 1174, tenía las manos libres para convertirse en el caudillo islámico. Saladino, en 1177, ya avanzaba hacia Jerusalén; el joven Balduino -que contaba diecisiete años- se dirigió a Gaza para frenarlo: tenía en sus filas 400 Templarios y 100 caballeros propios. La batalla fue breve y el arrojado de unos pocos caballeros -demostrando una vez más la buena preparación de los Templarios- pudo con miles de sarracenos, lo que provocó la gran victoria cristiana. Los vencedores cargaron con todo el inmenso botín hacia Jerusalén, mientras Saladino se retiraba hacia Egipto con el rabo entre las piernas. Esta victoria comportó la entronización de Balduino IV y el fin de la regencia. Odón de Saint Amand -el otro gran vencedor- sería a partir de ahora el consejero real.

Una de sus primeras decisiones fue la de construir un castillo en Gue de Jacob, en Galilea, para frenar por el norte los ataques sarracenos. El rey argumentó que en los tratados de paz se establecía muy claramente que no se podían edificar fortalezas en territorio fronterizo, pero Odón, con la sempiterna excusa de que sólo recibía órdenes del papa, siguió adelante con la construcción y la terminó en 1179. Contaba con una guarnición de 60 caballeros del Temple y 1.500 mercenarios, pero duró poco: el propio Saladino, que había pasado de Egipto a Siria, sorprendió al comitente real que se había dirigido cerca del castillo y se vengó a gusto de la derrota de dos años antes: degolló a cuantos pudo e hizo prisionero a Odón de Saint Amand «por cuya temeridad había llegado la derrota, otros señores prisioneros pagaron el rescate, pero Odón, que murió en prisión un año más tarde, no quiso aceptar ser cambiado por un alto dignatario musulmán. Según Tiro, «porque era tan orgulloso que no podía admitir que alguien tuviera el mismo valor que él». Según fuentes templarias, «porque él consideraba que un Templario sólo puede ofrecer como rescate su cinturón y su puñal». Para finalizar la operación brillantemente, Saladino ordenó incendiar el castillo de Gue de Jacob recién construido.

Arnaldo de Torroja, un noble catalán que ya había sido Maestre provincial de Provenza y de Cataluña y Aragón entre 1166 y 1180, sería el nuevo Maestre (1180-1184). Venía, pues, de un mundo ajeno a Tierra Santa y, dada su avanzada edad, todo induce a pensar que se trató de una elección de compromiso. En el año 1182 la lepra iba minando el cuerpo de Balduino: se le empezaban a descomponer brazos y piernas y ya casi no veía. Fue convencido de que nombrara regente a Guido de Lusignan, casado con su hermana Sibila. Guido de Lusignan era un joven noble -pero de la pequeña nobleza- de quien su hermano Jofre afirmaba que «si Guido llega a reinar, yo debería ser Dios». En realidad, Jofre sabía lo que se decía, pues en su

regencia Lusignan demostró una incompetencia total y obligó al rey, cada vez más mermado por la enfermedad pero que se hacía conducir en litera incluso a los campos de batalla, a prescindir de él. Balduino IV volvió a confiar en Ramón de Trípoli y le otorgó plenos poderes. Al mismo tiempo decidió enviar una embajada a Occidente para explicar los graves problemas que había en Tierra Santa. Uno de los miembros de esta expedición era el Maestre Torroja, que murió en ruta, en Verona, el 30 de septiembre de 1184. Su ausencia quizá fuera decisiva en la poca atención que los reinos occidentales, especialmente el francés y el inglés, prestaron a las peticiones angustiadas del embajador de los cruzados.

Cuando los electores se presentaron ante el convento del Templo de Jerusalén para decir: «Bello señores, dad gracias a Jesucristo ya que nosotros, por Dios y según vuestras órdenes, hemos elegido Maestre del Temple a Gerardo de Ridfort», este nombre fue recibido con pocas aclamaciones y muchas reticencias. Gerardo de Ridfort (1184-1189), en cambio, recibe una calificación unánime de cronistas e historiadores: no se habría podido elegir a nadie peor. Se le acusa como mínimo de aventurero, de intrigante, de ser uno de los típicos caballeros errantes, de haber ingresado en el Temple hacía poco y por motivos en absoluto religiosos: Ramón de Trípoli le había arrebatado en el último momento a su prometida y la había hecho casar con otro noble. Gerardo, enfurecido, se había hecho Templario. Una cuestión que no sería nada fútil en el futuro: el odio de Gerardo hacia Ramón de Trípoli muy pronto tendría un papel importante en las siempre difíciles relaciones entre los cristianos.

La agonía de Balduino IV había llegado a su fin: murió en el mes de marzo de 1185 con sólo veinticuatro años de edad. La sucesión se debatía ahora entre Guido de Lusignan y Ramón de Trípoli, a quienes se añadió un niño, hijo del primer matrimonio de Sibila, que, como todos temían, duró poco: Balduino V murió en Acre a los nueve años de edad. Durante su entierro, en Jerusalén, se cambió de ceremonia: gracias a las malas artes de Ridfort, inesperadamente Sibila fue consagrada reina según los ritos tradicionales. Pero hacía falta coronarla. La corona formaba parte del tesoro, que estaba guardado bajo tres llaves que se repartían entre el Maestre del Temple, el del Hospital y el Patriarca de Jerusalén. Ridfort convenció al patriarca Heraclio, también enemigo de Ramón, para que cediera su llave. Heraclio era un personaje muy especial, teniendo en cuenta que se trataba de la primera autoridad religiosa en Tierra Santa: se había dedicado a hacer el amor con la madre de Sibila, y en aquellos momentos tenía como amante a la mujer de un comerciante de Nablus, Paschia de Riveri, conocida en toda Jerusalén con el nombre de Madame la Patriarchese, tal como nos da a conocer la pluma viperina de Guillermo de Tiro que, como arzobispo que era, estaba lógicamente más que indignado.

Faltaba pues la tercera llave. Roger de Moulins, Maestre del Hospital, no quería darla, pero habiendo sido amenazado de muerte por Gerardo «la arrojó en medio de la estancia donde se encontraban y se fue». Sibila, que estaba esperando en la basílica del Santo Sepulcro, fue coronada e inmediatamente cedió la corona a Guido de Lusignan, su marido. Ramón, cuando se enteró de ello, se enfureció e inició una aproximación a Saladino para conjurarse contra Lusignan. Esta decisión preocupó a los Templarios moderados, pues consideraban que se aproximaba una guerra civil que sólo podía ser provechosa para Saladino. Después de diversas reuniones y de dejar pasar un tiempo para conocer las intenciones exactas de Ramón, decidieron que hacía falta una reconciliación entre éste y Guido. El 29 de abril de 1187 partieron emisarios de Jerusalén para reunirse con Ramón. A partir de este momento suceden muchas cosas, algunas de ellas lógicas, otras inexplicables. Entre estas últimas podemos citar el permiso que dio Ramón a un ejército de mamelucos de Saladino para que «hicieran un reconocimiento de Palestina pasando por el territorio de Galilea, el suyo». Ramón dijo más tarde que les había dado permiso sólo por un día y con la condición de que no atacaran a nadie. Se dice que lo respetaron. Pero los Templarios, que estaban en el castillo de Al-Fûla esperando a los emisarios, vieron cómo los mamelucos estaban abrevando a sus caballos. Eran muchos más que los caballeros, pero Gerardo decidió atacarlos a pesar de la opinión negativa

de su mariscal, Jaime de Mailly, a quien insultó: «Apreciáis demasiado vuestra rubia cabellera y teméis perderla», a lo que el mariscal contestó: «Yo moriré en el campo de batalla como un hombre valiente; vos huiréis como un traidor». Más que una batalla, fue una matanza a conciencia: murieron Mailly y el Maestre del Hospital y fueron degollados todos los caballeros templarios excepto tres. Uno de ellos era, claro está, Gerardo de Ridfort, que huyó a Nazaret. Al menos, el triste resultado de esta batalla permitió que Guido y Ramón hicieran las paces y que este último rompiera el trato con Saladino.

Gerardo quería vengar como fuera la terrible carnicería del 1 de mayo. Todos estaban de acuerdo en que hacía falta enfrentarse con Saladino, pero consideraban que era mejor esperarlo donde se hallaban, en Seforia, una localidad al norte de Nazaret. Gerardo, sin embargo, convenció a medianoche al rey de que era mejor salir al ataque. Guido dio la orden de marcha al alba del día 3 de julio y avanzaron por un árido valle que transcurría entre dos colinas aún más áridas: los Cuernos de Hattin. La idea era llegar hasta el lago de Tiberíades y librar allí batalla contra Saladino, que venía de Sennabre, en el extremo más meridional del lago. Ramón iba en cabeza, seguido por el rey y el grueso del ejército. Los Templarios cerraban la marcha. Saladino los vio y atacó por detrás, concentrando sus asaltos sobre la retaguardia y encarando con sus flechas más a los caballos que a los caballeros. Los Templarios sucumbían implacablemente y sólo les quedaba la esperanza de alcanzar el lago; todos estaban sin fuerzas y exhaustos por el calor. Guido se detuvo aprovechando la llegada de la noche y Saladino estrechó el cerco de tal manera «que ni un gato hubiera podido escapar».

El ataque musulmán empezó justo al alba. Los cristianos sólo tenían ojos para una cosa: el agua del lago, pues estaban muertos de sed. Muchos de ellos fueron degollados, otros cayeron prisioneros, mientras que Ramón de Trípoli pudo escapar junto con otros pocos caballeros. La batalla continuó y los cristianos que quedaban sobre los Cuernos se replegaron, defendiendo la tienda roja del rey. Ataques y contraataques demostraron que los caballeros que quedaban eran unos magníficos combatientes; Saladino estaba inquieto: «No los podremos derrotar mientras aquella tienda siga en pie». Pero finalmente la tienda también cayó. Muy pocos caballeros sobrevivieron, y cuando las huestes de los sarracenos llegaron a la cima de la colina se encontraron con unos pocos caballeros y el rey por los suelos, incapaces de seguir combatiendo. Guido y los altos dignatarios fueron llevados ante Saladino, que dio agua al rey y cortó personalmente la cabeza a Rinaldo de Chatillon, de quien conocía la «perfidia». Todos los demás fueron tratados con cortesía, pero excepto a su Maestre, Gerardo de Ridfort, Saladino no quería salvar a los caballeros del Temple, quienes fueron degollados «con alegría de los fanáticos musulmanes». Existe una descripción animada, típica, -de Imad ad-Din, sobre el aspecto que presentaba el campo de batalla: «He visto cabezas cortadas, ojos apagados o reventados, cuerpos cubiertos de polvo, miembros dislocados, brazos separados, huesos partidos, cuellos cortados, lomos rotos, pies sin piernas, cuerpos partidos por la mitad, frentes estrelladas. Y mirando estas caras cubiertas de sangre y de heridas, me acuerdo de aquellas palabras del Corán: "¡Qué olor más suave exhala esta horrible victoria!"».

Durante los días sucesivos se completó la victoria: el día 5 caía Tiberíades; el 10, Acre; el mismo día se entregaron otros castillos y lugares de Galilea y Samaria. Jaffra fue tomada al asalto al no querer rendirse y todos sus habitantes fueron enviados al mercado de esclavos. Se dejó de lado Tiro, que estaba muy bien defendida, mientras que el día 29 Sidón se rendía sin presentar resistencia. Del antiguo reino de Jerusalén sólo quedaban Tiro, Ascalón, Gaza y la Ciudad Santa. A principios de septiembre, Saladino se presentó a las puertas de Ascalón con Gerardo y el rey Guido; éstos les rogaron que se rindieran: su libertad dependía de la capitulación de la ciudad. Pero sólo recibieron insultos que no sirvieron de mucho: el 4 de septiembre la guarnición de Ascalón también se rindió. En Gaza, dado que era una fortaleza de los Templarios, la rendición tuvo lugar fácilmente: Gerardo se lo ordenó. De esta manera obtuvo su libertad, mientras que el rey seguía prisionero. Ahora, el siguiente objetivo era Jerusalén.

Saladino recibió a unos ciudadanos de Jerusalén para tratar sobre la entrega de la ciudad, pero éstos se negaron: «No podían entregar incondicionalmente la ciudad donde Dios había muerto por ellos». A Jerusalén habían acudido refugiados de todo tipo, pero la mayoría de ellos no podían combatir: «Por cada varón había cincuenta mujeres y niños». Todos los jóvenes de más de dieciséis años fueron armados caballeros, pero de nada sirvió. El asedio a la ciudad y los ataques de Saladino eran inexorables. El 30 de septiembre el jefe militar Balián fue a reunirse con Saladino. Éste le recordó la carnicería cometida por los cruzados en 1099 y le dijo que sólo aceptaría la rendición incondicional. Si no, «tomaría Jerusalén por las armas, pasara lo que pasara». Sin embargo, y demostrando como siempre que era un príncipe generoso, finalmente admitió una serie de condiciones. Todo cristiano podría pagar su libertad, que costaría diez denarios a los hombres, cinco a las mujeres y uno a los niños. Balián le advirtió que había en Jerusalén más de 20.000 refugiados pobres que no podrían pagar. Saladino estaba dispuesto a aceptar 100.000 denarios por los 20.000 pobres, pero la ciudad no tenía tanto dinero. Se rebajó el precio: 30.000 denarios por 7.000 pobres. Finalmente, el 2 de octubre Saladino entraba en Jerusalén: era el aniversario del día en que Mahoma, desde la Roca, había sido elevado a los cielos.

Las tropas de Saladino cumplieron los términos del acuerdo y ni un solo edificio fue saqueado ni se molestó a persona alguna. El Hospital y el Temple emplearon gran parte de sus tesoros para pagar los miles de denarios. Heraclio, el patriarca de Jerusalén, no pagó ni cinco: «Desembolsó sus diez denarios y se fue de la ciudad inclinado bajo el peso del oro que se había agenciado». Muy pronto salieron dos columnas de la ciudad: la de los rescatados por el pago individual o por el acordado de conjunto, y la de los cautivos. La larga fila de los rescatados viajó hacia la costa, a Tiro, Trípoli, Antioquia. En todos los sitios les decían lo mismo: ya no queremos a más gente. Y vuelta a empezar, hasta que Antioquía, más bien de mala gana, aceptó al resto. Sólo contemplando un mapa podemos darnos cuenta del largo calvario que padecieron. Los cristianos ortodoxos y los jacobitas permanecieron en Jerusalén, pagando el rescate. Los más ricos compraron a cualquier precio las propiedades cristianas y Saladino promovió el asentamiento de musulmanes y judíos. Nuestro conocido Imad ad-Din hace una lírica explicación de ello: «Cuando Jerusalén fue purificada de la porquería de los inmundos francos y pudo cambiarse la investidura del envilecimiento por el vestido de honor, los cristianos, después de haber pagado la suma convenida, se negaron a irse y suplicaron que se les permitiera quedarse, y fueron utilizados como sirvientes y destinados a las tareas más viles, y esta última prueba aún la consideraron un don». Los Santos Lugares, de acuerdo con la petición realizada por el emperador bizantino -que felicitó a Saladino-, quedaron bajo la jurisdicción de la Iglesia ortodoxa. El Santo Sepulcro sólo estuvo cerrado durante tres días. La mezquita Al-Aksa fue limpiada de todo signo templario y dedicada al culto del islam. El 9 de octubre Saladino dio en ella «gracias al Señor».

Los Templarios no habían agotado «totalmente» su tesoro, hecho que les reportó muchas críticas. El comendador Thierry, que era la autoridad más alta en Jerusalén en ausencia del Maestre, se excusó días después aduciendo que «él no era nadie, sólo el más pobre de todos los hermanos, de la muy pobre Casa del Temple», y que, por lo tanto, no tenía poder alguno. Y no podemos menos que recordar que, en un futuro, el Temple pagará 30.000 libras por el rescate de san Luis. Por los pobres que nada tenían, en cambio, *el pobre* Thierry no se esforzó demasiado...

2.- DE LA CAÍDA DE JERUSALÉN AL ABANDONO (1187-1291)

La noticia de la caída de Jerusalén se supo en seguida en Occidente; esta vez las malas nuevas corrieron más deprisa que cuando fue capturada Edessa. También eran más importantes, más dolorosas. Pero hacía falta un informador oficial, un dignatario eclesiástico

de categoría; nadie pensó en el que habría sido idóneo: el patriarca de Jerusalén. Heraclio ya hacía tiempo que estaba desprestigiado. Se eligió al nuevo arzobispo de Tiro, Josías. Guillermo de Tiro, su antecesor en la dignidad, había dejado el arzobispado en 1183, desengañado de no poder acceder al patriarcado, vencido por las intrigas reales que querían al *apreciado* Heraclio. Ahora, hacía poco que había acabado su vida en Roma.

La entrevista de Josías en Roma con Urbano III (1185-1187) no hizo más que acelerar la muerte de éste: gravemente enfermo, sólo le faltaba la constatación de la noticia de la pérdida de Jerusalén. El 20 de octubre, menos de un mes después de la entrada de las tropas de Saladino en la Ciudad Santa, el papa expiraba. Su sucesor, Gregorio VIII, se esforzó para mover a todo Occidente: cartas, admoniciones, peticiones de creación de una nueva cruzada, órdenes de que durante siete años se estableciera una tregua en cualquier lucha, promesas de indulgencias plenarias, avisos a sus cardenales para que todos tomaran la cruz. Fue un esfuerzo considerable que acabó con su salud: Gregorio no vería acabar el año. El 17 de diciembre murió en Pisa. Su sucesor, Clemente III (1187-1191), cogió las riendas. Sus esfuerzos fueron más concretos: hacía falta convencer a los tres reyes de más prestigio: el emperador Federico I Barbarroja, Felipe Augusto de Francia y el nuevo rey de Inglaterra, Ricardo Corazón de León. Ellos serían los conductores de lo que se llamaría la Tercera Cruzada. El primero en partir fue Federico, que había agrupado a su ejército en Ratisbona, de donde salió en mayo de 1189 acompañado de su hijo, Federico de Suabia, y del mejor equipo militar que se había preparado nunca para una cruzada. Pero no sería hasta casi un año más tarde, en marzo de 1190, cuando podría pisar tierras asiáticas: todo este tiempo lo pasó combatiendo a los serbios, a los búlgaros, a los mismos bizantinos. El 17 de mayo tiene lugar la batalla de Konya (Iconi), en tierras de Asia Menor, con una gran victoria alemana. El 10 de junio el ejército continuó su marcha hasta penetrar en territorio armenio. Las altas temperaturas hicieron que el rey decidiera refrescarse en el río Göksu. No se sabe bien qué pasó, pero el emperador se ahogó. Federico Barbarroja ya era un hombre mayor, de 67 años de edad.

Su muerte representó un golpe muy duro, sobre todo para el ejército. Algunos príncipes arriaron las velas y regresaron a Alemania; otros se embarcaron hacia Tiro, y sólo quedó el hijo, conduciendo un ejército desanimado, con el cuerpo de su padre conservado en vinagre. Llegaron a Antioquía sin aliento, a finales de junio. Después de descansar unas pocas semanas Federico y su ejército, que ya no era aquella máquina que aterrorizaba, llegaron a Acre en el mes de octubre. Acre hacía más de un año que, como fortaleza musulmana, sufría el asedio de los cristianos. Éstos, bajo el mando de Guido, que finalmente había sido liberado, y con una concentración de todas las tropas que se mantenían en Trípoli, Tortosa -la fortaleza de los Templarios- y Margat -el castillo de los Hospitalarios-, estaban combatiendo delante de Acre con mucho más éxito que el que era de esperar. Gerardo de Ridfort, con la fuerza templaria de Tortosa, dirigió un ataque pero no tuvo éxito: cayó prisionero de Saladino y éste, sin piedad, mandó que lo mataran por «perjuro, ya que en el momento de su liberación había jurado no coger nunca más las armas contra el sultán». Todo esto había pasado un año antes de la llegada de los alemanes al campamento cristiano.

Aquel otoño moriría la reina Sibila, creando confusión en el liderazgo de Guido, su consorte. Los derechos pasaron a manos de su hermanastra Isabel. Ésta estaba casada con Hunfredo de Torón, de cuya masculinidad todos dudaban. Ya tenemos otro pleito entre cristianos: los que eran partidarios de Guido y los que lo aborrecían y buscaban una fórmula que les permitiera encontrar un buen pretendiente para Isabel. Conrado de Montferrat, que había conservado Tiro delante de las embestidas de Saladino, podía serlo. Lástima que se decía que tenía *dos* mujeres, una en Constantinopla y otra en Italia; pero estaban lejos de Palestina... El arzobispo de Pisa, que era el legado papal, simuló no saber nada y permitió que se aceptara el divorcio de Isabel y que ella y Conrado se unieran en sagrado matrimonio el 24 de noviembre de 1190, lo que no agradó en absoluto ni a Guido ni a sus partidarios. Delante de Acre todo seguía igual, pero todos estaban más desunidos. Asaltadores y asediados dejaban

pasar el tiempo y, más que los combates, la miseria y las enfermedades se llevaron a muchos de los jefes cruzados. Quizá lo que duela más sea la muerte de Federico de Suabia: ¡triste suerte la de los caudillos germánicos!

Pero no todo eran malas noticias: por Pascua de 1191 Felipe Augusto llegó al campamento de Acre y por Pentecostés lo hizo el ejército inglés de Ricardo Corazón de León. Habían pasado casi cuatro años desde la caída de Jerusalén: no se puede decir que se dieran mucha prisa. Ahora que había desaparecido Federico Barbarroja, eran los dos reyes más carismáticos de Occidente, y muy jóvenes: Ricardo tenía treinta y tres años, y Felipe, veinticinco. Pero no se parecían en nada: Ricardo era guapo, dotado para la milicia, sin astucia política y un administrador fatal. Felipe era muy prudente, un político excelente, paciente, con una presencia física nada atractiva después de haber perdido un ojo. Ricardo era encantador, pero Felipe tenía ya el prestigio de un gran rey. Ya desde un principio no se entendieron: Ricardo defendía los derechos de Guido a continuar como rey, mientras que Felipe había apostado por Conrado de Montferrat. Como siempre, la desunión prevalecía entre los cruzados cristianos.

Pero a pesar de todo, las fuerzas cristianas recuperaron Acre el 12 de julio de 1191 en la primera victoria sobre Saladino desde 1187. Con dificultades, se pusieron de acuerdo sobre quién sería el rey: continuaría siéndolo Guido de Lusignan, pero a su muerte Conrado o Isabel, o su descendencia, asumirían la corona. Felipe ya estaba cansado de Palestina, de Ricardo y de todo: al final del mismo mes volvería a Francia. Pero era necesaria una elección que ya se había demorado durante dieciocho meses: la del nuevo Maestre del Temple. Roberto de Sablé, un amigo de Ricardo Corazón de León que había llegado con él a Tierra Santa y había hecho los votos de Templario en la misma Acre, fue el elegido. Se había casado dos veces y tenía un hijo y dos hijas. Había sido almirante de la flota inglesa y uno de los conquistadores, junto con Ricardo, de la isla de Chipre. También fue quien más hizo para solucionar el problema real.

Roberto de Sablé, ya como nuevo Maestre, condujo personalmente las negociaciones con Saladino para el rescate de la guarnición musulmana de Acre; Saladino, como tantos otros musulmanes, confiaba en los Templarios. Pero las negociaciones se prolongaron demasiado y Ricardo Corazón de León, en un ataque de ira, unió a los 2.700 prisioneros y los degolló a todos, junto con sus mujeres e hijos. Roberto aceptó de mala gana la decisión de su rey, pero no tenemos indicios de oposición alguna. A finales de agosto lo vemos ya al lado del rey como jefe de las fuerzas templarias, «formando la vanguardia del ejército y dirigiéndose hacia Haifa», dejándola atrás y llegando hasta Cesarea, siempre sin abandonar la costa. Ocuparon Jaffa sin demasiadas dificultades y Ricardo consideró que el centenar de kilómetros de costa reconquistados eran suficientes de momento. Mientras tanto los Templarios se dedicaron a fortificar las fortalezas por todo el camino que habían abierto.

En enero de 1192 el ejército se puso en marcha hacia Jerusalén, pero el frío y las lluvias torrenciales lo detuvieron en Beit Nablus, en el inicio de las montañas en cuya cima se halla la Ciudad Santa. Roberto de Sablé aconsejó a Ricardo que era mejor conquistar Ascalón que arriesgarse a perder la batalla en Jerusalén. Muchos de los cruzados interpretaron este consejo como una nueva «traición de los Templarios». Sin embargo, Ricardo lo aceptó y ordenó hacer un giro para dirigirse a la ciudad portuaria, el último hito en la costa en manos sarracenas. Los franceses no entendieron la orden correctamente y abandonaron el grueso de la tropa para dirigirse a Jaffa, Acre y Tiro. Con un ejército menguado, cansado y muerto de frío, Ricardo consiguió tomar Ascalón, que previamente había sido destruida por Saladino. Ocupó, pues, simplemente una ciudad en ruinas, el 20 de enero. Una vez más fueron los Templarios quienes se ocuparon de la reconstrucción de la fortaleza.

Mientras tanto, Conrado había sido asesinado en Tiro por un musulmán y su muerte permitió solucionar la cuestión real. Su viuda, Isabel, se casó con Enrique de Champaña, que fue nombrado rey de Jerusalén, mientras que Guido era elegido rey de Chipre, con lo que todo

el mundo quedaba satisfecho. Sin embargo, nadie quería ni pensar en ir a la Ciudad Santa y Ricardo ya estaba harto de permanecer en Palestina. El 2 de septiembre concluyó un tratado de tregua por cinco años, confirmando que toda la costa quedaría en poder de los cristianos y que los peregrinos podrían visitar libremente los Santos Lugares. El 9 de octubre Ricardo Corazón de León se alejaba definitivamente de Palestina. Probablemente fue el caudillo más destacado de la Tercera Cruzada, durante la que se consiguió poco más que conservar la franja litoral después de la recuperación de unos cuantos centenares de kilómetros. Pero también hubo otra recuperación importante: la del prestigio de los cruzados. Sin embargo, la partida de Ricardo decepcionó a muchos y tuvo que hacerlo a escondidas. Las palabras que dirigió al Maestre son esclarecedoras: «Señor Maestre, soy consciente de no ser querido y sé que, según con quien parta, corro el riesgo de caer prisionero o muerto. Por esto os pido embarcarme en vuestra galera, en compañía de vuestros caballeros y vestido como ellos para que me conduzcan a mi país como si fuera un Templario».

Jerusalén tenía un nuevo rey, Enrique de Champaña, pero también para éste la ciudad era una utopía imposible de conseguir. En los años que siguieron al acuerdo de paz, y sin olvidar la muerte de Saladino, acaecida el 3 de marzo de 1193, los Templarios siguieron edificando castillos y fortalezas.

Roberto de Sablé, el Maestre de los Templarios, un recién llegado a la orden pero que se significó por su talento y sentido organizador, murió pocos meses después: el 28 de septiembre. Como sucesor suyo se nombró a Gilberto de Erill, que ya había sido Maestre de Provenza y de Cataluña y Aragón entre 1186 y 1193. Gilberto de Erill (1193-1201) coincidió con Inocencio III, que se hallaba al frente de la Santa Sede desde 1198, y se estableció una gran sintonía entre el Maestre y el papa. Desde Roma se confirmaron todos los privilegios conseguidos con anterioridad e Inocencio III fue un excelente defensor de los Templarios, tanto en vida de Gilberto como en la de sus sucesores, hasta su propia muerte (1216). La bula *Omne Datum Optimum*, que ya era una pieza histórica -recordemos que fue establecida en 1139-, fue confirmada ocho veces, con lo que se reafirmó la singularidad de los Templarios. Pero este papa fue más lejos: en 1198 «retira al clero secular el derecho de excomulgar a cualquier hermano del Temple, caballero o presbítero». Con Inocencio, el Temple se convirtió en una especie de «autarquía espiritual que gozaba de la protección de Roma sin aceptar su tutela». A pesar de esto, el papado tuvo que intervenir en la guerra sorda que mantenían Templarios y Hospitalarios, que había devenido franca y abierta desde 1198, a quienes recriminó preguntándoles «si se podían llamar religiosos aquellos que sólo sabían resolver las injurias injuriosamente». No obstante la claridad del mensaje, fue necesario enviar hermanos a Roma para que se pusieran de acuerdo.

Después de la muerte de Gilberto de Erill fue elegido Felipe de Plaisiez (1201-1209), que siguió el criterio del anterior Maestre y mantuvo las buenas relaciones con Inocencio III. Éste le prestó su apoyo en algunas disputas por castillos que habían pertenecido a los Templarios pero que después del desastre de 1187 habían caído en otras manos. En 1209 fue elegido Maestre de la orden Guillermo de Chartres (1209-1219), que ha pasado a la historia como el gran constructor templario, especialmente de Athlit, el Chastel-Pèlerin (1218), una fortaleza muy importante para la defensa de la llanura de Acre. Los Templarios, que habían fijado su residencia en Acre al tener que abandonar su Casa Madre en Jerusalén, comprendieron que el Chastel-Pèlerin sería el lugar donde permanecerían «hasta que los muros de Jerusalén sean reparados y ocupados». El nombre de este castillo indica, además, su destino: castillo de los Peregrinos. Pues en estas fechas el peregrinaje a Tierra Santa llegó a unas concentraciones jamás vistas antes y los Templarios se entregaron con una dedicación absoluta a su tarea de prestar seguridad a los peregrinos: en el transporte, la protección por tierra y por mar. No siempre se podía visitar Jerusalén, pero aun así la afluencia masiva de peregrinos no cesaba y seguían visitando los Santos Lugares de Galilea y otros sitios de recuerdos cristianos, siempre amparados por los Templarios. Principalmente llegaban por vía marítima, tras haber

embarcado en Marsella y en los puertos italianos. Pero los Templarios prestaban su ayuda desde la rada que tenían en Cotlliure, en San Rafael, y con sus propias embarcaciones, para asegurar ya desde el principio el mejor servicio a los peregrinos, que solían desplazarse en primavera y otoño.

Por estas fechas la reina Isabel se casó por cuarta vez, ahora con Amalarico de Lusignan. Sin embargo, ambos murieron en 1205 y se formó un consejo de regencia integrado por los Maestres del Hospital y del Temple y el patriarca de Jerusalén durante la minoría de la reina María, hija de Isabel y Conrado de Montferrat. En 1211 el consejo de regencia pidió al rey de Francia un «buen marido» para la joven reina. Según Melville, «por un cálculo mezquino, se envió a Juan de Brienne, de quien se suponía que era el amante de la reina de Francia». Juan era un noble sin fortuna, de sesenta años de edad, que llegó a Acre sólo con lo puesto. El recibimiento que se le dispensó fue particularmente frío y todos los nobles se sintieron ofendidos.

A pesar de la tregua que se mantenía en Palestina y que duraba ya mucho más de los cinco años previstos, Inocencio III, tal como lo haría después su sucesor, Honorio III, siguió alimentando la llama de las acciones contra los «infieles». Pero era el único: los reinos cristianos ya daban por bueno el compromiso actual. No obstante, desde Roma se pedían nuevas acciones y llegaron a proyectar una, que no era nueva pero que había quedado ya casi en el olvido: el ataque a Egipto. Los historiadores hablan aquí de la Cuarta Cruzada, pero como ésta nunca llegó a tocar Egipto ni Tierra Santa, ni intervinieron en ella los Templarios, la trataremos sucintamente. Debemos consignar que se trató de un engaño de los venecianos: contra el deseo y las instrucciones de Inocencio III, Dandolo, el duce veneciano, se tomó la cruzada como una cuestión personal: devastó la ciudad cruzada -cristiana por lo tanto- de Zara (1202) y, en vez de dirigirse hacia Egipto, optó por ir a Bizancio. En breve: los *cruzados* conquistaron Constantinopla -otra ciudad cristiana- en 1204 y se dedicaron al mayor pillaje de la historia. Durante tres días, las tropas no dejaron lugar alguno sin saquear: monasterios, iglesias, bibliotecas, monjas violadas, etc. El cronista Jofre Villehardouin nos ofrece un retrato vívido de los acontecimientos: «Por la mañana, a la salida del sol, invadieron Santa Sofía y, habiendo arrancado las puertas, destruyeron el coro, donde se hallaban los sacerdotes... destrozaron a golpes contra las paredes cuatro retablos decorados con iconos, abatieron el altar y doce cruces que había encima, algunas de ellas más altas que un hombre; cogieron el Evangelio, los trozos de las cruces sagradas y todas las imágenes que había...». En la nueva Bizancio, ahora llamada Rumania, los venecianos implantaron un régimen que no dejó de ser una marioneta en sus manos. En este sentido Runciman es muy taxativo: «Uno de los crímenes más grandes contra la humanidad ha sido la Cuarta Cruzada».

Egipto continuaba interesando a Inocencio III, infatigable. En aquel mismo momento (1212) hacía ya tres años que había iniciado una nueva cruzada por tierras del Languedoc, la llamada contra los albigenses, contra cristianos y en tierra cristiana. Convenció a los Templarios para preparar una acción contra Damietta, pero ésta no obtuvo ningún resultado. A la muerte de Inocencio III, Honorio volvió a plantear la conquista de Egipto. El 24 de junio de 1218 el ejército cruzado, bajo el mando de Juan de Brienne -que era rey viudo y ejercía como tal mientras durara la minoría de Yolanda, su hija-, zarpó de Acre y tres días después se situó frente a Damietta hasta que el 24 de agosto, finalmente, la guarnición de una torre de defensa se rindió. Obtuvieron un gran botín, pero al cabo de poco tiempo una epidemia diezmó el ejército y a los Templarios -el Maestre Guillermo de Chartres fue una de las víctimas- y se decidió acampar delante de Damietta y pasar allí el invierno. En el mes de febrero de 1219 se ocupó Al-Adiliya, con lo que Damietta quedó aún más aislada. En la primavera les llegó una curiosa oferta de los musulmanes: les propusieron cederles Jerusalén y todo el reino, excepto dos fortalezas templarias, a cambio de que dejaran en paz Damietta. En un principio todos los nobles cruzados, empezando por Juan de Brienne, estuvieron de acuerdo, pero «el legado, el patriarca, los obispos, los Templarios y los Hospitalarios se opusieron a la propuesta

aduciendo que lo que se debía hacer era, simplemente, conquistar Damietta». Los Templarios, que eran los que de hecho perdían más con la decisión, consiguieron convencer al resto de que no se trataba sino de una maniobra musulmana.

Al final del verano los cruzados iniciaron el ataque contra Damietta con un espectador de excepción: Francisco de Asís, que había llegado a Oriente en son de paz. Sus intentos fueron vanos y el sultán de Egipto, muy amablemente, lo devolvió a las líneas cristianas con una dulce negativa. Finalmente, el 5 de noviembre Damietta cayó en manos de los cristianos y con ella «oro y plata en gran cantidad e inmensas riquezas en toda clase de objetos preciosos». También se encontraron con una ciudad llena de cadáveres, la mayoría muertos por la peste, «que cubrían todas las calles, las casas...». Damietta, que estaba protegida por una muralla triple, era considerada la clave de la defensa de todo Egipto. Pero una vez más los cruzados se dividieron en cuanto a lo que se debía hacer a partir de entonces y las decisiones se fueron aplazando. La orden había nombrado a un nuevo Maestre, Pedro de Montagut (1219-1232), valenciano que ya había sido, también, Maestre de Provenza y de Cataluña y Aragón. Los Templarios en aquellos momentos contribuían económicamente al mantenimiento de la cruzada: a petición de Honorio, el Maestre del Temple de París, el hermano Aimard, había enviado grandes sumas de dinero a Damietta además de «caballos y víveres en abundancia, que nos llegan por voluntad divina, llevando la alegría a nuestra asamblea de fieles». Montagut, cansado de esperar en Damietta, se marcha a Acre a finales de septiembre de 1220 y escribe al papa pidiéndole que «las fuerzas del emperador, que ya hace tiempo que estamos esperando, lleguen de una vez ya que, si no, el próximo verano, no lo quiera Dios, las tierras cristianas se hallarán en una situación precaria; nosotros ya no podemos hacer nada más». El emperador era Federico II, que jugaba al ratón y el gato con Honorio III, tal como ya hemos dicho cuando hemos tratado las cuestiones eclesiales.

En realidad, la política del legado papal, Pelayo de Albano, no gustaba a Pedro de Montagut. Más que nuevas guerras, lo que los Templarios querían eran acuerdos de paz duraderos con los barones musulmanes de Siria, aislar al sultán de Egipto e ir consolidando el Estado Cruzado en Palestina. Incluso se volvía a plantear la recuperación de Jerusalén entregando a cambio Damietta. Pelayo se obstinó en seguir con la guerra y llegar hasta El Cairo, contra la opinión de los Templarios, y cuando éstos decidieron no seguirlo, el legado los excomulgó. La expedición, en el verano de 1221, dirigida por el obispo de Albano y por unas fuerzas alemanas recién llegadas, y con la presencia a regañadientes del rey Juan y de los Templarios -llamados al orden- tenía un volumen considerable. A pesar de ello, con la ayuda de las aguas del Nilo y con su propia experiencia, los egipcios derrotaron a las huestes cristianas. Se planteó una tregua, un pacto que requirió la presencia de los Templarios -una vez más los musulmanes confiaban en ellos- y se acordó la rendición de Damietta. Cuando el Maestre llegó a Damietta para comunicar esta resolución, la guarnición se rebeló contra él -se volvió a hablar de «traición de los Templarios»-, pero finalmente los pudo convencer. Se obtuvo una tregua de ocho años. El legado se volvió a Roma asqueado, donde «el papa lo censuró gravemente, pero se sentía consolado por la marcha inmediata de Federico II a Tierra Santa».

No tan inmediata: Federico esperaría ¡siete años más! En noviembre de 1225 el emperador se había casado en Brindisi con la hija del rey Juan, Yolanda. Ella tenía quince años, mientras que él treinta y uno. Era «un hombre hermoso, no muy alto, con tendencia a la obesidad». En él se combinaban la inteligencia y la brutalidad, la extrema sensualidad y la gran cultura. Con su suegro optó por ser brutal: consideró que, habiéndose casado con la hija de éste, todos los derechos de Jerusalén le pertenecían. Juan se fue a Roma a protestar pero en aquellos momentos Honorio sentía una estima ciega por Federico y se lo quitó de encima. La pobre Yolanda fue a dar con sus huesos en Palermo, mantenida en una especie de reclusión junto con otras mujeres *afines a Federico* -los historiadores hablan de un harén- y murió a los diecisiete años de edad, seis días después de haber dado a luz a un hijo varón, Conrado.

Finalmente, y después de muchos acontecimientos -la muerte de Honorio la elección del nuevo papa, Gregorio IX, la excomunión que éste dictó contra el emperador por no darse más prisa en ir hacia Tierra Santa- que dificultaron la marcha de lo que se llamaría la Quinta Cruzada, Federico II llegó a Acre en septiembre de 1228. Los Templarios no querían provocar más combates porque aún quedaban dos años de tregua. No resulta extraño, pues, que las relaciones entre éstos y Federico fueran, desde el principio, difíciles. Apenas desembarcado el emperador inició las negociaciones con el sultán considerándose representante de su hijo Conrado, recién nacido. Los Templarios entendían los derechos legales de tutoría, pero no que éstos los tuviera un excomulgado. Estaban en contra, pero se mantuvieron a la expectativa. Entonces se enteraron de otra excomunión: Gregorio, férreo, volvió a excomulgar a Federico «por haber iniciado la cruzada estando excomulgado». Enredo sobre enredo. El emperador actuaba por libre y los Templarios supieron ser, en todo momento, políticos. Cuando en noviembre, a pesar de mantener las negociaciones con los musulmanes, Federico decide acercarse militarmente hasta Jaffa, los Templarios lo siguen, «pero a una distancia muy meditada».

Federico fortifica Jaffa y espera. No tiene demasiada prisa, y tiene razón. En febrero de 1229 se llega a un acuerdo: el reinode Jerusalén recibiría la Ciudad Santa y Belén -con un corredor que uniría Lydda y el mar, pasando por Jaffa-, Nazaret y la Galilea occidental. A cambio, en Jerusalén, la zona del templo con la Roca y la mezquita de Al-Aksa continuarían en poder de los musulmanes. Todos los prisioneros de los dos bandos quedarían en libertad y se establecería la paz durante diez años. O sea que, sin haber alzado ni una espada, Federico - ¡el excomulgado!- había recuperado los Santos Lugares. El día 17 de marzo el emperador subió a Jerusalén con su séquito y al día siguiente se ciñó él mismo la corona. Los cronistas no salen de su asombro: «Federico no poseía derecho personal alguno a subir al trono; excomulgado, no podía hacer el juramento de investidura; la ceremonia se desarrolló sin el honor de las excelencias imperiales». Pero Federico iba al grano y un día después abandonaba Jerusalén entre «las protestas de los Templarios de que debía hacerse lo acordado: reedificar las murallas». Federico se los quitó de encima con una excusa: «A última hora hemos pactado que Jerusalén no debe ser fortificada ni defendida...».

No es solamente a los Templarios a quienes no complace la manera de proceder de Federico: todos los dignatarios eclesiásticos claman al cielo porque los acuerdos se han hecho sin habérseles consultado. El patriarca de Jerusalén, Gerold, escribe indignado al papa: «... un buen día nos enteramos de que él ha hecho las paces con el sultán. Nadie ha visto las cláusulas de esta paz, o esta tregua, que él ha jurado observar». Quizá por esto el tratado no complació a nadie. Ni a los musulmanes, lo que no es difícil de entender, ni a los cristianos. Éstos tenían todo tipo de razones, como por ejemplo el hecho de que consideraban que Jerusalén *sólo* podía obtenerse por la fuerza de las armas; o los que tenían memoria y recordaban que siete años antes hubieran recibido Jerusalén y toda Palestina a cambio de Daimetta... El propio patriarca pidió que no le fuera levantada la excomunión. Los Templarios estaban furiosos: *su templo* estaba en manos de los «infiel». Los más sensatos, finalmente, tampoco estaban de acuerdo: reconocían que la nueva frontera trazada por el pacto era muy difícil de mantener. Cuando, de vuelta a Acre, Federico quiso descansar en el Chastel-Pèlerin se dio cuenta de hasta qué punto era odiado por la orden: «Los Templarios le contestaron que si entraba en la fortaleza no saldría de ella con vida». Siguió, pues, hacia Acre, donde el día 24 de marzo convocó en la playa una asamblea pública en el transcurso de la cual descargó injurias y acusaciones de todo tipo contra Pedro de Montagut. Acto seguido se retiró a la ciudad sin permitir la entrada a los Templarios: «Si intentan entrar, disparad contra ellos». El patriarca contestó con una «excomunión de todos los alemanes». Federico permaneció en Acre haciendo los preparativos para su partida, que tuvo lugar el día 1 de mayo. El Maestre lo despidió con las siguientes palabras: «Quiera Dios que no vuelvas jamás».

Al llegar a Occidente, el emperador aún guardaba rencor hacia los Templarios: envió cartas a todos los reinos cristianos calificándolos de «serpientes que sólo tienen convivencia con el enemigo». Muchas de las sospechas que pesaron tiempo después sobre el Temple tuvieron su origen en las acusaciones vertidas por Federico: «Los Templarios agasajaban a los emisarios del sultán de Damasco y asistían a la celebración de los ritos islámicos en el interior de la encomienda de Acre». En octubre de 1232 murió Pedro de Montaut y fue elegido nuevo Maestro de la orden Armando de Périgord (1232-1244), que había sido Maestro de Sicilia y Calabria. Durante los primeros años de su mandato los Templarios asistieron en Palestina a unos enfrentamientos continuados entre los barones locales y los partidarios de Federico; unas luchas intestinas más entre los cristianos. Fueron los Templarios y los Hospitalarios quienes, junto con el patriarca, cogieron las riendas de Siria cuando, en 1236, murió Juan de Ibelin, el Viejo Señor de Beirut, que aglutinaba una especie de poder moral. Pero no había entendimiento entre las dos órdenes -nunca lo había habido- y muy pronto una anarquía violenta dominó en la misma Palestina. Ricardo de Cornualles, hermano del rey de Inglaterra, tomó la cruz y se fue a Tierra Santa en compañía de los Hospitalarios. No nos debe extrañar el hecho de que a su vuelta él y su cronista Mateo Paris, monje de Saint-Albans, empezaran a explicar fechorías de los Templarios: éstos eran «hermanos gemelos que ya se degollaban en las faldas de su madre». En cambio, en Palestina, los barones prestaban su apoyo a Armando de Périgord para que deviniera su jefe moral (1242). Probablemente con el asentimiento general, los Templarios volvieron a Jerusalén y empezaron a fortificar el Templo de Salomón. Cuando se enteró, Federico los amenazó: «Si el Maestro y los hermanos siguen construyendo un castillo en Jerusalén, todos sus bienes en Alemania y Sicilia serán confiscados».

Pero la gente del Temple era feliz, consideraba que aquéllos eran sus años triunfales y, como dice Melville, «se consideraban los salvadores de Tierra Santa y estaban dispuestos a verter su sangre y a gastar su oro para su conservación». Es en este momento cuando edifican Safet, proponen la construcción de otro castillo en Torony terminan la reconstrucción de las murallas de Jerusalén. Hacía poco tiempo que habían cerrado un pacto con Damasco. Todo esto comportó un verdadero alud de peregrinos y caballeros que habían tomado la cruz, seducidos por la nueva situación provocada por la política de los Templarios.

Nadie contaba con las tribus tártaras, los karismanianos, que mientras huían de los mongoles aterrizaron a Oriente y a Occidente. En el mes de agosto de 1244 los tártaros entraron en Jerusalén, degollaron a todos los que encontraron a su paso y saquearon el Santo Sepulcro: una vez más se perdía la Ciudad Santa. Los tártaros siguieron hacia Egipto para enrolarse como mercenarios a las órdenes del sultán, devastando todos los sitios por donde pasaban. La Palestina cristiana se unió como un solo hombre ante el ataque de los mamelucos de Egipto y los karismanianos, y se hizo fuerte en Gaza el 17 de octubre. Pero la resistencia sólo duró dos días: el desastre fue absoluto. Armando de Périgord y 300 caballeros templarios murieron en la defensa y sólo quedaron con vida 36 Templarios. Para Federico, toda la culpa había sido de los Templarios, que se habían lanzado a una guerra imprudente. Cuando, en las noches que siguieron, los supervivientes iban enterrando a sus muertos, todos comprendieron que el reino cristiano de Jerusalén había llegado a su fin. Pero se equivocaban, pues aún duraría cincuenta años más, hecho que debemos atribuir a la Sexta Cruzada, la de san Luis.

El Temple había estado casi dos años sin Maestro porque había sido imposible hallar el cuerpo de Armando de Périgord. Finalmente, en 1246 eligieron a Guillermo de Sonnac (1246-1250). Guillermo quería ser fiel a los principios políticos y diplomáticos de la orden e intentó establecer contacto con el sultán de Egipto, pero el rey de Francia se lo prohibió absolutamente: le dijo que antes de hacer nada le esperara. El rey se embarcó en Aigües Mortes en agosto de 1248 acompañado de su mujer, Margarita, sus hermanos y toda la caballería francesa. Pasaron el invierno en Chipre, pero las tempestades desarbolaron los barcos y tuvieron que esperar hasta finales de mayo de 1249 para estar preparados para zarpar. Con anterioridad, Luis se había reunido con los Maestros del Temple y del Hospital y había

convenido con ellos que su objetivo sería Egipto. El día 4 de junio la escuadra cruzada estaba ya delante de Damietta. Tampoco el rey de Francia hizo caso a Guillermo de Sonnac, que le pedía que esperara al resto de la flota: al día siguiente ordenó el desembarco. El rey tenía razón: Damietta cayó en un santiamén. Conocedores de las características de las crecidas del Nilo, los cruzados decidieron pasar todo el verano en Damietta, convirtiéndola en una ciudad cristiana. A finales de octubre, cuando las aguas del Nilo habían recuperado su nivel acostumbrado, se inició la marcha hacia El Cairo, que se tuvo que interrumpir a causa de la resistencia musulmana y de las dificultades que surgieron cuando debían atravesar terrenos pantanosos. A principios de febrero de 1250, el hermano del rey, Roberto de Artois, se adelantó con un grupo de Templarios y ocupó un campamento egipcio decisivo. Guillermo de Sonnac, que iba con ellos, les pidió que esperaran al grueso del ejército, pero una vez más los Templarios tuvieron que soportar las acusaciones de cobardes y los cruzados continuaron la marcha. El resultado, delante de Mansura, fue desastroso: el hermano del rey murió, así como 285 de los templarios que lo acompañaban. Todo era muerte y desolación.

Las tropas cruzadas, con el rey en cabeza, llegaron tarde, pero al menos pudieron rodear Mansura. Después de la batalla, cuando Luis se enteró de la muerte de su hermano, «rompió a llorar». Se produjeron combates encarnizados entre los dos ejércitos, en uno de los cuales perdió la vida el «cobarde» Maestre del Temple. La situación ante Mansura se volvía cada vez más insostenible y ya sólo quedaba la opción de regresar a Damietta. Tomaron esta decisión el 5 de abril, cuando ya muchos -el propio rey entre ellos- estaban enfermos y con la moral baja. Todo el ejército real, hay quien dice que por un malentendido, se rindió sin condiciones: el rey y todos los nobles fueron hechos prisioneros en Mansura. Había tal cantidad de prisioneros que los egipcios no sabían qué hacer con ellos. Pero pronto hallaron la solución: cada tarde decapitaban a 300. Se entablaron negociaciones para el rescate del rey, los nobles y los demás prisioneros, que pasaban por entregar Damietta y pagar una suma enorme: 500.000 libras, que más tarde fueron rebajadas a 400.000. Sabemos que una cantidad muy alta de esta cifra salió de las arcas de los Templarios. Finalmente, a mediados de mayo, el séquito real llegó a Acre. Luis pudo conocer al hijo que había dado a luz su esposa Margarita en Damietta durante la batalla. Ésta, destrozada por la pena que le causaban las noticias que recibía, le había puesto el nombre de Juan-Tristán.

Contra la opinión de todos los nobles, que le pedían que regresara a Occidente, Luis decidió quedarse. Sólo se quedaron con el rey el fiel Joinville y unos 1.400 hombres, mientras que el grueso de la tropa regresó a Francia. Luis actuó como *encargado* de lo que quedaba del Reino de Jerusalén y se dedicó a organizarlo. Por su parte, el Temple volvió a elegir Maestre en la persona de Renaud de Vichiers (1250-1256). Éste colaboró estrechamente con el rey Luis y se puede decir que, mientras duró la estancia del rey santo en Palestina, los Templarios fueron muy apreciados. Una muestra de ello la podemos ver en el hecho de que sobre el Maestre recayera el alto honor de apadrinar a otro hijo del rey, nacido en Chastel-Pèlerin. Aun así, el rey y los Templarios protagonizaron un grave incidente. El mariscal del Temple, con toda seguridad siguiendo órdenes del Maestre, inició -una vez más- contactos diplomáticos con Damasco para negociar una paz estable. Nada de esto fue comunicado al rey, de acuerdo con el sistema de los Templarios de actuar por libre. Otras veces, con otros gobernantes, se había hecho lo mismo sin que pasara nada, sobre todo cuando los resultados habían sido favorables. Pero con Luis esto no funcionó: cuando se enteró, convocó a todos los dirigentes del Temple, los hizo arrodillar y les obligó a que se excusaran ante él y el emisario de Damasco. Más aún, expulsó de Jerusalén al mariscal del Temple. Poco más hizo Luis en Palestina. Quizá la única cosa positiva, por ironía, fuera la tregua concertada con Damasco, el mismo acuerdo que perseguían los Templarios. El día 24 de abril de 1254 zarpó de Acre acompañado por la reina Margarita y los dos hijos que había tenido en Oriente.

Con la partida del rey una cosa quedaba clara: los únicos que permitían que el Reino de Jerusalén se mantuviera eran las órdenes militares. Y aun así, gracias a la ayuda inestimable de

las querellas sarracenas: venturosamente Damasco y Egipto no se entendían. Ya nadie sabía a ciencia cierta en nombre de quién regían el Reino los *encargados*. Dentro, todas las facciones reñían por unas tierras, por cualquier cosa. Incluso los comerciantes, los genoveses y los venecianos principalmente, tenían en la misma Acre sus guerras particulares. Para colmo, los Hospitalarios estaban al lado de los genoveses mientras que, naturalmente, los Templarios defendían a los venecianos. El nuevo Maestre, Tomás Berard (1256-1273), intentó introducir un poco de paz en el desbarajuste que había llegado a ser el reino cristiano. Pero no todos están de acuerdo a la hora de juzgarla actuación de Tomás Berard: en el proceso que tendrá lugar cuando se inicie la disolución de la orden, se establecerá que «fue bajo su mandato cuando los Templarios se corrompieron». Fue un mandato muy difícil, evidentemente, pero las causas parece que debemos hallarlas en las extremas dificultades que se iban acumulando sobre los residentes en Palestina. Ahora eran los mongoles quienes llegaban hasta las mismas puertas de Acre(1260);en1265el sultán de Egipto inició una campaña que fue dejando cada vez más indefenso el reino cristiano: cayeron Cesarea y Safet (1266)sin que quedara Templario alguno con vida; Jaffa, Beaufort -otra fortaleza templaria-, Banyas y Antioquía(1268).No resulta extraño que ante esta situación los Templarios, en los escritos enviados a las encomiendas de Occidente, aparte de pedir socorro expresaran sus quejas y su indignación ante lo que consideraban el abandono en que los habían dejado «Dios y los hombres». Más tarde se les exigirían responsabilidades por todo esto.

Después de la muerte de Tomás Berard fue elegido quien sería el último Maestre en Tierra Santa: Guillermo de Beaujeu(1272-1291).Hacía un año que era el comendador de Trípoli y ahora el «reino» que debía defender se limitaba a las ciudades de Acre, Trípoli, Beirut y Tortosa, y los castillos de Athlit y Sayeta (de los Templarios), Margat (de los Hospitalarios) y Montfort (de los Caballeros Teutónicos). Nada más. No obstante, el «reino» continuaba generando disputas: sobre quién sería su rey, quién sería el príncipe legítimo de Antioquía - cuando ya no formaba parte de los Estados Cristianos-, sobre la situación creada en Trípoli después de la muerte del obispo. Todo funcionaba mal: Trípoli acabó cayendo en manos del sultán en marzo de1287.En la contienda murieron ilustres Templarios catalanes como el comendador de Montcada, el hermano Guillermo de Montcada, los hijos del conde de Empúries... Después se consiguió una nueva tregua con el sultán para intentar recuperarse un poco de la derrota.

Occidente, como siempre después de las derrotas sensibles, reaccionó enviando veinte galeras para la salvación de Acre, que ya se veía que sería el último reducto. Pero según Melville, «los cruzados que llegaron precipitaron la última tragedia de Tierra Santa por su brutal estupidez y su ignorancia de las condiciones de vida en Palestina». El comentario de Melville es debido al hecho de que, habiéndose establecido las condiciones de la tregua, los sarracenos entraron en Acre para vender sus mercancías, como siempre habían hecho, pero los recién llegados consideraron que aquello era inaceptable y degollaron a cuantos pudieron, además de algunos cristianos de Siria «porque llevaban barba». El sultán aceptó las explicaciones y mantuvo la tregua pero exigió que se castigara a los culpables. El Maestre del Temple hizo una propuesta: que se cogiera a todos los presos comunes condenados a muerte y se les degollara públicamente; con este engaño todos quedarían satisfechos. Pero el Consejo no aceptó la idea y dio largas al mensajero del sultán.

Al cabo de un tiempo murió Qualawun, el sultán de Egipto, y su hijo empezó a preparar el asedio de Acre. Guillermo de Beaujeu, que tenía amigos entre los egipcios, se enteró de todo y lo comunicórápidamente al Consejo. Pero no le hicieron caso. Es más: el mismo sultán escribió al Maestre de los Templarios -como muestra del prestigio y la estimación de que gozaba la orden- notificándole su decisión: «El sultán de los sultanes, rey de reyes, al-Ashraf Khalil... cazador de francos y tártaros... a vos, Maestre, noble Maestre del Temple, el verdadero y sabio, salud y nuestra buena voluntad...». La carta, de una elegancia y buena educación ejemplares, acaba diciendo que atacaría Acre «y no nos enviéis cartas y presentes,

pues no los queremos». El Consejo, a pesar del aviso, envió una embajada que fue encarcelada inmediatamente.

El asedio de Acre empezó el 7 de abril de 1291 y acabó el 18 de mayo del mismo año. En pocos días toda la llanura que rodeaba la ciudad se cubrió de tiendas y los musulmanes empezaron a arrojar piedras sobre Acre, mientras que un ejército de 15.000 mamelucos aterrorizaba a los asediados. La única ventaja para éstos era que los musulmanes no podían bloquear el puerto, de manera que el día 4 de mayo les llegaron refuerzos desde Chipre. Pero ya no se podía hacer nada: se entablaron negociaciones y el sultán dio a conocer su postura. Perdonaba la vida y los bienes a los cristianos a cambio de la entrega de Acre. Pero esta propuesta no fue aceptada, ya que «la gente de Occidente nos consideraría traidores». El viernes 18 de mayo los sarracenos invadieron Acre por todas partes y llevaron a cabo una carnicería memorable: «Era espantoso ver a damas, burgueses y religiosos huyendo por las calles, con los niños en brazos, dirigiéndose hacia el mar. Cuando los sarracenos se dieron cuenta de su huida prendieron a las mujeres y estrellaron contra el suelo a sus hijos, que pronto serían destrozados por los caballos... En un momento Acre se convirtió en una hoguera inmensa». Uno de los primeros en caer fue el Maestre. En el Templo de Acre se habían refugiado diez mil personas «ya que era el fuerte más poderoso de la ciudad». Al pie del Templo, que daba a la mar, los caballeros reunieron la mayor cantidad de embarcaciones que pudieron y «embarcaron a la mayor parte de la población refugiada». Uno de los barcos templarios estaba bajo las órdenes de Roger de Flor, de quien malas lenguas dijeron que se ganó la vida con el dinero que recibía de las damas nobles de Acre.

Tuvieron diez días para llevar a cabo la evacuación, de acuerdo con el sultán, «que a pesar de todo veía difícil la conquista del Templo». El mariscal del Templo, Pedro de Sevry, continuó las negociaciones y según los cronistas «se equivocó por su arrogancia». Se llegó a la rendición pactada, pero el sultán «ordenó que se cortara la cabeza a todos los caballeros templarios, y en primer lugar al mariscal». Los caballeros restantes minaron el Templo y se rindieron y «cuando entraron los sarracenos, ellos y los caballeros murieron al caer la torre, que incluso mató a dos mil soldados del sultán que estaban en las calles aledañas. De esta manera fue tomada y liberada la ciudad de Acre, el viernes día 18 de mayo de 1291, y el Templo diez días después, de la forma que he descrito», tal y como explica el cronista Gerardo de Montreal.

Tiro caería el día 19, sin lucha. Los Templarios que pudieron se fueron a Sidón, donde resistieron hasta el 14 de julio. Una semana después tuvo lugar la rendición de Beirut; Haifa cayó el 30 del mismo mes. De todo el reino de Jerusalén sólo quedaron dos castillos templarios: Tortosa y Athlit, el Chastel-Pèlerin. Tortosa fue evacuada el 3 de agosto y Athlit el 14 del mismo mes. Los Templarios sólo mantuvieron una isla: la de Ruad, a dos millas ante la costa de Tortosa, donde se mantuvieron hasta el 1303, cuando las cosas ya les empezaban a ir mal en Occidente. Grandes contingentes de Templarios llegaron a Chipre en barcos procedentes de todos los puertos palestinos y se establecieron en la isla junto con su tesoro. Habían elegido nuevo Maestre a Thibaud Gaudin (1291-1294), a quien sucedió Jaime de Molay (1294-1314). Éste fue el último Maestre de la orden, el que vería, en pocos años, el descalabro y la caída absoluta de aquella máquina poderosa y caballeresca en que se habían convertido los Pobres Caballeros de Cristo...

Pero Clemente y Felipe habían acordado un pacto misterioso. El áspero Capeto habría dicho a Beltrán de Goth: Si quieres tú la tiara, ¡prométeme que me entregarás a los jefes! El prelado aquitano habría respondido al monarca: Yo te prometo a los jefes, ¡dame solamente la tiara! Por lo tanto, se debía mantener este trágico pacto. Se trataba de los Templarios. Señor del papado, el rey, que ya le había arrebatado la Inquisición, su tribunal, estaba resuelto, para completar su obra pública, a arrebatarle la Orden del Temple, su milicia... Felipe, el rey hábil, hizo condenar a la Orden por el papado, su madre, y la hizo devorar por

la Inquisición, su hermana... La supresión de la Orden siguió a la coronación de Clemente V, y el proceso contra los caballeros, esta iniquidad bárbara, fue el gran acto que permitió la instalación del papado francés en Aviñón. El pueblo ha revestido este drama cruel de imaginación y maravillas.

NAPOLEÓN PEYRAT,

Histoire des Albigeois, París, 1872.

V.- EL PROCESO

I.- LOS PROTAGONISTAS

Cuando pasamos a considerar los hechos que desencadenaron el proceso contra los Templarios, debemos recordar los acontecimientos finales del capítulo anterior: sin la pérdida de Tierra Santa el trágico proceso contra los Templarios sería inimaginable. La trayectoria del Temple, como hemos visto, está llena de éxitos y de fracasos, tal como ocurre en toda gran sociedad que se desarrolla a lo largo de dos siglos, pero hasta el preciso momento de la derrota cristiana contó con el favor continuado de todos los papas, de casi todos los reyes occidentales -quizá Federico II sea la excepción que confirma la regla-, de todos los señores que llegaron a gobernar en los Estados Cruzados -que forman una lista larga y variada- y de los estamentos religiosos que también ejercieron su autoridad en Oriente, con personalidades que más bien ayudaron a valorar más a los Templarios. Éstos no siempre se entendieron con los Hospitalarios, pero debemos considerarlo normal: los unos representaban la competencia de los otros.

Puede parecer reiterativo, pero creemos que se debe insistir en el apoyo que obtuvieron los Templarios con algunos ejemplos nada alejados cronológicamente de los años en que se inició todo el proceso. Los papas: Clemente IV, en el año 1265, confirma en una bula «a sus hijos bien amados» que ha prohibido a cualquier eclesiástico pronunciar sentencia de excomunión alguna contra los Templarios. Nicolás III, en 1278, permite a los Templarios percibir todos los diezmos, en exclusiva, de la totalidad de sus iglesias. Nicolás IV, en 1289, somete a todas «las diócesis y órdenes religiosas» a un nuevo diezmo, pero exime expresamente de su pago al Temple. Un año antes, en 1282, el concilio de Salzburgo pretendía integrar en una sola orden a Hospitalarios, Caballeros Teutónicos y Templarios. Estos últimos lo consideraron utópico, ya que «deberían relajar sudisciplina, o bien los Hospitalarios tendrían que reformar la suya». El concilio lo comprendió, puesto que «era una verdad conocida por todos». Finalmente, el propio Clemente V, el papa que decidió la supresión de la orden, aún escribía en diciembre de 1307 una carta a Felipe el Hermoso diciéndole que todo aquello de que se acusaba a los Templarios le parecía «incredibilia, impossibilia, inaudita».

El rey de Inglaterra, Eduardo II, al enterarse del proceso envió una carta a los reyes de Portugal, Castilla y Cataluña y Aragón diciéndoles que: «Como el Maestre y sus caballeros, fieles a la fe católica, gozan de toda consideración ante Nos... no podemos sumarnos a las acusaciones presentadas...». El propio verdugo de los Templarios, el rey Felipe de Francia, decía en octubre de 1304, es decir tres años antes de su decreto contra la orden: «Las obras de piedad y misericordia... llevadas a cabo en todo el mundo y en todo momento por la santa orden del Temple, instituida divinamente... nos obligan a extender nuestra liberalidad real a favor de la Orden y de sus caballeros... por quienes *tenemos una sincera predilección*». Quizá sea vano fatigar más al lector.

Todo indica una corriente de opinión favorable, por no decir encomiástica, respecto de la obra que los Templarios habían desarrollado a lo largo de su existencia y que aún seguía viva en los últimos tiempos. Parece, pues, que nada había cambiado excepto el hecho de que, como hemos indicado anteriormente, se había perdido absolutamente Tierra Santa. Si bien todos los estamentos involucrados en la aventura cruzada perdieron en ella incluso la ilusión, fue el Temple quien salió más malparado. Limitándonos a las órdenes militares, el Temple, quizá por falta de aquella combinación de inteligencia y astucia que con tanta pericia había utilizado siempre, se quedó atado a unos principios: permanecer lo más cerca posible de Tierra Santa. Cuando los Caballeros Teutónicos levaron anclas y se fueron a cristianizar a los paganos de Prusia y Lituania, cuando los Hospitalarios decidieron obtener la isla de Rodas, comprándola o conquistándola, los Templarios siguieron con su obsesión: más pronto o más tarde se debía rehacer el camino hacia Tierra Santa, y por esto se quedaron en Chipre, el sitio más cercano.

Quizá si hubieran alzado el vuelo -podían ir a donde quisieran- habrían estado más cerca cuando unos aprovechados, pero unos aprovechados muy poderosos, decidieron emplearse a fondo contra el Temple. Quizá les falló la estrategia, hecho grave en una orden que hasta entonces se había significado por saber estudiar los problemas desde todos los puntos de vista y actuar, siempre que les habían dejado, de acuerdo con un pensamiento muy cuidadoso y meditado. Tenían un buen sucedáneo de Tierra Santa en Hispania, donde estaban bien implantados y donde su presencia habría sido muy bien recibida, pero dejaron pasar un tiempo precioso anclados en las aguas que rodeaban Chipre, las mismas que besaban el litoral palestino. Quizá todo habría seguido los mismos derroteros, pero ellos, obstinados con lo que consideraban su razón de ser, decidieron que el Temple, o sea la Casa central, debía estar cerca de Tierra Santa. Quizá finalmente Jaime de Molay no era el Maestre que se necesitaba en aquellos momentos: era un caballero, un monje guerrero, mientras que ahora la orden necesitaba un astuto intrigante.

No hace falta decir que toda entidad poderosa -y el Temple lo era de sobras- siempre genera enemigos. Los caballeros ya estaban acostumbrados a ello, al roce continuo con toda una serie de personas y estamentos que deseaban recortar, menguar su poder por motivos económicos y políticos. Siempre habían superado estos problemas, y muchas veces su respuesta a los ataques los había fortalecido aún más. Pero ahora se encontraron con dos poderes enemigos que nunca les habían fallado: los reinos cristianos -ya que, si bien el primer paso lo dio el rey de Francia, halló después la colaboración más eficiente en otros reinos, uno de ellos el de Cataluña y Aragón- y la Iglesia. Cuando hablamos de enemigos nos referimos ahora a los estamentos más apreciados por la orden: el reino de Francia -¿Qué habría sido del Temple sin la sangre francesa?- y el papado. Ni tan sólo una fuerza del poder de los Templarios podía combatir contra unos enemigos tan preeminentes. Pero este nombre genérico de enemigos se concreta en unos cuantos nombres, en unas cuantas personas.

Por méritos propios, el papel más importante corresponde a Felipe IV de Francia, llamado el Hermoso. Uno de sus mayores opositores, Beltrán Saisset, obispo de Pamiers, decía de él: «No es ni un hombre ni una bestia; es una estatua», refiriéndose a la frialdad extrema que caracterizaba su comportamiento. Ciertamente, era un hombre hermoso, «de una talla excepcional, donde se podía admirar la fuerza y la proeza, de cabellos rubios y rostro regular. Piadoso, amaba a su mujer y a su familia; no hubo pasiones en su vida y, excepto en los últimos años, reinó sin incidentes»; una buena instantánea que debemos a Melville. Godofredo de París, cronista de la época, afirma que «el rey es crédulo como una doncella y tiene muy malos consejeros». Pero su retrato más encomiástico procede de Guillermo de Nogaret: «Lleno de gracia, de caridad, de piedad y misericordia, siempre persiguiendo la verdad y la justicia, nunca sale una difamación de su boca, ferviente en la fe, religioso en la vida,

edificando basílicas y comprometiéndose en obras de piedad, hermoso de cara y de maneras graciosas...», lo que se llama enjabonar.

Felipe había nacido en 1268 en Fontainebleau, hijo de Felipe III el Osado y, por lo tanto, nieto de san Luis. Accedió al trono en 1285, cuando sólo contaba diecisiete años, a causa de la muerte de su padre, acaecida después de la derrota en el collado de Panissars, punto final de una cruzada de que ya hemos hablado. Parece, sin embargo, que a pesar de su tierna edad ya estaba muy preparado. Georges Duby también cree que era un hombre bien preparado, pero «enigmático». Afirma que «si bien es verdad que en su reinado se da una exaltación de la realeza y se crean una serie de instituciones duraderas, que su vida privada fue de una reputación intachable, también lo es, en cambio, que su vida pública estuvo marcada por una serie de escándalos resonantes». En realidad, los historiadores franceses no saben muy bien cómo interpretar a este rey. Parece que lo admiren tanto como lo desprecian, pero a la larga acaban valorando su obra de Estado.

Casándose con Juana de Navarra incorporó al reino de Francia -que ya no era aquel pequeño pasillo- Navarra, la Champaña y Brie. El enfrentamiento con los ingleses, un hecho que se iba repitiendo con regularidad, había comportado por añadidura un conflicto con Flandes, con una guerra insólita: la de la mejor caballería inglesa contra los tejedores flamencos. En Courtrai (1302), en la batalla de las Espuelas de Oro, murieron 1.000 nobles franceses que cubrieron con sus espuelas brillantes el campo de batalla: una gran derrota para el frío y enigmático Felipe. El siguiente conflicto con que se enfrentó tuvo lugar con el papa Bonifacio VIII. Se trata de un conflicto que a la larga tendrá relación con el asunto de los Templarios: Felipe se da cuenta de que el papa quiere inmiscuirse en todos los asuntos internos de los reinos, y esto no le gusta. Hará todo lo posible para que, tan pronto pueda, el papa sea francés, con lo que todo resultará más fácil. Bonifacio VIII (1249-1303) estaba convencido de la autoridad papal. En la bula *Unam Sanctam* (1302) llegó a proclamar que todos los asuntos temporales tenían que supeditarse al poder total eclesiástico. Felipe convocó Estados Generales en el mismo año y se acordó no compartir el criterio papal: «El rey de Francia no reconocía poder superior alguno sobre la tierra». El papa contraatacó convocando un concilio para «juzgar al Capeto» y amenazó a Felipe de excomunión si no permitía que asistieran al mismo los preladados franceses. La respuesta francesa fue muy dura: se envió a Roma a Ramón de Nogaret -otro de los protagonistas en el asunto de los Templarios- para que, acompañado de un grupo de franceses e italianos, los Colonna, buscara al papa y lo acusara públicamente de hereje. Bonifacio no se hallaba en Roma, por lo que se desplazaron hasta Anagni, donde lo aprehendieron. Liberado por sus fieles, Bonifacio no pudo resistir la emoción de la contienda y murió poco después (1303). Toda Europa quedó horrorizada... pero nadie movió ni un dedo. Por lo tanto, Felipe había ganado la partida.

El sucesor de Bonifacio, Benedicto XI, no tuvo tiempo ni de excomulgar a Nogaret: murió el día antes de firmar la excomunión. Había llegado el momento de instalar a un santo padre francés. Esto le costó mucho tiempo y dinero al rey de Francia: finalmente, en el cónclave de Perusa, que duró ni más ni menos que once meses, sus maniobras dieron resultado. Salió elegido Beltrán de Got, arzobispo de Burdeos, que tomó el nombre de Clemente V, otro de los protagonistas. Sin embargo, Felipe fue aún más lejos: hizo que se instalara en Aviñón. Bainville, orgulloso, dice: «Durante tres cuartos de siglo los papas residieron en Aviñón bajo la protección de la monarquía francesa». A partir de este momento, los acontecimientos relacionados con el proceso de los Templarios se confunden con la trayectoria del gobierno de Felipe el Hermoso. Al final de su vida, Francia se veía sometida a problemas con las ligas de nobles y burgueses.

Felipe arrastró durante todo su reinado un déficit considerable en las arcas reales, lo que provocó una serie de disposiciones -incrementar los impuestos, cambiar el valor real de la moneda- que causaron muchos quebraderos de cabeza a la cancillería. No es extraño, pues, que haya una corriente de analistas que consideren que las actividades que Felipe desarrolló contra el Temple tengan como trasfondo la necesidad de aumentar su numerario, siempre exiguo. La depreciación de la moneda que llevó a cabo en 1306, muy cerca de las fechas en que se iniciaría el proceso, provocó motines en París «contra los señores propietarios de casas y, sobre todo, contra el rey», como explica el cronista Juan de Saint-Victor. Precisamente a causa de este motín Felipe tuvo que refugiarse... ¡en el Vieux Temple! Quizá tuvo entonces ocasión de ver y tocar de cerca la gran fortuna templaria y considerar que podía ser la gran solución para sus problemas económicos...

Felipe murió en 1314, el mismo año que había visto encender la hoguera que debía abrasar el cuerpo del Maestre del Temple, Jaime de Molay.

Clemente V no hizo menos méritos que Felipe el Hermoso para figurar como protagonista destacada en el acoso a los Templarios. Bernardo de Got, gascón nacido en Villandraut en el año 1260, era pues un súbdito de la graciosa majestad británica. Como miembro eclesiástico de la corona inglesa fue sacerdote del papa Celestino V, pero el breve pontificado de éste (1294) hizo que regresara a la Gascuña. Fue elegido obispo de Comminges (1295) y poco después arzobispo de Burdeos (1299). Debemos decir que su tío Beltrán era el arzobispo de Lyon, había sido elegido miembro del colegio cardenalicio y sabía barrer hacia dentro. Su sobrino era un hombre formado en Orleáns y, a pesar de su ciudadanía, tenía los pensamientos franceses bien arraigados. Por esto siempre se le ha considerado un ferviente francés. Melville también lo retrata: «Era un hombre enfermizo, muy preocupado por su salud, voluble y a la vez obstinado; su carrera y su personalidad están faltas de distinción». Ptolomeo de Lucca nos describe su estado de salud: «Durante mucho tiempo estuvo enfermo del estómago, lo que hacía que siempre estuviera desganado. Había padecido disentería y a causa del dolor de estómago siempre estaba cansado. Algunas veces sufría vómitos». El 5 de junio de 1305 fue elegido papa en el cónclave de Perusa y tomó el nombre de Clemente V, pero se negó a ir a Roma y decidió llevar a cabo la consagración pontifical, mejor dicho, la coronación, en Lyon, ciudad episcopal, el 14 de noviembre. Es cierto: desde Gregorio X (1271-1276) la consagración había pasado a denominarse coronación, un detalle que se avenía con los deseos de Bonifacio VIII. La ceremonia, presidida por el rey de Francia, se celebró en la iglesia de San Justo y acabó trágicamente: cuando el séquito pontifical pasaba por un callejón donde se había congregado un gran número de curiosos detrás de un muro, éste cedió y mató a doce personas, entre las que se encontraban el duque de Bretaña y uno de los hermanos del papa. En cambio, éste salió ileso del percance, sin sufrir otras consecuencias que un gran susto.

Su fidelidad al rey de Francia se demostró muy pronto, con el nombramiento, en la misma Lyon, de diez nuevos cardenales: de éstos, cinco eran miembros de su propia familia -lo había aprendido de su tío- y cuatro del entorno de Felipe. Todos franceses. Si tenemos en cuenta que los cardenales eran un total de veinticuatro, vemos que Clemente obtuvo un equilibrio maravilloso: cinco italianos, un hispánico y dieciocho franceses. Para completar su «reforma» hizo que la Curia romana se trasladara a Burdeos. Sabemos que tenía algunas ideas sobre una cuestión siempre pendiente: Tierra Santa. Pidió al Maestre de los Templarios, que no se había movido de Chipre, un estudio sobre las acciones que podían ser llevadas a término, estudio que los Templarios entregaron al papa en la primavera de 1306 y que parece que le complació. Probablemente por agradecimiento hacia el Temple, el 13 de junio del mismo año promulgó una bula concediendo «el derecho de escoger a un sacerdote discreto que os pueda dispensar la absolución plenaria...». Los Templarios consideraron el privilegio de la bula como una demostración de «su aprecio y confianza». Sólo un año más tarde sabrían evaluar qué significaba

exactamente este aprecio y confianza... pero de momento nos detenemos aquí. La historia particular de Clemente V forma parte del proceso. Debemos recordar una fecha: igual que Felipe IV, el papa Clemente V moriría en 1314, cuando las cenizas de la hoguera construida para Jaime de Molay aún debían de estar mezclándose con las aguas del Sena.

Otro protagonista fue Guillermo de Nogaret, el traidor del drama, quizá su instigador, sin duda su ejecutor. Pero siempre cumpliendo órdenes. Lo que pasa es que a Guillermo estas órdenes le complacían extraordinariamente. Guillermo de Nogaret era un hombre del Midi, como el papa. Había nacido en Saint-Felix-de-Caraman, en el Languedoc, y todos están de acuerdo en que corría sangre cátara por sus venas. Como mínimo Bonifacio VIII, en la entrevista que mantuvo con Nogaret pocos días antes de morir, le echó en cara que era «un patarino, igual que vuestro padre y vuestra madre, castigados como patarinos». Entre la gran cantidad de nombres que recibieron los cátaros encontramos también el de patarinos. También más tarde, en 1313, el conde Luis de Nevers hablará del «sacrílego Nogaret, hijo de herejes».

Sus orígenes, quizá a causa de sus raíces, eran modestos, pero muy pronto lo encontramos como profesor de leyes en Montpellier, donde es considerado un jurisconsulto de buena reputación. En 1293 ya es juez adscrito al senescalado de Beaucaire. Un año más tarde el rey lo llama a París, ya que le interesaba tener a su lado a un hombre experto en el Languedoc. En 1296 pasa a tomar parte en las funciones administrativas reales: va a poner orden en la Champaña, la nueva posesión del reino, adquirida a través del matrimonio. Como lleva a cabo un trabajo perfecto, el rey lo arma caballero en 1299, y tres años más tarde es ya el primer legista del Consejo Real. Finalmente, el 22 de septiembre de 1307, Guillermo de Nogaret es nombrado canciller del reino, dignidad que conservaría hasta su muerte, en 1313. Aquella fecha del 22 de septiembre es la misma en que el Consejo decide el arresto de los Templarios. Una coincidencia preocupante.

Sobre Nogaret se ha dicho de todo. El tristemente famoso asunto de Anagni y la persecución que llevó a cabo contra los Templarios le han valido la imagen de traidor de la peor ralea de que hablábamos antes. Pero no todos tienen esta impresión. El cronista italiano Villani, que lo conoció, dice que «era un jurista sabio y sutil», y otro cronista inglés nos habla de «un hombre prudente, discreto en la acción». Pero también tenemos opiniones diversas, como por ejemplo la de otro jurista coetáneo, Yves de Loudéac, quien afirma: «Nogaret es un cuerpo sin alma, que no respeta derecho alguno»; o la del propio Renan, quien, sin apujos, cree que «la horrible ferocidad que caracteriza a la justicia francesa a principios del siglo XIV tiene su origen en la obra de Nogaret». Éste se destacaba por utilizar en sus escritos y proclamas un estilo retorcido, anacrónicamente barroco. Veremos este estilo desplegado en el proceso contra los Templarios, pero tenemos ya una buena muestra de él en la siguiente especie de informe que dirigió a Felipe cuando la lucha con Bonifacio estaba en el punto álgido: «Papa ilegítimo, herético, simoníaco, endurecido por sus crímenes; su boca está llena de maldiciones, sus garras arañan, prontas a derramar sangre; despelleja a las iglesias que debería alimentar, roba los bienes a los pobres; aviva las guerras, detesta la paz, es la Abominación predicada por el profeta Daniel...». ¡Casi nada! Tendremos ocasión de volvernos a encontrar con Guillermo de Nogaret a lo largo del proceso. Por cierto, que su muerte, en 1313, coincide con el nombramiento del último tribunal que juzgará a Jaime de Molay. Nogaret ya sabía que lo condenarían a muerte; había hecho bien su trabajo, podía morir en paz.

El cuarto protagonista está en el bando opuesto: el de los perdedores. Jaime de Molay, el Maestre elegido en 1294, había nacido en 1240 en la Borgoña, en la señoría del mismo nombre. Había sido admitido en la orden en 1265, entrando a formar parte de la encomienda de Beaune, cuyo comendador era Humberto de Payraud, tío de Hugo, que sería visitador de los

Templarios de las provincias de Francia y Poitou en los tiempos del proceso y que también tendría cierto protagonismo. Poco tiempo después Jaime se iría a Tierra Santa, donde destacaría por su valor. Cuando murió el Maestre Thibaud Gaudin fue elegido unánimemente para sustituirlo. Parece según indica el historiador del siglo XVIII Ferreira, que «su nombramiento fue recibido con aclamaciones entusiastas». Sin embargo, otros historiadores creen que no daba la talla y que, en aquellos momentos de confusión, lo eligieron simplemente porque era el menos malo. Recordemos que los mejores caballeros de la orden habían muerto en Acre. Molay fue el Maestre en los tiempos de Chipre, desde donde dirigió algunas acciones guerreras, bien intencionadas pero que siempre acabaron en fracaso. Un viajero impenitente, movido siempre por el mismo afán de reconquista de Tierra Santa, Ramon Llull, se curó de una extraña enfermedad -más bien se cree que lo habían envenenado- en casa del Maestre Jaime: «Fue recibido con alegría... y se quedó en su casa hasta que hubo recuperado la salud», tal como explica el propio Llull en la Vida. Mientras Molay estaba en Chipre recibió un mensaje del papa: lo quería ver y le rogaba que se dirigiera a Francia.

En la primavera de 1307 Jaime desembarca en Marsella junto con sesenta caballeros, «flor de la caballería francesa y occidental» y con un equipaje donde se dice que llevaba una gran fortuna. Parece que antes de dirigirse a Poitiers, donde el papa lo esperaba, se acercó a París, quizá para dejar allí su «equipaje», quizá para recibir informaciones sobre el motivo de la convocatoria del papa. Es verosímil que el Maestre se dirigiera al Vieux Temple, en aquellos momentos quizá el centro neurálgico de la orden: una Casa que se sentía más bien desmoralizada, que esperaba más a un administrador eficiente que al simple guerrero que había sido Jaime, mérito por el que había sido elegido. Jaime de Molay se sentía desplazado en París y podía entender perfectamente que todos los hermanos se sintieran desanimados: la orden funcionaba como un reloj, pero había perdido la ilusión, la razón de su existencia: Tierra Santa. También adivinó que, en la sombra, en los entornos del palacio, había algo parecido a un ambiente contrario a la buena marcha del Temple. Pronto supo que pesaba una grave acusación sobre la orden, pero no tenía ni idea de lo que pasaba. El propio rey lo había colmado de honores y, quizá para retrasar su visita a Poitiers para reunirse con el papa, lo hizo permanecer en París con una buena excusa: quería que apadrinara a su hijo.

Finalmente pudo irse a Poitiers para visitar al papa, y éste lo recibió afablemente. El Maestre esperaba que aquella convocatoria estuviera relacionada con el estudio que le había sido encargado; sólo una obsesión, cómo volver a intentar renovar el espíritu de las cruzadas. Tengamos en cuenta que Jaime de Molay era un hombre viejo, de sesenta y siete años, y que se debe valorar su espíritu, que concuerda perfectamente con el de los Templarios. Pero Clemente V no le dice nada sobre esto: le confirma la acusación contra la orden, «que había conocido pocos días antes a través de uno de los secretarios del rey». El papa cree que en conjunto se trata de acusaciones increíbles pero, a pesar de este convencimiento, considera justo que se lleve a cabo una encuesta. Sus palabras finales hacen estremecer a Jaime: «Para justificaros si Nos os hallamos inocentes, para castigaros si sois culpables». Estamos en agosto de 1307 y el 12 de octubre aún podemos ver a Jaime de Molay en París, presidiendo el duelo, a dos pasos del rey, por el funeral de Catalina de Courtenay, esposa de Carlos de Valois. Al día siguiente se daría la orden de arresto de los Templarios de todas las provincias, de todas las preceptorías, de todas las encomiendas del reino de Francia.

Pero debemos detenernos aquí: la mesa está servida.

2.- LOS PRIMEROS MOVIMIENTOS

Es difícil saber exactamente cómo empezó todo; cuáles fueron las primeras sospechas, las primeras acusaciones. Pero parece que la primera denuncia fue pronunciada por un tal Esquius de Floyrac o Floyran, que unos dicen que era de Besiers y otros de Agen, evidentemente un hombre del Midi, un informador -hoy lo llamaríamos espía- que trabajaba tanto para el rey de Francia como para el de la Corona de Aragón. Este tal Esquius, en 1303, informó en Lérida a uno de sus amos, en este caso el rey Jaime II, sobre las confidencias, los secretos, que había recogido de un prisionero templario. Textualmente le dijo que «los Templarios renegaban de Dios cuando eran admitidos a la orden y que adoraban a un ídolo cuando tenían capítulo». Esquius sabía que las relaciones entre Jaime II y el Maestre de la provincia de Cataluña y Aragón no eran buenas y le pareció que aquél era un buen momento para explicarle estas novedades y sacar partido de ellas. La respuesta del rey fue muy pragmática, tanto que parece que no le dio ningún crédito: «Si lo podéis probar, os daré mil libras de renta y tres mil más sobre las rentas de la orden». La verdad es que se lo sacó de encima. Entonces Esquius se fue con la noticia a París, se entrevistó con Nogaret -los cronistas hablan de su «compatriota»- y éste, creyéndolo o no, se dio cuenta de todo lo que podía sacar de aquel asunto.

Sobre este indicio, muy tenue pero altamente interesante, Nogaret empezó a moverse. Juan de Saint-Victor, cronista de la época, nos lo explica: «El hecho de los Templarios había sido revelado hacía tiempo por ciertos comendadores y ciertos hombres, nobles o no, que habían formado parte de la orden y que se hallaban prisioneros en distintas partes del reino. Nogaret los reunió a todos como testigos y los hizo custodiar en secreto en la prisión de Corheil. El hermano predicador [dominico] Imberto era su guardián y podía disponer de sus personas». El «hermano Imberto» no era otro que Guillermo Imberto, más conocido como Guillermo de París, inquisidor general por Francia desde 1303 y, qué casualidad, confesor del rey. Esto significa, sencillamente, que la Inquisición estaba a punto de levantar la presa. Barberha intentado hallar otras fuentes que se hubieran expresado como Esquius y confiesa que ha topado con pocas. Habla de nuestro conocido Villani, el florentino que admiraba a Nogaret, quien cree que «el origen de las historias se debe a un renegado del Temple, antiguo prior de Montfaucon, hombre herético y de vida perversa que había sido condenado a cadena perpetua». El prior se encontró en la prisión con Noffo Dei, otro florentino «cargado de vicios de todo tipo». Ambos se pusieron de acuerdo para denunciar el Temple al rey y recibir así dinero suficiente para salir de la cárcel. Barberha encontrado poca cosa más. Parece evidente que fue Esquius quien inició todo el asunto.

Durante los cuatro años que median entre la delación de Esquius y la formalización, con arresto incluido, de la acusación, la colaboración entre Nogaret y Guillerino de París fue fecunda. Ahora, con la llegada del Maestre a territorio francés, se debía empezar a actuar. Se convoca una reunión el 14 de septiembre en la abadía de Santa María de Pontoise a la que asisten, además de Nogaret y Guillermo, el canciller del reino, en aquellos momentos Gillaycelin, arzobispo de Narbona (el 22 de aquel mismo mes dejaría de ser canciller y traspasaría sus poderes a Nogaret) y el rey. Durante este encuentro se procede al repaso de todas las confesiones obtenidas y se decide que todo está a punto: se acuerda la operación policial de arresto de todos los Templarios que haya en tierras francesas. Básicamente se trata de remitir cartas secretas a todos los funcionarios reales -senescales, alcaldes, caballeros del rey- en doble pliego: en el primero se les informa de que tendrán que seguir las instrucciones del segundo, que deberán abrir en una fecha determinada, a una hora exacta. Todo el mundo está de acuerdo en que es la primera vez que se actúa con una minuciosidad tan alta en una operación policial de gran envergadura.

El segundo pliego de la carta, por su estilo, se cree que fue redactado por el propio Nogaret; veamos una muestra: «Un hecho amargo, un hecho deplorable, un hecho horrible sólo de pensar en él, un crimen detestable, un acto abominable, una infamia horrible, un delito

inhumano ha resonado en nuestros oídos gracias a los informes de muchas personas de buena fe, no sin hacernos estremecer de horror...». Aunque no hay dudas sobre su redactor, la carta lleva la firma del rey: «Felipe, por la gracia de Dios, rey de los franceses, a nuestros apreciados y fieles señores...», y seguidamente el nombre de cada uno de los destinatarios. Después de la introducción retórica, de la que acabamos de ofrecer una pequeña muestra y que ocupa buena parte de la carta, se pasa a explicar las inculpaciones con el mismo tono altisonante y retórico, que intentaremos ahorrar al lector: «En el momento de su ingreso en la orden se les presenta una imagen de Cristo... y reniegan de ella tres veces con una crueldad horrible, escupiéndole a la cara. Después se quitan el vestido... desnudos ante quien les admite en la orden... reciben de éste, para oprobio de la dignidad humana, tres besos: el primero al final de la espina dorsal, el segundo sobre el ombligo, el tercero en la boca. Y se obligan... a darse el uno al otro sin rehusar, en todo momento en que se les requiera para este horrible vicio... He aquí, entre otros crímenes, los que no teme cometer esta raza pérfida, raza insensata...». También se dice que en un principio había sólo rumores «que nosotros no queríamos oír», pero que después, «por el celo de la justicia y el sentimiento de la caridad», los denunciantes se multiplicaron y por ello se decidió «buscar la plena verdad». Después de iniciar «la diligente encuesta dirigida por nuestro hermano Guillermo de París, inquisidor de la perversidad herética y diputado de la autoridad apostólica» y de un acuerdo plenario con los diversos estamentos consultados, entre los que se cita especialmente al papa Clemente, «decretamos que todos los miembros de nuestro país de dicha orden sean arrestados sin excepción, retenidos como prisioneros y a disposición del juicio de la Iglesia, y que todos sus bienes, muebles e inmuebles, les sean embargados, puestos bajo nuestra custodia y fielmente conservados».

El análisis de esta carta ha movilizó a centenares de historiadores y ha provocado ríos de comentarios. En general, se considera que, en conjunto, es un intento de justificación de aquello que interesaba más a Felipe: la confiscación de los bienes de los Templarios. Quien más quien menos, todo el mundo está de acuerdo en que la actuación del rey fue «vil y detestable». Se ha desmentido toda una serie de afirmaciones, por ejemplo el hecho de que se había consultado a diversos estamentos. Clemente sabía, por el rey, que había algo contra los Templarios, pero no suponía ni de lejos la magnitud de la acusación, aspecto éste muy importante: recordemos que los Templarios *sólo* estaban bajo la jurisdicción papal y que el papa nunca autorizó el arresto, simplemente porque lo ignoraba. Los «otros estamentos» se reducen al arzobispo de Narbona y a Nogaret. El propio Guillermo de París, que en el documento parece que sea quien ha presentado el informe, se sabrá más tarde que de hecho fue informado de todo el asunto por el rey, quien le indicó «los hombres que hacía falta herir». Todo se llevó en secreto, un secreto compartido por pocas personas, y no nos debe extrañar que fuera así: el Temple era demasiado poderoso y tenía demasiados contactos por todas partes, con lo que fácilmente se habría podido enterar de lo que se tramaba.

La carta iba acompañada de instrucciones sobre la manera en que se debía llevar a cabo el arresto y, sobre todo, se pedía «que se aseguren de proceder fielmente al embargo». Se les decía que estuvieran tranquilos, pues aquello que hacían «corría a cuenta del papa y de la Iglesia». Nunca se dice que lo deben hacer «por orden del papa» pero la carta está escrita de tal manera que es fácil interpretarlo en este sentido. Cada hermano arrestado debía ser aislado: no tenía que haber contacto entre ellos y la misma soledad haría milagros. También se preveían los interrogatorios posteriores: debían decir la verdad, «con torturas si fuera necesario»; debían confesar y firmar su confesión. «Se les informará de que el papa y el rey están al corriente de todo.» Los comisarios del interrogatorio tendrían que ser explícitos, «prometiéndoles el perdón si confiesan la verdad y regresan a la fe de la santa Iglesia; si no, serán condenados a muerte». Seguía una lista de los «crímenes que hay que confesar»: haber renegado de Cristo, haber escupido tres veces sobre la cruz, haber recibido desnudos los tres

besos mencionados, haber practicado la sodomía cada vez que se les requería para ello y haber adorado y besado un ídolo que «tiene cabeza humana y lleva una gran barba».

Por su parte, Guillermo de París envió su propia carta una semana más tarde, el 27 de septiembre. Se trata de un escrito calcado del anterior, el real, que envió a los inquisidores de Tolosa y Carcasona y a los superiores de los dominicos de todo el reino y en el que hacía hincapié en el sistema para «sacar la verdad a los inculpados». Se curaba en salud: «No tenemos la intención de proceder contra la orden del Temple o contra el conjunto de los hermanos, sólo pretendemos examinar a las personas dudosas». Pero se expresaba claramente: «Os pido la máxima colaboración, vuestro celo, vuestra vigilancia, vuestra actividad». Se cuidó mucho de decir que seguía órdenes papales, pero esto a sus seguidores les traía sin cuidado: si lo dice el inquisidor real, manos a la obra.

El día 12 de octubre de 1307 una gran cantidad de funcionarios franceses repartidos por todo el reino abrían, impacientes, el segundo pliego. Era el mismo día que el rey Jaime de Molay, el uno al lado del otro, presidían el duelo por la cuñada del rey. Al día siguiente, 13 de octubre, al alba, se hicieron efectivas las instrucciones tan bien explicadas por el excelentísimo canciller y el no menos excelso inquisidor. Los, senescales, alcaldes y prebostes reales, acompañados de sus hombres armados, procedieron al arresto de los Templarios por toda Francia. Era viernes, tal como recuerdan unos versos anónimos que corrieron por París:

Etne saisà tortouà droit

Furent les Templiers sans dout ancetous prisparro yaume de France

aumois d'octobre, au point du jour, etun vendredi futle jour..

En la misma ciudad de París, Guillermo de Nogaret y Renaud de Roye, el tesorero real, entraron en el Vieux Temple sin dificultades: el Maestre aún dormía. Apresaron a todos los hermanos y, mientras a unos los dejaban en la misma residencia, se llevaron a otros a la cárcel del Louvre. Felipe se instaló inmediatamente en el Templo y tomó posesión no sólo del tesoro real sino también de todos los fondos de los Templarios. Nunca jamás sabría nadie ni su cantidad ni a dónde fueron a parar. Nogaret hizo leer a cada uno de los prisioneros las inculpaciones que se detallaban en la carta y añadió dos más: que los sacerdotes de la orden no consagraban la hostia y que el Maestre y las dignidades de los Templarios «adoraban un ídolo de cabeza humana y barbuda». En el resto del país parece que se llegó a arrestar unos 4.000 Templarios, aunque sólo nos han llegado los testimonios de unos mil.

El 16 de octubre Felipe escribió una carta a los soberanos de Europa en que les comunicaba la operación y les urgía a hacer lo mismo en sus reinos respectivos. En un principio las reacciones fueron negativas, como la del propio papa, que se enteró de todo estando en Poitiers. Reunió al consistorio y el día 27 escribía indignado al rey: «Vuestra conducta impulsiva es un insulto contra Nos y contra la Iglesia romana». Eduardo II de Inglaterra contestó al rey el día 30, haciéndole saber que no se «creía nada de nada», mientras que por su parte, Jaime II comunicó a Felipe que defendería a la orden.

Mientras tanto, a partir del 19 de octubre Guillermo de París se había puesto manos a la obra instalado en la planta baja del mismo Templo. Junto con dos ayudantes obtuvo con una rapidez desconcertante las primeras confesiones: torturas, amenazas y promesas se lo

facilitaron, sobre todo porque los prisioneros tenían la certeza de que no conseguirían la libertad si no era por la simple sumisión. Los inquisidores dirían más tarde (1321) que «se trataba de destruir las herejías y la única forma de hacerlo era destruyendo a los herejes. Sólo tenemos dos opciones: o se convierten, o son entregados a la justicia secular para que sean quemados corporalmente». El 24 de octubre el Maestre ya había confesado «renegar de la imagen de Cristo y escupir». Los estudios actuales se inclinan por pensar que fue torturado con técnicas altamente cualificadas, o sea un interrogatorio continuo con intercambio de inquisidores. El debilitamiento por la falta de comida, la incomodidad física de la prisión, junto con algunas promesas... Debemos recordar que Molay era un hombre viejo. De esta manera se obtuvo su confesión. Es más: el mismo día que confesó ante los inquisidores repitió la confesión ante una serie de eclesiásticos y maestros en teología. Nadie se lo explica. Hay quien piensa que quería alcanzar cierta libertad para poder explicarse delante del papa Clemente V y obtener su apoyo. En general, los demás Templarios tampoco estuvieron a la altura de lo que se esperaba de ellos: aceptan haber renegado, pero haberlo hecho «de boca y no de corazón», y dicen que si han escupido «lo han hecho al suelo, y no sobre la cruz».

A medida que se van consignando las confesiones, los inquisidores procuran que éstas vayan derivando hacia los comendadores y, por lógica, hacia el Temple como organización. Intentan remover el pasado e involucrar a los Maestres difuntos, todo ello para poder llegar a la condena ideal: el Temple había sido desde siempre una orden corrompida, incorregible por lo tanto, y en consecuencia «debía desaparecer lo más pronto posible». A finales de noviembre ya se había interrogado a 140 Templarios, 134 de los cuales habían confesado algunas de las inculpaciones. El propio Hugo de Pairaud, visitador del Temple en Francia, había confesado todos los cargos que se le imputaban «ya que lo que hacía falta era salvar la vida, si se podía». Nos detendremos en la confesión del visitador Pairaud, por su gravedad y para tomarla como modelo.

Confiesa éste que ya cuando ingresó en el Temple, su propio tío -hacia de ello cuarenta años- lo había llevado detrás del altar y lo había obligado a renegar y a escupir. Entonces los inquisidores le preguntan:

-Cuando vos recibíais a nuevos postulantes, ¿cómo lo hacíais?

-Bien, se debían ejecutar los reglamentos de la orden y por esto los llevaba a lugares secretos (*ad loca secreta*) y los hacía besarse en el final de la columna, en el ombligo y en la boca; los hacía ir a buscar un crucifijo y les ordenaba, siempre siguiendo los estatutos de la orden, que renegaran delante de él tres veces y que escupieran sobre la cruz.

-Y sobre la sodomía, ¿qué podéis decirnos?

-Si veía a un hermano cuyo calor natural lo impulsaba hacia la incontinenencia le daba permiso para enfriarse con otros hermanos. Daba estas autorizaciones a regañadientes, pero como se trataba de las reglas de la Orden debía aplicarlas.

-¿Todos los nuevos religiosos eran recibidos de esta manera?

-No lo sé con certeza. Todo lo que se decide en el capítulo es secreto y por lo tanto sólo puedo hablar de lo que yo conozco. Pero diría que no todos eran recibidos así. [Más tarde dirá

que no había entendido bien la pregunta y que efectivamente: todos los nuevos ingresados en la orden eran aceptados después de haber renegado, escupido y besado.]

-¿Y la cabeza del ídolo?

-Lo vi en Montpellier, lo tuve en las manos y lo toqué. Los hermanos presentes lo adoraban y yo no podía ser menos, pero lo hice solamente de boca y no de corazón. En cuanto a los demás, no podría asegurar que sólo lo hicieran de boca.

-¿Y ahora, dónde está?

-Pues no lo sé. Pero recuerdo que tenía cuatro patas. Dos delante y dos detrás.

¿Miedo a la tortura? ¿Despecho hacia los dignatarios del Temple porque no lo habían elegido Maestro en lugar de Molay? ¿Simple imaginación alentada por los inquisidores? Es todo tan confuso, tan extraño, tan terrible que parece imposible. Con la misma franqueza con que confiesa Hugo de Pairaud, declarará más tarde, como ve remos, que todo es falso. También es verdad que hubo quien se resistió, quien no quiso traicionar a la orden, y que finalmente murió de miseria, torturado. Se sabe que en París fueron 36 los Templarios que murieron sin confesar. Pero es difícil hacer un recuento fiel de los caballeros que tuvieron el coraje de negar las inculpaciones: la Inquisición conservó todos los testimonios de los que confesaron, pero pocos de los que negaron las acusaciones.

En el resto de Francia las deposiciones inquisitoriales se multiplicaron. Una pequeña muestra: en Caen confesaron trece caballeros, mientras que otro lo negó todo. Pero cuando se le informó de que si confesaba recibiría misericordia hizo como los demás... En Nimes encarcelaron a 45 caballeros; muchos de ellos confesaron, algunos incluso adornando sus deposiciones: «He visto el ídolo, es una cabeza de muerto que estaba sobre un banco. Un día apareció el diablo bajo la apariencia de un gato y se puso a dar vueltas alrededor de la cabeza». Pero muy pronto la mayoría, avergonzados de haber cedido, empiezan a negar todo lo que han dicho. Se les vuelve a torturar y el juego empieza de nuevo. En Carcasona detienen a seis caballeros. Todos ellos han visto el ídolo, pero cada uno bajo una forma diferente: de cobre, revestido con una dalmática; de oro, barbudo y llamado Baffo; de madera, y cuando lo adoraban le llamaban Alá; de madera, blanco y negro. Los inquisidores no sabían a quién creer, ya que no había manera de encontrar el famoso ídolo.

Ante la gran riada de confesiones, no es de extrañar que las convicciones de los poderosos empezaran a tambalearse. El cambio de parecer más importante fue el del papa: Clemente V, el mismo 27 de octubre -al rey le interesaba que la deposición de Molay fuera conocida por el papa lo más pronto posible-, escribe a Felipe diciéndole que sin duda «todas las cosas que se refieren a la religión de la fe deben pasar por el examen de la Iglesia, a cuyo pastor, que fue el primero de los apóstoles, se le ordenaron las siguientes palabras de Jesucristo: cuida a las ovejas», y poco tiempo después empieza a pacer: el 22 de noviembre promulga la bula *Pastoralis Praeeminentiae*, por la que se ordena la detención de todos los Templarios y que se pongan todos sus bienes bajo la tutela de la Iglesia. De hecho, esto no significa nada nuevo: todos los Templarios franceses ya habían sido encarcelados y sus bienes secuestrados, pero ahora el papa *confirmaba y sostenía* la actuación de Felipe IV. A partir de este momento todo irá mal para los Templarios: quien los tenía que defender se pasa a las filas enemigas. Eduardo II da las órdenes correspondientes para que se encarcele a los Templarios ingleses, unos 135

caballeros en total. En Navarra, feudataria de Francia, ya habían hecho lo mismo que en la metrópolis: el 23 de octubre ya estaban todos los Templarios encarcelados en Pamplona. Jaime II dio la orden de actuar contra el Temple a principios de diciembre. En Valencia no tuvo problemas, pero le costó más en los otros reinos. Lo veremos en el apartado dedicado a este asunto en el reino de Cataluña y Aragón. Castilla y Portugal siguieron defendiendo al Temple, aunque, como hemos visto, su implantación allí en aquellos momentos no era demasiado importante. En Flandes y en Alemania se actuó más tarde, en 1308, así como en Chipre, donde la bula papal no llegó hasta el mes de mayo de aquel año, hecho por otra parte sorprendente. En junio del mismo año los caballeros que quedaban en la Casa Madre se entregaron y fueron encarcelados en sus mismos castillos de Chipre. Podemos decir que costó siete meses que la orden del papa se terminara de cumplir. Ahora todo estaba bajo control.

Mientras tanto, Clemente V quería que los caballeros fueran «sus» prisioneros; al fin y al cabo, él era su único superior y sólo él tenía jurisdicción sobre los Templarios. También reclamó el control sobre sus bienes. Dos cardenales, ambos franceses, partieron hacia París a principios de diciembre de 1307 para encargarse del asunto. El rey no se opuso a sus pretensiones, quizá porque con anterioridad había dejado en el Vieux Temple a pocos prisioneros y había distribuido a los demás por diversas fortalezas «secretas»; quizá porque ya se había quedado con la parte del león del tesoro de los Templarios; quizá porque el proceso contra el Temple como orden ya estaba suficientemente avanzado. Aun así, el rey puntualizó, en una carta escrita y dirigida al papa antes de Navidad que «sobre los bienes y las personas de los Templarios que me pedís sean puestos en vuestras manos, lo aceptamos, *bajo la reserva de nuestros derechos*», dejando así claramente indicado, y por escrito, que siempre se podría volver a hablar sobre estos derechos.

Sea como fuere, los cardenales intentaron ponerse en contacto con las dos figuras importantes que había en el Temple: Jaime de Molay y Hugo de Pairaud. No fue tarea fácil: primero no se los dejaban visitar; los inquisidores ya les darían toda la información que pidieran... y basta. Volvieron a Poitiers, pero el papa no admitió intermediarios de este tipo, de manera que regresaron a París y finalmente pudieron entrevistarse con los altos dignatarios del Temple. Éstos, en su presencia, revocaron las confesiones afirmando que nada de lo que habían dicho era verdad y confirmando que nunca se habían alojado de la fe católica. Al mismo tiempo, circulaban por el Temple unas tablillas de cera escritas por el propio Maestro en que se pedía a los prisioneros que revocaran sus confesiones. Los cardenales se dieron cuenta de todo esto y empezaron a dudar del proceso. Parecía que se abría un claro de esperanza para los caballeros.

3.- EL REY NO PIERDE EL TIEMPO

Los cardenales franceses, Berenguer Fredol y Esteban de Suisy, después del contacto directo con el Maestro Jaime de Molay, informaron al papa de todas las dudas que estaban alimentando sobre la verdad del proceso y al mismo tiempo avisaron al rey sobre la nueva situación. Éste no esperó a que Clemente V se definiera y procuró actuar por su cuenta. En el mismo mes de enero de 1308 cree conveniente pedir la opinión sobre el desencadenamiento del proceso a una serie de teólogos, naturalmente franceses, naturalmente devotos a los intereses reales. La petición -hecha por carta- es ingeniosa, sobre todo si se tiene en cuenta que se trata de un poder laico quien pide el parecer sobre un problema aparentemente religioso a la parte intelectual eclesiástica. Lo sabe presentar muy bien: «Toda causa que afecte a la fe pertenece a la Iglesia... y por lo tanto, si aparece una duda relativa a la fe, el conocimiento y la decisión son competencia de la Iglesia. Ella debe obtener una penitencia espiritual y una reconciliación, pero si se obstinan a perseverar... la Iglesia, afligida y dolorida, debe remitir a estos obstinados o relapsos a un tribunal secular. No los juzga ni los condena en el orden

temporal, reza por los relapsos, para que reconozcan, más pronto o más tarde, su error...». Naturalmente, el tribunal secular de que habla Felipe el Hermoso es la justicia real. Dadas las características de los «crímenes» cometidos por los Templarios, ¿no creen los sabios teólogos que el rey no debe permanecer pasivo? ¿No sería un escándalo añadido al gran escándalo?

Sigue diciendo en la carta: la orden de los Templarios, esta «secta perversa, peligrosa, tan horrible, tan abominable», es una orden de caballeros, no de clérigos, y dado que no cumplen con las virtudes religiosas, ¿no estará el príncipe más autorizado que la propia Iglesia a intervenir? Ítem más: si ya hemos obtenido muchas confesiones de los Templarios, ¿no podemos pensar ya que es necesario actuar contra la Orden del Temple, que hace falta «condenarla en su totalidad»? Ítem más: los bienes de los Templarios, ahora confiscados, ¿a quién deben ser atribuidos, al Príncipe o a la Iglesia?

Tal como podemos observar, Felipe enreda aún más las cosas no sólo pidiendo a los teólogos que se pronuncien sobre los valores morales y religiosos, sino también yendo al grano y reclamando su atención sobre lo que de hecho le interesa: la titularidad de los bienes de los Templarios. La respuesta de los maestros en teología de la Facultad de París se hará esperar casi hasta el mes de marzo. Pronto la examinaremos.

Nogaret, por su parte, intenta ridiculizar la «nueva» posición de inocencia de Molay y Pairaud. Del primero dice, simplemente, que no puede entender su reacción: «Yo estuve presente durante su confesión y no vi en ningún momento que fuera un hombre atemorizado». Pero ataca más al visitador templario del reino de Francia: «¿No ha confesado haber recibido a más de mil postulantes con el rito sacrílego? ¿Cómo podemos entender sus retractaciones? Ahora no nos puede merecer crédito alguno». Clemente no lo debía de ver tan claro como el canciller real, ya que en febrero anula los poderes de los inquisidores y pone el proceso en manos de la Curia.

El 25 de marzo llega la respuesta de los teólogos. Es una respuesta ambigua, que no da la razón a nadie, quizá lo que necesitaba el rey. «Un príncipe secular no puede arrestar a herejicos...*pero* en caso de peligro inminente, evidente y notorio... debe perseguir el crimen de la herejía. Una milicia fundada para el servicio de la fe es una verdadera orden religiosa,*pero* si cae en la herejía se anula su carácter religioso. Sobre los bienes de los Templarios, que los poseen en calidad de defensores de la fe y de Tierra Santa, deben ser conservados a este fin y su custodia se llevará a cabo según lo que sea mejor para el fin indicado.» Acaban diciendo que el rey «es el mejor campeón y defensor de la fe», y piden fervientemente que «Dios quiera conservar mucho tiempo a Vuestra Majestad Real, que es útil no sólo para el gobierno temporal del Estado, sino también, lo que es más importante, para el progreso espiritual de la Iglesia». Felipe no queda satisfecho, y con la excusa de la sorpresa que le produce la noticia de las retractaciones de Molay y Pairaud, pide la opinión de otro teólogo. Éste, de quien ignoramos el nombre, acomoda su respuesta al pensamiento real y acaba diciendo lo que quería Felipe: «Los Templarios están contaminados, a pesar de que entre ellos se puedan hallar inocentes, y por lo tanto se puede condenar a la Orden, ya que no hace falta que todos sean culpables, sino sólo la mayoría». Ahora el rey sí que está feliz y contento: el Temple ya no tiene escapatoria; lo dicen los teólogos...

Por otra parte, Nogaret y sus sicarios también se mueven: se trata de difamar al papa. Por París circulan panfletos que acusan a Clemente V de nepotismo -y en esto están cargados de razón- y de favorecer la herejía, acompañados de amenazas que recuerdan el triste final que tuvo Bonifacio VIII. Parece que Pedro Dubois fue el autor del panfleto más incisivo, el titulado «Reproche del pueblo de Francia», donde se defiende que «hace falta ir contra el

poder temporal del papa» y se aconseja al poder civil «la confiscación de todos los bienes eclesiásticos». Se pide también que «el Señor Rey del devoto pueblo de Francia, aprovechando el acceso que tiene al Santo Padre, le haga ver el escándalo que promueve entre sus hijos franceses, devotos y obedientes... al no acabar ni con la sodomía de los Templarios ni con los reniegos que han confesado...». Los teólogos y la opinión pública, movidos de una manera más o menos edificante, reconfortan al rey y le dan el apoyo que éste esperaba. Aun así, Felipe el Hermoso prepara una jugada más para vencer la última resistencia: la que podemos llamar la indecisión papal. Recuerda que le fue muy bien en el momento del conflicto con Bonifacio VIII y convoca Estados Generales.

La primera convocatoria de Estados Generales en la historia de Francia había sido hecha en¹³⁰² por el mismo Felipe y dentro de las acciones de apoyo global contra la teocracia de Bonifacio. Hay historiadores, como Bainville, que ven un precedente en las asambleas que otros Capetos habían convocado, pero evidentemente este Felipe, que sería el último Capeto de la dinastía que había reinado en Francia durante 300 años, confirió otro carácter a esta asamblea de los tres estados: el primero, la clerecía; el segundo, la nobleza; el tercero, la burguesía, las clases populares y los campesinos libres. El tercer estado, desde el punto de vista del rey, estaría formado solamente por gente de las ciudades, de aquellas en las que hubiera «ferias y mercados». Es sintomático el día escogido para la convocatoria, en Melun: el 25 de marzo de 1308, el mismo día que había recibido la respuesta de los teólogos de la Facultad parisina. Los acontecimientos no se encadenan gratuitamente: es el rey quien va colocando cuidadosamente las piezas del rompecabezas.

Las cartas remitidas a los tres brazos anunciándoles la convocatoria no eran iguales. A la clerecía se le pedía que ayudara a defender la fe contra «el sacrilegio de los Templarios». Cada arzobispo y cada obispo recibieron cartas personales en que se les pedía que convocaran concilios provinciales para ayudarles a preparar los Estados Generales, y que cada diócesis nombrara a un representante. Los grandes nobles también recibieron cartas personales donde se les recordaba, simplemente, que debían lealtad al rey. Las misivas dirigidas a los hombres de las ciudades tenían una carga más violenta, tanto en el contenido como en la forma: «Debemos defender de los ladrones y los bergantes la más preciada piedra de la fe católica como un tesoro; vosotros sabéis bien qué es la fe católica, vivimos por ella... por ella somos los herederos del reino celestial... si alguien se esfuerza por romper esta cadena, significa que nos quiere matar... ¡Oh dolor! El abominable error de los Templarios, tan amargo, tan deplorable, nos ha sorprendido. Reniegan de Jesucristo el día de su profesión, obligan a renegar a quienes ingresan en la orden, reniegan de las obras de Jesucristo, que son los sacramentos de nuestra vida, como todo lo que Dios ha creado». La carta continúa con una relación de todas y cada una de las acusaciones y añadiendo algún detalle dramático: no sólo escupen sobre la cruz, sino que «también la pisotean con sus pies» y se cierra con una expresión no menos dramática, casi apocalíptica, en la que vemos la mano de Nogaret: «El Cielo y la Tierra están agitados por este gran crimen, los elementos están trastornados... contra una peste tan criminal se deben alzar las leyes y las armas, los animales y los cuatro elementos». Finalmente se anuncia la convocatoria: «Así, para extirpar tal cantidad de crímenes y errores... queremos que vosotros participéis..., y os ordenamos que enviéis a Tours, tres semanas después de la fiesta de Pascua, a dos hombres de cada villa animados por el fervor de la fe para que nos asistan en los debates de los asuntos cita, dos. Melun, 25 de marzo del año del Señor 1308».

La convocatoria fue recibida de manera desigual. Muchos de los nobles invitados - recordemos que personalmente- se excusaron aduciendo razones diversas, ya que, en el fondo, a la nobleza no le gustaba compartir decisiones con el tercer estado. Los componentes de este último brazo muchas veces no representaban a las ciudades, sino a algunos pueblos pequeños

que se sentían satisfechos y orgullosos de recibir la convocatoria real; serían unos colaboradores entusiastas, partidarios *savant-match* de cualquier propuesta que viniera del rey: «Estamos deseosos de venir a Tours, o a cualquier otro sitio que le plazca a nuestro señor rey, para escuchar y tomar los acuerdos que nuestro señor el rey y su noble consejo decidan, la absolución o la condena de los Templarios, o de lo que plazca al rey nuestro señor...». Así se manifiestan los dos electos por el pueblo de Gien, entre una población de cuarenta electores... La clerecía, al contrario que la nobleza, respondió unánimemente. Aún más: del arzobispado de Narbona se tuvo que excluir a diecisiete representantes que «se habían presentado en Tours movidos por la importancia del debate», pero sin credenciales. No debemos olvidar que el arzobispo era uno de los consejeros del rey...

Los historiadores no se ponen de acuerdo sobre los resultados de los Estados Generales, que se iniciaron el día 11 de mayo. Barber dice que no existe información alguna, y que por lo tanto se ignora qué se decidió en ellos. Melville dice que la asamblea mostró indiferencia hacia el tema propuesto, a pesar de que todos estuvieron de acuerdo en que los Templarios eran culpables y merecían la muerte. Para Gobry hubo una enumeración de crímenes espantosa, pero acompañada de unas pruebas tan pobres que los juristas que aconsejaban al rey manifestaron que la causa estaba mucho de estar ganada. Una cosa es segura: el miércoles 15 de mayo el rey «da licencia para que todo el mundo regrese a sus casas». Mucho ruido y pocas nueces.

Felipe iba acumulando triunfos pero aún no veía la partida ganada. Hacía falta entrar en la guarida del lobo, visitar al papa en Poi

tiers. Y lo hizo con un gran séquito: su hermano, Carlos de Valois, sus hijos, y barones y prelados de las ciudades más importantes del reino, las escurriduras selectas de los convocados en Tours; todos ellos acompañados de una más que considerable escolta militar: hacía falta impresionar a Clemente V.

¿O quizá intimidarlo? El 26 de mayo, rey y papa se entrevistan. Felipe, con la mejor de sus sonrisas, se arrodilla a los pies de Clemente, quien lo recibe «muy favorablemente». Los asuntos que trataron los desconocemos, pero sí que sabemos sus consecuencias: se anunció un consistorio público para el día 29. Tuvo lugar en el palacio de Poitiers, en la sala real. Estuvieron presentes los consejeros reales, los cardenales y una larga lista de eclesiásticos y legisladores. El papa no había querido que asistiera Nogaret -aún era demasiado reciente la afrenta de Anagni- y ocupó su puesto Guillermo de Plaisians, ministro real que trabajaba siempre de acuerdo con Nogaret. Fue él quien presentó el asunto: «Cristo conquista, Cristo reina, Cristo avanza... de la misma manera que Felipe, como su vicario en la tierra, ha conseguido esta victoria sobre los Templarios. Para esto venimos todos los representantes del cuerpo político, no para asumir la parte de acusador, denunciante, instructor o promotor en forma de proceso contra ellos, sino como celotas de la fe católica, defensores de la Iglesia, el muro de Jerusalén, como purificadores de la perversión herética». Es una homilía magnífica, un sermón inflamado, difícil de igualar para cualquier miembro del clero; pero continúa: «Al principio de la guerra, cantar victoria sería horrible y terrible, pero la acción gusta y maravilla, cuando su fin es claro, reconocido e indudable». Es evidente que sólo hace falta que «el papa ordene la supresión de la orden».

Plaisians podría haber acabado en este punto, pero remachó el clavo explicando sus afirmaciones. ¿Por qué sería «horrible y terrible al principio»? Por cuatro razones: la primera, porque los denunciados eran gente miserable; el primero de todos, un hombre que nunca había pisado una encomienda. La segunda razón, por la «inmensidad de las riquezas de la Orden,

que podían incitar a los envidiosos». La tercera, por el «carácter inhumano de los crímenes, que los hacía poco creíbles». Finalmente, a causa de «los vínculos tan particulares que unían a los dignatarios de la Orden con Felipe el Hermoso». Sigue la explicación: ¿Por qué la victoria «gusta y maravilla»? En primer lugar porque Dios ha escogido para vencer a los «instrumentos íntegros». También porque «por un milagro de Cristo, fue Clemente V quien fue elegido papa, que se hallaba en tierras francesas»; se dice que los obispos, al oír esta afirmación iniciaron ciertos rumores: ellos sabían bien que la elección de Clemente V no había sido un milagro, sino que más bien había sido cosa del oro de Felipe... Otro punto: que el Maestre «desde el primer interrogatorio confesó que la regla contenía herejías», así como «todos» los Templarios habían confesado «todos» sus crímenes.

Ahora se debía demostrar que la «victoria se ha revelado clara e indudable».

1. Los Templarios son convictos y la orden está vencida.
2. Por las confesiones, su culpabilidad ha sido notoria.
3. El rumor público se alza contra ellos por todo el reino.
4. La culpabilidad es notoria de hecho y de derecho.
5. Por los actos públicos y las escrituras auténticas.
6. La culpabilidad de la orden está certificada «por el testimonio incontestable de un príncipe tan grande y tan católico, ministro de Cristo en este asunto».
7. La culpabilidad está establecida «por el testimonio de muchos pontífices católicos».
8. «Por el clamor de tantos barones y tanta gente del pueblo de este reino.»

Parece que después de todas estas «pruebas», Guillermo de Plaisians ya habría podido descender de la tarima desde donde había hablado seguro de que su elocuencia había cautivado al auditorio. Pero aún no tenía bastante: hacía falta proceder a una enumeración final, una especie de recapitulación de las principales acusaciones, por si alguien no había estado atento.

1. Los Templarios tenían mala reputación desde tiempos inmemoriales: «La gente siempre ha murmurado que en sus reuniones secretas cometían actos ilícitos».
2. Los Templarios nunca habían revelado a «los obispos de la Iglesia romana los secretos de su Orden».
3. Los Templarios celebraban sus asambleas y capítulos de noche, «que es costumbre de heréticos».
4. Su actividad militar sólo nos ha acarreado desastres y por su culpa se ha perdido Tierra Santa.
5. Desde que se han visto acusados han adoptado una actitud de culpabilidad: algunos han huido, otros se han fugado de la cárcel.
6. En muchas «partes del mundo» los Templarios han fortificado sus castillos contra la Iglesia, «han dilapidado sus bienes, incluso los cálices sagrados».
7. «Ninguno, o pocos de ellos, de los que habitan fuera del reino de Francia se ha justificado, a pesar de que la orden de arresto les concierne a todos.»

Plaisians, finalmente -a Dios gracias- termina: «Se concluye necesariamente que los hechos indicados son claros, notorios, indudables». Y se dirige al papa para recordarle su deber: secundar al rey. Gobry añade, cáusticamente: «Dado que es el campeón de Dios y de la Iglesia, el pontífice no es más que su subordinado, su principal y devoto servidor».

Valía la pena cansar, quizá, al lector con la reproducción -aligerada, recortada- del discurso de Plaisians. Sobre este discurso todo el mundo tiene su opinión y, en general, los historiadores fiables son muy críticos con las argumentaciones del ministro real: los más

benévolos las consideran un tejido de medias verdades y de afirmaciones no comprobadas. Muchas veces da la impresión de que cuanto más quiere remachar el clavo de la culpabilidad de los Templarios, tanto menos convence. Una cuestión que se plantea hoy en día es por qué razón ninguno de los asistentes abrió la boca para solicitar alguna aclaración, para pedir algún tipo de precisión ante las muchas vaguedades expuestas. Por qué tampoco los dos cardenales franceses presentes, testigos de la retractación del Maestre y del visitador, se levantaron para decir algo. Se recuerda, por ejemplo, que muchos de los obispos desconocían todo el asunto por el simple hecho de que no había encomiendas en sus diócesis; pero tampoco éstos pidieron explicación alguna. En cambio, la asamblea tuvo que escuchar otras voces, naturalmente todas condenatorias. La del arzobispo de Narbona, por ejemplo, que comparó a los Templarios con los Medianitas, quienes «habían pervertido a Israel, pero nunca como la perversa herejía de los Templarios». También intervinieron el arzobispo de Bourges, un miembro de la nobleza, un ciudadano de París y uno de Tolosa: todos aportaron su opinión, siempre contraria a los Templarios. Finalmente tomó la palabra el papa. Clemente V empezó indicando que siendo obispo había conocido a pocos Templarios, pero que desde que era papa se había relacionado con muchos de ellos y los consideraba «buenos hombres». Sin embargo, se habían vertido unas acusaciones claras contra ellos que los hacían detestables. «Mis cardenales y yo actuamos rápidamente pero sin precipitación: honestamente, como corresponde a la Iglesia de Dios. » Ya sabía que el rey de Francia no «quiere apropiarse de los bienes de los Templarios» pero, por si acaso, insistió en que éstos debían «ponerse a disposición de la Iglesia para emplearlos en Tierra Santa». El cronista, catalán por cierto, Juan Borgoñón, delegado de Jaime II, explica que cuando pronunció la frase anterior el papa se dirigió a Plaisians. Clemente, para terminar, dijo que consideraba que se debía actuar rápidamente y concedió una indulgencia a los que rezaran cinco padrenuestros y siete avemarías al día, para que «Dios nos conceda la gracia suficiente para proceder en este asunto por el mejor camino, por el honor de Dios».

Pasan los días y da la impresión de que no se avanza mucho por el «mejor camino». Al menos esto es lo que cree Plaisians, es decir, el rey. El 15 de junio tiene lugar otra reunión entre Guillermo de Plaisians y Clemente V. El ministro real olvida los formalismos y va directo al grano: «La lentitud del papa da la oportunidad de la victoria al enemigo. Esta lentitud significa que el papa es fautor del crimen de los Templarios. La realidad del error de los Templarios es evidente y la rápida ejecución de la justicia no puede ser retardada». Y acaba con esta última presión: «En todo lo que hace referencia al asunto de los Templarios, *todos* están llamados a la defensa de la fe». Claro: o se mueve él o ya nos moveremos nosotros. Por otra parte, la forma desconsiderada de plantearle el asunto a Clemente V nos da a entender que las cosas no están tan claras: hay una especie de recelo, de parte del rey, sobre la posible actuación del papa. Clemente mantiene su posición: «Los eclesiásticos no pueden ser juzgados por juristas, y este juicio no puede celebrarse sin una reflexión meditada previa». Plaisians le replica que los Templarios no merecen mejor trato que los judíos o los sarracenos. El papa tampoco se muerde la lengua: «No tomaré ninguna decisión hasta que las propiedades de la Orden sean puestas bajo mi control; así, si son inocentes se las podremos devolver y, si no, Nos les daremos el fin que la Iglesia crea más conveniente». Parece que el papa y el rey sabían exactamente qué les interesaba realmente de todo el asunto de los Templarios. Clemente dio por terminada la audiencia diciéndole que ya le avisaría algún día... De momento, el papa era una barrera.

El rey abandonó Poitiers a finales de junio dejando a Guillermo de Plaisians para que «velara por todo». El papa también decidió abandonar el palacio e hizo las maletas en secreto. Pero el equipaje papal era demasiado voluminoso para pasar desapercibido al halcón que era Plaisians, y éste hizo detener la caravana a las puertas de Poitiers. «Furioso y humillado» el papa regresó al palacio. Éste fue el momento elegido por Plaisians para jugar otra carta: hizo enviar a sesenta y dos Barberdices que setenta y dos Templarios al palacio para que los interrogara el propio papa. Comparecieron los días 29 y 30 de junio y el 1 de julio y, según el

ministro real, «estaban ansiosos por atestiguar la corrupción de la Orden». Los interrogaron Clemente V y cuatro cardenales. A pesar de que se trataba de una selección de Templarios «escogidos por el inquisidor de la cárcel de Corbeil» no todos confesaron, pero una gran mayoría explicó con todo detalle los ultrajes por los que habían pasado en el momento de su ingreso en la orden. Debemos decir que entre los Templarios seleccionados había de todo: caballeros, sacerdotes y sargentos. Muchos ya habían abandonado la orden; otros habían sido expulsados. Con las deposiciones de Juan de Folliaco y Esteban de Troyesse podría elaborar el guión de una película de misterio y terror. Troyes, al explicar que una noche es despertado para ir a adorar un ídolo, revela una novedad: el ídolo no es más que la cabeza de Hugo de Payns cubierta, eso sí, de piedras preciosas.

Hay un hecho que todo el mundo está de acuerdo en considerar inexplicable: en Chinon, no muy lejos de Poitiers, se halla encarcelado el Maestre Jaime de Molay. Lo han traído desde París. Éste, que tantas veces había querido prestar testimonio ante el papa, que con su retractación había detenido el proceso inquisitorial, ¿por qué no es llamado? Misterios que sólo el papa podría explicar... El 2 de julio Clemente convoca un consistorio y deja que los caballeros hablen libremente: todos confirman lo que habían declarado previamente. Visto para sentencia: Clemente, el 5 de julio, promulga la bula *Subit assidue*, en la que indica que «algunos han confesado» y que para él ya es suficiente: restituye los poderes a los inquisidores generales, pero pone dos condiciones: que la «Santa Sede escuche al Maestre, al visitador general y a los comendadores de Francia, Chipre, Normandía, Aquitania y Provenza» y que el proceso contra el Temple sea llevado por una comisión pontifical de cuyos miembros se reserva la elección él mismo. Los demás Templarios serán juzgados individualmente por comisiones diocesanas compuestas por dos canónigos, dos franciscanos, dos dominicos y... los inquisidores que tengan el poder de asociarse a ellos. Esta última disposición representa para los Templarios la pérdida de las garantías que tenían: hasta aquel momento sólo los podía juzgar el papa. El rey, en París, empezaba a frotarse las manos.

De acuerdo con la primera condición, Clemente debería recibir y escuchar a los altos dignatarios del Temple, pero parece que no le apetecía -nunca se encontró cara a cara con Jaime de Molay- y envió a Chinon a los cardenales Berenguer Fredol, Esteban de Suisy, que ya habían estado con el Maestre en el Vieux Temple, y Landulfo Brancaccio. Los acompañaban unos invitados «especiales»: Nogaret y Plaisians. No sabemos cómo fue este encuentro, pues no se elaboró ninguna acta que nos dé a conocer las declaraciones de los Templarios, pero sí que conocemos el informe que más tarde los emisarios de la «Santa Sede» enviaron el 16 de agosto, no al papa, sino al rey. Curioso.

El comendador de Chipre, «hijo obediente», reconoce sus crímenes: renegar, escupir. El comendador de Normandía lo mismo, aunque de éste no se dice que sea un «hijo obediente». El comendador de Aquitania pide un día de reflexión (?) y después reconoce que, «efectivamente, había renegado». Hacen entrar a Hugo de Pairaud, el visitador, por la mañana, y por la tarde entra el Maestre. Ambos piden también un día de reflexión (?). Pairaud confiesa al día siguiente que ha renegado de Cristo, ha adorado al ídolo y muchas otras cosas que «no hace falta consignar». Un día después comparece Jaime de Molay, quien confiesa haber renegado de Jesucristo.

«Cuando los hubimos examinado a todos, nos pidieron la absolución de su falta y abjuraron de la herejía.» Y los cardenales suplicaron al rey: «Ilustre Príncipe, puesto que piden gracia, consideramos que no se puede rehusar la misericordia, especialmente para el Maestre, Hugo de Pairaudy el comendador de Chipre, que merecen el perdón ante Dios y ante los hombres... y suplicamos a Vuestra Majestad Real que reciba favorablemente nuestra petición. Escrito en el castillo de Chinon, el martes siguiente a la fiesta de la Asunción».

Los cardenales se entrevistaron con el papa, que ya había podido «huir» de Poitiers, probablemente en Aviñón, el 13 de agosto. No sabemos nada del contenido de la entrevista, pero sin duda fruto de ésta fue la promulgación de una nueva bula, *Regnans in coelis*, cuya parte más importante es el anuncio de un concilio general en el que «los miembros de la Orden y la misma Orden serán tomados en consideración». El concilio tuvo lugar dos años después, el día 1 de octubre de 1310, en la villa de Vienne, en el Delfinado.

4.- ENCUESTAS, INSTRUCCIONES... Y LA PRIMERA HOGUERA

Parecía que después de la decisión papal de dar vía libre a los procesos individuales de los Templarios, después de establecer la composición de las comisiones de encuesta, todo estaba va encarrilado. Clemente V, como hemos visto, se fue a Aviñón -hacía tres años que era papa y aún no había visitado Roma-, mientras que Felipe el Hermoso se instaló en París, y todos se pusieron a esperar que empezaran a actuar las comisiones. Pero las cosas avanzan a un ritmo lento: pasa mucho tiempo antes de que se escojan los integrantes de cada comisión y después aún hace falta establecer las instrucciones que debe recibir cada una de ellas.

Todo esto hace que la máquina tarde mucho en ponerse en marcha. Por ejemplo, en París, donde la presión real es más fuerte, el obispo de la diócesis, Guillermo de Baufet, no publica las instrucciones hasta la primavera del 1309, unos ocho meses después de la orden papal. En algunas diócesis francesas se ha ido más deprisa, pero la primera que empieza no lo hace hasta enero del mismo año. Mientras tanto, los dignatarios, los caballeros, los sargentos continúan encarcelados, pudriéndose en las mazmorras de los diferentes castillos habilitados o en las prisiones habituales, mezclados con bergantes de todas clases.

La encuesta se desarrolla en dos etapas. La primera es el juramento: los inculcados deben presentarse individualmente, jurar sobre el Evangelio poniendo la mano sobre el libro, decir la verdad sobre su fe católica y sobre los diversos crímenes que se les imputan. La segunda etapa es el interrogatorio: los que niegan toda participación en los hechos deberán ser interrogados más veces.

Se les pregunta, sobre todo, acerca de la ceremonia de ingreso en la orden: el lugar, la fecha, la identidad del receptor, los nombres de los hermanos presentes. Se irá en busca de estos últimos y, si no habían sido inculcados, lo son ahora: el obispo dice que «sean puestos en un lugar seguro y sometidos a un régimen riguroso de pan, agua y pocos alimentos más». Una manera de decir que sean encarcelados. A unos y otros, si se niegan a ello, se les aplica tortura, lo que será hecho «por el sacerdote verdugo más idóneo, de la manera habitual y sin excesos». Se empieza mostrándoles los instrumentos que tienen preparados. Si, a pesar del horror que les pueda causar la vista del variado instrumental de que disponen, persisten en negar, se les tortura «ligeramente». Si aún resisten, se pasa a una tortura más rigurosa pero sin excederse *modo non excessivo*. Los términos de las instrucciones son poco concretos y, en realidad, ignoramos qué significa esta «tortura rigurosa sin exceso», aunque nos lo podemos imaginar. Por ejemplo, al tribunal de París se le murieron treinta y seis caballeros.

Los que, a pesar de todos los sufrimientos, mantienen su inocencia nunca son considerados sin culpa: son simples obstinados, los relapsos, que no quieren reconocer su culpabilidad. Les son negados todos los sacramentos excepto el de la penitencia; el confesor, especialmente preparado, ya intentará convencer al penitente... Y si después de haber sufrido tortura y coacciones alguno de ellos sigue presentándose inocente y acaba muriendo, le será negada la sepultura eclesiástica: será enterrado como un perro. En cuanto a los que confiesan desde el

principio sus errores, deben ir ratificando su confesión y su «abjuración de la herejía» diversas veces: todas estas confesiones deben ser aprovechadas a fondo para elaborar un buen sumario. El rey, pues, tenía más razón que un santo: la orden está corrompida y cuantos más testigos se puedan aportar, tanto mejor. Sólo hace falta añadir un «pequeño» detalle: muchos de los inculcados ya habían sufrido un interrogatorio inquisitorial-con todo lo descrito- al producirse las primeras detenciones, en octubre de 1307. Pero ahora se debía empezar de nuevo «por el bien de la justicia», sin que importara mucho el hecho de que hacía cerca de dos años que estaban encarcelados.

La orden papal, recordémoslo, no se aplica sólo en Francia, sino en todos los reinos donde los Templarios se hallan establecidos. Ya veremos cómo se aplica en la Corona de Aragón. En Inglaterra se actúa aún más tarde que en muchas diócesis francesas, en septiembre de 1309, ya que «se esperaba la llegada de dos inquisidores continentales»: sorpresa, la Iglesia inglesa no tenía inquisidores. Los Templarios, encarcelados en la Torre de Londres, lo niegan todo. Hace falta torturarlos, dicen los expertos continentales, y el rey acaba permitiéndolo a finales de diciembre. Pero pasan seis meses más y los inquisidores vuelven a quejarse ante el rey: ¡nadie los quiere torturar! Se hace venir un torturador de oficio de las posesiones inglesas en el continente y se empieza a aplicar la tortura. No será hasta el junio de 1311 cuando empezarán las confesiones: de todo el grupo de Templarios encarcelados y torturados, sólo tres confesarán...

En Alemania los obispos están enfrentados. El arzobispo de Magdeburgo, que siempre había sido hostil a los Templarios, sigue adelante con la orden papal y los encarcela, pero el obispo de Halberstad excomulga al arzobispo. De todas maneras, en Maguncia se abre el proceso y el día del interrogatorio otros Templarios invaden la sala «para defender a la orden». Todos los Templarios encausados proclaman su inocencia. En Italia, los prisioneros son torturados en Nápoles y en los Estados Pontificios. En el norte de Italia empiezan los interrogatorios en septiembre de 1309, pero los Templarios no estaban encarcelados. Más tarde, en 1317, los Templarios de Plasencia, Boloña y Faenza son transportados a Ravena. Todos son declarados inocentes con el voto favorable del inquisidor franciscano; pero los inquisidores dominicos no están de acuerdo y critican la manera en que el arzobispo de Ravena, Rinaldo da Concorrezzo, ha llevado el proceso. Se quejan al papa, y éste critica los procedimientos de Concorrezzo: hombre, ¿por qué no se ha aplicado la tortura? Mejor volver a empezar el proceso con tortura incluida. El arzobispo se niega a ello, pero los obispos de Pisa y Florencia abren el nuevo proceso. En Florencia nadie inquieta a los Templarios. En Chipre, lo mismo que en Ravena, el proceso no vale: no ha habido torturas. Deben empezar de nuevo.

Mientras tanto, Clemente V, bien instalado en Aviñón, escribe al rey el 6 de junio de 1309 preocupado, no por la suerte de los Templarios sino por la de sus bienes. Sugiere a Felipe que una buena solución sería transferirlos a la orden del Hospital: «Éstos aún tienen casas en Tierra Santa y así la finalidad del tesoro de los Templarios estaría asegurada; por otra parte, la Santa Sede podría custodiarlo». Felipe no se da por enterado y el papa debe insistir con otra carta el 27 de octubre, de la que tampoco recibe una respuesta directa. Pero el rey se inventa una manera de hacer coincidir los deseos de Clemente V con sus propios intereses. La operación es ingeniosa: se trata de proclamar rey de Jerusalén al hijo de Felipe. Es evidente que después de esta proclamación -que debería contar con la bendición apostólica y de los reinos cristianos- se tendrá que proceder a la ocupación de Tierra Santa: *voilà*, ¿qué hay mejor que los bienes de los Templarios para llevar a cabo tan sensata aventura? Por esto mismo, pues -lo dice y lo repite el rey desde hace ya muchos años-, el Temple debe ser suprimido. Esta atrevida iniciativa no obtuvo apoyo alguno.

Paralelamente a las encuestas individuales se ha ido moviendo la llamada comisión de la Santa Sede, que es la que debe juzgar a los altos dignatarios de la orden en lo que, de hecho, se considera el juicio del Temple. Ya se ha creado la comisión: la preside el inefable Gil Aycelin, arzobispo de Narbona y también, recordémoslo, consejero del rey. Forman parte de ella el obispo de Bayeux, Guillermo de Trie; Guillermo Durand, obispo de Mende; Ronald de la Porte, obispo de Limoges; Mateo de Naples, arcediano de Rouen; Juan de Montlaur, arcediano de Magalona y, finalmente, Guillermo Agarne, funcionario real en Aix. La orden, con vinculaciones en todo Occidente, será juzgada únicamente por personajes franceses. Clemente V había dado órdenes estrictas: «Os reuniréis en París, procederéis a la encuesta sobre las acusaciones indicadas en nuestra bula, nos enviaréis por escrito sellado el proceso verbal; si los testigos citados no quieren comparecer, los castigaréis religiosamente y en caso necesario los entregaréis al brazo secular».

La comisión se reúne por primera vez el 7 de agosto de 1309 en París, tal como lo había pedido el papa y, probablemente, por voluntad real. Se envían cartas a todas las diócesis y ciudades importantes para que se publique la citación a los hermanos del Temple: se fijará en las catedrales, monasterios, iglesias, escuelas y en todas las cárceles donde haya Templarios. En la carta se dice que «los Templarios serán citados el primer día no festivo después de Santa María de invierno», es decir, el miércoles 12 de noviembre. La citación dice también que los defensores de la orden podrán tomar la palabra; aunque muy pronto deberá intervenir la propia comisión: un funcionario real había hecho arrestar, encarcelar y torturar a unos Templarios que habían querido presentarse como defensores. Ante la comisión se justificó aduciendo que «obedecía órdenes reales». La comisión «reprendió con severidad» al funcionario y admitió a los defensores.

A pesar de las previsiones, el proceso no empezó hasta el 22 de noviembre de 1309, en la capilla del obispo de París. Fue un proceso largo, que no acabaría hasta el 26 de mayo de 1311: casi año y medio escuchando declaraciones. Fueron citados un millar de Templarios, de los que se presentaron y declararon seiscientos treinta y ocho; quinientos de ellos declararon que querían defender a la orden, casi un noventa por ciento. El primero en declarar, el mismo 22 de noviembre, fue Juan de Mélot, que había abandonado la orden y que, aun así, confesó que «juro por mi alma que nunca he visto ni entendido nada malo en el Temple». Los días siguientes comparecieron diversos Templarios, entre ellos Hugo de Pairaud, el visitador, quien dijo que «no tenía nada que declarar ante la comisión» y que se reservaba el derecho a hablar ante el papa. Pero el personaje más importante no fue llevado ante la comisión hasta el día 26 de noviembre.

Jaime de Molay era ya un anciano de sesenta y nueve años de edad. Hacía dos años que estaba encarcelado, según todos los indicios, en las mismas condiciones que los demás Templarios: encerrado en una mazmorra, aislado, alimentado con pan y agua, entregado al frío y la humedad de París, sin poder recibir los sacramentos ni a las amistades. Este hombre hundido es el que se presenta ante la comisión que, en primer lugar, le pregunta si quiere hablar de su defensa particular o de la de toda la orden. Su respuesta es la que se podía esperar: hablará en defensa del Temple.

«La orden del Temple ha sido confirmada por la Santa Sede y de ella recibe los privilegios... Yo no soy un hombre lo suficientemente sabio para defender a la orden; de todas maneras estoy dispuesto a defenderla en la medida en que me sea posible. Si no lo hiciera, sería vil y miserable... una orden de la que sólo he recibido ventajas y honores. Ciertamente, me parece difícil presentar una defensa convincente, ya que soy prisionero del señor papa y del señor rey, y no poseo ni cuatro monedas que destinar a esta defensa... Sólo tengo un pensamiento: decir la verdad sobre todo lo que se ha imputado a la orden, pero pido ayuda y

consejo... me gustaría que me asistieran las deposiciones y los testimonios de los reyes, de los príncipes, de los preladados, de los condes, de los duques, de los barones y de otros hombres honestos.»

La comisión considera que pide demasiado. Costaría lo inimaginable conseguir a todos estos testigos repartidos por todo Occidente. Por lo tanto, simulan no haberlo entendido: «Suponemos que lo que necesitáis son unos cuantos días de reflexión; deliberad con vos mismo, no tenemos prisa. Recordad lo que habéis confesado y no os preocupéis: nuestro proceder es simple, sin publicidad y sin forma alguna de proceso». En otras palabras: no quieren a ningún testigo que pueda influir en la opinión de los jueces. Pero para que se sepa de qué se trata, le leen los términos de su deposición ante los tres cardenales en Chinon, el 3 de agosto de 1308. Molay pierde la calma: se queda estupefacto e indignado a la vez. Para centrarse se persigna repetidamente y les espeta: «Nada de lo que aquí se me ha leído se corresponde con la realidad». Comprende que nada puede esperar de la comisión y apela a autoridades superiores, pero sin nombrar al papa: «Si me fuera permitido entrar en contacto con otras personas, diría otra cosa», y cuando los comisarios le dicen que entienden esto como una provocación, Molay les contesta que no se trata de esto, pero ataca frontalmente a los cardenales: «Pluguiera a Dios que los usos de los sarracenos y los tártaros fueran en este caso aplicados contra estos perversos, porque perderían sus cabezas». Acaba gritando: «Niego todo lo que se me imputa y me gustaría tenerlos ante mí, ahora mismo».

Guillermo de Plaisians se hallaba presente sin haber sido invitado, esto es, ilegalmente; incluso los comisarios no pudieron sino hacérselo saber. Pero naturalmente Guillermo no les hizo caso. Se dirigió al Maestre: «Yo aprecio a Jaime de Molay, porque ambos somos caballeros; por esto le pido que tenga el buen sentido de no comprometerse y no perderse». Molay, que ya estaba harto, indignado, y a quien sólo faltaban estas palabras de Plaisians, pide que se dé por finalizada la sesión aduciendo que necesita reflexionar y que «si les parece bien, señores, denme unos días, quizá hasta el próximo viernes». No hubo ningún problema.

Tal y como se había acordado, el viernes 28 de noviembre Jaime de Molay compareció de nuevo ante la comisión. Había reflexionado sobre todo lo que se había dicho y se daba cuenta de que no podía ejercer la defensa: «No, ya que yo sólo puedo comparecer ante monseñor el papa. Por lo tanto, os suplico que hagáis comprender al papa que debe ser él quien me convoque lo más pronto posible. Sólo entonces diré yo al papa cuál es el honor de Cristo y de la Iglesia». Aunque su intención era callar, diría tres cosas solamente:

1. No sé yo que exista orden alguna cuyas capillas e iglesias posean unos ornamentos litúrgicos, reliquias y objetos dedicados al culto divino tan bellos y admirables como los de los Templarios, y donde los oficios sean mejor celebrados por los clérigos y los sacerdotes.

2. No tengo noticia de ninguna orden que dé tantas limosnas, ya que en todas nuestras casas, después de la regla general, se da limosna a quienes la aceptan tres veces por semana.

3. No conozco a ninguna otra orden ni personas particulares que, en defensa de la fe cristiana y contra los enemigos de la fe, se hayan expuesto a la muerte y hayan vertido tanta sangre como los Templarios y que ahora sean consideradas enemigas de la fe católica.

Pero los comisarios parece que no lo hayan escuchado: «Todo esto es inútil para la salvación del alma cuando falta el fundamento de la fe católica». Sin embargo, el manso de

Molay no se deja intimidar: «Decís verdad. Pero yo mismo, justamente, creo en Dios, en su Trinidad y en los demás artículos de la fe católica. Yo confieso que hay un solo Dios, un solo bautismo, una sola Iglesia y que, cuando el alma sea separada del cuerpo, se sabrá quiénes son los buenos y quiénes los malos. Será entonces cuando todos conocerán la verdad sobre lo que hoy parece ser para vosotros un interrogante».

Hay más sorpresas. Ahora quien se presenta es Guillermo de Nogaret, que sin pedir permiso se dirige al Maestre y va directo al grano: «Todos sabemos que en tiempos de Saladino, el Maestre que había entonces rendía homenaje al sultán y que este mismo, después de la derrota de los Templarios (!), había dicho que era a causa del vicio de sodomía». Se dice que el Maestre se ruborizó en extremo: «Yo nunca he tenido noticia de semejante hecho. Por otra parte, en aquella época en Tierra Santa la orden poseía muchos castillos y fortalezas en las mismas fronteras con el sultán y debían ser guardadas con diplomacia a causa de la guerra que vendría después». Nogaret se quedó sin palabras. El Maestre pidió entonces poder oír misa acompañado de un sacerdote. Le prometieron que lo estudiarían. Y volvió a la cárcel. Aún lo están estudiando ahora. Ante esta situación, la comisión decidió no volver a reunirse hasta el día 6 de febrero.

A partir de esta fecha las comparencias de Templarios fueron numerosas y sus declaraciones muy diferentes de las que se esperaba la comisión. Casi todos declararon que querían defender a la orden, protestaron de las acusaciones y afirmaron su inocencia. A la pregunta de si querían defender la orden, las respuestas fueron unánimes: «Hasta la muerte», «Hasta el fin», «Sí, porque quiero salvar mi alma», «Siempre lo he querido», «En cuerpo y alma». Otras deposiciones provocan intranquilidad entre los comisarios, como la del hermano Jaime de Sancy, que explica que veinticinco hermanos que estaban encarcelados con él ya no podrán prestar testimonio porque han muerto. Vienen Templarios desde Carcasona que ya habían confesado ante el papa y ahora dicen que mintieron por miedo y que quieren defender la orden. Juan de Cathières lleva una carta, escrita conjuntamente por un oficial del papa y por otro del rey, en que se incita a los Templarios a confesar una lista de crímenes, porque «si no confesáis, iréis a parar a la hoguera». Otros incluso niegan haber confesado nada ante el papa: «Hemos declarado en su presencia, pero declaramos nuestra inocencia». Los comisarios ya no saben qué creer. Vuelven a pedir a Jaime de Molay que se presente ante ellos.

El lunes 2 de marzo de 1310 preguntan nuevamente al Maestre si quiere defender la orden. Jaime de Molay no tiene nada más que decir: «Sólo hablaré ante el papa, ya que él se reservó mi caso. Cualquier cosa que diga ahora es inútil». Pero pide que escriban al papa para que éste pueda solicitar su comparencia. Los comisarios le prometen que así lo harán, tan pronto como les sea posible. Parece, sin embargo, que con todo el trabajo que tenían nunca les fue posible...

El día 14 del mismo mes, sábado, la comisión hizo comparecer en el obispado de París a ochenta y nueve Templarios a quienes leyeron las acusaciones establecidas contra ellos. Pero los más de quinientos que querían defender la orden también querían estar presentes. Entonces se trasladan todos a los jardines del obispado. El acta consta «solamente» de 117 acusaciones: son las mismas de siempre, ampliadas con detalles e introduciendo todos los elementos negativos que hagan falta. Un estudio ponderado revela un conjunto de calumnias, inverosimilitudes, contradicciones, alguna novedad («orinaban sobre la cruz»), confusiones e incluso falsedades notorias. Les es leída en latín, pero ahora tienen la amabilidad de repetirles los 117 capítulos en francés. Los Templarios protestan: «Ya era suficiente con la primera lectura, no podemos resistir escuchar en lengua vulgar este cúmulo de torpezas de una falsedad insigne».

El pueblo de París, que sin haber sido invitado se había personado en los alrededores de los jardines, escucha las acusaciones y la defensa airada de los Templarios y se trastorna. El cronista dice que todo esto «causó gran sensación en París». No solamente está alarmado el pueblo, sino también mucha gente, empezando por los propios comisarios, que no se esperaban esta reacción por parte de los Templarios: si se distraen, se les puede ir todo el asunto al traste. Intentan canalizarlo, poner orden. La comisión considera que se debe ir a llamar a un grupo elegido entre los que están encarcelados para llevar la defensa, pero no hallan a nadie que quiera colaborar con ellos. Finalmente se rinden y aceptan que sean los mismos Templarios quienes elijan a setenta y cinco representantes. Pero antes los Templarios presentan una protesta que será dada a conocer a la comisión por cuatro hermanos, dos sacerdotes y dos caballeros.

La protesta empieza explicando la situación «tan dura en que nos hallamos». Sin hábitos, encarcelados, encadenados de la manera más vil, «nos falta de todo». A todos los que han muerto les han sido negados los últimos sacramentos y han sido enterrados en tierra «impía». Por todo esto, «no podemos escoger a nuestros representantes sin el consentimiento del Maestre, a quien debemos obediencia». Por lo tanto, piden reunirse con el Maestre y sólo en el caso de que él se niegue, elegirán ellos a los representantes. La respuesta de los comisarios es que el Maestre y sus dignatarios no pueden defender la orden «en el estado en que se hallan». Otra mentira: no era que el Maestre no pudiera defenderse, sino que lo quería hacer únicamente ante el papa. Se trataba, simplemente, de desanimarlos. El arzobispo de Narbona y el obispo de Bayeux, dos de los comisarios, vuelven a reunir a los Templarios en los jardines del obispado. «Debéis saber que el concilio de Vienne está al caer y hace falta que os decidáis rápidamente: organizaos, enviad a los representantes y nosotros haremos lo que haga falta.»

Finalmente parece que los pudieron convencer y el 31 de marzo comparecieron los defensores. Pero el primero, Raynaud de Vassignac, dijo que no, que él nunca había querido defender la orden: quería salvar su vida. Sin embargo, otros que lo siguieron afirmaron su voluntad de defender la orden. Al mismo tiempo fueron enviados notarios a las diversas cárceles parisinas para conocer la disposición de los Templarios a declarar como defensores. Todos estaban dispuestos a defender a la orden, pero algunos insistían en que querían hacerlo en comunión con el Maestre. No hubo, pues, representantes, pero los cuatro portavoces llegaron ante la comisión. Manifestaron que querían defender la orden y leyeron una declaración escrita. Estaba muy bien preparada, llena de razones legales: no querían enfrentarse al papa ni al rey, «el excelente rey de Francia y sus hijos». Pero mantenían su posición: «Sin nuestros superiores y el convento, no podemos designar representantes». Suplicaban, pues, que dejaran salir a sus dignatarios: «Sabemos que no se atreven a pedir nada a causa del terror que les inspiran sus guardianes». Finalmente, pedían dinero para pagar los gastos y los honorarios de abogados, y seguridad y salvaguardia «para los representantes y también... para los abogados».

El día 3 de abril, ochenta Templarios prestan declaración ante la comisión asegurando que quieren ejercer la defensa de la orden. También llevan una declaración escrita que será leída por el delegado de los ochenta, Juan de Montreal. No aporta ninguna novedad, aparte de manifestar enérgicamente la inocencia de los Templarios detallando todos sus aspectos positivos. Para finalizar, y después de aportar un dato interesante -«veinte mil hermanos murieron en Tierra Santa»-, proclaman, una vez más, la inocencia de los Templarios. El mismo día la comisión recibe una protesta de los Templarios encarcelados en una casa parisina. «Hemos sufrido todo tipo de tormentos y torturas, estamos a pan y agua, y por todas estas causas muchos hermanos han muerto. No habríamos aceptado todos estos sufrimientos si la orden no fuera buena...» Los comisarios, que todo el mundo sabe que son buena gente, se compadecen de ellos: atienden, en parte, sus razones... y les cobran por los alivios y ¡por estar

encarcelados! «Tres dineros por cabeza por la cama; dos sueldos y seis dineros por servicios diversos; once sueldos por llevarlos ante la comisión; dieciocho dineros cada quince días por hacerles la colada.» Dado que los representantes ven claramente que no hay interés alguno por parte de la comisión para permitirles entrar en contacto con su Maestre, deciden pedir que se interrumpa el proceso, aunque «se prepararán para la defensa de la Orden en el próximo concilio». Pedro de Boloña, el portavoz, dice que sólo se ha actuado contra los Templarios en el reino de Francia e insinúa, por lo tanto, que todo es un montaje del rey.

La comisión hace oídos sordos a todas estas manifestaciones y el 11 de abril, Sábado de Pasión, víspera de Ramos, abre la instrucción. El acto de acusación se formula trece meses después de haber sido creada la comisión. El mismo día se empiezan a recibir las deposiciones finales, todas ellas sobre la orden, y cada hermano lo hace como testigo, no por inculpación personal. Desde este día y hasta el 30 de marzo desfilarán 200 Templarios. Las primeras deposiciones son decepcionantes para la comisión: los Templarios que ejercen de testigos parecen más envalentonados que nunca y casi todos niegan las acusaciones. Por Pascua, los cuatro Templarios que hacen de representantes de la orden, aunque en todo momento asumen su presencia a título personal, vuelven a presentar una protesta sobre la manera en que se está llevando a cabo la instrucción. Los notarios registran la protesta, pero nadie hace caso. La comisión intenta jugar sucio: viendo que la tónica general es negar cualquier acusación, presentan a ocho Templarios que nadie conoce; los defensores preguntan sus nombres y se les contesta que se los dirán al día siguiente. Nunca más sabremos nada, ni de sus nombres ni de los falsos Templarios... Desde la órbita real, todo parece atascarse. Hará falta sacar el crucifijo grande.

París es una diócesis sufragánea del arzobispado de Sens. La sede arzobispal está vacante y entonces Felipe el Hermoso hace nombrar nuevo arzobispo a Felipe de Marigny, que se da la coincidencia de que es hermano del ministro real, Enguerrant de Marigny. El nuevo arzobispo será la llave real que abrirá la puerta a la solución. El domingo 10 de mayo los Templarios se enteran de que Felipe de Marigny convoca un concilio provincial en París con una sola finalidad: el juicio a los hombres del Temple. Pedro de Boloña manifiesta su protesta tan pronto como tiene conocimiento del concilio. «Tenemos graves razones para creer que la reunión conciliar se convoca para juzgar a los hermanos que se han propuesto defenderse, contrariando las reglas del derecho. Apelamos al papa, a la Santa Sede, a los apóstoles...» Los comisarios ya no saben qué hacer: cada día que pasa la acusación va haciéndose trizas, pero cada día reciben más presión del Nogaret de turno. Intentan salirse por la tangente: «Lo que se tratará en el concilio no tiene ninguna relación con nuestro trabajo; ignoramos los temas que se estudiarán en el concilio; nosotros no somos nadie para decirle al arzobispo de Sens lo que debe hacer... De todas maneras, los notarios consignarán vuestra protesta».

Mientras la comisión sigue recibiendo deposiciones, el día 12 de mayo llega la noticia: el concilio ha decidido que cincuenta y cuatro Templarios que se habían presentado como defensores del Temple sean condenados a muerte y ya están siendo llevados a la hoguera. Los comisarios envían al arcediano de Orléans al arzobispo de Sens para que le ruegue que aplase la ejecución. Marigny se lo saca de encima: «Habéis tenido dos años para iniciar este proceso, mientras que yo con dos días he tenido suficiente». Tiene toda la razón: el día anterior había convocado a todos los que querían defender a la orden y había hecho la santa elección: los que confirmaran sus confesiones anteriores serían puestos en libertad, pues «se habrían reconciliado con la Iglesia». Los que, a pesar de las torturas, nunca hubieran cedido y hubieran proclamado siempre su inocencia y la de la orden, serían condenados a cadena perpetua. Pero los que en un principio hubieran confesado y ahora se desdijeran de todo, los «relapsos», los «caídos otra vez en la herejía», éstos sólo «merecían la pena de muerte». Los entregaron al brazo secular, que ya los estaba esperando, pidiendo, sin embargo, que «los

quemaran, ya que así serían purificados en el último momento». Los pusieron sobre carros y los llevaron por las calles de París hasta un rincón entre el bosque de Vincennes y la abadía de San Antonio donde ya los esperaban el pueblo y el suplicio. Antes de quemarlos, un enviado real les dijo que «se concedería gracia y libertad a quienes se retractaran». Los Templarios empezaron a cantar letanías mientras iban diciendo que «todos ellos eran verdaderos católicos». Las llamas acabaron con sus cantos, sus manifestaciones, sus cuerpos.

5.- EL CONCILIO DE VIENNE

Dentro de la comisión parece como si no hubiera pasado nada: al día siguiente de la gran hoguera se siguen recibiendo deposiciones. Pero el primer declarante se lo hace recordar. Aimeric de Villers-le Duc se arrodilla ante los comisarios, pálido y aterrorizado, *pallidus et multum exterritus*, y dice que se ha enterado de que el día anterior cincuenta de sus hermanos han muerto en la hoguera. «Yo aseguro que todo lo que se dice sobre el Temple es mentira, pero ante el miedo de ser quemado, confesaré que todos los errores atribuidos al Temple son verdad, y si me lo pedís también confesaré que he matado al Señor.» La comisión, «vivamente impresionada», decide aplazar las sesiones. Pero por su parte, el concilio de Sens trabaja con precisión: el 16 de mayo mueren cuatro Templarios más en la hoguera, uno de ellos el propio sacerdote del rey. Otras diócesis francesas no quieren ser menos: Reims el día 17 quema a nueve Templarios; en Rouen «muchos caballeros» acaban en la hoguera. Más tarde, el 18 de agosto, Marigny lleva a las puertas de San Antonio a cuatro «relapsos» más. Cuando, el 19 de agosto, se reanudan las sesiones de la comisión, falta uno de los cuatro delegados defensores, precisamente el portavoz, Pedro de Boloña. Los otros tres dicen estar «aterrorizados, sin saber qué hacer para la defensa de la orden sin Pedro; dad órdenes para que sea buscado y pueda volver». Nunca más se tuvieron noticias de Pedro de Boloña. Los comisarios volvieron a demorar el inicio de las sesiones.

Mientras los Templarios eran llevados a la hoguera, mientras la comisión que él mismo había nombrado hacía agua por todas partes, Clemente V callaba. No importa que los concilios de Sens, de Reims, de Rouense hayan llevado a cabo sin el preceptivo permiso papal: el papa calla. Lo tolera todo, lo acepta todo, parece no enterarse de lo que pasa «a nuestros hermanos carísimos, los Templarios». Pero hay un momento en que, si bien no dice nada, sí que decide algo: el concilio de Vienne, que se había promulgado para octubre, queda aplazado un año. Cree que quizá dentro de un año ya habrán terminado el trabajo. Lo que queda de la comisión se reúne el 3 de noviembre de 1310. Ya sólo quedan tres comisarios: el obispo de Mende y los dos arcedianos. Por esto consideran que no pueden seguir adelante; mejor esperar dos semanas más. El día¹ 7 no son muchos más, sólo cinco, pero por lo menos ya hay quórum. Se hace pasar a los delegados del Temple: de los cuatro ya solamente quedan dos. Raynaud de Pruinesha sido degradado por el concilio de Sens y, por lo tanto, no puede asistir. Tampoco se sabe su paradero.

Los dos restantes «protestan, llenos de dolor: no asistiremos más a las sesiones hasta que no vengan nuestros otros dos compañeros». Los comisarios les dicen que lo lamentan mucho, pero que lo primero es lo primero, y siguen con su trabajo, ahora quizá más tranquilos. En primer lugar, porque ya no tendrán que oír protestas importunas; en segundo, porque con la depuración de Felipe de Marigny, los Templarios que quedan por declarar les seguirán la corriente y confesarán todo lo que ellos quieran. Quizá es el momento más doloroso para toda la orden: las infidelidades se generalizan, muchas de las cuales resulta evidente que son provocadas por la tortura. Como la de Juan de Pollencourt, que comparece el 8 de enero de 1311. Antes ya lo había confesado todo en Amiens; ahora se retracta ante la comisión, dice «preferir su alma a su cuerpo» y declara que todo lo que dijo en Amiens es mentira. Los comisarios le aconsejan que se lo piense mejor y lo vuelven a llamar cuatro días más tarde.

«Señores, el sábado pasado mentí.» Ha reflexionado y ahora recuerda muy bien que ha escupido, ha dado los tres besos, etc. Parece claro que «se le ha ayudado a reflexionar». Hay otros Templarios que plantan cara y dicen que, si bien han confesado, «lo han hecho a causa de las torturas».

Después de tomar declaración a los Templarios -más de doscientos- llaman a los testigos religiosos, quienes «conocen muy bien» los errores de éstos. Notarios apostólicos, dominicos, que han tenido alguna relación con el Temple, se regodean explicandohis

torias, compitiendo para ver quién resulta más escandaloso. Pero también con éstos se llevan sorpresas: un dominico, Pedro de La Palud, de Lyon, les dice que «después de asistir a muchos interrogatorios, tengo la convicción de creer más a los que niegan [las acusaciones] que a los que confiesan». Sin embargo, ante el sobresalto de los comisarios, añade: «De todas maneras, toda la culpa es de la Orden». Menos mal. Finalmente, el 11 de mayo hacen entrar a los administradores «actuales» del Temple. Durante todo el tiempo que han estado al frente delVieuxTemple se les ha encargado una misión adicional: hallar la cabeza del ídolo. Y muestran su hallazgo: «Una cabeza grande y preciosa, de plata dorada, con cara de mujer, que contiene el cráneo de otra cabeza envuelto en un lienzo blanco». Es todo lo que han encontrado. Todo el mundo está de acuerdo en que se trata, simplemente, de un relicario. Probablemente, en cada iglesia de los Templarios había uno semejante: no lo adoraban, lo veneraban. El 26 de mayo de 1311 la comisión de encuesta da finalmente por terminados los interrogatorios y envía sus conclusiones al papa. El 5 de junio se desarrolla una ceremonia protocolaria en la abadía de Maubisson, en Pontoise, para entregar los acuerdos a quien de verdad mandaba, Felipe el Hermoso.

Ya estaba todo a punto para celebrar el concilio de Vienne. Era un concilio ecuménico que se tenía que inaugurar el 1 de octubre de 1311 pero que se retrasó hasta el 16 del mismo mes. Ya habían pasado cuatro años desde que Felipe había procedido por su cuenta al arresto de los Templarios. Participaron en el concilio 300 obispos, además de los patriarcas de Antioquía y de Alejandría, todos dentro de la catedral de Vienne. En el discurso inaugural, Clemente V, después de aludir al salmista -«El Concilio, como la reunión de los Justos, ¡grandes son las obras de Dios! »- indica los tres puntos conciliares: la herejía de los Templarios, el socorro a Tierra Santa y la reforma de costumbres para el restablecimiento de la disciplina. Sabemos que uno de los temas propuestos, menores, se debió a Ramon Llull: «Que fuera construido un lugar adecuado donde se reunieran hombres devotos y de gran capacidad intelectual para estudiar diversos idiomas», tal como explica el propio Llull en la *Vida*. La presencia de Llull en el concilio está atestiguada, así como su interés en unificar las acciones llevadas a cabo en Tierra Santa reuniendo todas las órdenes en una sola. Sin embargo, todo el mundo era consciente de que había un solo tema importante sobre la mesa: los Templarios. El obispo de Mende, Guillermo Durand, uno de los comisarios y hombre del rey, fue escogido para presentar el tema central. Se pregunta: «¿Son los Templarios culpables o no?». Y la respuesta que se da él mismo es sorprendente: «Ésta no es cuestión del concilio. El simple hecho de que unos cuantos Templarios hayan dado lugar a un escándalo ya constituye motivo suficiente para suprimir la Orden. No vale la pena perder el tiempo en discusiones».

Pero el concilio no compartía esta opinión: precisamente se habían reunido para hablar sobre ello. Clemente V, que naturalmente había dictado las palabras a Durand, intentó salir del paso. Hizo que las conferencias nacionales se reunieran por separado y que dieran sus respuestas. No tuvo éxito: los obispos ingleses, alemanes, escoceses, irlandeses y de la Península Ibérica dijeron que antes de pronunciarse les hacía falta escuchar, en primer lugar, el proceso verbal de la comisión y después a los defensores. Todos los obispos italianos excepto uno, el patriarca de Aquilea, se adhirieron a esta moción, así como también, para la sorpresa

conciliar, todos los obispos franceses menos tres: el de Reims, el de Seny el de Rouen. Si recordamos un poco, sabremos por qué. Clemente V y los cardenales no se lo podían creer, pero se sobrepusieron y nombraron una comisión encargada de elaborar extractos del proceso verbal. Sin embargo tampoco en esto jugaron limpio, no sabían: los cuatro elegidos fueron el patriarca de Aquilea y los obispos de Soissons, Mende y León. El primero había sido el único italiano que había votado en contra de la totalidad de los obispos; el obispo de Mende había sido uno de los comisarios; el de Soissons era sufragáneo del arzobispo de Reims. Quizá el único de buena fe era el obispo de Castilla y León. Por otra parte, en los alrededores de Vienne había una gran concentración de Templarios que aún estaban libres -entre mil quinientos y dos mil, cifra que sorprende- y que enviaron a nueve delegados ante la asamblea. El papa consideró que esto era excesivo e hizo encarcelar a los delegados.

Clemente quería mantener a Felipe el Hermoso apartado del concilio. Pero con los miles de Templarios a la espera sintió miedo y el 11 de noviembre escribió al rey explicándole la presencia de los caballeros: «Anunciamos estos acontecimientos a Vuestra Grandeza para que, vigilando prudentemente, avise a quien corresponda sobre la guardia de nuestra persona». El arresto de los nueve Templarios también provocó desasosiego entre los padres conciliares: «Los caballeros que libremente se han presentado, ¿no deberían ser puestos en libertad y admitidos como defensores?». La respuesta fue unánime: todos opinaban que debían ser escuchados, excepto los cuatro reaccionarios, el patriarca de Aquilea y los tres arzobispos franceses. Clemente V halló una solución: declaró que se había concluido la primera sesión del concilio y avanzó que la próxima tendría lugar en la primavera siguiente: dio la fecha del 3 de abril de 1312. Todo el mundo comprendió que el papa pretendía ganar tiempo. Quería disponer de tiempo para hacer redactar a los notarios una verdadera requisitoria que enviaría a cada uno de los padres conciliares, estableciendo cuatro puntos clave contra los Templarios:

1. Reniegan de Cristo al ingresar en la Orden, escupen sobre la cruz y en la misa hacen suprimir a sus sacerdotes las palabras de la consagración.
2. Practican besos obscenos y se entregan a la sodomía.
3. Adoran a un ídolo, una cabeza monstruosa y se entregan a otras observancias impías y supersticiosas.
4. Tienen estatutos secretos, donde están escritos los misterios de la orden y les está prohibido divulgarlos so pena de muerte.

El rey, por su parte, también colabora. Convoca nuevamente Estados Generales para el 10 de febrero de 1312 en Lyon, que aunque era una ciudad germánica la parte occidental del Roina era tierra francesa. Lyon tenía el encanto añadido de que estaba muy cerca de Vienne, por lo tanto, si hacía falta podía ir a «socorrer» al papa. Sabemos que los Estados Generales se celebraron finalmente el día 17 de febrero y que contaron con la presencia de dos buenos chicos, Nogaret y Plaisians, además de Enguerrand de Marigny y toda la corte real: Felipe, su hermano Carlos de Valois y los hijos del rey, junto con un contingente importante del ejército. Se notaba la presencia de los cardenales franceses y, sin saber muy bien por qué, la del patriarca de Aquilea, Arnaldo Novelli. El arzobispo de Sens, Marigny, actuaba de lanzadera eficiente entre el rey y el papa. El resultado de la asamblea fue la aprobación de la política de Felipe el Hermoso «especialmente en lo referente al asunto de los Templarios». Con esta arma trucada en la mano, el rey escribe a Clemente V el día 2 de marzo.

No le dice nada nuevo, pero remacha el clavo: «Vuestra Beatitud ya lo puede ver: las encuestas demuestran tan grandes herejías cometidas por la milicia del Temple que sólo nos queda un camino: la Orden debe ser abolida. Os lo suplicamos afectuosamente, devotamente y

humildemente: Vuestra Santidad debe abolir la Orden y crear otra nueva con los bienes de los Templarios». Como siempre, la preocupación por el tesoro del Temple. Ahora, por lo menos, el rey acepta uno de los puntos papales: la transferencia de los bienes -de lo que queda de estos bienes- a otra orden «nueva». Al papa esto ya le va bien, por fin lo ha podido convencer del problema económico que le preocupaba, y ahora ya puede ir al grano. Convoca un consistorio secreto el 22 de marzo, con la asistencia de los preladados «afines». La resolución que se adopta es increíble, teniendo en cuenta que se había convocado un concilio ecuménico para tratar sobre el asunto de los Templarios y que aún se tenía que abrir la segunda sesión: declara la supresión de la Orden del Temple. Eso sí, no lo hace por la vía de la condena, sino «por provisión apostólica».

El concilio abre la segunda sesión y se encuentra con la lectura por parte del papa de la bula *Vox in excelso*, donde establece lo que se había decidido en el consistorio secreto: la supresión del Temple. Insiste en que no es una sentencia definitiva, es sólo «per modum provisionis», pero Dios nos libre de estas provisionalidades, porque la bula no permite duda alguna: «Considerando la infamia, las sospechas, las insinuaciones clamorosas que se alzan contra esta Orden... Nos suprimimos por un decreto irrefragable y válido a perpetuidad, no sin dolor y amargura en nuestra alma, la orden de los Templarios, su instituto, su hábito y su nombre... prohibiendo a todo el mundo que se haga pasar por Templario; a quien lo hiciere, le caerá la sentencia de excomunión». Como era de suponer, la supresión se decreta con «la aprobación del santo concilio». Conocemos al menos una voz discrepante: la del obispo de Valencia, de quien hablaremos más adelante, al tratar los hechos paralelos en la Corona de Aragón. Pero tampoco sabemos si hubo más: nunca se han podido encontrar las actas del concilio de Vienne.

El 2 de mayo Clemente V promulga otra bula, *Ad providam*, sobre los bienes del Temple. Éstos son adjudicados a la orden rival, al Hospital, que ha sabido mantenerse a la sombra y no ha defendido en ningún momento al Temple: obtiene ahora su premio. En Cataluña y Aragón, Castilla y Portugal, los bienes de los Templarios pasan a disposición directa de la Santa Sede: ya veremos más adelante cómo acabó esta decisión expresada en la bula.

Parece que el papa haya engañado al rey: éste quería una «nueva» orden que recibiera los bienes de los Templarios y cuyo jefe, recordémoslo, sería su hijo, en calidad de rey de Jerusalén. De esta manera todo habría quedado en casa. Muchos historiadores consideran que después de gastar tantas energías contra la orden Felipe no obtuvo nada. El brillante biógrafo real, Jean Favier, es de los que están convencidos de que el rey, después de tanto batallar, no obtuvo beneficio alguno. Pero la mayoría, a los que Favier increpa diciéndoles que «no saben interpretar los documentos», cree que Felipe ya había expoliado los bienes de los Templarios mucho antes de su supresión: la confiscación de su tesoro; el control personal del numerario y los objetos preciosos cogidos en el momento del arresto en más de doscientas encomiendas; la liquidación, sin pagar nada, de las enormes deudas que tenía el rey con el Temple -se habla de 500.000 libras-; el haberse presentado como acreedor de unas sumas hipotéticas que el Temple le debía y que finalmente hubieron de ser abonadas por los Hospitalarios, de muy mala gana, evidentemente... Felipe sacó aún una tajada adicional: hizo pagar a los Hospitalarios, como herederos del Temple, todos los gastos «acarreados por el encarcelamiento de los Templarios y por el proceso». Una cifra en absoluto despreciable: 60.000 libras. ¿Quién tenía razón?

El 6 de mayo Clemente promulga otra bula, *Ad certitudinem praesentium*, sobre el juicio a los altos dignatarios del Temple, a la vez que atribuye a los concilios provinciales «la suerte de los otros hermanos». Se fija una pensión suficiente para los que salgan declarados inocentes, se recomienda que todos tengan misericordia pero que sean «severos con los relapsos». *La commedia è finita* y ya sólo queda cerrar el concilio ecuménico de Vienne, hecho que sucede

el 11 de mayo. En un par de meses Clemente V ha trabajado mucho y no es extraño que se vaya a descansar inmediatamente a Bollène, la residencia papal cercana a Aviñón.

Alguien más se marchó de Viennesatisfecho, Ramon Llull, que vio aprobado su propósito: el canon 11 del concilio ordenaba la enseñanza del hebreo, el árabe y el caldeo (arameo o siríaco) en París, Oxford, Boloña, Salamanca y en la corte papal a los estudiantes destinados a ser misioneros. Llull, que según cree algún comentarista actual, como Peter Partner, «había asumido una postura poco favorable al Temple» vio con buenos ojos el traspaso de los bienes de esta Orden a la del Hospital. El pragmatismo Iuliano interpretó esta decisión como un primer paso hacia la unificación de fuerzas en la lucha contra los «infieles». Globalmente, en su *De locutione angelorum*, escrito en Montpellier en el mismo mayo de 1312, Llull se muestra satisfecho del resultado del concilio. Quizá para acabar de entender su posición, que nosotros nos atreveríamos a definir más bien como neutra respecto al problema de los Templarios, debemos recordar las buenas relaciones que mantenía tanto con Felipe el Hermoso como con Jaime II, de quienes, en parte, había recibido ayuda.

6.- EL CREPÚSCULO DEL CABALLERO

Poca cosa más quedaba por hacer; tan sólo una cuestión que enojaba sobremanera al papa y que debía ser resuelta de una vez por todas, que ya no se podía demorar más. En su última bula Clemente ya había expresado que reservaba a la Santa Sede el juicio de los grandes dignatarios de la Orden. Sólo hacía falta, pues, que el papa cumpliera lo que había promulgado. Habría sido un final digno, tanto para el Maestre como para el papa. La cúpula dirigente del Temple juzgada por su jefe canónico. Por otra parte, Clemente V sabía perfectamente que Jaime de Molay había enmudecido por una sola razón: quería presentar su defensa delante de la única persona que, a su criterio -un criterio en absoluto insensato-, podía y debería escucharlo. Pero Jaime de Molay era aún un miembro de una orden de caballería donde el honor era una divisa. Desgraciadamente, desde el otro bando la percepción del honor era otra.

Clemente V, una vez más, hizo una finta y decidió evitar encontrarse cara a cara con el Maestre de los Templarios; como ya hemos dicho, nunca durante los siete años de encarcelamiento vio a Jaime de Molay. El 22 de septiembre de 1313, «de acuerdo con el espíritu de su bula *Ad certitudinem praesentium*, nombra una comisión de la Santa Sede». Él no estará presente, pero entiende una vez más que tres cardenales pueden representar perfectamente a la Santa Sede. Armando de Farges, su sobrino, «ligero, vanidoso e incapaz»; Arnau Nouveau -que algunos creen que es el nombre a la francesa de nuestro conocido Arnaldo Novelli- y Nicolás de Freaville, antiguo confesor y actual consejero de Felipe el Hermoso, fueron las tres personas elegidas. El papa se excusa de no poder asistir él personalmente: «No podemos, a causa de los múltiples problemas que nos ocupan, dar aplicación personal al juicio del Maestre y de los otros jefes de la Orden que nos habíamos reservado especialmente». Pero

considera que los dignísimos prelados que ha elegido lo harán igualmente de bien y les encomienda esta triste misión: «Os encargamos que examinéis todos los procedimientos llevados a cabo contra ellos y, sobre todo, las actas del encuentro que sostuvieron con ellos otros tres cardenales, también por encargo nuestro, cuando tampoco tuvimos ocasión de estar presentes». Se refiere a la entrevista de Chinon de ¡seis años atrás! Les da vara alta: «Os otorgamos el poder de condenarlos o de absolverlos, de infligir una pena proporcionada a los delitos de los acusados y también de hacerles pagar, con los bienes del Temple, lo que creáis conveniente para su alimentación, su vestimenta y sus otras necesidades». Los hermanos Hospitalarios debieron de echarse a temblar: ¡aún tendrían que pagar más!

Los tres cardenales juzgaron conveniente recibir el asesoramiento de otras personas y eligieron a gente de «neutralidad absoluta» en aquel asunto: Felipe de Marigny en primer lugar y otros obispos y juristas de la misma triste inclinación. Todo el mundo está de acuerdo en que los «asesores» fueron nombrados directamente por el rey, que no quería que existiera ninguna rendija por donde se pudieran escapar los prohombres del Temple, ahora que lo tenía todo ganado. Ante este tribunal, que con toda solemnidad se estableció en Notre-Dame de París, comparecieron Jaime de Molay, Maestre de los Templarios, Hugo de Pairaud, visitador de la Orden en Francia, Jofre de Gonneville, preceptor del Poitou de Aquitania, y Jofre de Charnay, preceptor de Normandía; el comendador de Chipre no había podido resistir los años de encarcelamiento y había muerto en el Vieux Temple. A los otros tres los trajeron de diferentes lugares -el Maestre estaba retenido en Gisors- donde estaban privados de libertad y de un posible contacto personal: todo estaba perfectamente tramado. Era el 18 de marzo de 1314 y todo el bajo pueblo de París inundaba los alrededores de la iglesia principal de la ciudad. Había un gran interés en dar la máxima publicidad a la sesión. Entre los asistentes echamos en falta a los que han hecho posible que los Templarios lleguen a esta situación denigrante: Guillermo de Nogaret había «entrado en la vía de toda carne», es decir, había muerto el 11 de abril de 1313 y también Guillermo de Plaisians en noviembre del mismo año.

Los condenados y los jueces suben a un estrado montado sobre el atrio de Notre-Dame mientras el pueblo se alborota esperando conocer la sentencia. Todo tiene el aire de un gran espectáculo. Uno de los cardenales empieza recordando los «crímenes» de los acusados y lee la sentencia: «Los cuatro Templarios son condenados únicamente a reclusión perpetua por haber confesado ingenuamente sus faltas». Molay no se puede aguantar más y a pesar de los gritos de los jueces, que quieren impedir que hable, se dirige al pueblo de una manera solemne: «Es justo que, en un día tan terrible y en los últimos momentos de mi vida, descubra toda la iniquidad de la gran mentira y haga triunfar la verdad. Declaro, ante el cielo y la tierra, y confieso, aunque sea para mi vergüenza eterna, que he cometido el mayor de los crímenes, pero que me parecía lo más conveniente para despejar la oscura niebla que rodea a nuestra Orden: yo certifico, y la verdad me obliga a certificar, que la Orden es inocente. Si hice una declaración contraria, fue para detener los dolores excesivos de la tortura y para enternecer a quienes me la hacían sufrir. Conozco los suplicios que han infligido a todos los caballeros que han tenido el coraje de revocar una confesión semejante; pero el terrible espectáculo que se me presenta no es suficientemente capaz para confirmar mi primera mentira con una segunda: bajo una condición tan infamante, renuncio, de todo corazón, a la vida». Unos mercaderes extranjeros que estaban presentes dicen que «al oír aquellas palabras un sargento puso toscamente la palma de su mano sobre la boca del Maestre y le impidió continuar».

Esta declaración de inocencia, que fue seguida inmediatamente por la que hizo, en los mismos términos, Jofre de Charnay, causó un gran impacto en todo el tribunal: nadie se esperaba de aquel hombre de setenta y cuatro años un valor semejante. Entre el pueblo presente corrió un sentimiento emocionado de simpatía hacia los dos dignatarios. El rey, al enterarse, atacó lleno de ira a los jueces y a los sargentos por su falta de previsión. Se debía cortar de raíz cualquier manifestación más, antes y ahora, que pudiera surgir de las voces sinceras de los Templarios. El tribunal, confuso, sin saber qué debía hacer, encarceló de nuevo a los acusados en una capilla cercana al atrio, esperando que el pueblo se dispersara. Dejemos que sea Guillermo de Nangis, un monje cronista, quien lo explique: «Los cardenales deliberaron y decidieron entregar los prisioneros a un funcionario real que estuvo presente en el acto todo el rato, para que los devolviera a la cárcel y así poder ellos seguir deliberando sobre lo que se debía hacer, pero de pronto llegaron nuevas reales...», Felipe el Hermoso sí que sabía lo que se debía hacer: aquella misma tarde decidió que fueran quemados por relapsos.

Detengámonos un momento en este punto. Los altos dignatarios templarios no «podían» ser juzgados por un tribunal secular eclesiástico cualquiera. Ni el propio concilio ecuménico había podido evaluar la actuación del Maestre y de sus prohombres detenidos. Era una cuestión de tanta importancia dentro de la Iglesia que se había tratado en una bula papal donde se había establecido que sólo la Santa Sede podría juzgarlos y, dado el caso, condenarlos. La decisión de Felipe W de Francia pasó por encima de todas estas consideraciones, haciendo trizas la voluntad de la Iglesia, e impuso su propia voluntad. Si quedaba alguna duda sobre quién era el que llevaba las riendas en todo el asunto de los Templarios, la condena a muerte dictada por el rey, sólo por él, acaba disipándola.

Felipe, ahora, dirige el gran final. Da órdenes para que sean instaladas dos hogueras en la llamada isla de los Juncos o de los Judíos; actualmente desaparecida, pero que podemos situar cerca del Pont Neuf, más o menos donde hoy se halla la estatua ecuestre de Enrique W. Los sargentos del rey hacen subir a una barca a los dos caballeros para llevarlos casi clandestinamente a la isla del Sena. El Maestre se desnuda por sí mismo y soporta pacientemente las brutalidades de los sargentos. Cuando lo quieren atar a la estaca, les pide humildemente que le dejen unir las manos para morir rogando a Dios por última vez. Sus últimas palabras fueron para pedir a sus verdugos que lo pusieran de cara a Notre-Dame. Su compañero Jofre pidió lo mismo.

A la hora de vísperas de aquel 18 de marzo de 1314, y en presencia del rey, que se quería asegurar de que no habría más sorpresas, Jaime de Molay y Jofre de Charnay fueron devorados por las llamas. «Siempre clamando, hasta el último suspiro, su inocencia y la de la Orden, mostraron una energía y una resignación dignas de su rango y de su virtud», tal como explica un cronista de la época. Este mismo cronista indica que «las hogueras aún no se habían apagado del todo cuando la gente se abalanzó sobre ellas para llevarse las cenizas». Muy pronto versos anónimos manifestarían el sentimiento popular por toda Francia:

Et maint sau mon de condamnés sont au ciel là-haut couronnés.

Pero, mientras tanto, Felipe el Hermoso se volvía hacia sus acompañantes y les decía con fastidio: «Sólo me faltaba esto: ¡ahora los harán mártires!». Godofredo de París, poeta y cronista, estaba presente entre la masa que seguía el espectáculo. Había sido uno de los que hasta entonces creían que el Temple era culpable, pero ante la valiente actuación del Maestre y ante la terrible condena al fuego, no pudo menos que considerar si no se habría equivocado, y con él, muchos franceses. La muerte del Maestre le inspiró estos versos:

Sare queste l'en li a fet

En ceste guise fut desfet

Et sidoucement la mort prist que chacun merveille en fist...

Mártires, y con una serie de leyendas que muy pronto empezaron a explicarse al lado del fuego. El papa Clemente V cayó gravemente enfermo en Montils, cerca de Carpentras; su médico le recetó esmeraldas reducidas a polvo, «remedio mortal que muy pronto acabaría con él». Quería llegar a Burdeos, pero pocos días después murió en las primeras horas del alba del sábado 20 de abril en Roquemaure-sur-Rhône. Por su parte, Felipe el Hermoso entregaba piadosamente su alma al Señor después de un accidente de caza, el día 29 de noviembre del

mismo año en Fontainebleau. Se dijo que Jaime de Molay los había llamado a los dos para que se presentaran con él ante el tribunal divino antes de que finalizara el año. Giovanni Villani, cronista, no duda en relacionar la muerte del Maestre con los acontecimientos reales que la siguieron: «Y el rey de Francia y sus hijos tuvieron, desde entonces, mucho deshonor y adversidades... y anotamos que la noche siguiente al martirio del susodicho Maestre y de su compañero, sus cenizas y huesos fueron recogidos como reliquias sagradas por los hermanos y por otras personas religiosas, y transportadas a los Santos Lugares...». El curso de la historia es marcado por los mismos acontecimientos, los que acertada o desacertadamente han hecho posibles, simplemente, unos hombres. Pero no resulta extraño que en plena Edad Media la gente empezara a ver la acción de una mano sobrenatural en el destino funesto que tuvieron los hombres que dirigieron la desaparición de los Templarios: no había pasado un año cuando Ermengard de Marigny, el canciller real durante el reinado de Felipe el Hermoso, moría ahorcado... Muchas veces, en las conversaciones que a lo largo del siglo XIV mantenía la gente sencilla en las plazas y bajo los porches relativas a las hambrunas y la peste que estaban asolando las principales ciudades europeas, su pensamiento volaba y consideraban que todo era debido a una especie de culpa que debían pagar por el mal trato que habían dispensado a los buenos caballeros de la capa blanca...

Debemos recordar que en Notre-Dame también fueron condenados a cadena perpetua Hugo de Pairaud y Jofre de Gonneville. No tuvieron el mismo valor que sus compañeros de proceso y aceptaron el veredicto. Nunca se supo nada más de ellos. De la cifra de quince mil hermanos templarios que se calcula que había, más o menos, en 1314, muchos de ellos murieron durante los años siguientes pudriéndose en las mazmorras. Otros, los que se «reconciliaron», fueron admitidos por los Hospitalarios. Otros, tal como habían hecho años antes y seguían haciendo los cátaros, cruzaron los Pirineos y hallaron asilo en las encomiendas hispánicas y portuguesas. Hubo otros que se escondieron, esperando no se sabe qué milagro que permitiera la recreación del Temple. Los hermanos sargentos, los que llevaban a cabo tareas menores, se fueron fundiendo dentro de las huestes de los señores. Los calafates, los talladores de piedra, los carpinteros, los herreros, los pañeros, que habían obtenido una alta cualificación en los talleres y las obras del Temple, encontraron trabajo muy pronto. Quizá formaran grupos, quizá en silencio y a escondidas recordaran a sus antiguos maestros, los Templarios.

Pero ni en silencio ni a escondidas lo proclamó el poeta. Dante Alighieri, que había vivido en París, en 1307, el arresto y el encarcelamiento de los Templarios, tuvo palabras benignas para los caballeros y los situó en el Paraíso de su *Divina Comedia*:

Como al que quiere hablar y no halla acento me llevó Beatriz y dijo: Ojea de estolas blancas este gran convento.

(Paraíso, XXX, 127-129)

Para redondearlo, no tendrá piedad con Clemente V:

Mas Dios no ha de sufrirlo largamente en tal oficio, pues será arrojado a do está Simón Mago por prudente.

(Paraíso, XXX, 145-147)

Por otra parte, todo lo que había significado el Temple pronto sería olvidado, excepto aquellas leyendas y los gritos que, de vez en cuando, alguien profería, pero asegurándose de que fuera noche oscura: «¿Quién defiende al Temple?». La suerte futura del Temple, su triste final, ya estaban dentro del pensamiento de cada caballero en la oración que cada noche rezaban antes de irse a dormir: «La Virgen María ha estado en el comienzo de nuestra religión, y en Ella y en su Honor tendrá lugar, si a Dios place, el fin de nuestras vidas y el fin de nuestra Orden: cuando plazca a Dios...».

Recibí carta vuestra [de Jaime II] en la que me mandabais que encadenara a los frailes del Temple, cosa que hice [...]; los frailes, Señor, están a buen recaudo. Pero hace pocos días, Señor, se le hincharon las piernas al Maestre del Temple, por lo que mandé llamar a los médicos, quienes finalmente me dijeron que si no le quitaba las cadenas ellos no podían hacer nada. Por esto, Señor, el susodicho Maestre me ha pedido y rogado que le quitara las cadenas, para que los médicos pudieran sanarlo. Pero yo, Señor, teniendo en cuenta lo que me habíais ordenado tan expresamente, no he querido tomar determinación alguna sin vuestra licencia.

Carta de Bernardo d'Esplugues, alcalde general de Valencia, a Jaime II (19 de agosto de 1310).

VI.- LOS HECHOS PARALELOS EN LA CORONA DE ARAGÓN

I.- LAS PRIMERAS ACTUACIONES DE JAIME II

Jaime II, a quien la tradición ha adjudicado el sobrenombre de el Prudente, el Justo, nació en Valencia el 10 de agosto de 1267. Su padre era el infante Pedro, que después sería el rey Pedro el Grande, y su madre la infanta Constanza de Hohenstaufen, hija de Manfredo de Sicilia. Tan pronto como pudieron, madre e hijo se embarcaron hacia Tarragona, donde los esperaba el infante Pedro. Fue bautizado en Constantí el 29 de septiembre. Jaime era el primogénito: dos años antes había nacido el primer hijo de los infantes, Alfonso. Uno y otro tenían, aún con vida, a un abuelo casi legendario: Jaime I. Sólo estaría con ellos nueve años.

Los dos niños, junto con sus padres, pasaban largas temporadas en Huesca, su lugar de residencia preferido. En Huesca Jaime, cuando contaba trece años, se enteró de un hecho sorprendente: su matrimonio con la hija del conde de Foix, Constanza. También es sorprendente la decisión de Jaime: *contradicimus quantum potuimus*, es decir, que de su parte, de lo dicho, nada de nada. La osadía del adolescente llegó a sus últimas consecuencias: la boda nunca tuvo lugar. A los dieciséis años lo hallamos en Palermo, con su madre, ejerciendo de lugarteniente local y proclamado por su padre futuro rey de Sicilia... a su muerte. Sus dos años de gobierno en Sicilia, con la ayuda de Roger de Lauria, fueron años de combates y victorias. En 1285, en Vilafranca del Penedès, tiene lugar un hecho importante: muere a causa de unas fiebres Pedro el Grande, el día 10 de noviembre, a los cuarenta y cinco años. Jaime fue coronado en Palermo el 2 de febrero de 1286, con total independencia de su hermano Alfonso, el Franco, que sería rey de la Corona de Aragón. Jaime gobernó también con acierto el reino de Sicilia hasta el año 1291, cuando la muerte prematura de su hermano el 18 de junio en Barcelona a causa de un tumor maligno le obligó a regresar a la Península Ibérica para ser el nuevo rey de la Corona de Aragón, a los veinticuatro años de edad.

Jaime, ahora ya Jaime II, llegó a Barcelona el 13 de agosto de 1291 «y habiendo llegado a tierra, no hace falta decir las fiestas que se organizaron», dice Muntaner. Debía visitar los diferentes reinos: Zaragoza, donde fue coronado, y Valencia. Reunido en Monteagudo con Sancho de Castilla «se gobernó como mozo», dice Zurita: como un novato. Sobre todo al aceptar en matrimonio a la hija del rey, Isabel, de ocho años de edad. Lo hablaron el 29 de noviembre de 1291 ¡y el primero de diciembre ya se casaban en Soria! Pero los vínculos matrimoniales establecidos por intereses políticos suelen durar lo mismo que los acuerdos: en este caso, la paz con Castilla se enturbió y, dicho y hecho: nuestro conocido Bonifacio VIII prepara lo que se ha llamado «la paz de Anagni» por la que franceses y catalanes vuelven a ser amigos. Resultado: el propio papa invalida el matrimonio con Isabel de Castilla y prepara la nueva unión con la hija del hasta entonces enemigo, Carlos de Nápoles. Tampoco se puede decir que la nueva prometida, Blanca de Anjou, sea mayor: tiene doce años. El 25 de octubre Jaime y Blanca contraen matrimonio en la iglesia de Vilabertran y celebran una gran fiesta. Muntaner, encantador, dice: «nunca hubo marido y mujer que se amaran tanto». El tiempo le dio la razón: Blanca tuvo diez hijos, cinco varones y cinco hembras.

A cambio del matrimonio y de la paz de Anagni, el reino de Sicilia debía pasar a manos del papa. Pero no se tuvo en cuenta a los sicilianos: éstos querían un rey aragonés, así que el hermano de Jaime, Federico, que ya ejercía de lugarteniente, fue coronado rey de Sicilia en marzo de 1296. Jaime se halló en un dilema: debía ser fiel a su palabra, pero por otra parte le convenía que su hermano estuviera al frente del reino de Sicilia. El papa lo llamó a Roma en¹² 97 y le dio en feudo Córcega y Cerdeña: ahora ya no podía pretender ignorar las cosas. El conflicto entre los dos hermanos estalló al fin y después de combatir encarnizadamente durante 1298 y 1299, Jaime, aunque halló la victoria en Cabo Orlando, abandonó la guerra, que ahora pasaría a desarrollarse entre los franceses -los angevinos- y Federico. Finalmente, en 1302 se consiguió firmar la paz en Caltabellota y Federico se mantuvo como rey de Sicilia.

Mientras tanto Jaime había empezado la guerra contra los castellanos, cuya victoria le permitió extender el reino de Valencia por el sur hasta el término de Orihuela. El tratado lo firmaron representantes de los dos reinos en Elche en 1305. Después de resolver perfectamente estos asuntos domésticos hispánicos y con una situación tranquila en Sicilia, Jaime se dedicó a gobernar tranquilamente su reino. Sabía que en aquellos tiempos la Compañía catalana, los almogávares capitaneados por Roger de Flor, combatían por Grecia y Constantinopla cosechando éxitos espectaculares. Pero esto no era de su incumbencia; pronto tendría motivos, dentro de las raíces de sus reinos, que le harían dedicar toda su atención: el arresto de los Templarios en Francia y las consecuencias que de ello se derivarían para la Corona de Aragón.

Jaime II es el gran protagonista del asunto templario en tierras de la Corona de Aragón, motivo por el cual hemos esbozado su semblanza: ahora explicaremos el desarrollo en estas tierras de los acontecimientos que desencadenó en Francia Felipe el Hermoso en octubre de 1307.

En primer lugar debemos recordar un hecho anterior: la entrevista que Jaime mantuvo con Esquius de Floryan en 1303 en Lérida. El rey se lo sacó de encima, pero esto no significa que se olvidara del asunto. Y por si no se acordaba suficientemente, el propio Esquius se lo mencionaba en una carta fechada más tarde, en 1308, en la que le decía que él era «el hombre que había explicado los hechos de los Templarios al rey de Francia y vos sabéis, señor mío, que fuisteis el primer príncipe de todo el mundo a quien se lo expliqué todo, en Lérida, en presencia del hermano Martín Detecha, vuestro confesor». La carta no es sólo un ejemplo de autocomplacencia, sino que tiene un final interesante: «Señor mío, recordad que me prometisteis, si lo que yo afirmaba era verdad, 1.000 libras de renta y 3.000 más de sus bienes

[de los Templarios] ... Y puesto que los hechos aún no se han verificado, me permito recordároslo...».

Pero volvamos a la noticia «oficial». Felipe el Hermoso envía una carta a Jaime II el 16 de octubre dándole a conocer el arresto de los Templarios por las claras acusaciones que pesaban sobre ellos -no menciona a Esquius- y pidiéndole que haga lo mismo en su reino. Se refiere claramente a un asunto que quizá le pueda interesar: también ha decidido confiscar los bienes de los Templarios... Pocos días después, el 25 de octubre, Felipe, exultante, le envía otra carta: las acusaciones se han demostrado reales, los Templarios confiesan abundantemente, vos mismo.

Sans i Travé nos dice que Jaime también está informado de los hechos que suceden en París a través de Romeu de Bruguera, un teólogo dominico catalán. Bruguera le explica detalladamente las confesiones de Molay. Y aún recibe una tercera carta explicativa de los hechos: ésta le llega de Génova y la ha escrito Cristián Spinola el 2 de noviembre. Relata los hechos ya conocidos por Jaime y añade: «creo que el papa y el rey hacen todo esto porque quieren el dinero del Temple...». Otros que también estaban al corriente de los hechos que sucedían en Francia eran los Templarios de Cataluña y Aragón. En principio reaccionaron con miedo: lo que pasaba en Francia podía extenderse hacia la Corona de Aragón. Por esto el Maestre provincial, Ximén de Lenda, mantuvo una entrevista con Jaime II en Monterreal, cerca de Daroca, el mismo 5 de noviembre. El rey no consiguió tranquilizarlo totalmente: «Y el señor Rey nos respondió que nuestros padecimientos lo preocupaban mucho y que albergaba dos dudas: primeramente, no creía que lo que se decía... se refiriera a nosotros, y no creía en absoluto que aquello pudiera ser verdad; su otra duda se refería al rey de Francia, que tan buen consejo tenía o debía tener, que procediera contra el Temple sin razón». El extracto forma parte de una carta dirigida por el Maestre provincial al comendador de Peñíscola, Pedro de Santjust. También le explica que alguien había dicho al rey que «nosotros guarnecíamos nuestros castillos», y si bien responde a Jaime II que no haga caso de ello, en cambio ruega al de Peñíscola que «guarde todos los castillos». El Maestre provincial no las tenía todas consigo.

Unos cuantos días más tarde la alarma templaria se hace evidente. Una carta del castellano de Monzón al mismo comendador de Peñíscola, el día 11 de noviembre, ya anuncia una posible acción real: «Jaime II se va a Valencia, pero se entiende que se propone asediar Peñíscola». Otros se dedican a los asuntos prácticos: la realización de los bienes y la ocultación del dinero. En la carta que recibe

el comendador de Mallorca, Arnau de Castellví, se ve claramente: «Vos fazo saber que los comanadors de Aragon venden et pensen de vender todas cosas, de que ellos puedan haver dineros... vendeseis algunas cosas de vostra baylia et que fiessets dineros et que los mandasseis a algun de vostros amigos... entendo que la orden del Temple se desface».

Parece que Jaime, en estos primeros momentos, duda; al menos aparentemente. La contestación que da a Felipe el Hermoso el 17 de noviembre presenta este aspecto dubitativo: «sus» Templarios habían llevado hasta el momento «una vida intachable y honesta a los ojos de la gente del país», pero, aun así, si la Iglesia se lo pedía, actuaría como Felipe. Y envía una carta a Clemente V el 19 de noviembre pidiéndole aclaraciones. Por otra parte, un día después, quizá contestando cartas que le habían enviado los reyes de Castilla y de Portugal, les dice, desde Teruel, que «avemos entendido el escandalo... de la qual cosa nos fazemos mucho maravillados, porque siempre oyemos muy buena fama de los Templeros de nuestra tierra... e creemos Rey, que en la vuestra... los dichos freyres assi mismo han sido hombres de buena fama...». También en Teruel Jaime II tuvo otra entrevista con Ximén de Lenda, que cada vez

estaba más preocupado. Pero el rey más bien lo tranquilizó y le aseguró que no pensaba hacer nada... de momento.

Ximén de Lenda, a pesar de los avisos que le llovían de todas partes sobre el peligro que corrían los Templarios (como este que le llega de Miravet: «Señor, creemos que corréis gran peligro, vos y todos los frailes que estén en la corte»), cree en las promesas del rey y se va con él a Valencia. Pero todos sus consejeros tenían razón: el día 1 de diciembre de 1307 Jaime II ordena que todos los Templarios de su reino sean detenidos y que se les confiscen los bienes. La actuación del monarca ha sido tildada de engañosa. Sansi Travé dice al respecto: «Jaime II trató al Maestre provincial con un engaño y una astucia indignos del calificativo de Justo con que lo ha bautizado la historia». El rey copia incluso el sistema francés de apoyarse en la Inquisición: ésta convoca en Valencia a los Templarios para interrogarlos, pidiendo la ayuda secular para practicar las detenciones. De esta manera, parece que sean los inquisidores quienes temen por «la salud religiosa del país» y que el rey no haga sino colaborar con la Iglesia. Para dar ejemplo y para que todo el mundo se diera cuenta de la seriedad de la voluntad del rey, éste hizo encarcelar al Maestre provincial, el pobre Ximén de Lenda, que lo había seguido dócilmente a Valencia convencido de la veracidad de sus promesas...

Empiezan a darse órdenes. En primer lugar, la carta real dirigida al procurador de Valencia, Gombau d'Entença, que pone de manifiesto el doble juego del monarca: «Habiendo surgido diversas sospechas contra los Templarios, Juan de Lotger, inquisidor general, ha requerido que se presenten ante él todos los Templarios... que se confiscen todos sus bienes...». También para «ayudar en su trabajo al procurador» envía cartas a todas las poblaciones donde residen Templarios para que se les niegue cualquier tipo de ayuda. Y, de acuerdo con los obispos de Valencia y de Zaragoza, personajes de la corte, convoca a todos los obispos de la Corona para que el día 6 de enero se reúnan en Valencia, donde «presidiendo Juan de Lotger, el gran inquisidor del reino» se decidirá sobre el futuro de los Templarios. Y pide a su informador de París, Romeu de Bruguera -Miret Sans dice de este domingo que «embaucaba al rey»-, que le haga llegar copias de los procesos parisinos. Todo esto el mismo 1 de diciembre, lo que indica que Jaime II llevaba tiempo meditando el asunto y que actuaba a conciencia, y quizá indignamente, contra los Templarios.

Un día más tarde envía cartas con las mismas indicaciones al reino de Aragón. Como en el caso anterior, además de las cartas a los funcionarios reales hace llegar notificaciones a los lugares donde hay establecimientos de los Templarios aragoneses para que se les niegue la ayuda, así como a las poblaciones de dos encomiendas del Principado: Horta y Ascó. La celeridad con que fueron cumplidas las órdenes nos indica también que ya se había preparado algo desde hacía tiempo: Burriana, Xivert y Peñíscola en Valencia; Alfambra y Huesca en Aragón; Horta en Cataluña, ya habían caído en manos de las fuerzas reales «siguiendo órdenes del inquisidor» a mediados de diciembre. A finales del mismo mes en Aragón sólo quedaban en poder de los Templarios Monzón, Chalamera, Cantavieja, Castellote y Villel; las otras encomiendas, los otros castillos habían sido en su mayor parte abandonados por sus dueños...

De la misma manera que se hizo con Valencia y Aragón, el 2 de diciembre se enviaron cartas al lugarteniente del procurador de Cataluña, Bernardo de Fonollar, y a los habitantes de los lugares donde había casas de Templarios. Los diversos comendadores abandonaron sus centros y se reunieron en los diversos castillos, desde donde se podrían defender mejor. Previamente habían repartido entre familiares y amigos los objetos de valor. Unos se dirigieron a Monzón, otros a Miravet, algunos otros se afeitaron las barbas e intentaron escabullirse. Ciertos nobles «colaboraron» muy satisfechos con el rey, como el conde de Urgel, que ocupó Corbins, o el conde de Empúries, que se apropió de los bienes de los Templarios de su condado, o Guillermo d'Entença, que se quedó con el castillo de Riba-roja.

Tal y como había sucedido en Valencia y Aragón, a finales de diciembre la mayoría de las posesiones del Temple en Cataluña estaban ya en manos reales.

Desde Miravet fue enviada una carta al rey tan pronto se tuvo noticia de su acción. La escribió, el 8 de diciembre, el lugarteniente del Maestre de Cataluña y Aragón, Ramón Saguàrdia, que también era comendador de Masdéu y, en aquellos momentos, estando el Maestre encarcelado, el máximo dirigente de la orden: «Tengo entendido que habéis hecho prender a nuestro Maestre y a otros frailes... hecho que nos ha sorprendido sobremanera a nos y a los demás hermanos... nadie ha hecho nada contra Vos, Señor, ni contra persona alguna, y así, sin culpa... ¿quién puede quejarse o exclamarse contra nosotros?... este proceso que ha llevado a cabo el señor rey de Francia contra los frailes del Temple, queráis Vos, Señor... que nosotros no somos de la misma condición que aquéllos». ¿Cuál es la diferencia que Ramón Saguàrdia tiene interés en señalar? Muy sencillo: «Porque nosotros somos todos de esta tierra, mientras que aquéllos proceden de naciones diversas y hablan varias lenguas, y de tierras que han conquistado y subyugado... y nuestros frailes derramaron su sangre y murieron combatiendo contra los enemigos de la fe al lado de vuestros predecesores...». Los Templarios de la Corona son todos hijos del país, todos hablan el mismo idioma y han derramado su sangre por el reino. ¡Lástima que el «Señor» no estuviera a la altura de sus súbditos!

Jaime II era un hombre que intentaba preverlo todo. Así, a finales de diciembre envía una carta, ¡otra!, a Clemente V donde le expone su opinión sobre el modo de llevar a cabo el desmantelamiento del Temple en sus reinos. Sugiere que los bienes de los Templarios de las iglesias de Vayllobar, Ontiñena, Pomar y Alcolea pueden ir a parar al monasterio de Sixena, fundado por sus antecesores. Se trata de una muestra pequeña de los bienes de la orden, pero Jaime hace esta sugerencia únicamente para saber qué opina el santo padre; después, si Clemente V lo aprobaba, la pequeña muestra se podía ampliar. Notemos que Sixena era un monasterio de monjas hospitalarias. No, no andaba muy equivocado el rey...

Finalmente, a mediados de enero de 1308, Jaime recibe la carta que tanto esperaba: el permiso de Clemente V, fechado en Poitiers el día 3 del mismo mes, para proceder al arresto de los Templarios, a la confiscación de sus bienes, etc. Junto con el permiso, el papa incluye una copia de la *Pastoralis Praeeminentiae*, donde se detalla el porqué de la operación. El rey no necesita estos documentos para llevar a cabo lo que en ellos se autoriza, pero más vale tarde que nunca: con tal documentación bajo el brazo, ahora podrá convencer a los más recalcitrantes de que obra de buena fe, pues el santo padre lo ampara. Hace redactar de nuevo a los escribas reales otras cartas que son enviadas, junto con copias de los documentos papales, a las personas que no habían comprendido bien sus procedimientos. Y ahora son palabras mayores: Jaime II los amenaza diciéndoles que, en caso de que no cumplan sus órdenes, los considerará rebeldes y procederá contra ellos «con todo el peso de la justicia y de la fuerza». El procedimiento se completa con la orden dada a los agentes reales: en el caso de que los Templarios se entreguen voluntariamente, deben inventariar sus bienes, enviarle una copia del inventario y escoltar a los hermanos hasta la corte «con respeto y sin ofenderlos»; en cuanto a los que se resistan, deben vigilar sus castillos constantemente para que nadie se escape.

2.- EL CERCO REAL

La iglesia de la Corona no dio un visto bueno global a la acción emprendida por el rey. Ni tan sólo en la reunión de prelados que se celebró en Valencia el día 6 de enero de 1308, en una atmósfera cortesana y con presiones de la Inquisición, pudo Jaime II convencer a los asistentes para que aprobaran su grave decisión. Se encontró con lo que ya se temía: no contaba con ninguna orden expresa de Clemente V y por lo tanto, sin su permiso, los obispos de Zaragoza,

Valencia, Tarragona, Huesca, Segorbe, Lérida, Barcelona, Vic, Gerona, Tortosa y Urgel negaban con la cabeza: no, la persecución de los Templarios no los acababa de convencer. El rey y los prelados comprendieron que en aquella reunión no se podría decidir nada - probablemente una decisión sensata habría sido la de interrumpir el procedimiento- y se inclinaron por la convocatoria de un concilio provincial que debería tener lugar en Tarragona lo más pronto posible.

De acuerdo con Sansi Travé, el rey trabajó intensamente durante aquellos días para convencer a los eclesiásticos de que sus actos estaban justificados. Escribió al monasterio de Santes Creus, al convento de Valldigna, al priorato de Scala Dei. Tenemos constancia de la respuesta del abad de Santes Creus, quien expresaba «la gran perplejidad y conturbación» que se había adueñado del capítulo de sus monjes y decía que lo único que podían hacer era rezar para que Dios iluminara al monarca. En resumen: muy amablemente indicaba al rey que se había equivocado.

A finales de enero se debieron de iniciar las sesiones conciliares, presididas por el arzobispo de Tarragona, Roderico Tello, acompañado de gran parte de los prelados de la Corona. Tampoco faltaron el inquisidor Juan de Lotger ni el representante del rey, Bernardo de Fonollar, procurador general del Principado. Por parte templaria había una representación de dos caballeros y dos juristas. La asamblea estaba escindida entre los que consideraban que no había nada que hiciera suponer algo malo en la acción de los Templarios, capitaneados por el obispo de Vic, y los que daban apoyo a la iniciativa real. El obispo de Valencia explica que el ambiente conciliar era «de gran brica» (brega) y que el resultado que se podía esperar, a pesar de la escisión, era la interrupción, de momento, del procedimiento real para profundizar más en el asunto.

Fue en aquellos momentos cuando llegó, como caída del cielo, la carta de Clemente V con el permiso, la bula y todos los salvoconductos que esperaba Jaime II. Con la documentación ante sus ojos, los padres conciliares entonaron al unísono un amén y dieron luz verde al procedimiento real. Jaime II se puso en seguida a trabajar con ahínco para llevar a sus últimas consecuencias la decisión que había tomado a principios de diciembre. Envío ultimatums a Ramón de Saguàrdia, jefe del castillo de Miravet, y a Berenguer de Sant Marçal, jefe del de Ascó, para que entregaran los castillos y ordenó al veguer de Tortosa, Bernardo de Cespujades, que llevara a cabo su ocupación. Éste mostró la documentación real a los caballeros de Ascó y Miravet, quienes le dijeron que, de momento, no estaban dispuestos a entregarse. Al mismo tiempo, Ramón de Saguàrdia envió una carta a Jaime II: «Señor, tenemos entendido que se os ha informado de que nos habíamos dicho cosas por las que Vos, Señor, estabais disgustado con nos. Y mucho nos sorprende que Vos, Señor, podáis pensar en vuestro corazón que nos hayamos hecho... algo contra vuestra persona... Pero corresponde a nos responder... contra estos malvados crímenes que se nos imputan injustamente, con gran injuria y gran pecado... yo me quejo del mal común que acompaña a todos aquellos que compartimos la fe católica, pero no del mal ni de los pesares que ni yo ni los otros frailes del Temple apoyaremos».

El rey dio la callada por respuesta y ordenó expugnar los castillos. Acostumbrados a cifrar en centenares, y a veces en miles, los contingentes que defendían las fortalezas templarias en Tierra Santa, nos sorprende un poco el número de las fuerzas que sufrieron asedio en los castillos de Miravet y Ascó: en el primero había cuarenta hombres de armas y los hermanos; en Ascó no pasaban de la veintena. En Miravet se habían refugiado algunos dignatarios.

Que la voluntad de los Templarios asediados en los dos castillos era la de resistir lo demuestran dos hechos. En primer lugar, la mediación de Arnau de Marçal ante su hermano Berenguer, en Ascó, para que se entregara: el rey lo aceptaría, pero debería presentarse ante la corte. Berenguer, a pesar de los ruegos de su hermano, se negó a ello. En segundo lugar, el permiso que Ramón de Saguàrdia pidió al alcalde de Tortosa para que los laicos y los muchachos que se estaban preparando para ser armados caballeros en Miravet pudieran salir libremente si así lo deseaban. La petición fue concedida, siempre que «no se llevaran consigo ni dinero, ni otros objetos, ni cartas, y sobre todo, que no se infiltrara algún fraile entre ellos», como dice Sans i Travé. Esta petición comportaba un evidente deseo de resistir.

Durante los meses de marzo, abril y mayo, ante la irritación creciente que le provocaba la falta de eficacia de las tropas de Tortosa, que eran incapaces de apoderarse de los reductos de los Templarios, el rey envió a Miravet a diversos negociadores para que plantearan la rendición del castillo. Ramón de Saguàrdia mantenía una relación franca con uno de ellos, Bernat de Cespujades, a quien había tratado en sus viajes como lugarteniente del Maestre provincial; por esto lo eligió para explicarle por qué los Templarios no se entregaban al rey y pedirle que un mensajero real y uno de confianza de la orden fueran a visitar al papa. Si las noticias con que volvían eran condenatorias, se entregarían, pero antes debían estar seguros. Cespujades informó al rey de ello. Sin embargo, Ramón no se había quedado totalmente tranquilo y envió otra carta a Jaime II: «Si Vos, Señor, queréis obtener por la fuerza nuestras personas [y] los castillos en que nos hallamos, habrá pérdidas humanas y de bienes; y esto no se acuerda con los mandamientos del Papa... Y estad seguro, Señor, que preferimos morir con corona de martirio que vivir siempre con deshonor... pues si morimos por esta razón, defendiendo nuestras vidas moriremos sin culpa

La carta y la relación de motivos por los que no se rendían disgustaron profundamente al rey, ya que Saguàrdia no sólo insistía en querer mantenerse en el castillo sin mostrar interés alguno en entregarlo, sino que también insinuaba que el papa no había dado ninguna orden de que se combatiera a los Templarios. Por esto cuando en la misma carta Ramón le dice «os rogamos muy solícitamente que nos recibáis... que Vos saldréis de este hecho del Temple con más honor que príncipe alguno...», proponiéndole una entrevista, el rey no le hace el mínimo caso y sigue mudo ante las peticiones que le llegan de Miravet.

Uno de los últimos mensajeros reales fue Pedro de Queralt, que también recibió, a primeros de mayo, una especie de resolución elaborada por diversos dignatarios que se encontraban en Miravet. En primer lugar decían que «estarán a las órdenes del señor Papa... que si ordena que la Orden sea disuelta o que se pasen a otra orden...», para acto seguido afirmar que no estaban dispuestos a aceptar que el papa «ordenara o condenara por herejía, que esto no lo consentirían por nada del mundo... sino que defendiéndose de esta acusación morirían todos en sus castillos». Esta resolución también fue presentada ante el rey y tampoco obtuvo respuesta: a Jaime II sólo le interesaba la rendición. Mientras los negociadores reales iban y venían de Miravet, el monarca mantenía abierta una línea de contacto con Francia, con las cancillerías real y papal, para intentar obtener las famosas copias de los procesos que se habían desarrollado allá. Pero no conseguía nada: todo era aún materia reservada. Al menos recibió desde Marsella la opinión de su consejero Arnau de Vilanova, el famoso médico, quien le manifestó que la orden «era culpable de los crímenes que se le imputaban». Como mínimo podía estar tranquilo respecto a esto: él y los suyos estaban unidos.

Finalmente, a principios de junio llegaron a Jaime II noticias de primera mano. Las recibió de Juan Borgoñón, a quien hemos conocido cuando explicábamos el proceso en Francia. (De hecho, todos los historiadores se han servido del epistolario de Borgoñón para conocer la actuación de Plaisians ante el papa.) Juan Borgoñón era también consejero del rey y en estos

momentos cumplía funciones como delegado de la Corona de Aragón en la curia papal: era un espectador privilegiado. La carta de Borgoñón, fechada a finales de mayo, explica con todo detalle el primer discurso de Guillermo de Plaisians ante el papa (29 de mayo) y la respuesta que mereció. Nada podía complacer más al rey que recibir estas noticias, sobre todo las referentes a la actitud del papa, que apoyaba las acciones reales francesas dando inicio así a la condena de los Templarios. Cuando, en una nueva carta del 19 de agosto, Borgoñón le informó de las disposiciones surgidas de las diversas bulas promulgadas por Clemente V, supo que todo lo que había hecho hasta el momento contaba con la bendición apostólica. En la misma carta le comunicaba también que el papa había designado al arzobispo de Tarragona y al obispo de Valencia entre otros para llevar a cabo las inquisiciones a los Templarios de la Corona.

Si bien en Miravet los Templarios dirigidos por Ramón de Saguàrdia se mantenían firmes y a medida que pasaban los meses se iban convenciendo cada vez más de sus razones para resistir, en cambio en Monzón, la otra gran fortaleza templaria, se pasaban momentos más difíciles, también -debe decirse- porque el asedio a que les sometían las tropas reales era cada vez más asfixiante. Algunos de los hermanos no compartían la idea de resistir y se habían formado dos bandos: uno que ya estaba dispuesto a abandonar y entregarse a la clemencia del rey, y otro que pedía, antes que nada, poder hablar con Jaime II, tal como habían manifestado sus compañeros de Miravet. A pesar de las disensiones, la mayor parte de los hermanos acordó, ante la última propuesta presentada por el negociador real, Artalo de Luna, que seguirían defendiendo Monzón.

De pronto, el rey cambió de parecer: estaba de acuerdo en recibir al hermano Ramón de Saguàrdia, que en aquellos momentos era la dignidad más alta de la orden al estar encarcelado el Maestre provincial, Ximén de Lenda. Ramón aceptó encantado, pero pidió que se le asegurara que después de la entrevista podría regresar a Miravet. Jaime II consideró esta petición indigna, con lo que parecía desaparecer toda posibilidad de contacto personal con los Templarios. Saguàrdia vio entonces que debía ceder y decidió enviar a un representante suyo, el hermano Jaime de Garrigans, antiguo administrador de una casa de Templarios en Gebut y que, como tantos otros dignatarios, se había refugiado en Miravet. Miret Sans, ya de entrada, lo define: «Parece que fue un traidor». La entrevista de Garrigans con el rey tuvo lugar a finales de julio y dio como resultado una carta que el rey envió a Ramón de Saguàrdia a principios de agosto en la que denegaba la propuesta presentada.

Los de Miravet consideraron que Garrigans no había defendido bien a la orden, que había tenido tratos secretos con el rey. En pocas palabras, estaban de acuerdo con Miret Sans: era un traidor. Garrigans envió una carta al rey el 10 de septiembre en la que le explicaba el ambiente que se había encontrado a su vuelta: «Inmediatamente dijeron que yo me había entrevistado con Vos para desgracia suya [y] excepto R. Saguàrdia... todos los demás se muestran contrarios y muy malquistados con Vos...». Parece, ciertamente, que Jaime de Garrigans estaba más a favor del rey que de sus hermanos asediados. Seguidamente vemos que el calificativo de traidor no era vano: «... y así que ellos tuvieron preparadas sus cartas, me las ingenié para conseguirlas todas y al caer la noche me escapé y me vine a la villa... y así, Señor, os pido merced humildemente... que me lo tengáis en consideración...». En resumidas cuentas: Garrigans propone al rey llevarse unas cartas de Miravet y entregárselas, esperando que se lo tenga en cuenta...

Las «cartas» eran unos documentos secretos que los de Miravet querían enviar a diversas personalidades para captar su atención sobre el problema, tal como explica Sansi Travé. El traidor entregó estos documentos a Cespujols, quien inmediatamente los hizo llegar a manos del rey junto con la carta antes citada de Garrigans, que terminaba con la petición concreta de

que el rey le diera una recompensa: «En algún lugar del reino de Valencia o de Cataluña, me dierais alguna cosa con que pudiera llevar una vida adecuada». El monarca se aprovechó de la traición pero condenó al traidor y ordenó que fuera encarcelado en el castillo de Tortosa y que le «pusieran grilletes», como dice, satisfecho, Miret Sans. Estuvo en prisión hasta julio de 1309, mes en que fue llevado ante el obispo de Valencia para ser interrogado.

El cerco real se iba estrechando. En junio de 1308 el castillo de Libros capituló y su oficial en jefe, Pedro Rovira, fue detenido y trasladado al castillo de Alfambra, uno de los primeros en ser abandonados por los Templarios. A finales de agosto la milicia real ocupaba el castillo de Cantavieja, en el Maestrazgo. Su comendador, Ramón de Galliners, fue conducido junto con los demás hermanos a Valencia, mientras que los laicos que los habían ayudado en la defensa de la fortaleza fueron detenidos. Pocos meses después, el 24 de octubre cayó Villeda y su comendador, Bartolomé de Vilafranca, y los demás hermanos también fueron trasladados a Valencia. El 2 de noviembre se rindió Castellote. En este caso, sus ocupantes, con el comendador Guillermo de Villalba al frente, fueron mejor tratados que los anteriores gracias a las negociaciones que hicieron Bartolomé Tarín, jefe de los asediadores, y una delegación de los hermanos: los llevaron a la Ginebrosa, donde serían custodiados por ocho guardias, pero asignándoseles seis dineros jaqueses a cada uno para su mantenimiento y un vestido nuevo. También pudieron llevarse la ropa de cama y los arneses... pequeños. Todos los laicos fueron perdonados. Parece que a principios de invierno el rey estaba mejor dispuesto hacia los Templarios.

Sin embargo, ahora era el momento de embestir contra la fortaleza más emblemática: Miravet. Jaime II preparó un ejército ciertamente importante. Entre otras ciudades, Barcelona debía contribuir con 500 soldados. Pero el rey no tuvo suficiente con sus propias tropas: pidió la colaboración del rey de Mallorca, su tío, otro Jaime II, y del vizconde de Castellbó. Parecía que se preparara una expedición contra los sarracenos más que contra unos pobres caballeros templarios. El rey tenía prisa por acabar con la resistencia de Miravet. El 11 de octubre Cespugades hace una vez más el mismo camino: sube al castillo de Miravet para comunicar a sus ocupantes el ultimátum real. Si se entregan se les tratará bien. A finales de octubre Bernardo de Libià, en calidad de enviado real, negocia con Ramón de Saguàrdia y los otros dignatarios la presencia de una comisión de frailes para hablar directamente con el rey sobre su rendición. Los Templarios aceptan y designan a los hermanos Ramón d'Oliver y Jaime d'Oluja para entrevistarse con Jaime II.

En aquel momento no quedaba otra salida que la negociación: la situación en Miravet era difícil de sostener por la falta de vituallas, problemas de salud y la presencia del poderoso ejército real. Los dos delegados de Miravet se reunieron con el rey en Calatayud y le entregaron una carta de Ramón de Saguàrdia con los ocho puntos que se debían negociar. El rey aceptó algunos de ellos, pero no todos, y por lo tanto remitió a Ramón «sus propios ocho puntos»: aceptaba que los que no fueran Templarios pudieran abandonar libremente el castillo; pediría al papa que los hermanos fueran tratados con misericordia; cada uno tendría su paga según su categoría; mientras esperaran a que se celebrara el juicio podrían elegir su lugar de residencia; podrían recibir alimentos y vestidos de sus familiares; finalmente, prometía que solicitaría al Santo Padre que se acelerara la solución definitiva del problema. Y les daba cuatro días para responder si aceptaban o no.

Según la relación de los hechos de Sansi Travé, todo el mundo estuvo de acuerdo excepto Ramón de Saguàrdia. Éste mantenía la esperanza de que la Santa Sede los ayudaría y estaba haciendo gestiones para que el papa lo apoyara mínimamente: sabía que lo único que podía frenar al rey era una comunicación surgida de la cancillería de Clemente V. En el mes de octubre escribió dos cartas, una dirigida al abad de la Fontfreda y vicescanciller de la curia

pontificia, y la otra directamente a Clemente V: «Nos proponemos hacer llegar a oídos de Su Santidad las tribulaciones y congojas...». Por otra parte, y mientras Ramón mantenía viva la llama de la esperanza, las negociaciones seguían. Se acordó que fuera Calatayud el lugar de confinamiento. Transcurrido cierto tiempo, sin embargo, como los «oídos de Su Santidad» se mostraban sordos y no llegaba ninguna respuesta de Francia, como el clima interno de Miravet era decididamente favorable a la capitulación, Ramón de Saguàrdia decidió unirse a la opinión general y aceptó la rendición, pero pidiendo para su persona y su honor el trato que merecían. El rey le contestó que no hacía sino cumplir las órdenes del papa, pero «sabad que os trataremos benignamente». El 12 de diciembre de 1308 Ramón de Saguàrdia entregó el castillo de Miravet al representante de Jaime II, Bernardo de Libià.

El mismo día los funcionarios reales inventariaron todos los bienes existentes. Jordi Rubió, Ramon d'Alós y Francesc Martorell transcribieron a principios de nuestro siglo, en 1907, la comunicación que Mascarós Garidell transmitió al rey después del inventario:

... Humilde siervo vuestro, beso vuestros pies y me encomiendo a vuestra gracia: sepa vuestra alteza, señor, lo que he encontrado en la torre del tesoro del castillo de Miravet», y empieza la relación. Una buena cantidad de dinero en monedas diversas: florines, torneses de plata, sueldos... pero indica que aún no lo ha podido recoger todo, pues le parece que los frailes deben de haber escondido alguna suma «por las paredes de las casas» y no hay forma «de hacer salir a los frailes del castillo». También halla «aynements, capeyles e d'altres robes... calces de les capeyles e encensers e navetes e lentes d'argent». Habla asimismo de los ejemplares «de la Biblia... aquí tienen muchos excelentes y de diversos tipos», pero aún no se los ha enviado porque «he preferido apresurarme a escribir». También reseña armas en buen estado, animales... y el comendador y los frailes «que han permanecido en el castillo». El rey, «el muy poderoso señor Jaime», ya le indicaría qué debía hacer con todo aquello. Jaime II, curioso, le pide en una carta fechada el 19 de diciembre que le envíe las biblias y los demás volúmenes. Parece que de todo el inventario sea lo que le atrae más: nos hallamos ante un bibliófilo de primera. Más tarde, por Navidad, le ordena que le haga llegar el tesoro y los objetos de valor, que pasarán a la cámara real. Dos meses después, toda la documentación que se guardaba en Miravet -ya habíamos mencionado que era el centro administrador de toda la provincia- fue enviada a Barcelona.

En aquellos momentos sólo quedaban como reductos de los Templarios Monzón y Chalamera. En las negociaciones llevadas a cabo para pactar la rendición de Monzón intervino un nuevo personaje, ajeno al país: el legado papal Beltrán, prior de Saint-Cassiano, en Beziers. Esta injerencia en los asuntos internos de la Corona fue debida al interés del papa por controlar, ahora que todo iba bien, la entrega de las encomiendas y sus bienes. En una carta enviada al rey el 30 de diciembre, si bien le encargaba que continuara con la persecución de los Templarios, le manifestaba asimismo que debía transferir las encomiendas a la Santa Sede. Ahora el papa se aprovechaba mezquinamente de la carta que le había escrito Ramón de Saguàrdia y en la que le decía que los Templarios de la Corona consideraban que sólo podían depender de su persona: *también* enviaba al legado para dar cumplimiento *a la petición de los Templarios*. El rey hace lo que quiere y, de momento, se saca de encima a Beltrán diciéndole que se vaya a Monzón y resuelva el problema con los Templarios que hay allí.

Beltrán de Saint-Cassiano se encamina hacia Monzón cargado de documentos pontificios que deben leer los hermanos. Éstos pretextan no saber latín, con lo que demoran un poco más las negociaciones, que se prolongan hasta febrero de 1309. Los hermanos se niegan a rendirse una vez más y el legado se tiene que ir de Monzón con el rabo entre las piernas. Escribe al papa explicándole su fracaso, «por la perfidia y obstinación de los Templarios». Las negociaciones entre los Templarios de Monzón y los enviados del rey se reanudaron tiempo

después, seguramente en un clima diferente del que había creado el legado papal. Por esto y por las dificultades reales de todo tipo que había en Monzón, el castillo se entregó el 24 de marzo al último negociador, Artal de Luna. Berenguer de Bellvís, Dalmau de Tidor, Arnau de Banyuls, Bernardo de Bellisen y el último comendador, Guillermo de Miravet, salieron dignamente acompañados de los demás hermanos. Poco después cayó Chalamera. Ahora ya no quedaba ningún castillo rebelde. El primer acto de la sumisión de la orden a los deseos de Jaime II se había cumplido.

3.- LOS INTERROGATORIOS Y LAS EMBAJADAS

En la primavera de 1309 se había acabado la resistencia de los Templarios y por lo tanto se debían llevar a cabo los interrogatorios correspondientes, determinar su inocencia o culpabilidad y finalmente decidir la suerte definitiva de la orden en la Corona. Los mecanismos inquisitoriales tenían que llevar adelante el proceso contra los Templarios. Sin embargo, llegados a este punto, en el proyecto real no hay demasiada prisa. El rey ha dominado a los Templarios, se ha adueñado de sus bienes y ahora sólo hace falta estar atento a las disposiciones internas y externas para rematar el asunto. No resulta extraño, pues, que en este mismo año Jaime II inicie la aventura de Almería: conquistar tierras a los infieles lo ayudará a consolidar su propia posición si, tal como se teme, el papa también quiere sacar tajada del pastel del Temple catalanoaragonés.

En el verano de 1309 el rey escribe a todos los responsables civiles para que entreguen a todos los Templarios presos a los inquisidores y se proceda a los interrogatorios. Esto toma mucho tiempo, ya que un año más tarde, cuando Jaime II vuelve de su fracasada expedición contra los sarracenos de Almería, los interrogatorios aún siguen. Ahora empieza el tira y afloja con Clemente V: el papa insiste en la devolución de la administración de la propiedad de los Templarios a la Santa Sede y Jaime II no piensa hacerlo ni remotamente. El papa venía pidiendo desde enero de 1309 la celebración de un concilio provincial y presionaba al arzobispo de Tarragona en este sentido. Por su parte, el rey lo demoraba: aún no se había llegado a resultados satisfactorios en los interrogatorios, aún no era el momento. Pretendía esperar y ver cómo se desarrollaba el próximo concilio de Vienne, donde las cosas se aclararían -confiaba en la fuerza de Felipe el Hermoso-, y probablemente después de octubre, la fecha de inicio del concilio decidida por el papa, todo tendría otro aire. Pero el papa le comunica que el concilio ecuménico se ha aplazado un año más. Ahora Jaime II ya no puede demorar más lo que se tenía que hacer, de orden provincial, en su reino.

En verano parece que todos los interrogatorios se han acabado y el rey da permiso para celebrar este concilio provincial, que tendría lugar en Tarragona en septiembre de 1310. Se daría una situación sorprendente y contradictoria: por una parte el concilio -del que no tenemos actas, pero del que conocemos su disponibilidad para atender las razones de los Templarios- pide una suavización en las condiciones del confinamiento de los encarcelados. Por otra parte, los inquisidores se quejan al rey de la falta de rigor con los que tiene encarcelados la justicia real. El rey intenta satisfacer a todo el mundo. En julio pide al procurador general del reino de Valencia que «endurezca la prisión de los Templarios y que los guarde con mayor diligencia... encadenándolos... guardándolos con mucho cuidado...». Encadenándolos, o sea, manteniéndolos en prisión, con grilletes. Pero un mes después ordena que retiren los grilletes a los «frailes Jaime de Oluja y Guerau de Copons... si juran no salir para nada del castillo de Grañena».

Los pobres Templarios deberían esperar en la cárcel un año más, hasta la convocatoria de otro concilio en Tarragona, en marzo de 1311. Clemente V no veía con buenos ojos esta

demora en el proceso contra los Templarios, y como buen padre espiritual que era, se daba cuenta de por qué no prosperaba: no torturaban o lo hacían mal. El 18 de marzo de 1311 envía instrucciones a los seis delegados papales en la Tarraconense, pero hablaremos de ellas más adelante. El concilio, contrariando al papa pero sirviendo a Dios, no resuelve nada sobre la culpabilidad de los Templarios. Jaime II se irrita al saberlo e, hipócritamente, pide una resolución para que el Maestre Ximén de Lenda y los altos dignatarios sepan a qué atenerse. El segundo concilio de Tarragona sirvió, al menos, para pedir que se aliviaran aún más las condiciones de vida de los Templarios en las prisiones. Ahora no solamente insistían en que no se les encadenara, sino que se pedía asimismo que cada uno de los encarcelados recibiera una cantidad para sobrevivir «a cuenta de los bienes del Temple». Jaime II, que ya consideraba suyos estos bienes, no le debió de interesar demasiado esta propuesta.

Siguiendo, una vez más, a Sansi Travé, será interesante abrir ahora un paréntesis y ver cómo se habían desarrollado los interrogatorios. Por ejemplo, la inquisición de Lérida se constituyó en la Sede el 15 de febrero de 1310. Los sistemas empleados son semejantes a los que hemos visto en París. Se toma juramento a cada uno de los Templarios y seguidamente se los interroga sobre los errores típicos: renegar, escupir, los besos, la homosexualidad... Las sesiones finalizaron el 17 de marzo, después de haber tomado declaración a 32 hermanos en la Sede y a unos cuantos más en el convento de los dominicos y en el palacio episcopal. De los 32 interrogados en la catedral, que es de quienes tenemos más constancia, 19 eran sargentos, 9 eran caballeros y 4 sacerdotes. Sansi Travé nos da su filiación completa. También declararon como «testigos» tres dominicos, tres franciscanos y tres sacerdotes. Los dominicos consideraban que existía algo malo en el Temple; los franciscanos, por su parte, creían que, a pesar de todo, eran buenos cristianos; los sacerdotes se inclinaban más bien por creer en la mala fama de los Templarios. En cuanto a los Templarios interrogados, lo negaron todo.

El obispo de Elna presidió el interrogatorio que se desarrolló en Trullars a partir del 14 de enero de 1310 contra los Templarios de la encomienda de Masdén, en el Rosellón. En Trullars se interrogó a cinco Templarios: dos sacerdotes y tres caballeros. Después se decidió proseguir los interrogatorios en la misma casa de Masdén, donde el día 17 del mismo mes declararon diecinueve Templarios. Todos los que declararon hasta el día 19 negaron todas las acusaciones. El día 20 le tocó declarar a Ramón de Saguàrdia que, como sabemos, además de sus obligaciones provinciales era comendador de Masdén. Tal como se podía esperar de un hombre que hacía treinta y cinco años que había ingresado en la orden, negó todas las acusaciones. Siguió presentándose hermanos ante el tribunal pero los inquisidores sólo pudieron escuchar la negación de todas las culpas imputadas.

Hasta aquí, la acción de la Corona contra los Templarios era un auténtico desastre... según el papa. Lo que hemos visto en Lérida y en Masdén era el tono general que llegaba a Clemente V de toda la Península Ibérica: no había ni un solo Templario que aceptara los cargos. Alguna cosa fallaba y por lo tanto, el 18 de marzo de 1311 el papa promulga la bula *Dudum et eliciendum*, especialmente destinada a las comisiones de los reinos cristianos ibéricos y a sus monarcas.

Si no conociéramos la forma de obrar de Clemente V, el contenido de la bula nos podría sorprender, quizá incluso escandalizar; pero ahora ya estamos preparados. Y no obstante, al leer estas órdenes, estas indicaciones, uno no sabe qué pensar. Veamos: «... para conseguir el testimonio de la verdad sobre los crímenes, los errores y los vicios... del Temple, os nombramos miembro de la comisión que en Cataluña y Aragón debía inquirir sobre las personas y la orden mencionadas; ... vistas y revisadas las actas que nos habéis enviado, tenemos *lavecamente presunción de que tales frailes y orden son culpables de los crímenes e infamias que se les imputan*, de manera que si hubieran sido sometidos a tortura, que con poca

prudencia y negligentemente no aplicasteis, probablemente tendríamos ahora toda la verdad... Es por esto por lo que os ordenamos... que los interroguéis *exponiéndolos a la tortura y a los tormentos...* y que seguidamente nos enviéis... las actas de sus confesiones». Que cada cual haga su propio comentario.

A pesar del espíritu contundente del escrito papal -o quizá precisamente por su tono, que no encajaba suficientemente en las tierras de la Corona- nadie movió un dedo, y precisamente por esto Clemente V volvió a insistir el 27 de junio enviando una copia de la bula, por si alguien la había perdido... El obispo de Valencia, Ramón Despont, y el arzobispo de Tarragona, Guillermo de Rocafort, habían sido invitados al concilio de Vienne, que finalmente se inauguraría en el mes de octubre. Debían, pues, presentarse ante el papa con algunos triunfos, por lo que pidieron a Jaime II, siempre diligente en estas cuestiones, que se enviara a Barcelona un grupo reducido de Templarios para poderlos interrogar con los nuevos métodos. En agosto de 1311 el rey ordenó el traslado a Barcelona de dos caballeros y diez sargentos de Lérida que ya habían declarado anteriormente excepto dos de los sargentos. Igualmente se trasladaron a la ciudad condal dos caballeros y diez sargentos más desde Tortosa. Los prelados sólo interrogaron a cuatro de los procedentes de Lérida, dos de los de Tortosa y dos más que estaban encarcelados en Barcelona. Siguiendo las santas instrucciones papales asistieron a los prelados Ferrer de Lillet y Guillermo Olomar, encargados especialmente de la aplicación de las torturas.

El hermano Benigno Gamir, sargento encarcelado en Barcelona, lo negó todo. Se le preguntó si lo ratificaba antes de ser torturado, a lo que contestó afirmativamente. Mientras era torturado iba diciendo que todo lo que había declarado era la verdad. «Después de sufrir el tormento durante largo rato» fue confirmando su inocencia y la de la orden. Después se procedió al «interrogatorio» del hermano Aparicio Bonet, también sargento, quien sólo con oír la lectura de la bula papal se echó a temblar al mismo tiempo que protestaba contra el tribunal. Éste no le hizo caso, pero Aparicio no admitió acusación alguna. Fue torturado «durante una hora» y perseveró negándolo todo. Siguieron los tormentos una hora más, dijo que quería hablar y volvió a declarar su inocencia. Lo volvieron a torturar, pidió confesar, detuvieron nuevamente la tortura y el pobre, el gran Aparicio afirma que «si confesaba otra cosa diferente de lo que había dicho, mentiría por la boca».

Los interrogatorios se detuvieron a la espera de la llegada de los grandes inquisidores, con Juan de Lotger al frente. Se reanudaron con Bernardo Bellisén, otro sargento. Fue torturado, pero lo negó todo. Se dejó pasar un día para que «reflexionara» pero no había forma de hacerlo confesar. A otro sargento, Guillermo d'Albió, también se le hizo sesión doble, es decir, torturas durante dos días. Tampoco se tuvo éxito: no confesó nada. Lo mismo pasó con Bartolomé Dezmor y con Pedro de Berbegal, ambos sargentos. Había como una obsesión con interrogar a los sargentos, porque se creía que no eran de la misma madera que los caballeros y que, por lo tanto, serían más fáciles de convencer para que confesaran. Al menos, esto se les había dicho desde Francia. Pero aquellos sargentos los decepcionaron totalmente: los dos últimos siguieron la pauta de los anteriores; fueron torturados una y otra vez, pero no confesaron.

Finalmente sometieron a tortura a dos caballeros: Pedro de Camprodón y Bernardo Çarovira. Igual que con los anteriores, no se obtuvo de ellos confesión alguna ni con torturas continuas. Los dos prelados, el arzobispo de Tarragona y el obispo de Valencia, consideraron que ya tenían suficiente y decidieron finalizar los interrogatorios. Por otra parte, el mes de agosto estaba llegando a su fin y debían hacer las maletas para irse a Vienne, donde podrían hablar con el papa de los resultados de las declaraciones tomadas mediante tortura en Barcelona.

Pero la máquina se había puesto en marcha y no había razón para detenerla. Los inquisidores, siempre con Juan de Lotger al frente, se encaminaron hacia Lérida, ciudad elegida como sede inquisitorial. Sería, por lo tanto, el obispo de Lérida quien presidiría el proceso. En primer lugar se reclamó la presencia de todos los Templarios encarcelados. El rey, el 29 de septiembre, cursó las órdenes pertinentes para que todos los Templarios fueran entregados a los inquisidores de Lérida. El traslado de los Templarios no fue fácil, y hasta finales de noviembre no los pudieron reunir a todos en las antiguas casas templarias de los alrededores de la capital del Segrià.

Los Templarios fueron torturados a conciencia, «tratados como vulgares delincuentes», como dice Sansi Travé. A los inquisidores les daba igual que fueran jóvenes o viejos, que estuvieran sanos o enfermos: todos sufrieron las vejaciones más inhumanas. A finales de noviembre, todos habían sufrido ya los interrogatorios excepto los que aún tenían que llegar desde Valencia. No nos han llegado las actas de las declaraciones, pero todo induce a pensar que ninguno de los torturados confesó. En su momento, estas actas fueron enviadas a Vienne, para que los representantes catalanes las conocieran y las entregaran, finalmente, a la curia papal.

En Vienne, además de los prelados, había una representación real. Jaime II también había sido invitado, pero había excusado su asistencia porque «estaba muy ocupado en los asuntos del reino». Los delegados del rey en el concilio ecuménico fueron Pedro de Queralt, Pedro Boily y Guillermo Olomar, este último considerado experto en torturas, tal como hemos visto. Llevaban instrucciones de Jaime II para presentar el punto de vista de la Corona sobre el hecho que, incluso desde la lejanía de la cancillería catalanoaragonesa, parecía inminente: la supresión de la orden. Había tres bloques de planteamientos: el que se refería a los hermanos del Temple; el correspondiente a sus bienes, y el relativo a la sucesión de la orden. El rey no prestaba la menor importancia al primero: ya sería el papa quien dispusiera de los hermanos. Pero en lo referente a sus bienes, aquello ya era otro cantar: los embajadores debían discutir los gastos ocasionados por la ocupación de los castillos y la excarcelación de los Templarios. También se debía ver cómo se repartían los bienes de la orden, pero el rey se guardó esta carta para discutirla personalmente con el papa: éste debía tener en cuenta que los bienes de los Templarios de la Corona provenían de donaciones catalanoaragonesas, muchas de ellas reales. Finalmente, sobre la adjudicación posterior, se tenía que evitar que pasara a manos del Hospital, porque esta orden ya era suficientemente rica *ypotente en* las tierras de la Corona. Quizá sería mejor crear otra orden, basada en la regla de la de Calatrava.

Todas las comunicaciones que los delegados enviaron al rey, que fueron muchas, así como las del avisado Juan Borgoñón, que se movía por los pasillos conciliares como pez en el agua, sólo tocan un tema: los bienes de los Templarios de la Corona. Comunicaron a Jaime II que habían oído decir en Vienne que los bienes generales de los Templarios se destinarían a los asuntos de Tierra Santa y que por lo tanto no se tocarían los de los hermanos de la Península; que el cardenal de Besiers les había dicho, informalmente, que «de los bienes de la orden ni el papa ni obispo alguno obtendrían nada»; que, en conjunto, aún se tardaría «quizá de cuatro a seis meses» a decidirse todo. Parece que eran buenas noticias o, al menos, las que el rey deseaba que le llegaran. Pero cuando finalmente los delegados pudieron hablar con el papa, el 4 de noviembre, Clemente V no cedió y se mantuvo obstinadamente: los bienes pertenecían a la Iglesia y no toleraría que ningún rey se aprovechara de ellos. Y no se tenía que empezar la *casapor el tejado: primero se* debía solucionar el asunto de la orden y después ya se hablaría sobre el destino de los bienes.

Al rey no le gustó leer estas noticias y la tomó con los mensajeros: les recriminó que no habían sabido explicarse bien y que no habían defendido correctamente la posición de la

Corona. Por lo tanto, decidió que, en vista de lo que habían obtenido, no valía la pena que continuaran: los cesó y los hizo regresar. Por otra parte, envió una carta al papa en la que le comunicaba la retirada de sus embajadores. Todo esto debe ser interpretado como un acto de presión, una manera de decir al papa que no estaba de acuerdo con sus puntos de vista y que, según su opinión, no se llegaba a nada. Clemente V reaccionó: no quería ni oír hablar sobre la posibilidad de que el obispo de Valencia, a quien apreciaba mucho, abandonara el concilio. En cuanto a los delegados seculares, su opinión era que tampoco se fueran y les recomendó que se quedaran «porque el concilio finalizaría en febrero». Todo este intercambio de cartas y de audiencias se llevaba a cabo a finales de 1311. Los delegados, confusos, escribieron al rey: «¿Qué hacemos, volvemos o nos quedamos?». Jaime II, a principios de febrero de 1312 -las idas y venidas de los mensajes eran mucho más lentas que los acontecimientos- les permitió permanecer en Vienne hasta que acabara el concilio.

Cuando se hubo decidido la suerte de los Templarios, por las presiones que Felipe el Hermoso ejercía desde Lyon sobre el papa, los delegados del rey se movieron por Vienne en una serie de reuniones paralelas intentando averiguar qué se cocía entre bastidores. Hubo una reunión entre los delegados ibéricos y los miembros conciliares eclesiásticos de los reinos cristianos para encarar los resultados de la decisión, que ahora ya parecía inminente. Los delegados de la Corona de Aragón vieron que se encontraban solos, ya que los castellanos tenían otra manera de ver la solución, y que el problema, si es que se creaba alguno, afectaría más a Jaime II que a los intereses castellanos. Preocupados por todo esto, pidieron y obtuvieron una entrevista con Clemente V el 1 de marzo de 1312, a la que también asistieron los delegados portugueses, que se sentían más cerca de los planteamientos de la Corona aragonesa. En concreto, volvieron a manifestar al papa que todo lo que se decidiera debía contar con la aprobación de sus reyes y que ni los unos ni los otros verían con buenos ojos el traspaso de los bienes del Temple al Hospital. El papa los escuchó y los hizo esperar mientras hablaba aparte con los cardenales. Los volvió a llamar en breve y les manifestó, sorprendentemente, que en primer lugar se tenían que preocupar de los Templarios y que sólo después se hablaría de sus bienes. Una manera de sacárselos de encima. Con consulta incluida, para hacerles tragar más fácilmente la píldora.

Los delegados se quedaron estupefactos y empezaron a mantener entrevistas con algunos cardenales para atraerlos a las tesis de Jaime II. Alguno de los cardenales se fue de la lengua y les dijo que Clemente ya había pactado con los Hospitalarios el traspaso de los bienes. Más desazonados que nunca, intentaron volver a hablar con el papa y lo consiguieron el día 16 de marzo. El papa, a pesar de que lo tenía todo decidido, se mostró esquivo: opinaba que una nueva orden no tendría la experiencia del Hospital, pero que bien mirado los Templarios de los dominios de Jaime II no eran tan importantes como los de otros países y, ya se veía, ya se veía...

Al día siguiente, 17 de marzo, los delegados escribieron una carta al rey diciéndole: «Parece que asistiremos todos al fin del Temple, pues se da por cierto que el rey de Francia llegará a Vienne mañana» y que todo se desarrollará según los criterios de «el rey de Francia». Lo que sucedió después ya lo sabe el lector: el 22 de marzo Clemente V suprimió la orden del Temple.

No deja de ser interesante, sin embargo, la comunicación que los delegados reales enviaron a Jaime II explicándole los hechos y sus reacciones, y la actuación particular del obispo de Valencia. Fue en una carta fechada el 27 de marzo: «Y, excepto unos pocos, todos los prelados que anteriormente habían opinado que se debía defender la orden han cambiado de parecer. No así la provincia de Tarragona y aún menos el obispo de Valencia, quien decía y ha dicho que antes debía saber cuáles eran los Templarios buenos y cuáles los malvados, para que los

buenos no fueran castigados y difamados junto a los malvados, contra razón y justicia. Se debía castigar a los malvados y conservar la buena fama de los buenos, pues la orden se mantenía en aquellos que eran buenos y no había, por lo tanto, pecado en la orden, cuya institución era santa y justa; sólo había pecado en la relajación de la orden». Los delegados seguían reflexionando: «En este concilio se ha singularizado la provincia [eclesiástica] de Tarragona, y creemos que su parecer es del agrado de Dios y de los hombres que han estudiado este asunto con buen entendimiento».

LOS INTERROGATORIOS Y LAS EMBAJADAS

4.- EL FIN DEL TEMPLE EN LA CORONA DE ARAGÓN

A Jaime II le gustó que los miembros de la provincia eclesiástica tarraconense, especialmente el obispo de Valencia, hubieran «quedado tan bien». Pero las noticias que le llegaron no mencionaban para nada de qué manera podía solucionar su problema particular, relacionado con los asuntos de Estado: ¿Quién se haría cargo de los bienes de los Templarios? ¿Adónde irían a parar los inmuebles propiedad del Temple? De momento, todo indicaba que el Hospital sería el gran beneficiado.

Con unanimidad o sin ella, el rey sabía de sobras que la orden se suprimiría. Por lo tanto, la resolución primera de Vienne no lo sorprendió en absoluto. Los delegados se pusieron manos a la obra -no se habían dedicado a otra cosa hasta el momento- para conseguir que los bienes de los Templarios de Cataluña y Aragón recibieran un trato especial. Cualquier indicación, por pequeña que sea, que recibían de alguien importante de la curia, la examinaban a fondo y la comunicaban a Jaime II. Por ejemplo: un prelado les dice confidencialmente que quizá convendría que el rey revocara todas las donaciones reales anteriores a los Templarios: «Que muyt gran conservacio e refirmamiento serya de vostro dreyto...: si vos revocavades todas las donacions feytas per vostros antecessores al Temple». Dicho y hecho: el rey revoca todas las donaciones que sus predecesores habían hecho al Temple. Por otra parte, comunica a sus delegados que, si como ellos creen, el destinatario de los bienes del Temple tiene que ser la orden de los Hospitalarios, estén atentos y pidan audiencia al papa para explicarle -¿cuántas veces lo habían hecho, cuántas veces lo harían aún!- cuál es la opinión de la Corona. El cardenal de Besiers, cardenal amigo, los tranquiliza a mediados de abril: el papa no hará nada respecto a lo correspondiente a los reinos hispánicos sin tener en cuenta a los monarcas implicados: «Nos lo ha confirmado el cardenal de B. diciendo que así lo había decidido el Papa... que no procedería sin haber escrito antes a los reyes de España». Parece que también Clemente V les aseguró pocos días después lo mismo que les había dicho el cardenal. Los delegados -y Jaime II al recibir esta noticia- empezaron a respirar aliviados...

Esta vez Clemente V quiso ser fiel a su palabra. El 2 de mayo, en su bula *Ad providam, si* bien otorgaba todos los bienes de los Templarios al Hospital, hacía una excepción relativa a los «dominios de los reyes de Castilla, Cataluña y Aragón, Portugal y Mallorca», cuya disposición final se reservaba al papa. El buen obispo de Valencia quiso dar personalmente la noticia a Jaime II y le escribió una carta en la que le explicaba el gran éxito obtenido por sus delegados, «no sin presiones ni trabajo». Unos días después, el papa ratificaba el contenido de la bula con una nueva, *Nuper in generali*, precisando la excepción hecha con los reinos hispánicos.

El 6 de mayo, otra bula, *Considerantes dudum*, ordenaba a los Templarios de todas las naciones -excepto Francia, donde hacía años que ya lo habían hecho- que comparecieran ante

los concilios provinciales «para ser castigados los que resultaran culpables y absueltos los inocentes». De acuerdo con esta orden, Guillermo de Rocabertí, arzobispo de Tarragona, convocó un nuevo concilio provincial en agosto de 1312. Comunicó al rey que le hiciera llegar a Tarragona los Templarios que estaban bajo su custodia, es decir, todos. Como en el caso de los interrogatorios, la máquina real se mueve con lentitud y los hermanos templarios no llegan a los alrededores de Tarragona hasta el mes de octubre. El concilio celebra su primera sesión el día 18 de este mes bajo la presidencia del arzobispo y estando presentes los obispos de Zaragoza, Huesca, Vic, Tortosa y Lérida, y los abades y priores de la Tarraconense.

Muy pronto se dieron cuenta de que no había nadie que se atreviera a culpar a los Templarios. Hubo muchas discusiones, pero no se pusieron de acuerdo sobre ninguno de los crímenes que se les imputaban. En consecuencia, los declararon inocentes. De una manera solemne, la sentencia exculpatoria fue proclamada públicamente el 4 de noviembre de 1312 en la capilla del CorpusChristi de la catedral de Tarragona. Ahora sólo quedaba por solucionar la situación de aquellos hermanos que, aun habiendo sido declarados inocentes, se habían quedado huérfanos, sin orden. Ellos eran inocentes, pero el Temple no. No lo entendieron entonces y no lo entendieron nunca. Se adoptaron decisiones sobre su destino, alimentación y sustento. Mientras esperaban las resoluciones de la Santa Sede ocuparon las antiguas casas de la orden con una provisión económica individual. El rey aceptó el dictamen del concilio provincial y el mismo día 25 de noviembre ya daba las órdenes oportunas. Por ejemplo: el dinero para pagar a los Templarios saldría, naturalmente, de las rentas de las antiguas encomiendas de esta orden. Por su parte, Jaime II, tal como explica Sans i Travé, se apropió de todo lo que había en los castillos, casas e iglesias que habían pertenecido al Temple: cruces, candelabros, cálices, incensarios y lámparas fueron a parar a manos del rey, que dispuso de ellos «como si fueran suyos». El arzobispo de Tarragona tuvo que llamarle la atención: ¡en muchas de las iglesias ya ni se podía celebrar misa!

Todo esto estaba muy bien, pensaba el rey, pero lo más importante aún se tenía que resolver. Una vez más se preguntaba: ¿Qué pasa con los bienes de los Templarios? En diciembre de 1312 el rey decidió enviar a negociar ante la curia papal a Vidal de Vilanova y dos delegados más. La cancillería real les dio instrucciones sobre cómo debían actuar: tenían que explicar el grave error que sería reunir los bienes de los Templarios con los de la orden del Hospital; tenían que recordar al papa que la mayoría de los castillos de la orden habían sido entregados en feudo por los predecesores del rey y que, por lo tanto, no se podían dar a otras personas u órdenes; el rey estaría dispuesto a ceder el castillo y la villa de Montesa como sede para el establecimiento de una nueva orden; por su parte, el papa tendría que donar a la nueva orden todas las posesiones que los Templarios tenían en Valencia. Finalmente, debían dejar claro ante el papa que Jaime II no se movía por avaricia, sino por el bien de sus reinos y que si, por alguna razón, Clemente V seguía con la idea de la unión, que se atuviera a las consecuencias, pues el rey no lo consentiría.

De hecho, nada de esto era nuevo para la curia papal. Más que nada, Jaime II concretaba una vez más los términos y manifestaba su absoluta determinación a no aceptar nada que se pareciera a la unión. Vidal de Vilanova se entrevistó con Clemente V en Aviñón el día 13 de febrero de 1313. La reunión fue un fracaso rotundo: no se pusieron de acuerdo en nada, lo que demostró el porqué de la insistencia de Jaime II. El rey ya sabía lo que hacía. Volvieron a reunirse el día 1 de abril, en presencia de cuatro cardenales en representación de la curia, entre los que se hallaba el de Besiers. Esta reunión fue aún mucho peor: Clemente V trató a los miembros de la comisión catalana presidida por Vilanova de mentirosos (no le habían dicho la verdad acerca de las relaciones entre los Templarios y la Corona), de malos embajadores (no habían buscado vías para solucionar el problema) y de mala voluntad (no aceptaban los criterios de la Santa Sede). Evidentemente, la reunión fue aplazada *sine die*. Pero Jaime II se

mantuvo firme al conocer el desastre: no claudicó en nada y ordenó a los delegados que esperaran a que los volvieran a llamar.

Clemente los convocó de nuevo el 24 de abril y les dio su resolución, pero les hizo jurar que no dirían nada a nadie excepto al rey, a quien se lo debían decir personalmente. Pocos días después, Vidaide Vilanova informó secretamente de la resolución del papa, que, como en una novela de suspense, continuamos ignorando. Pero sí que conocemos la reacción de Jaime II: no aceptó y se quejó de la resolución, especialmente al cardenal de Besiers. Mientras tanto Jaime II había hecho gestiones con los otros reinos cristianos hispánicos, pues debían ser «unos en mantener nuestro derecho». También les había dicho que, de la misma manera que él enviaba a sus embajadores a Aviñón, también ellos debían moverse y hacer lo mismo... Como después de las tempestuosas reuniones con los enviados de Jaime II las cosas se estaban prolongando demasiado, Clemente V fijó una fecha límite en la bula *Dudum filii* del 23 de agosto: antes del primero de febrero de 1314 todo debía estar resuelto. A pesar del interés claramente demostrado por Jaime II, los meses pasaron y llegó febrero de 1314 sin que se hubiera tomado ninguna resolución. Cuando las cosas estaban más tensas, el 20 de abril del mismo año murió Clemente V.

El nuevo papa, Juan XXII, conocía perfectamente el asunto pero de momento no quiso ocuparse de él. Y así pasaron los años, sin decisión alguna, hasta que finalmente, el 10 de junio de 1317, el nuevo papa empezó la resolución del contencioso con la bula *Adfructus uberes*: se creaba la orden de Montesa con los bienes que el Temple y el Hospital (excepto sus encomiendas en la capital y en la villa de Torrent) poseían en el reino de Valencia. Los demás bienes de los Templarios en Cataluña y Aragón pasaban a manos del Hospital. En Mallorca y el Rosellón, como dependían de otro rey, los bienes del Temple ya habían pasado a manos de los Hospitalarios de acuerdo con la orden de unión general de 1312. Jaime II no dio la orden de entrega de todas las posesiones templarias en Cataluña y Aragón hasta el primero de diciembre de 1317. Tal como hace notar Sans i Travé, «exactamente al cabo de diez años, día por día, de haber decretado el encarcelamiento de los Templarios... y el embargo de sus bienes y propiedades». Durante todo el mes de diciembre las encomiendas de los Templarios fueron cambiando de manos, empezando por la de Tortosa.

Había otra cuestión que debía resolverse: los bienes muebles del Temple. Resumiendo, podemos decir que formaban parte de los bienes muebles, por una parte, el numerario hallado en las encomiendas, particularmente en la de Miravet, donde se había concentrado todo el dinero de la provincia, y por otra, toda clase de objetos preciosos. Unos y otros habían sido embargados al principio del proceso por orden del rey y todos habían ido a parar a las arcas reales. No hubo manera de que Jaime II facilitara una relación de tales bienes ni de que, por lo tanto, los pusiera en manos de la Santa Sede o de sus representantes territoriales, tal como se había prescrito en las bulas papales. El numerario se había incorporado al tesoro general y los otros objetos, en parte, se los había quedado la Corona y en parte habían sido regalados a amigos del rey, mientras que los metales nobles habían sido fundidos y utilizados, junto con las piedras preciosas, para hacer nuevos objetos de culto. La Santa Sede no tuvo más remedio que aceptar la situación tal y como se presentaba y declarar la absoluta inmunidad de Jaime II. En octubre de 1317, el papa Juan XXII se dio cuenta de que sería imposible recuperar nada y escribió al arzobispo de Tarragona y a los obispos de Zaragoza y de Tortosa diciéndoles que no hicieran caso y que «absolvieran al rey de haberse apoderado de los bienes muebles de los Templarios». El papa, desde Aviñón, guiñaba el ojo con connivencia a Jaime II.

Otro aspecto no menos interesante era el de la rentabilidad de las encomiendas templarias durante los diez años que habían permanecido bajo el control real. Según Sans i Travé, «Jaime II administró los bienes de los Templarios sacando un provecho eminentemente político, además

del económico». La economía real se vio claramente favorecida; es verdad que, durante los diez años de control real, el sustento de los Templarios se fue pagando con aquellas rentas, así como todos los gastos ocasionados por el proceso, el encarcelamiento y los interrogatorios; incluso la tortura la pagaron de su bolsillo los Templarios. Pero generalmente, los funcionarios reales, cumpliendo órdenes o no de la cancillería, se mostraron muy avaros y, recordémoslo, se tuvo que autorizar a los amigos y familiares de los Templarios a llevarles comida y vestidos. Resulta evidente que la administración de unas encomiendas que habían sido consideradas modélicas tuvo que producir un saldo muy positivo para las arcas reales.

El provecho político, como bien indica Sans i Travé, fue también considerable. El rey hizo lo que quiso con los castillos, encomiendas, casas, dependencias. Las hizo administrar, con sus lógicas retribuciones, por sus amigos, por quienes le interesaba que fueran sus amigos: tenía obsequios para todo el mundo. En estos diez años -¡diez años!- se ganó todas las voluntades que le interesaban y las pudo tener sujetas, al mismo tiempo que premiaba a los que le habían sido fieles.

Ya se había efectuado el reparto de los bienes de los Templarios catalanes. Todo el mundo estaba satisfecho: el rey, que, debemos decirlo, también había empleado en ello ingenio, tiempo y recursos, había restablecido su crédito financiero y obtenido una nueva orden, la de Montesa, naturalmente inclinada a todo lo que él decidiera; los nobles y los altos funcionarios, que se habían encontrado con unos restos nada despreciables; los del Hospital, que se habían quedado con la parte más importante, la catalanoaragonesa, del pastel templario. Pero había unas personas que lo veían todo de otra manera: los antiguos Templarios.

Proclamada su inocencia solemnemente, se les habían asignado unas pensiones, se les había permitido residir en las antiguas casas, donde debían continuar su vida religiosa... la única cuestión, la religiosa -recordémoslo-, que había dado lugar a todo el famoso proceso. Se había puesto en duda su religiosidad, pero ahora los obligaban a continuar su vida religiosa si querían seguir viviendo en sus antiguas casas. Algunos decidieron, ciertamente, quedarse en sus encomiendas; otros juzgaron mejor ingresar en otros monasterios. Finalmente, hubo quien abandonó los votos y pasó a ser caballero seglar.

En 1319 se celebró una concordia entre el castellano de Amposta y el gran prior de Cataluña -los responsables de las dos divisiones establecidas por los Hospitalarios para administrar mejor el gran territorio unido que les había caído del cielo- sobre lo que debía pagar cada uno de ellos de pensión a los antiguos Templarios. Gracias a ello sabemos que había repartidos por la Corona un total de 1 09 antiguos miembros de la orden, más o menos la mitad de su número cuando se inició el proceso. Sans i Travé considera como cifra máxima la de 250 caballeros. El trato, las vejaciones y las oportunas torturas los habían dejado en la mitad. Las pensiones, repartidas en cuatrimestres, acordadas para los caballeros, iban desde los 500 sueldos hasta los 8.000 en el caso de altas dignidades; los sargentos recibieron 500 sueldos y los sacerdotes 600. Ramón de Saguàrdia, por su parte, recibió 7.000.

Parece que hubo algunos casos -pero muy notorios- de antiguos Templarios que, sin la fuerza y el rigor de la orden, se abandonaron y provocaban escándalos allí donde estuvieran. Se les rebajó la pensión *todos*, al considerar que estos casos aislados se daban por las rentas excesivas que recibían. A los que llevaban una vida impropia de los votos que habían jurado, el papa los conminó, a través de las órdenes dadas a sus obispos en 1318, a que ingresaran en monasterios o a que se hicieran laicos, caso en que pasaban a estar bajo la jurisdicción secular y se les retiraba la pensión. El último templario con vida conocido en 1350 fue Berenguer Dezcoll.

El 10 de julio de 1317 nació la Orden de Santa María de Montesa a partir de la donación del castillo real y de la villa del mismo nombre, de las encomiendas templarias del reino de Valencia y de una buena parte de las del Hospital, como ya hemos dicho. De todas formas, la orden no empezó a establecerse hasta 1319, cuando fueron vencidas las últimas reticencias de los Hospitalarios. El delegadopapal nombró Maestre a Guillermo d'Erill en julio de aquel año en Barcelona. Tal como había querido Jaime II, la orden se inscribió dentro de la regla cisterciense de Calatrava. Los abades de Santes Creus y de Valldigna velarían por Montesa, aunque dependía directamente de los Maestres de Calatrava. Pronto encontramos a otro Maestre: Arnau de Soler, que tomó posesión del cargo el 25 de marzo de 1320. La sede de la orden estaba en el castillo de Montesa.

Los caballeros de Montesa resultaron de gran ayuda en los combates contra los sarracenos y también prestaron su apoyo en las campañas de expansión catalanas, como la conquista de Cerdeña (1324) y la defensa de Sicilia en tiempos de Fernando I (1380-1416). Entre sus Maestres figuran Pedro de Tous, ayudante de Pedro el Ceremonioso (1319-1387); Romeo de Corbera, almirante de la flota de Fernando I y virrey de Nápoles, y Luis Despuig, que vivió en tiempos de Alfonso el Magnánimo (1396-1458).

A finales del siglo XIV, la orden de Montesa se unió con la catalana de Sant Jordi d'Alfama, que había sido creada en tiempos de Pedro el Católico (1174-1213). Esta orden vivía en un estado de gran pobreza material, como nos indica la investigadora M. Mercè Costa i Pareta. Todos sus bienes estaban destinados a beneficencia, y los caballeros, cuando no guerreaban, se dedicaban a pedir limosna para ayudar a los pobres y a los enfermos. Esta situación llevó a un momento de difícil mantenimiento y el rey Martín el Humano (1356-1410) decidió en 1399 que la orden se uniera a la de Montesa, naciendo así la Orden de Montesa y Sant Jordi d'Alfama e imponiéndose la cruz roja de san Jorge sobre el hábito blanco. En 1587 Felipe II incorporó la orden a la corona española, aunque continuó teniendo su sede en el castillo de Montesa hasta 1784, cuando un terremoto destruyó el castillo y los hermanos se trasladaron al antiguo palacio del Temple en Valencia. La orden, que había nacido de los bienes del Temple y por voluntad de Jaime II, recaló finalmente en la casa insignia templaria de lo que había sido el reino de Valencia.

Jaime II, el gran protagonista del proceso a los Templarios en la Corona de Aragón, murió el 2 de noviembre de 1327. Tenía 60 años. Fue enterrado al lado de su primera mujer, Blanca de Anjou, en el monasterio de Santes Creus. Muntaner nos narra sus últimos momentos: «Lo venció una enfermedad tal y tan grande que sufrió muchos trabajos, porque muchas veces, como corresponde a gran señor, bueno, gracioso y lleno de la santa fe católica, se confesó y comulgó y le fue concedida la extremaunción y recibió todos los sacramentos de la santa Iglesia. Y como los hubiera recibido todos con uso de razón y buena memoria, unió sus manos y abrazó la cruz, y puso su alma en manos de nuestro señor Jesucristo el lunes treinta de octubre del año mil trescientos veintisiete, a la hora que se encendían las luces». En el libro de óbitos del monasterio de Pedralbes queda consignado que Jaime II murió *circa horam pulsacionis cimbali latronis*. Curiosa precisión.

Barcelona, Gelida, 1995

I.- LA FANTASÍA

Hasta aquí la historia de los Templarios, de aquellos Pobres Caballeros de Cristo. Explicada con más o menos acierto, evidentemente. Pero siempre intentando no apartarnos de los hechos, de los acontecimientos que, por encima de las opiniones, son testarudos y nos indican el único camino: hacer el resumen entero y sincero. La última opinión, la del lector, es la que debe prevalecer. Pero hay «otra» historia de los Templarios a la que muchas personas son aficionadas, tanto de hacer de pioneros en el descubrimiento como fieles seguidores de todo este sentimiento que nos gusta llamar fantasía. Siempre habrá personas dispuestas a creer en unos hechos y acontecimientos no demostrados, pero que sin duda son unos formidables excitadores de la fantasía y, todo debe decirse, el entorno de los Templarios ha sido una materia muy sensible para desarrollar toda una serie de suposiciones increíbles; desde el mismo inicio del proceso, Felipe el Hermoso y Guillermo de Nogaret demostraron tener un grado muy elevado de imaginación.

A veces esta especie de historia paralela se llega a prostituir y nos ofrece panfletos, libelos, literatura de cordel, que ni en el fondo ni en la forma pueden merecer la atención de nadie; al menos, no la nuestra. Pero hay otro conjunto de investigaciones, de trabajos, que merece, si no credibilidad -este aspecto es asunto muy subjetivo-, al menos sí ser conocido. Ofrecemos, pues, a continuación una simple selección donde la investigación y la fantasía, combinadas, han llegado a un punto fascinante.

Por ejemplo, una historia no muy conocida: el descubrimiento de América llevado a cabo por los Templarios. Todo empieza cuando se analiza la importancia que tuvo el puerto atlántico de La Rochelle en el tráfico marítimo templario. Esto parece un contrasentido: las rutas templarias siempre iban dirigidas a Tierra Santa y, por lo tanto, los puertos mediterráneos eran los idóneos. Está comprobado que hubo una cantidad importante de encomiendas en los alrededores del puerto, «para proteger La Rochelle» y unas cuantas rutas «de los Templarios» que confluían en el puerto. Jean de la Varende ha hallado la explicación: «Los bienes de los Templarios consistían en la plata. Los Templarios habían descubierto América, México y las minas de plata». Cuando alguien hace una afirmación semejante, muy pronto halla seguidores. Así, Jacques de Mathieu lo tiene claro: Moctezuma ya le había dicho a Hernán Cortés que él descendía de un gran señor que había regresado a su país y que aún se esperaba su retorno. El gran señor «era un hombre blanco, barbudo, que vestía armadura y montaba un caballo». Evidentemente: un Templario. Un cronista indígena de Chalco afirma que los que llegaron «antes» eran «extranjeros, hombres de Dios y militares», la imagen perfecta del Templario. Se hacían llamar Tecpantlaques, o sea, «hombres de Tecpan» y como Tecpan significa 'palacio', se puede entender que templo y palacio (?) son lo mismo. Hay cruces en México, Colombia, Bolivia y Perú: todas dejadas por los Templarios. Cuando empezamos a hallar más indicios de la estancia de los Templarios en América, nos mareamos: parece que la recorrieron desde el Canadá hasta el estuario del Plata. Lo más imaginativo de todo: cuando Colón inició su primer viaje llevaba en el velamen de sus carabelas la cruz roja del Temple. Y hay quien se pregunta: ¿No podía ser para hacerse reconocer cuando llegaran?

Lucien Carnay ha descubierto un signo gnóstico en uno de los sellos de los Templarios. A partir de aquí relaciona el gnosticismo cátaro con la implantación de las encomiendas templarias en el Languedoc, donde había una presencia cátara importante. Los cátaros no creían en las imágenes, los Templarios escupen sobre la imagen de Cristo. Todo induce a pensar que los Templarios eran, simplemente, cátaros. Dom Gerard cree que el Temple siempre protegió a los cátaros y que muchos de ellos, perseguidos por la Inquisición, hallaron refugio en las casas de los Templarios: «Unos y otros estaban muy próximos». De todas maneras, hay algo que hace dudar a estos dos investigadores: ¿Por qué los Templarios

franceses, antes de ser quemados, no reivindicaron su credo cátaro? Los cátaros de verdad lo habían hecho. Concluyen que había una gran simpatía entre unos y otros, y quizá algún contagio, pero probablemente nada más que esto... Sin embargo, insisten: hay cátaros manifiestos que se hicieron caballeros del Temple: Pedro de Fenollet, cátaro del Rosellón, ingresó en la encomienda de Masdéu, así como Pons Vernet, también del Rosellón.

Pero lo que relaciona más al catarismo con el Temple es la búsqueda del Santo Grial. La leyenda dice que el cáliz estuvo en manos de los cátaros, al menos durante cierto tiempo. Se guardaba en Montsegur y fue salvado del asedio a última hora junto con el tesoro cátaro. Lo escondieron en una gruta de Monrealp de Sos, en la Arieja; muy cerca de la encomienda templaria de Capoulet-Junac. En el *Parsifal*, Wolfram von Eschenbach hace de los Templarios los guardianes del Grial. El mismo Eschenbach parece que fue un Templario de Suabia. En las diversas narraciones medievales en que se explica cómo José de Arimatea entrega el Grial a un caballero para que lo custodie, este caballero siempre va vestido «con una túnica blanca que lleva como único distintivo una cruz roja». Guillermo de Sonnac, Maestre del Temple en 1247 -tres años después de la caída de Montsegur-, hizo enviar un misterioso paquete a Enrique III de Inglaterra. Se sabe que contenía un vaso precioso. Podría tratarse del Santo Grial. Sobre las relaciones entre los cátaros y los Templarios hay un interesante libro de Raimonde Reznikov, pero poco fantasioso.

¿Por qué, según los testimonios emanados de los interrogatorios inquisitoriales, los Templarios escupían sobre la cruz, la pisaban y se orinaban encima? Pues porque durante su estancia en Tierra Santa habían descubierto unos documentos sobre la doble personalidad de Jesús: el santo y el guerrero. El hombre que murió en la cruz, cuya inscripción «Rey de los Judíos» es claramente indicativa, no era el santo, sino el guerrero, martirizado por haber querido ser proclamado rey. Si se expurgan los Evangelios se hallan indicios de este Cristo que aspira a ser rey, por ejemplo en Lucas 19, 27. Lluís Carpentier, que es quien ha llevado hasta el extremo estos descubrimientos, llega a creer que todos los actos, aparentemente sinsentido, del ingreso de los postulantes en la orden se inscriben dentro del deseo de vituperar la crucifixión del hombre-rey, manteniendo en otro nivel al hombre-Dios. En los evangelios apócrifos, singularmente en el de Felipe, se habla mucho de las relaciones de Jesús con María Magdalena. Para los Templarios esta relación también explicaba la otra personalidad de Jesús.

En cuanto a la sodomía, la homosexualidad en la orden, se cree que no era una cosa generalizada pero que, debido al contacto que muchos caballeros tuvieron con las formas de vida orientales, donde la homosexualidad estaba a la orden del día, algunos de ellos se habrían pervertido, en todo caso ocasionalmente. Pero esto nos lleva a analizar los famosos puntos de los tesos: al final de la espina dorsal, en el ombligo y en la toca. Debemos ver en estos tesos un sentido simbólico: el que se data en los labios podría simbolizar la transmisión del aliento espiritual; el que se data en el ombligo -a veces se habla del pene- se hacía para comunicar la fuerza creadora, el impulso vital; en cuanto al tercero, en el ano, éste es el punto de salida de la energía que los místicos orientales llaman *kundalini*, una energía que pasa sutilmente a través del cuerpo. Lo que ocurrió, se dice, es que con el tiempo quedó sólo la práctica y a los postulantes no se les explicaba la mística.

Sobre el famoso ídolo, que todos describen a su manera, se entiende que posee poderes misteriosos. Parece que el primero lo llevó un tal Julián, señor de Sidón, cuando ingresó en la orden. Pero este Julián tuvo un triste final: apostató, lo expulsaron de la orden y murió en la miseria. A pesar de esto, la orden conservó la cabeza que había traído. Se explican historias sobre ella: una vez se la llevaron, bien envuelta, en un barco; alguien tuvo curiosidad por saber qué guardaba aquel paquete y cuando lo abrió se desató una tempestad sobre la nave, que fue tragada por las aguas junto con todo el equipaje. Durante años no se pudo pescar nada en la

zona del naufragio. Los poderes de esta cabeza, del ídolo, están relacionados con las fuerzas demoníacas y todo induce a pensar que los Templarios practicaron cultos de este tipo. Para comprenderlo, debemos retroceder un poco, según Pierre Dumas. Los Templarios se instalaron en el templo de Salomón, en Jerusalén. Esta ciudad está construida sobre el monte Sión. Sión y Saphon son la misma palabra, que en hebreo tiene dos significados: 'norte' y 'montaña sagrada de Canaán' que según la mitología es el verdadero centro del mundo y está consagrado a Baal. El templo de Salomón es como una puerta de comunicación tanto con el cielo como con el mundo infernal. Los Templarios, como continuadores del templo de Salomón, según Alain Marcillac, mientras se dedicaban por todas partes a la manifestación de Dios, «habrían sido, al menos simbólicamente, los guardianes del diablo, para permitir a la humanidad alzarse hacia las cimas de la vida espiritual». O sea que sí que practicaban un culto demoníaco, en el que el ídolo simbolizaba al diablo, pero era para tenerlo prisionero, cautivo, por el bien de la humanidad.

Una de las acusaciones que más se dieron durante los interrogatorios fue la de que los Templarios confraternizaban con los infieles. Es verdad que ellos sabían que debían permanecer toda su vida en Tierra Santa -por sus votos- y que debían establecer, por lo tanto, algún tipo de relación diplomática, quizá incluso amistosa. Algunos de ellos estudiaron árabe, tuvieron auxiliares musulmanes, los llamados turcoples, y fueron lo suficientemente inteligentes como para reconocer el avance científico de los árabes. En los escritos de los cronistas árabes, muchas veces se halla escrito «los Templarios, nuestros amigos...». Tolerancia con los enemigos, esto podría resumir el proceder de los Templarios, pero no significaba la conversión a otro credo. Sin embargo, desde Occidente no se veía así: simplemente, no se entendía. La gente se escandalizaba al saber que el Maestre Guillermo de Sonnac había pactado la paz con el sultán de Egipto «y se habían sangrado al mismo tiempo y habían mezclado sus sangres en un plato». Por otra parte, también se han querido ver relaciones estrechas entre el Temple y la secta de los «asesinos»; unas relaciones confusas de ayuda por parte de los Templarios a estos infieles. Se los ha llegado a implicar en una conjura cristiana, la de la muerte de Conrado de Monferrant, asesinado por la secta, para favorecer a su contrincante, Guido de Lusignan, defendido por los Templarios. Se habla también de unos tributos que la secta les habría pagado.

También los Templarios fueron muy amigos de los drusos, un pueblo con una regla secreta, que adoraba un ternero. Este culto se ha atribuido asimismo a los Templarios. El ternero, en realidad, estaba esculpido en una piedra que los drusos trajinaban por todas partes. Tiempo después la misma figura se esculpió en diversas piedras como signo de reconocimiento de su religión. Los Templarios también las habrían llevado en su zurrón como muestra significativa de que habían sido contaminados por las religiones orientales. Y se dice que los que fueron quemados aún llevaban las piedras consigo...

No directamente relacionadas con el famoso ídolo, pero sí con las cabezas talladas, tenemos las esculturas y las pinturas de las capillas edificadas por los Templarios. Se ha realizado un estudio de una serie de capillas construidas en las encomiendas templarias y se ha observado que todas están dedicadas a santos que murieron decapitados. Muchas de ellas están dedicadas a san Juan, pero no el evangelista, sino el bautista; a san Sebastián, que después de saeteado fue decapitado; a san Bartolomé, despellejado vivo y decapitado. En la capilla de san Adrián, cerca de Baud, en Morbidan, hay una cruz, con una guirnalda hecha de cabezas cortadas. También dedicaron muchas capillas a san Mauricio, jefe de una legión romana que contaba con muchos cristianos entre sus soldados. El emperador les ordenó que se deshicieran de los signos cristianos y como no le obedecieron los castigó: uno de cada diez murió decapitado, empezando por san Mauricio. En el departamento de Saone-et-Loire se hallaba la encomienda de santa Catalina: todas las luminarias tienen cabezas humanas como base. En la

capilla de la encomienda de Coulommiers y en la capilla de Vuillecin hay imágenes de san Jorge con todos los suplicios que le infligieron antes de cortarle la cabeza. Hay una especie de manía de los Templarios con las cabezas. ¿Quizá por los ídolos?

Con el proceso llegó la supresión de la orden del Temple, pero hasta nuestros días les han ido apareciendo «sucesores». Parece que la curia romana elaboró en 1981 una lista con todas las asociaciones o grupos que se definían como seguidores o sucesores del Temple: halló cuatrocientos. La mayoría son simples farsas que explotan la credulidad de la buena gente acomodada entregándoles títulos majestuosos, medallas, etc., a cambio de «donaciones». Pero hay entre ellos también gente honesta, grupos fraternos, que se amparan en la magia del nombre de los Templarios para llevar a cabo acciones benéficas o de solidaridad. Existen, pues, los Caballeros de la Alianza Templaria que luchan contra la droga; los de la Orden de los Caballeros del Santo Templo, que persiguen una finalidad moral. Otros grupos, como la Fraternidad Juanista para el resurgir del Temple o la Orden de los caballeros del Temple y de la Virgen María, se dedican a la inefable tarea de la alquimia. Otra, con cierta implantación en España, es la Orden del Templo Cósmico. El Movimiento Grial también se considera un grupo neotemplario. Y una secta tristemente célebre: la Orden del Templo Solar.

Pero, retrocediendo, vale la pena examinar a quienes, en un momento dado, desenterraron el nombre de los Templarios. Napoleón, en el año 1808, autorizó a un médico callista, Bernard Fabré Palaprat, a organizar una ceremonia en memoria de Jaime de Molay. Antes, sin embargo, le había «demostrado» que se podía considerar el heredero de los Templarios. Había exhibido ante el emperador una carta de transmisión de 1324 entregada a Juan M. Larmenius, Maestre «a la sombra». Esta carta había ido pasando de mano en mano por todos los Maestres clandestinos, que la habían firmado, hasta llegar al «nuevo» Maestre: Fabré-Palaprat. La lista de maestros era impresionante: grandes nobles, príncipes reales, etc.

Hay otra versión que indica que esta lista fue confeccionada en pleno siglo XVIII por un jesuita, por encargo de Felipe de Orléans. Según una indicación de un cronista de la época, en 1762 «el duque de Orléans fue elegido Maestre de los Templarios, que se habían reunido en 1705 en Versalles». Parece, pues, que Fabré actuaba de buena fe: le había caído la carta en sus manos y se disponía a explotarlo. La «nueva» orden «fundada» por él tuvo éxito y se extendió por todas partes, abriendo logias en Londres, Roma, Nápoles, Hamburgo, Lisboa, etc.

Hay otro sucesor, éste por voluntad propia de Jaime de Molay. El conde Francisco de Beaujeu, descendiente del Maestre Guillermo de Beaujeu, fue llamado por Molay días antes de su muerte. Éste le explicó los secretos del Temple y le ordenó que a su muerte lo hiciera revivir. También le dijo que las dos columnas que había en la entrada del panteón de los Maestres en el Vieux Temple estaban vacías y que si desmontaba los capiteles obtendría la colosal fortuna del Temple. Pasado cierto tiempo, y con la excusa de llevarse los restos mortales de su tío Guillermo, enterrado en el panteón, Francisco pidió permiso al rey y junto con ocho caballeros que habían podido escaparse, llevó a cabo las operaciones indicadas para hacerse con el tesoro del Temple. Con el botín en sus manos, partió hacia Chipre, donde reinstauró la orden, pero con nuevos ritos. Después de la muerte del conde, uno de los caballeros, Aumont, se quedó al mando de la orden y se marchó a Escocia. En el año 1361 hallamos la orden establecida en Aberdeen. Gracias a la masonería se iría extendiendo por toda Europa. En el siglo XVIII, Andrew-Mitchell Ramsay dio un nuevo empuje a la orden y estableció de manera abierta, en el convento de Clermont, los grados de «masones-templarios». Pero Ramsay fue más lejos: según él, los cruzados fundaron en Tierra Santa la masonería, los Templarios. En su «Discurso», considerado aún hoy día la biblia masona, explica: «Los cruzados, en Tierra Santa, quisieron reunir en una sola confraternidad a los hombres de todas las naciones... ellos no sólo fueron los arquitectos que quisieron consagrar

sus talentos y bienes a la construcción de templos externos, sino también quienes edificaron y protegieron el Templo del Más-Alto». Mientras tanto, por aquellas mismas fechas, el barón d'Hund se había hecho designar Maestre de los Templarios por Carlos-Eduardo Stuart y había vuelto a las formas de estricta observancia templaria. Actualmente, dentro de la organización de la masonería, aún hay ciertas logias bajo el nombre del ritual escocés rectificado: son las suyas. La pretensión de la masonería de legitimarse como heredera de los Templarios halla su fundamento en esta historia confusa iniciada por Francisco de Beaujeu.

Hay muchos otros caminos que confluyen en Escocia. Michael Baigent y Richard Leigh explican una buena historia de aventuras. Gran parte de los Templarios huyó por mar llevándose el tesoro del Temple -siempre el tesoro detrás de tantas narraciones. Los dieciocho barcos en que iban costearon Irlanda y acabaron desembarcando en tierras del condado de Argyll, en Escocia. En estos parajes, precisamente en Kilmartin, se han hallado tumbas que se relacionan con los Templarios exiliados. Se supone que estos Templarios habrían vivido en comunidad según su regla y habrían apoyado, gracias a su influencia personal y su fortaleza económica, a Robert Bruce y a los que hicieron posible la independencia de Escocia.

Una rama de la masonería escocesa que muchos quieren ver relacionada con el Temple es la hermandad de los Rosacruces, que según parece fue creada en Alemania en el siglo XV por Christian Rosenkreuz. En el siglo XVII ya encontramos a los Rosacruces en París, Viena, los Países Bajos e Inglaterra. Conservan un aire secreto en sus diversas sociedades, que han llegado hasta nuestros días.

El tesoro de los Templarios está, según nuestra opinión, detrás de muchas de las historias y leyendas que envuelven el recuerdo del Temple, aún vivo actualmente. Relacionada con lo que se llevó Francisco de Beaujeu del Vieux Temple hay una historia que está apasionando a un gran número de franceses. Se centra en un castillo que había pertenecido a la familia de los Beaujeu, el castillo de Arginy, cerca de Charentay, en el Beaujolais. Se cree que el tesoro, o una buena parte de él, fue depositado en este castillo por el propio Francisco. Según otras informaciones, dos frailes del Temple parisino se escaparon antes de que los encarcelaran con otra parte del tesoro y también la ocultaron en el mismo castillo. Esta fortaleza perteneció a diversas familias hasta que en 1883 la adquirieron los Rosemont. Se dice que muchos personajes, en representación de «sociedades secretas», intentaron comprar en vano el castillo por sumas inverosímiles. Todos buscaban el tesoro del Temple. Pedro de Rosemont empezó a hacer excavaciones, pero finalmente detuvo sus indagaciones por miedo (?). Hizo tapiar el subterráneo y prohibió a sus familiares que hablaran sobre ello.

Más tarde, en 1922, uno de sus hijos realizó más excavaciones, pero sólo halló documentación relativa a la Revolución Francesa. Treinta años más tarde, un experto en astrología y alquimia y un especialista en ocultismo se reunieron en Arginy para encontrar el tesoro. Rápidamente acudió más gente y se unieron todos bajo el nombre de la Orden del Templo Solar, que no hay que confundir con la secta suicida del mismo nombre implantada en Suiza. Concentraron sus trabajos en una de las torres que aún se mantenía en pie, la torre de las Ocho Beatitudes, pero con una idea nueva: el tesoro habría sido gastado en la compra de la piedra filosofal, que es lo que se pusieron a buscar. Jacques Breyer, el ocultista, se puso en contacto con el «espíritu de los Templarios» y mantuvo con él conversaciones curiosas, pero no obtuvo indicación alguna de dónde se hallaba la piedra. Desengañados de este sistema, optaron por la alternativa Rosemont: hacer excavaciones. Pero tampoco hallaron nada, de manera que, desanimados y sin recursos, abandonaron la búsqueda. Más tarde, la señora Gabrielle Carmi tuvo un sueño relacionado con los Templarios y Arginy. Cuando fue a visitar el castillo se halló ante el paraje que había soñado... pero nada más. El misterio continúa...

Los franceses que no se han dejado apasionar por Arginy lo pueden hacer ahora, y sin duda lo hacen, por el caso de Gisors. En Gisors, en el Eure, cerca de París, hay también un castillo. En el año 1929 el ayuntamiento nombró a Roger Lhomoy, un joven de 25 años, jardinero del castillo. Con el tiempo, quizá a causa del trabajo que hacía allí, acabó creyendo que bajo el castillo había un tesoro, y después de meditarlo mucho -¡pasaron quince años!- empezó a excavar en 1944. Lo hacía de noche, para que nadie se enterara. Al cabo de dos años se encuentra con que, al final de un largo corredor que ha excavado a veintidós metros de profundidad, hay un muro. Empieza a retirar piedras, asoma la cabeza por el agujero y ¡aparece ante él una capilla! Gerard Sède, que tiempo después fue quien divulgó este caso, obtuvo de Lhomoy la siguiente explicación: «Me encontré en una capilla románica, de 30 metros de largo por 6 de ancho y unos 4,5 de altura en la bóveda. Había un altar, con tabernáculo, y en los muros las estatuas de Cristo y los doce apóstoles, de tamaño natural... diecinueve sarcófagos a lo largo de los muros... y lo que ilumino y veo en la nave es increíble: treinta cofres de metal precioso dispuestos en columnas de a diez... más que cofres eran armarios...». Ante tal espectáculo, Lhomoy consideró que no podía seguir actuando a la sombra y decidió comunicar su hallazgo al ayuntamiento. Las autoridades no le dieron crédito y nadie quería bajar a comprobar lo que decía. Sin embargo, la noticia corrió por el pueblo y al cabo de poco tiempo Lhomoy volvió a presentarse en el ayuntamiento a pedir ayuda para realizar las excavaciones correctas y llegar con seguridad a la capilla. Esta vez no sólo no le hicieron caso, sino que le impidieron seguir con sus trabajos y al día siguiente hicieron cubrir de tierra el túnel excavado por el investigador-jardinero. Éste se fue a París, donde consiguió una autorización para reanudar las excavaciones, pero el alcalde de Gisors le dijo que al menor indicio de excavación lo encarcelaría.

Lhomoy se fue a vivir a Versalles y en 1953 encontró gente que lo apoyaba. Obtuvo una nueva autorización ministerial y volvió a Gisors: esta vez el ayuntamiento no lo intimidó, pero le exigió un depósito de un millón de francos y puso como condición que el 80 % de lo que hallara fuera para la ciudad. Desanimados, Lhomoy y sus seguidores se marcharon con el rabo entre las piernas. Más tarde se encontró con el periodista Gerard Sède y se lo explicó todo. Éste relacionó los hechos con el tesoro de los Templarios por una serie de implicaciones del castillo con la orden y escribió un libro, *Los Templarios están entre nosotros*, que despertó el interés de la opinión pública. Roger Lhomoy fue invitado a aparecer en televisión y la polémica estaba servida. Las autoridades arqueológicas dijeron que era todo un montaje, que en Gisors no había ninguna cripta y que Lhomoy era un enfermo mental. André Malraux, ministro de Cultura en 1962, se vio obligado a realizar excavaciones: no se halló nada y se decidió llamar a Lhomoy. Éste se desespera: ¡Aún faltan un par de metros para llegar a la cripta! Para reanudar las excavaciones se tuvo que esperar dos años, hasta 1964. No se sabe si encontraron la cripta o no, pero aquel mismo año la zona fue declarada militar y severamente controlada. Sin embargo, la imaginación, el gusto por el misterio, el deleite con lo secreto y con el tesoro en terrado, esto no hay forma de controlarlo...

II.- CARGOS DE ACUSACIÓN

A LOS TEMPLARIOS (12 DE AGOSTO DE 1308)

En primer lugar, aunque la Orden ha sido solemnemente establecida y aprobada por la Sede Apostólica, sin embargo, en la acogida de los hermanos de dicha Orden, y a veces después, los hermanos mantenían y efectuaban las siguientes cosas:

A saber, cuando se recibía a alguien en la Orden, o a veces después, o tan pronto como se presentaba una ocasión propicia para la acogida, negaban a Cristo, a veces a Cristo

Crucificado, a veces a Jesús y a veces a Dios, y a veces a la Virgen María, y a veces a todos los Santos de Dios, conducidos y aconsejados por aquellos que les recibían.

Otrosí, (que) los hermanos en conjunto así lo hacían.

Otrosí, que la mayoría (de ellos lo hacían así).

Otrosí, que (hacían esto) y algunas veces después de la acogida.

Otrosí, que los receptores decían y enseñaban a los que recibían, que Cristo, o a veces Jesús, o a veces Cristo Crucificado no es el verdadero Dios.

Otrosí, decían a aquellos que recibían que era un falso profeta.

Otrosí, que no había sufrido ni fue crucificado por la Redención del género humano, sino a causa de sus pecados.

Otrosí, que ni los receptores ni los que entraban podían esperar a conseguir la salvación por Jesús, y decían esto, o el equivalente o similar, a aquellos a los que se recibía.

Otrosí, hacían que los que entraban escupiesen sobre una Cruz, o una representación o escultura de la Cruz y a una imagen de Cristo, aunque algunas veces aquellos que entraban escupían después (a la Cruz).

Otrosí, que a veces ordenaban que esta Cruz fuese pisoteada.

Otrosí, que los hermanos que ya habían sido recibidos, algunas veces pisoteaban la Cruz.

Otrosí, que a veces orinaban y pisoteaban, y hacían que los otros orinasen sobre esta Cruz, y a veces lo hicieron el Viernes Santo.

Otrosí, que alguno de ellos, en ese mismo o en algún otro durante la Semana Santa, acostumbraban a reunirse para el dicho pisoteo y micción.

Otrosí, que adoraban a cierto gato, (el cual) a veces se les aparecía en su asamblea.

Otrosí, que hacían esto como desprecio a Cristo y a la Fe ortodoxa.

Otrosí, que no creían en el Sacramento del Altar. -Otrosí, que alguno de ellos (no creían). -
Otrosí, que la mayoría (de ellos no creían).

Otrosí, que tampoco (creían) en los otros Sacramentos de la Iglesia.

Otrosí, que los sacerdotes de la orden por medio de los cuales se consagra el Cuerpo de Cristo, no decían las palabras que se debían decir en el Canon de la Misa. -Otrosí, que alguno de ellos (no las decían). -Otrosí, que la mayoría (no las decían).

Otrosí, que los receptores eran los que lo ordenaban así.

Otrosí, que creían, y así se les decía, que el Gran Maestre les podía absolver de sus pecados. -
Otrosí, que el Visitador (podía). -Otrosí, que los receptores (podían), de los cuales muchos eran laicos.

Otrosí, que hacían *esto de facto*. -Otrosí, que algunos de ellos (lo hacían).

Otrosí, que el Gran Maestro de dicha Orden confesó esto, en presencia de personas importantes, antes de que fuera arrestado.

Otrosí, que en la recepción de hermanos a dicha Orden, o por aquel entonces, a veces el receptor y a veces al que se le recibía se besaban en la boca, en el ombligo, o en el estómago desnudo y en las nalgas o en la base de la espina dorsal. -Otrosí (que a veces se besaban) en el ombligo. -Otrosí (que se besaban) a veces en el pene.

Otrosí, que en la recepción hacían jurar a los que se les recibía, de que no dejarían la Orden.

Otrosí, que inmediatamente se les consideraba como hermanos profesos.

Otrosí, que mantenían en secreto estas recepciones.

Otrosí, que no había nadie presente excepto los hermanos de dicha Orden.

Otrosí, que a causa de esta vehemente sospecha, durante mucho tiempo habían trabajado en contra de dicha Orden.

Otrosí, que en general se opinaba así.

Otrosí, que decían a los hermanos a los que se recibía que podían tener relaciones carnales entre ellos.

Otrosí, que les era lícito hacer esto.

Otrosí, que debían hacerlo y someterse a ello mutuamente. Otrosí, que no era pecado hacerlo.

Otrosí, que hacían esto, o muchos de ellos (lo hacían). -Otrosí, que algunos de ellos (lo hacían).

Otrosí, que en cada provincia tenían ídolos, es decir cabezas, algunas de las cuales tenían tres caras y algunas una, y otras tenían una calavera humana.

Otrosí, que adoraban estos ídolos y especialmente en sus grandes Capítulos y Asambleas.

Otrosí, que los veneraban (a los ídolos).

Otrosí, que (los veneraban) como Dios.

Otrosí, que (los veneraban) como sus Salvadores. Otrosí, que algunos de ellos (lo hicieron).

Otrosí, que la mayoría de aquellos que asistían a los Capítulos (lo hicieron).

Otrosí, que dijeron que su cabeza les podía salvar.

Otrosí, que (podía) proporcionarles riqueza. Otrosí, que les daba todas las riquezas de la Orden. Otrosí, que hacía que los árboles floreciesen. Otrosí, que (hacía) que la tierra germinara.

Otrosí, que rodeaban o tocaban cada cabeza de los dichos ídolos con pequeñas cuerdas, que llevaban arrolladas junto a la camisa o a la carne.

Otrosí, que en la recepción, las dichas pequeñas cuerdas o algún trozo de ellas, se daban a cada uno de los hermanos.

Otrosí, que hacían esto en veneración de un ídolo.

Otrosí, que se les ordenaba que debían llevar la pequeña cuerda a su alrededor, tal como se ha dicho, y llevarla siempre y así lo hacían incluso durante la noche.

Otrosí, que los hermanos de dicha Orden, en general, eran recibidos del modo mencionado.

Otrosí, que (se hacía así) en todas partes. Otrosí, que (lo hacía así) la mayoría.

Otrosí, que a aquellos que no estaban dispuestos a hacer lo anterior en su recepción o con posterioridad, se les mataba o se les metía en prisión.

Otrosí, que alguno de ellos (lo estaba). Otrosí, que la mayoría (lo estaban).

Otrosí, que se les ordenaba, por juramento, que no debían revelar lo anterior.

Otrosí, que (esto se hacía) bajo pena de muerte o de prisión.

Otrosí, que tampoco debían revelar la manera en que se hacía la recepción.

Otrosí, que tampoco debían hablar de lo anterior entre ellos.

Otrosí, que si se encontraba alguien que había revelado (estas cosas), se le castigaba con la muerte o con la cárcel.

Otrosí, que se les ordenaba no confesarse con nadie excepto con un hermano de la Orden.

Otrosí, que dichos hermanos de la Orden, conociendo dichos errores, descuidaban el corregirlos.

Otrosí, que no informaban a la Santa Madre Iglesia.

Otrosí, que no se retraían de observar dichos errores, y la comunidad de dichos hermanos, aunque tenían la oportunidad de retractarse y de hacer lo anterior.

Otrosí, que las anteriores cosas se hicieron más allá de los mares, en los lugares en que el Gran Maestre y el Capítulo de dicha Orden se encontraban en aquel momento.

Otrosí, que a veces dicha negación de Cristo se hacía en presencia del Gran Maestre y del Capítulo anteriormente citado.

Otrosí, que dichas cosas se hacían y observaban en Chipre.

Otrosí, que (eran hechas) de este lado del mar en todos los reinos y en otros lugares en que se hacían las recepciones de hermanos.

Otrosí, que las cosas anteriores observaban en general y comunitariamente en la totalidad de la Orden. -Otrosí, que (eran) de larga y general observancia. -Otrosí, que (era) una antigua costumbre. -Otrosí, que (estaba) en los estatutos de dicha Orden.

Otrosí, que las anteriores observanzas, costumbres, reglamentos y estatutos se hicieron y observaron en toda la Orden, allende los mares y en este lado del mar.

Otrosí, que lo anterior eran artículos de la Orden, que habían sido introducidos por sus errores, después de la aprobación de la Sede Apostólica.

Otrosí, que las recepciones de hermanos en dicha orden se hacían en general de dicha manera en toda la Orden.

Otrosí, que el Gran Maestre de dicha Orden mandaba que lo dicho se observara y se hiciera así. -Otrosí, que los visitadores (lo hacían). -Otrosí, que los preceptores (lo hacían). -Otrosí, que otros jefes de dicha Orden (lo hacían).

Otrosí, que estos mismos hombres observaban esto y enseñaban que se debía hacer y preservar. -Otrosí, que otros de ellos (lo hacían).

Otrosí, que los hermanos no tenían otro modo de recepción en dicha Orden.

Otrosí, que nadie de la Orden que todavía vive recuerda no haber habido otro modo de recepción que éste.

Otrosí, que el Gran Maestre, los visitadores, los receptores y los otros Maestres de dicha Orden, teniendo poder en esto, castigaban gravemente (aquellos) que no guardaban ni estaban dispuestos a guardar el modo de recepción anteriormente citado, así como las otras cosas ya mencionadas, cuando se les presentaba alguna queja.

Otrosí, en dicha Orden las donaciones de caridad no se hacían como se debía, ni se ofrecía hospitalidad.

Otrosí, que no consideraban pecado en dicha Orden el adquirir propiedades pertenecientes a otros por medios legales o ilegales.

Otrosí, que se les autorizaba a que debían intentar aumentar y sacar provecho de dicha Orden, de cualquier modo por medios legales o ilegales.

Otrosí, que no se consideraba pecado el cometer perjurio por este motivo.

Otrosí, que solían celebrar sus Capítulos en secreto.

Otrosí, que (se celebraban) en secreto, bien durante el primer sueño o durante la primera vigilia de la noche.

Otrosí, que (se celebraban) en secreto, ya que todas las otras *familias* de la casa se les echaba afuera y la casa se cerraba, ya que se les mandaba fuera a todas las *familias* en esas noches en que se celebraba Capítulo.

Otrosí, que (se celebraban) en secreto, puesto que de este modo ellos mismos se encontraban cuando se celebraba Capítulo, ya que todas las puertas de la casa e Iglesia en las cuales se estaba celebrando el Capítulo, las reforzaban tan fuertemente que nadie podía tener acceso a ellos ni acercarse, ni nadie podía ver u oír lo que se estaba haciendo o diciendo.

Otrosí, que (se celebraban) tan en secreto que estaban acostumbrados a colocar un guardia en el tejado de la casa o iglesia en donde se estaba celebrando el Capítulo, en caso de que alguien se acercara al lugar en donde se celebraba el Capítulo.

Otrosí, que observaban y estaban acostumbrados a observarse cretos similares, como era normal al recibir nuevos hermanos.

Otrosí, que este error florece y florecía en la Orden durante mucho tiempo, puesto que eran de la opinión y la mantenían en el pasado que el Gran Maestre puede absolver los pecados a los hermanos.

Otrosí, que el mayor error florece y ha florecido, que esto se celebraba y se ha celebrado en el pasado, que el Gran Maestre puede absolver a los hermanos de la Orden de sus pecados, incluso (pecados) no confesados, que se habían olvidado confesar debido a alguna vergüenza o temor de la penitencia que se les podía infligir o imponer.

Otrosí, que el Gran Maestre ha confesado espontáneamente estos errores citados antes de su captura, en presencia de eclesiásticos y laicos dignificados en la fe.

Otrosí, que la mayoría de los preceptores de la Orden estaban presentes.

Otrosí, que mantienen y habían mantenido dichos errores no solamente por las opiniones y creencias del Gran Maestre, sino por la de otros preceptores, en especial por los de otros importantes Visitadores de la Orden.

Otrosí, que cualquier cosa que el Gran Maestre, especialmente en este tema, hacía, ordenaba y legislaba, toda la Orden la debía mantener y observar y también esto fue observado.

Otrosí, que este poder le pertenecía a él y lo tenía desde tiempos antiguos.

Otrosí, que lo anterior deparaba hábitos y los errores duraban desde hacía tanto tiempo, que la Orden podía haber sido renovada en cuanto al personal, una, dos o más veces desde que se habían introducido u observado los errores citados.

Otrosí, que... todos o los dos tercios de la Orden, conociendo dichos errores, se olvidaban de corregirlos.

Otrosí, que se olvidaban de informar a la Santa Madre Iglesia.

Otrosí, que no se apartaban de la observancia de dichos errores ni de la comunidad de hermanos, aunque tuvieran la oportunidad de apartarse y hacer lo anterior.

Otrosí, que muchos hermanos de dicha Orden, debido a la corrupción y errores de su Orden, algunos se salían pasando a otra Orden y otros permaneciendo en la vida secular.

Otrosí, que debido a lo anterior, se habían suscitado grandes escándalos contra dicha Orden en los corazones de elevadas personas, incluso de reyes y príncipes, y se habían generado en casi toda la población de la cristiandad.

Otrosí, que todo y cada uno de lo anterior ha sido observado y manifestado entre los hermanos de dicha Orden.

Otrosí, que estas cosas son de público dominio, opinión general y reputación tanto entre los hermanos de la Orden como fuera de ella. -Otrosí, que concernía a la mayoría de los dichos. -
Otrosí, que concernía a otros.

Otrosí, que el Gran Maestre de la Orden, el visitador y los grandes preceptores de la Orden de Chipre, Normandía y Poitou, así como otros muchos preceptores y algunos otros hermanos de

dicha Orden, han confesado lo escrito arriba, tanto en investigaciones judiciales como fuera de ellas, en presencia de personas electas y también ante personas públicas en muchos lugares.

Otrosí, que algunos hermanos de dicha Orden, caballeros como también sacerdotes, y otros en presencia de nuestro señor Papa y de los señores Cardenales, han confesado lo anterior o gran parte de dichos errores.

Otrosí, que (lo han confesado) por juramento.

Otrosí, que también han certificado lo anterior en el Consistorio.

CRONOLOGÍA*

* Destacamos en cursiva los hechos referentes a la Corona de Aragón.

1095 27 de noviembre, Urbano II *predica* la *quesería* la Primera Cruzada en Clermont, Alvernia.

1096 Abril: la cruzada popular, capitaneada por Pedro el Ermitaño y Gualterio Sans-Avoir, inicia su marcha. En verano la primera cruzada «oficial», dirigida por Ramón de Tolosa y Godofredo deBouillonentre otros también empieza a caminar. Octubre. Los cruzados populares regresan a Constantinopla, vencidos por los turcos seljúcidas. Por las mismas fechas, los otros cruzados llegan también a la capital de Bizancio.

1097 Mayo. Victoria de los cruzados en Nicea (Asia Menor). Julio. Otra victoria cruzada: Dorilea (Asia Menor). 20 de octubre. Se inicia el asedio de Antioquía.

1098 Marzo. Se crea el primer condado cristiano: Edessa.

Junio. Conquista de Antioquía por los cruzados.

Verano. Muerte de Ademaro dePuy, legado papal de la Cruzada.

1099 Junio. Ocupación de Belén por los cruzados.

15 de julio. Conquista de Jerusalén. 29 de julio. Muerte de Urbano II.

Agosto. Godofredo deBouillonacepta ser el *Advocatus Sancti Sepulchri*.

1100 Balduino, hermano de Godofredo, toma el título de rey de Jerusalén: Balduino I.

1118 Balduino II, primo de Balduino I, nuevo rey de Jerusalén.

1120 Hugo de Payns, Godofredo de Saint-Orner y siete caballeros más fundan la orden de los Pobres Caballeros de Cristo.

1128 Visita de Hugo de Payns y otros caballeros al papa Honorio II.

1129 Enero. Concilio de Troyes, donde se confirma la orden de los Pobres Caballeros de Cristo, conocida como orden del Temple. Se presenta la Regla de la orden. Verano y otoño. Visitas de los principales Templarios a la Champaña, Anjou, Normandía, Inglaterra, Escocia y Flandes para presentar la orden y recibir donaciones.

Muchos caballeros se enrolan para combatir en Tierra Santa.

La reina Teresa de Portugal cede a la orden el castillo de Soure, en el territorio de Coimbra.

1130 Se edifica el primer castillo templario en Tierra Santa, Baghrâs, en el principado de Antioquía.

1131 *Ramón Berenguer IV es enterrado envuelto con el hábito blanco de los Templarios. Primeras donaciones en la Corona catalanoaragonesa: Guillermo Ramón dona un alodio de Sant Pere de Vilamajor.*

1134 «El elogio de la nueva milicia», carta-sermón dirigida a Hugo de Payns por Bernardo de Claravall. El Temple se instala en Milán.

El Temple, junto con el Hospital y la Orden del Santo Sepulcro reciben el reino de Aragón a la muerte de Alfonso el Batallador. Primeras donaciones barcelonesas: Ramón Massanet y su hijo donan unas casas y torres que poseen en Barcelona.

1136 Muerte de Hugo de Payns y elección de Roberto de Craon. 1137 El Temple se instala en el Imperio Germánico.

Primeras donaciones navarras: unos viñedos en Tudela.

1139 29 de marzo. Inocencio II, papa, completa la regla de los Templarios con la bula *Omne Datum Optimum*.

1142 Consagración de la mezquita de Omar como iglesia central de los Templarios en Jerusalén.

1143 27 de octubre. *Por el acuerdo de Gerona el Temple renuncia a su parte del reino de Aragón y recibe, por voluntad de Ramón Berenguer IV los castillos de Monzón, Montgai, Chalamera, Barberá y Remolins. Ramón Berenguer cede al Temple el castillo de Monzón.*

1144 Traducción al francés de la Regla Latina.

Primeras donaciones aragonesas: Teresa dona un molino en Zaragoza.

31 de diciembre. Caída de Edessa en manos del atabek musulmán Imad ed-Din Zengi.

1146 La Orden se instala en lo que se conocerá como el Vieux Temple de París. 1147 Inicio de la Segunda Cruzada, dirigida por Conrado II, emperador germánico, y Luis VII, rey de Francia.

Derrota del contingente germánico en Dorileo (Asia Menor).

1148 Derrota de Luis VII en Laodicea (Asia Menor). 28 de julio. Derrota de los cruzados en Damasco. Septiembre. Conrado regresa a Alemania.

Conquista de Tortosa. El Temple recibe una quinta parte del tercio real de la ciudad, de manos de Ramón Berenguer IV

El Temple se establece en Huesca.

1149 Julio. Luis VII regresa a Francia.

Se establece la encomienda de Tortosa.

1150 Ramón Berenguer N cede al Temple los castillos de Ambel y Alberich, en Aragón.

1151 Eugenio, papa, decide que los Templarios pueden llevar una cruz roja sobre sus hábitos blancos. Es elegido nuevo Maestre Bernardo de Tremelay.

1153 Agosto. Ataque frustrado a Ascalón en el que muere el Maestre.

24 de agosto. Conquista de Miravet por Ramón Berenguer N. Se cede el castillo a los Templarios junto con Candes, Corbera, Algars, Batea, Pinell y Rasquera.

1156 Es elegido Maestre Beltrán de Blancfort.

1158 Los Templarios boicotean una expedición contra Egipto que sale de Palestina.

1159 Edificación del Templo de Londres.

1160 Aparición de los *Retrais*, estatutos que completan la regla.

1165 El castillo de Tortosa, en el condado de Trípoli, Palestina, es cedido a los Templarios. *Se establece la encomienda de Comillas en Aragón.* 1167 Los castillos de Ascó y Riba-roja son cedidos al Temple.

1169 Se establece la encomienda de Tomar, en Portugal. 1170 Es elegido Maestre Odón de Saint-Amand.

1171 *Se establece la encomienda de Huesca.* 1176 *Se establece la encomienda de Monzón.*

1177 Derrota de Saladino en Gaza, gracias a 400 Templarios.

Alfonso el Casto cede Horta a los Templarios.

1179 El papa Alejandro III pone paz entre Templarios y Hospitalarios. 1180 Arnaldo de Torroja, noble catalán, es elegido Maestre. 1184 Gerardo de Ridfort es elegido Maestre. 1187 Julio. Derrota cristiana en Hattin, ante las fuerzas de Saladino.

Caída de Tiberíades, Acre, Jaffa, Sidón.

Septiembre. Rendición de Ascalón y Gaza a las fuerzas de Saladino.

2 de octubre. Entrada de Saladino en Jerusalén. *Se funda la encomienda de Ascó.*

1189 Se inicia la Tercera Cruzada, dirigida por Federico I Barbarroja, emperador germánico, Felipe Augusto de Francia y Ricardo Corazón de León de Inglaterra.

1190 Mayo. Victoria germánica en Iconi (Asia Menor). Junio. Federico I muere ahogado en el río Góksu. Octubre. Federico de Suabia, hijo de Federico I, llega a Acre.

1191 Abril. Felipe Augusto llega también a Acre. Junio. Ricardo Corazón de León y su ejército acampan ante Acre. 12 de julio. Los cruzados conquistan Acre. Felipe Augusto decide regresar a Francia. Robert de Sable es elegido Maestre.

1192 Enero. Toma de las ruinas de Ascalón por los cruzados. Octubre. Ricardo abandona Palestina.

1193 *Se funda la encomienda de Horta.* Gilberto de Erill, Maestre de Provenza y Cataluña-Aragón, es elegido nuevo Maestre. 1198 Inocencio II es elegido papa.

1202 Inicio de la Cuarta Cruzada, pensada para ir contra Egipto.

1204 Conquista y saqueo de Constantinopla por los venecianos.

1209 Inicio de la cruzada contra los albigenses.

1218 Expedición de los cristianos contra Egipto.

Agosto. Empieza el asedio de Damietta.

Se construye Athlit (Chastel-Pèlerin) al sur de Haifa.

1219 Verano. Francisco de Asís está presente en el asedio de Damietta. 5 de noviembre. Damietta cae en manos del ejército cristiano. Pedro de Montagut, valenciano, es elegido nuevo Maestre.

1221 Fracaso de la expedición cristiana para tomar El Cairo y recuperación de Damietta por el sultán de Egipto.

1228 Septiembre. Con la llegada a Acre de Federico II se inicia la Quinta Cruzada.

Con la conquista de Mallorca, los Templarios reciben el castillo de la Almudaina, en Palma, y diversas casas y alquerías en Palma, Pollensa y Montuèri.

1229 Federico II llega a un acuerdo con los musulmanes: el reino de Jerusalén recibe la Ciudad Santa y Belén.

Mayo. Federico II abandona Tierra Santa.

1232 Es elegido nuevo Maestre Armando de Périgord.

1238 Después de la toma de Valencia, Jaime I concede al Temple la torre de Albufat y su barrio.

1240 Se alzan de nuevo el castillo y la encomienda de Safet, en Tierra Santa, que habían sido destruidos en 1218. Nace en Borgoña Jaime de Molay.

1244 Los tártaros entran en Jerusalén.

Caída de Gaza en manos de los mamelucos egipcios y de los karismanianos. Muerte del Maestre Armando de Périgord.

1246 Es elegido nuevo Maestre Guillermo de Sonnac.

1248 Convocatoria de la Sexta Cruzada, dirigida por Luis IX de Francia, san Luis.

1249 Junio. Los cruzados se hallan ante Damietta, que cae fácilmente. 1250 Febrero. Derrota de los cruzados en Mansura. Muerte del hermano de Luis IX.

Abril. Desastre cruzado: Luis IX cae prisionero, Damietta vuelve a manos egipcias y el rey debe pagar un rescate cuantioso.

1254 Abril. Regreso de san Luis a Francia. 1256 Es elegido nuevo Maestre Tomás Berard.

1260 Nace en Villandraut, Gascuña, Bernardo deGot,que llegaría a ser papa con el nombre de Clemente V.

1265 El sultán de Egipto inicia la campaña contra los Estados cristianos de Tierra Santa.

1266 Conquista de Cesarea y Safet por los egipcios.

Junio.JaimeI concede casas al Temple después de la conquista de Murcia.1267Nace en Valencia el futuro Jaime II de Cataluña y Aragón.

1268 Caen en manos de los egipcios Jaffa,Beaufort,Banyas y Antioquía. Nace enFontainebleauFelipe el Hermoso.

1272 Es elegido nuevo Maestre Guillermo de Beaujeu, el último de Tierra Santa.

1285 A la muerte de Felipe III el Osado sube al trono de Francia su hijo, Felipe IV el Hermoso.

1287 Caída de Trípoli en manos de los egipcios. Mueren en la batalla ilustres templarios catalanes: los Montcada.

1291 7 de abril. Los egipcios inician el asedio de Acre. 4 de mayo. Llegan refuerzos cristianos desde Chipre. 18 de mayo. Los sarracenos ocupan Acre. 19 de mayo. Cae Tiro. 28 de mayo. La última resistencia en Acre, el Temple, cae, con la muerte de muchos Templarios y del Maestre Guillermo de Beaujeu. Julio. Caen Sidón, Beirut yHaifa.Agosto. Son abandonados los castillos de Tortosa y Athlit. Se acaba la presencia cristiana en Tierra Santa.

JaimeII es coronado monarca de la Corona de Aragón.

1294 Es elegido nuevo MaestreJaime de Molay.

1299 Bernardo deGotes nombrado arzobispo de Burdeos. Guillermo de Nogaret es nombrado legista real.

1302 Batalla deCourtrai;derrota francesa a manos de los flamencos. Se conoce como la batalla de las Espuelas de Oro. Bonifacio VIII promulga la bula*Unam Sanctam*: todos los asuntos temporales deben supeditarse a los eclesiales.

¹303 Muerte de Bonifacio Abagni, después de haber sido encarcelado por Guillermo de Nogaret.*JaimeII de Cataluña y Aragón recibe laconfidenciade Esquius de Floyrac sobre las aberraciones de los Templarios. Guillermo de París es nombrado inquisidor general de Francia.*

1305 5 de junio. Bernardo de Gotes elegido en el cónclave de Perusa nuevo papa y toma el nombre de Clemente V. 14 de noviembre. Coronación de Clemente V en Lyon.

1307 Primavera. Jaime de Molay y otros caballeros llegan a Francia llamados por el papa Clemente V Agosto. Entrevista de Clemente V y Jaime de Molay en Poitiers. El Maestre se entera de los primeros rumores sobre las acusaciones contra los Templarios. 22 de septiembre. Se decide actuar contra los Templarios después de una reunión en Santa María de Pontoise entre el rey, Nogaret, Guillermo de París, inquisidor, y Gillaycelin, canciller real hasta aquel momento. El mismo día Felipe decide nombrar a Nogaret nuevo canciller real. 12 de octubre. Jaime de Molay preside el duelo por la muerte de la cuñada del rey al lado de Felipe IV 13 de octubre. Los Templarios de toda Francia son encarcelados, se les confiscan sus bienes y se ocupan sus encomiendas. 16 de octubre. Felipe el Hermoso envía cartas a los reyes de Occidente comunicándoles el arresto de los Templarios. 19 de octubre. Guillermo de París inicia los interrogatorios. 24 de octubre. Jaime de Molay confiesa. *5 de noviembre. Jaime II y Ximén de Lenda, Maestre provincial de los Templarios de la Corona de Aragón, se entrevistan en Daroca.* 22 de noviembre. Clemente V promulga la bula *Pastoralis Praeeminentiae* ordenando la detención de los Templarios. *1 de diciembre. Jaime II ordena la detención de los Templarios y la confiscación de sus bienes en la Corona de Aragón.* Diciembre. Berenguer Fredol y Esteban de Suisy, cardenales franceses, se entrevistan en París con Jaime de Molay y Hugo de Pairaud: éstos revocan sus confesiones.

1308 *3 de enero. Carta de Clemente V a Jaime II autorizando el arresto de los Templarios.* Marzo. Estados Generales, convocados por el rey de Francia en Melun. 26 de mayo. Entrevista de Clemente V y Felipe IV en Poitiers. 29 de mayo. Consistorio público en Poitiers. Acusación presentada por Guillermo de Plaisians, ministro real. 15 de junio. Presión de Plaisians sobre el papa. 29 y 30 de junio y 1 de julio. Sesenta y dos Templarios son llevados a testificar ante Clemente V 5 de julio. Clemente V promulga la bula *Subitasidue* indicando la confesión de los Templarios que han testificado. Agosto. Tres cardenales se entrevistan en el castillo de Chinon con los altos dignatarios del Temple. En su informe al rey le dicen que todos han confesado. *12 de diciembre. Miravet se rinde a Jaime II.*

1309 Empiezan los interrogatorios en Francia. *24 de marzo. Rendición del castillo de Monzón.* 26 de noviembre. La comisión que debe juzgar a los altos dignatarios del Temple en París recibe a Jaime de Molay. Éste lo niega todo y sólo pide defender al Temple y entrevistarse con Clemente V

1310 30 de abril. Se presentan ochenta Templarios ante la comisión de París pidiendo defender al Temple. 10 de mayo. Felipe de Marigny, arzobispo de Sens, convoca un concilio provincial. 12 de mayo. Cincuenta y cuatro caballeros templarios son condenados y quemados en la hoguera. *Septiembre. Concilio provincial en Tarragona.*

1311 *Marzo. Segundo concilio provincial en Tarragona. 18 de marzo. Bula papal, Dudum et licendum, destinada a las comisiones de los reinos ibéricos sobre la aplicación de la tortura.* 26 de mayo. La comisión de París da por finalizada la encuesta. *Agosto. Interrogatorios en Barcelona a un grupo de Templarios. A pesar de la tortura, no confiesa ninguno de ellos.*

16 de octubre. Se inicia el concilio ecuménico de Vienne para tratar sobre el asunto de los Templarios. Noviembre. Se da por finalizada la primera sesión conciliar.

1312 22 de marzo. Consistorio secreto en que se resuelve la supresión de la orden del Temple. 3 de abril. Se abre la segunda sesión del Concilio con la lectura de la bula *Vox in excelso*, que establece la supresión del Temple. Sólo discrepa de ello el obispo de Valencia. 2 de mayo. Bula *Ad providam*, que adjudica los bienes de los Templarios a los Hospitalarios; en los reinos hispánicos los bienes del Temple pasan a disposición directa de la Santa Sede. 18 de agosto. *Nuevo concilio provincial en Tarragona. 4 de noviembre. El concilio de Tarragona proclama la inocencia de los Templarios catalanes.*

1313 22 de diciembre. Se nombra una comisión de prelados para juzgar a Jaime de Molay y a los altos dignatarios de la orden. Muere Guillermo de Nogaret.

1314 18 de marzo. Se forma un tribunal en Notre-Dame para juzgar a Jaime de Molay, Hugo de Pairaud, Jofre de Gonneville y Jofre de Charnay, los altos dignatarios del Temple. A pesar de la inflamada defensa del Maestre, Molay y Charnay son quemados. 20 de abril. Muere Clemente V 29 de noviembre. Muere Felipe el Hermoso.

1317 10 de junio. Por la bula *Ad fructus uberesset* resuelve el problema de la adjudicación de los bienes de los Templarios a la Corona catalanoaragonesa. Se crea la orden de Montesa. Octubre. El papa Juan XXII absuelve a Jaime II de la apropiación de los bienes del Temple.

1327 Muere Jaime II.